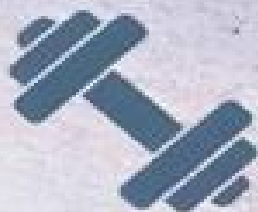




# *No dejaré de quererte*

*Alba M. Hernández*



*No dejaré de quererte*

*Alba M. Hernández*

Copyright © Alba M. Hernández

Copyright © Beatriz M. Hernández, portada.

1ª edición. Agosto 2024. Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio electrónico o mecánico sin la autorización previa. No se permite su incorporación a un sistema informático ni su transmisión.

ISBN: 9798335625722

Sello: Independently published

*A Sagitario*

# 1

Se estiró sobre la cama para alcanzar el pantalón, que había quedado a los pies del colchón tras el arrebató de lujuria ocurrido unos minutos antes. Sonrió al recordar el acalorado recibimiento vivido nada más poner un pie en el piso y tuvo que agitar un poco la cabeza para sacar esas imágenes de su cabeza, ya que estaba empezando a sentir que su temperatura empezaba a ascender de nuevo. Sacó el móvil del bolsillo y comprobó que, aunque sólo eran las diez y media de la noche, su energía estaba por los suelos, completamente agotada. Y no todo se debía a la jornada laboral de más de ocho horas, gran parte de culpa la tenía la castaña que entraba justo en ese momento por la puerta de la habitación con una sonrisa en los labios, una botella de agua y llevando solo las bragas como vestimenta. El mejor atuendo posible habido y por haber.

—Menuda cara, cualquiera diría que estás recién follada.

Sonrió ante su broma y la observó detenidamente mientras se sentaba justo a su lado.

—Te encanta mi cara en todas las circunstancias posibles —aseguró convencida.

—Esa suerte tienes.

Sus labios se curvaron un poco más y dejó el móvil sobre la mesita de noche para centrar toda su atención en ella. En esa increíble mujer que conseguía erizarle la piel en apenas unos segundos como un truco de magia demasiado atrayente.

—¿Hoy será una de esas veces en las que me regales tu presencia durante toda la noche?

Su compañera de aventuras soltó esa pregunta de forma burlona y ella la miró con una ceja alzada, pero sin poder evitar contagiarse de su sonrisa.

—Supongo que tendrás que ganártelo —aseguró.

—¿No me lo he ganado ya?

—Ese puede ser un buen debate.

Observó cómo su sonrisa crecía y contuvo con todas sus fuerzas un bostezo. Le encantaba compartir con ella momentos así porque su humor era muy parecido, pero el cansancio, que llevaba días arrastrando, estaba consumiendo la poca energía que le quedaba a pasos agigantados.

—Deberías quedarte a dormir.

—Mañana madrugo —le recordó antes de pedirle con la mano la botella de agua y dar un trago en un intento absurdo de recomponerse un poco.

—Y yo también. Supongo que es el castigo por trabajar y formar parte de este sistema capitalista.

Volvió a sonreír con su comentario y se acomodó mejor, cediendo a su petición de quedarse a dormir sin tener que pronunciar palabra alguna. La observó imitar su gesto y quedaron cara a cara mientras descansaban sobre la almohada. Le gustaba compartir escenas de pasión con ella, ya que nunca había sentido tal conexión así con nadie jamás, pero lo que más disfrutaba, por muy cursi que sonase, era de esos instantes de paz y tranquilidad a su lado. Marina le regalaba la estabilidad que su mundo necesitaba y que ella ni siquiera sabía.

—¿Cómo de ocupada tienes la semana que viene?

—¿Por qué? —cuestionó curiosa—. No necesitas un hueco en mi agenda para poder recrear más momentos así —bromeó y le encantó verla sonreír.

—Sé que no necesito un hueco porque estás a una llamada.

Marina se atrevió a vacilar con extremada confianza, pero ni se molestó en devolvérsela

porque los ojos empezaban a pesarle demasiado y decidió disfrutar de las caricias que estaba recibiendo en el brazo.

—La cuestión es que mi hermana celebra la fiesta del bebé la próxima semana.

Se puso un poco en alerta tras escuchar esa frase y esperó impaciente a que no se atreviera a realizarle la pregunta que menos le apetecía escuchar.

—¿Te apetece venir conmigo?

Y ahí estaba. Directa y sin adornos.

—Dirás contigo y con tu familia —aclaró tras unos largos segundos.

—Sí, claro. No sólo estaremos nosotras —señaló Marina con una sonrisa—. Sería un poco extraño.

—No conozco a nadie, ni siquiera a tu hermana —le recordó—. No pinto nada ahí.

—Igual es el momento de que empieces a pintar algo.

—No lo creo.

Se negó por completo y cambió de postura, apartándole la mirada y clavándola ahora en el techo. Igual así su compañera de conversación pillaba la indirecta de que no le apetecía hablar de ese tema.

—¿No lo crees? —cuestionó Marina de forma inmediata—. ¿A qué estamos jugando?

Soltó esa pregunta y sus miradas volvieron a conectar. No necesitó pedirle que se explicase mejor, sabía perfectamente a lo que se refería y en lo que desencadenaría todo aquello.

—Llevamos más de año en la misma situación y...

—¿De verdad vamos a volver a tener esta conversación?

Cortó su argumentación con rapidez y Marina la miró con el ceño fruncido y ese gesto de desaprobación que ya conocía bastante bien.

—¿Alguna vez la hemos tenido?

—¿Acaso es necesario? —preguntó antes de levantarse de la cama y ponerse a buscar su ropa con la mirada.

—Por supuesto que lo es —aseguró Marina con firmeza—. Creo que debemos asentar lo que tenemos, y no solo físicamente —aclaró—. ¿Cuánto tiempo más vamos a estar creyendo que sólo nos acostamos?

Negó con la cabeza y comenzó a vestirse sin querer responderle a nada. Estaba demasiado cansada y, además, no era la primera vez que tenían esa conversación. No entendía la necesidad de Marina de tener que formalizar algo que funcionaba bien sin tener que realizar ningún cambio.

—Sara, no puedes huir siempre.

—No estoy huyendo —aseguró mientras se ponía las botas.

—Pues a mí me parece que está bastante claro que sí —afirmó Marina—. Y yo empiezo a estar cansada de todo esto.

Buscó su mirada y le sorprendió la seriedad que reflejaba en su rostro. En muy pocas ocasiones la había visto así.

—¿Qué quieres decir con eso?

Se atrevió a preguntárselo y, de golpe, el corazón empezó a latirle el doble de rápido. Sin previo aviso y sin su consentimiento.

—Esto no va bien.

Mentiría si dijese que era la primera vez que pasaban por una situación así. A veces su relación era una maldita montaña rusa.

—¿Me estás dejando? —cuestionó.

—No he dicho tal cosa, pero igual es la solución.

—¿La solución?

Se cruzó de brazos a la espera de que Marina aclarase sus palabras y una oleada de calor y nervios atravesaron su espalda mientras los latidos seguían acelerándose en el centro de su pecho. Golpeando como un loco que quiere tirar una pared abajo para conseguir escapar.

—Está claro que ambas vamos por caminos distintos. Tú no quieres formalizar nuestra relación y yo quiero seguir dando más pasos a tu lado.

—Entonces me estás dejando —aseguró a media voz.

—De forma indirecta eres tú la que me está dejando a mí.

Abrió la boca para intentar decir algo que la defendiese, pero acabó cerrándola al no encontrar palabra alguna y su mirada se le clavó en lo más profundo de su ser. Se ocultó de sus ojos recogiendo la chaqueta, que estaba tirada en el suelo, y se preparó para salir de allí sin querer enfrentarse a una nueva oleada de sentimientos. No estaba preparada ni mentalizada para algo así.

—¿No vas a decir nada?

La pregunta de Marina hizo que, inconscientemente, su mirada buscara la suya de nuevo.

—No sé qué quieres que diga —soltó sin pensar.

—Ya veo —susurró Marina con una triste sonrisa.

Se quedaron unos segundos mirándose directamente a los ojos, pero fue ella la que acabó huyendo de su escrutinio y de aquella habitación en la que tantas veces había encontrado su lugar seguro.

\*\*\*\*\*

Pasó corriendo el paso de peatones tras comprobar la hora en el móvil. Había quedado con Emily para comer y, por culpa de su jefe y su insistencia en que le echase una mano para descargar mercancía, llegaba tarde. Cruzó la esquina y sonrió al verla sentada en un banco con las piernas cruzadas y el semblante algo serio. Era consciente de que su amiga no llevaba muy bien eso de tener que esperar y estaba segura de que le soltaría algún comentario al respecto, algo que le quedó muy claro en cuanto sus miradas se cruzaron y le levantó una ceja en forma de saludo. Directa. Así era ella.

—No vayas a decirme nada —dijo nada más llegar a su alcance—. Sabes perfectamente cómo es el mundo de la hostelería. No puedes juzgarme.

Emily la miró con intensidad unos segundos más, pero después negó con la cabeza y se levantó para caminar a su lado hasta el lugar acordado para comer y pasar algo de tiempo juntas.

—¿Qué tal tu día libre? —le preguntó y su compañera se encogió de hombros en un gesto de indiferencia—. No seas tan explícita porque me agobias con tantísima información —ironizó.

—Me he despertado con un orgasmo, he desayunado y he malgastado todo mi tiempo en buscar ofertas de trabajo —resumió Emily—. ¿Qué te parece?

—Interesante —aseguró—. Sobre todo la primera parte —bromeó y ambas sonrieron—. ¿Cómo de complicado es buscar algo relacionado con el periodismo?

Lanzó la pregunta al aire y esperó a que Emily abriese la puerta del local para entrar. Era un lugar especializado en perritos calientes y lo solían frecuentar cuando tenían poco tiempo para comer. Y ese era el caso, ya que ella tenía que volver a trabajar en un rato.

—Podrías decirle a Lena que te enchufe en la revista —comentó, retomando el tema.

—Ni en broma —soltó Emily mientras se sentaban junto a la mesa y ella la miró con el ceño fruncido.

—¿Cuál es el problema? —cuestionó—. La vida funciona así. No serías la primera ni la

última enchufada del mundo —argumentó.

—Yo no funciono así.

—Tú y tu extraña manía de hacer las cosas por ti misma.

Bromeó y observó a su amiga negar con la cabeza.

—Creo que no me apetece trabajar en una oficina —confesó Emily.

—Explícate.

—No sé si va conmigo eso de estar sentada tantas horas —aclaró su amiga—. Es posible que prefiera más actividad. Salir y buscar yo misma las noticias.

Asintió con la cabeza, dándole a entender que entendía perfectamente de lo que hablaba. Tampoco iba con ella eso de estar sentada tantas horas, aunque su labor de estar más de ocho horas al día de pie tampoco le entusiasmaba lo más mínimo.

Un joven llegó para tomarles nota, haciendo que su conversación se viese interrumpida durante unos minutos. Pidieron lo mismo, porque a veces eran así de básicas y se copiaban en todo y, en cuanto el camarero se marchó, comprobó su teléfono, ya que era una costumbre que tenía en sus descansos para comprobar si Marina le había comentado algo. Pero no encontró nada y de golpe entendió que la conversación de la noche anterior fue más en serio de lo que pensaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Emily, atrayéndola de golpe a la realidad.

—Nada.

Mintió y dejó el móvil a un lado para no caer en la tentación de volver a cogerlo y comprobar, de nuevo, que Marina seguía sin dar señales de vida.

—¿Nada? —cuestionó su amiga clavándole la mirada con intensidad—. Te ha cambiado la cara nada más mirar el teléfono —aclaró—. ¿Malas noticias?

Sus bebidas llegaron justo en ese momento y ella rezó internamente para que Emily no insistiera con el tema, aunque lo veía bastante difícil. Se conocían lo suficiente y sabían leerse bastante bien. Así que Emily no tardaría ni un segundo en hacerle hablar. Y no le apetecía. Aún tenía que asimilar que la conversación vivida con Marina, la noche anterior, parecía haber cambiado las cosas de verdad.

—¿Sabes algo de Bea y Carmen? —preguntó adelantándose a cualquier palabra de su amiga.

—Ayer hablé un poco con ellas por teléfono. Ya tienen toda la mudanza hecha.

—Me parece increíble que hayan decidido irse a vivir a otra ciudad.

—Siempre han estado muy unidas —señaló Emily—. Éramos cuatro, pero en realidad éramos dos parejas que decidían quedar en grupo.

—Ya te gustaría haber sido mi pareja —bromeó.

—La verdad es que no. Estoy bastante bien con Lena —dijo su amiga muy sonriente.

—Normal. Encontraste una diosa entre mortales.

Soltó esas palabras y la sonrisa de Emily creció aún más. Compartió su gesto porque se alegraba mucho por ella y por lo feliz que era compartiendo su vida con Lena. Mentiría si dijese que no quería lo mismo para ella, pero había algo dentro que le frenaba y no le dejaba rendirse del todo a lo que Marina le ofrecía. ¿Era la persona más estúpida del mundo? Posiblemente.

Ambas le dieron las gracias al camarero en cuanto dejó sus perritos calientes sobre la mesa y su cuerpo se paralizó unos segundos cuando, mientras echaba más salsa a sus patatas, Emily retomó la conversación que habían dejado atrás.

—¿Vas a contarme ya por qué te ha cambiado el gesto de un momento a otro o vamos a seguir fingiendo que eso no ha pasado?

Alzó la mirada para encontrarse con sus ojos y su ceja alzada, dejándole bastante claro

que estaba hablando muy seriamente. No tenía escapatoria. Había llegado el momento de soltarlo, de armarse de todo el valor del mundo y verbalizar lo ocurrido en voz alta.

—Marina y yo ya no estamos juntas —soltó sin andarse con rodeos y sin querer adornar la respuesta.

—¿La has vuelto a dejar? —cuestionó su amiga molesta—. Ya he perdido la cuenta de todas las veces que has cortado con ella.

Y sí, tenía razón. Pero era un tanto exagerada. En el tiempo que llevaban de relación sólo la había dejado un par de veces y habían vuelto en apenas veinticuatro horas. Así que realmente no contaba como ruptura.

—¿Sabes? No sé qué te pasa por la cabeza, pero un día Marina se va a cansar de estas idas y venidas y te vas a arrepentir de estar mareándola.

Agachó la mirada porque, aunque Emily no lo sabía, parecía que eso era justo lo que había ocurrido.

—Y yo no soy la mejor para darte consejos porque la cagué con Lena —argumentó su amiga—. Pero por eso mismo, joder. Espabila —protestó.

Alzó el rostro para volver a encontrarse con su mirada y suspiró al ver su ceño fruncido. No llevaba muy bien eso de que la sermoneasen, pero pensó que no estaría bien ponerse a la defensiva porque tenía razón. Eso era justo lo que había ocurrido. Marina se cansó de ella y decidió poner tierra de por medio.

—Me ha dejado ella.

Soltó la confesión con tan sólo cuatro palabras y el gesto de Emily se relajó por completo. Estaba claro que no esperaba tal confesión. Para ser sinceras, ella tampoco esperó encontrarse con aquel ultimátum de Marina tras comprobar, una vez más, lo bien que seguían funcionando en la cama. ¿Cómo de insólito es que te dejen tras un polvo?

—¿Qué narices has hecho?

Emily le pidió explicaciones y ella bufó antes de echarse hacia atrás en la silla y cruzarse de brazos, tomando así una posición totalmente a la defensiva porque estaba empezando a sentirse atacada con sus palabras.

—No he hecho nada.

—¿Entonces?

Su compañera de escena insistió y ella tomó aire y lo soltó lentamente antes de verbalizar lo ocurrido.

—Es lo de siempre.

—¿Lo de siempre? —cuestionó su amiga.

—Quería presentarme a su familia y formalizar la relación —aclaró—. Ya sabes, esas cosas tan aburridas e innecesarias.

—Aburridas e innecesarias —repitió Emily a media voz antes de ver cómo daba un sorbo a su bebida y ella asintió con la cabeza—. Lleváis más de un año y...

—¿Y? ¿Qué pasa con eso? —cuestionó adelantándose a cualquier argumentación.

—Que igual es el momento de dar ese paso —sentenció su amiga—. Yo conozco a la familia de Lena y ella a la mía.

—Claro, porque vuestras familias no viven en la ciudad —señaló—. Yo tendría que soportar reuniones y comidas y todas esas cosas típicas que se hacen en familia.

Clavó la mirada en el gesto de Emily y le sorprendió ver su cara de asombro, parecía que la había dejado fuera de juego.

—¿Por qué no me cuentas cuál es el problema de verdad?

Emily le lanzó una nueva pregunta y se apoyó en la mesa con los brazos para hacer que la distancia entre ellas fuera menor. Aguantó su mirada unos largos segundos para intentar buscar las palabras adecuadas y acabó resoplando sonoramente, haciendo que la mirada de su amiga se clavase en ella con más intensidad.

—¿Estás segura de que quieres estar toda tu vida con Lena? —soltó y el ceño de Emily se frunció rápidamente.

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Estás segura de ello? —insistió.

—Sí, claro.

—Pues yo no estoy segura de querer estar toda mi vida con la misma mujer.

Confesó al fin el motivo de sus idas y venidas y su amiga abrió la boca con la intención de querer decir algo, pero acabó cerrándola sin decir una sola palabra. Ese gesto le dejaba bastante claro que no había esperado algo así.

—No sé si Marina es mi persona —reformuló sus palabras para que su confesión no sonase tan brusca y directa mientras los ojos de Emily seguían clavados en los suyos—. ¿Cómo se sabe eso?

—No lo sé. Supongo que lo sabes y punto.

—Déjame decirte que no estás siendo de ayuda.

—Déjame decirte que no esperaba algo así —confesó su amiga—. Me ha pillado totalmente por sorpresa. Pensaba que vuestras rupturas eran por roces y falta de entendimiento. No sé, lo típico —le aseguró.

Agachó la vista para tomar algo de distancia y resopló sonoramente antes de volver a cruzarse con la mirada de Emily.

—Esto de los sentimientos es una mierda —aseguró.

—No es fácil, no. Nos hace cometer grandes cagadas.

—¿Crees que la estoy cagando? —cuestionó.

—Posiblemente —aseguró Emily—. Pero si no estás segura de vuestra relación, creo que lo mejor es que estéis separadas.

Se le humedecieron los ojos de forma instantánea con esas palabras y tuvo que hacerse la fuerte para no soltar una lágrima. Y no es que tuviera miedo o sintiera vergüenza por llorar delante de su amiga, no sería la primera vez que pasase, pero aún tenía que enfrentar lo que acababa de pasar en su vida sentimental y no tenía idea de en qué podría acabar la manifestación de sus sentimientos cuando todo explotase.

\*\*\*\*\*

Dio unos golpecitos sobre la barra de la cafetería mientras veía cómo Emily preparaba su pedido y comprobó el móvil para ver si tenía alguna noticia de Lena. Su amiga esa mañana estaba realizando una entrevista fuera de las oficinas y le aseguró que estaría de vuelta para tomarse su tradicional café, pero aún no había dado señales de vida y empezaba a pensar que iba a pasar el descanso sola.

—¿Sabes algo de Lena? —preguntó a Emily directamente en cuanto la tuvo delante con su bebida.

La observó sacarse el móvil del bolsillo trasero del pantalón y negar con la cabeza tras comprobar la pantalla unos segundos.

—Tenía una entrevista con alguien.

—Sí, eso lo sé. Pero me dijo que estaría aquí para el café —aclaró.

—Sé que no es lo mismo, pero igual te sirvo yo.

En un primer momento sonrió, pero luego frunció un poco el ceño al darse cuenta de que había algo detrás de esa frase.

—¿Lo sabes?

—Sara me lo contó ayer.

Asintió y se tomó su tiempo para echarle azúcar al café. No era la primera vez que Sara y ella estaban en una situación parecida, pero ahora era diferente. Ahora fue decisión suya. No se sentía con las fuerzas necesarias de tener que pasar de nuevo por un torbellino de emociones cuando Sara se bloquease y no supiera enfrentar el siguiente paso en la relación. Así que prefirió tomar las riendas por mucho que le doliese.

Alzó el rostro para volver a mirar a su compañera de conversación y, al hacerlo y ver su gesto, descubrió que Lena estaba a pocos pasos de llegar hasta ellas. Sólo la miraba así a ella y a su amiga le pasaba exactamente igual. Año y medio después seguían mirándose como el primer día. Envidiable.

—Lo siento —dijo Lena en cuanto la sintió a su lado—. Hay un tráfico de la hostia porque un grupo de personas ha decidido reunirse en mitad de la carretera para manifestar que nos están ocultando información sobre la vida extraterrestre.

—Muy de lunes —aseguró.

—Muy de lunes —repitió su amiga y la observó agarrar con cariño la mano de Emily.

Llevaban tiempo juntas y, aunque se demostraban afecto a cada momento, también eran muy prudentes y preferían guardar las distancias en algunos espacios públicos. Dio un sorbo a su bebida en lo que la pareja comentaba algo y, segundos después, Emily se giró para ir a prepararle el café a Lena.

—¿Cómo estás? —le preguntó su amiga sin andarse con rodeos y sus miradas conectaron.

—Supongo que Emily te lo ha contado —contestó con una triste media sonrisa, sabiendo perfectamente que se refería al fin de su relación con Sara—. Estoy bien —aseguró con toda la seguridad que pudo reunir en ese preciso momento.

—No tienes que hacerte la fuerte conmigo —aseguró Lena.

Forzó una sonrisa y le apartó la mirada para dar otro trago a su café.

—En serio, habla conmigo. Somos amigas —le insistió su compañera.

—No tengo nada que decir —señaló y se fijó en cómo su ceño se frunció de forma inmediata.

—¿No tienes nada que decir? —cuestionó Lena—. Has cortado con Sara —le recordó—. Era tu relación más larga desde...

—Desde que Lucía me dejó.

Cortó su frase para ahorrarle tiempo y la vio asentir. Lena y ella no llevaban siendo amigas toda la vida, su relación se gestó cuando entró a trabajar en la revista unos años atrás pero, aún así, sabían mucho la una de la otra. Se convirtieron en confidentes y compañeras de aventuras en un parpadeo y, en la actualidad, sabía que no encontraría a alguien como ella.

Emily apareció de nuevo en su campo de visión, dejó el café de su amiga y se marchó disculpándose, ya que la cafetería estaba en hora punta y aquella barra necesitaba todas las manos posibles disponibles.

—Estoy bien, de verdad —insistió al sentir el escrutinio de Lena clavado en ella—. Creo que era el único paso que tenía que dar. Ella no estaba dispuesta a avanzar y yo estaba cansada de estar estancada —aclaró y algo dentro de ella se rompió un poco más.

Pensarlo era una cosa, pero verbalizarlo era totalmente distinto. Aún necesitaría tiempo

para acostumbrarse, aunque por su mente ya había pasado un par de veces la idea de que, debido a la indecisión de Sara, su relación no llevaría a ningún lado.

—Si necesitas cualquier cosa, estoy aquí —aseguró Lena mientras posaba una mano sobre su hombro, acentuando así sus palabras y dándole más peso a su intención.

—Lo sé —señaló antes de soltar un pequeño suspiro—. De verdad que lo sé.

—Cualquier día, a cualquier hora y en cualquier momento.

Su amiga insistió provocando que, en toda la mañana, una pequeña sonrisa sincera se dibujase en sus labios.

—¿También cuando estés echando un polvo con Emily?

—Bueno ahí igual te hago esperar un poco —contestó Lena.

Bromeó para romper con la intensidad de la conversación y porque necesitaba un respiro. Se había pasado toda la noche pensando en que igual la mejor opción hubiese sido la de mantener la boca cerrada. Ahora no estaría tan triste y tan lejos de Sara. Se enderezó tras dar el último sorbo a su café, soltó un «tenemos que trabajar» y se volvió a escapar otra sonrisa cuando Lena respondió con un «maldita vida adulta» antes de beberse su cafeína de un solo trago y unirse a su paso.

## 2

Le dedicó una sonrisa a Emily en cuanto la vio al final de la barra y eso fue suficiente para hacerle entender a su amiga que la atendería en cuanto acabase de servir el batido que estaba preparando a un cliente. Se dio algo de prisa para acabar cuanto antes porque empezaba a necesitar un respiro y sabía que su visita le vendría bien para terminar de afrontar el resto de la dura e intensa jornada laboral.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó con una sonrisa nada más llegar a su alcance.

—Estaba aburrida en casa —contestó Emily sin más.

—Eso de que tengas las tardes libres empieza a darme mucha envidia —aseguró—. ¿Quieres que te sirva algo? Puedo tomarme unos minutos de descanso.

—Ya me he tomado el café —dijo su amiga, rechazando limpiamente su propuesta—. Pero puedes tomarte el descanso igual.

Sonrió con su aportación y comprobó que su compañera de trabajo no necesitaba su ayuda en ese momento para dedicarle unos minutos en exclusiva a Emily. Salió de la barra y se sentó justo en el taburete que había a su lado.

—Si estás tan aburrida en casa puedo hablar con mi jefe para que te contrate unas horas por la tarde —bromeó.

—Pues igual me vendría bien porque empiezo a sentirme bastante agobiada. Nunca he tenido tanto tiempo libre en mi vida adulta —le aclaró.

—Ni de coña vas a meterte en otra maldita cafetería, bastante tienes con servir en la de la revista —aseguró convencida—. Date algo más de tiempo. No puedes rendirte. Seguro que aparece algo para lo que has estado preparándote estos años.

—¿Tú crees? —cuestionó Emily y ella asintió muy convencida.

La observó resoplar y echarse el pelo hacia atrás antes de que sus ojos se clavasen en los suyos. Ambas sabían que no había ido a verla porque estaba aburrida en casa. Había algo más. Estaba segura.

—¿Cómo estás?

Su amiga por fin soltó el verdadero motivo de su visita y ella acabó sonriendo con un deje de tristeza.

—Perfectamente.

—Hablo en serio, Sara.

—Y yo —añadió con rapidez—. Mi relación con Marina no ha cuajado, ya está. La vida sigue. No pasa nada.

—¿No pasa nada? —cuestionó Emily bastante incrédula—. Según tus propias palabras Marina era la mujer más guapa del universo y tu media naranja.

—¿Mi media naranja? Estoy segura de que nunca dije algo así. Eso es de cursis.

Intentó bromear, para así refugiarse un poco en el humor, pero el gesto fruncido de su amiga le dejó ver que su postura estaba causándole algo de confusión.

—No sé cómo te tomas esto en broma —argumentó su compañera de conversación.

—¿Qué quieres que haga? —cuestionó a la defensiva—. No ha funcionado. Siguiendo página —sentenció—. O mejor dicho, siguiente libro.

Se fijó en su gesto y en ver cómo negaba con el rostro mientras su cabeza intentaba buscar las palabras adecuadas para dejar clara su postura de una vez por todas y que la creyese.

No pretendía estar arrastrando el momento ruptura por más tiempo. Las cosas se superan y fin.

—Igual deberías hablar con ella —sugirió Emily.

—¿Para qué?

—¿Para arreglar las cosas? —cuestionó su amiga.

—¿Es que no me has escuchado?

—Sí. Y me parece increíble que hayas tomado la decisión de no hacer nada cuando fuiste tan pesada conmigo cuando pensaba que era mejor no estar con Lena.

—Era diferente —señaló—. Tus miedos e inseguridades no te dejaban ver que sí merecías a Lena y que debías darle una oportunidad. En cambio, yo no estoy convencida de pasar toda mi vida con la misma persona —aclaró—. Es bastante simple de comprender.

La mirada de su amiga seguía pendiente de ella, pero ahora, tras su discurso, parecía haberse quedado sin nada con lo que argumentar en su contra. No esperaba que la entendiese ni la comprendiese, sólo que respetase su decisión.

—Espero no tener que decir que te lo dije.

—Esa frase suele ser mía —señaló tomándose la advertencia con naturalidad—. Y ahora, tómate algo. Yo invito.

Se bajó del taburete tras dar un ligero apretón en el hombro de su amiga y se encaminó hacia la barra para servirle algo y dejar así la conversación. No necesitaba que nadie le dijese qué tenía o debía hacer. Era lo suficiente mayor para saber lo que hacía.

\*\*\*\*\*

Esa mañana llegó un poco antes al trabajo porque su cabeza decidió, durante toda la noche, recrear una y otra vez la última escena vivida con Sara. Así que optó por empezar la jornada laboral antes para intentar mantenerse entretenida. Sabía que le costaría superar la relación porque nunca sintió tal conexión con nadie y su mente no paraba de recordárselo como si estuviera viviendo un maldito y agobiante castigo. ¿Estaría Sara pasando por lo mismo? ¿Sus recuerdos juntas también estaban invadiendo su día? Negó con la cabeza porque necesitaba alejarse de todo eso y no caer en la tentación de coger el móvil y llamarla o ir en busca de ella directamente. Había tomado una decisión y debía aceptar que Sara no iba a volver, ya que ambas tenían bastante clara su postura.

—Emily me ha dicho que ya estabas aquí.

Apartó la vista de la pantalla un segundo y observó que, de repente, ya no estaba sola. Lena caminaba hacia su escritorio con paso decidido y con el maletín, sinónimo de que acababa de llegar a las oficinas y de que ni siquiera había pasado aún por su despacho.

—Me he tomado un café antes de subir —aclaró y el ceño de su amiga se frunció mientras veía como tomaba asiento justo frente a ella.

—Eso no es propio de ti.

—Ambas somos amantes del café.

—Sabes perfectamente de lo que hablo.

Le mantuvo la mirada unos largos segundos y acabó echándose hacia atrás en la silla para mantener una postura más relajada.

—No he dormido bien —confesó.

—¿Es por Sara? —cuestionó Lena.

—Es por Sara.

Lo afirmó sin andarse con rodeos y, al ver algo de tristeza en el rostro de su amiga, alzó la mano en señal de que no debía seguir por ahí. Ese no era el camino.

—Sólo necesito algo de tiempo —apuntó.

—¿Quieres que hable con ella?

—¿Para qué vas a hablar con ella? —cuestionó sin poder ocultar una pequeña sonrisa en los labios—. No eres experta en términos amorosos —le recordó.

—Y aún así tengo a la chica.

Asintió con la cabeza sin perder la sonrisa mientras Lena la miraba bastante orgullosa. Y sí, era cierto. A su amiga le costó bastante acercarse a Emily y lo consiguió tras un largo visionado de películas, que ella consideró que le ayudarían, y mucha insistencia. Demasiada para su gusto. Pero finalmente consiguió a la chica. Bastante admirable si pensaba en lo mal que se le daba el bello arte del cortejo.

—Pero en serio, puedo hablar con ella —insistió su amiga.

—No hay nada que hablar —dijo con toda la seguridad que pudo encontrar—. Hemos tomado una decisión y ya está.

—Si hubiese tenido tu actitud de mierda, Emily y yo no estaríamos juntas.

—¿Tengo que recordarte que, a pesar de que Emily aclarase que no tenía nada con su ex, decidiste que la mejor decisión sería la de salir de fiesta y no hacer caso de lo que te estaba diciendo? —cuestionó con una ceja alzada.

—Es posible que necesite que Emily diese el paso y apostase por nosotras.

—Pues es posible que yo también necesite eso.

Aclaró su postura y el gesto de su amiga se relajó al comprender que estaban en la misma situación.

—Aunque creo que Sara no será mi Emily —confesó con cierto pesar.

—No digas eso.

—Emily tenía dudas, pero estuvo ahí.

—¿No recuerdas que cortó conmigo? —le preguntó Lena en un intento de derribar su teoría.

—Una vez —contestó rápidamente—. Sara ha cortado conmigo en variadas ocasiones hasta que he sido yo la que ha puesto punto y final.

Se fijó en cómo Lena abrió la boca para decir algo, pero acabó cerrándola sin soltar una sola palabra. Había poco que decir tras su argumentación. No había fisuras. Era la realidad.

—No quiero tener que volver a repetir que estoy bien —aclaró—. Repito, sólo necesito tiempo y mantener la cabeza ocupada. Igual es el momento de volver al gimnasio. ¿Te apuntas conmigo?

—¿Al gimnasio? —cuestionó su amiga horrorizada—. ¿Qué se me ha perdido en ese centro de tortura?

—Me dijiste que estarías para mí en cualquier momento —argumentó.

—No me lo estarás pidiendo en serio —dijo Lena y ella asintió con la cabeza—. ¿Qué necesidad tengo de ponerme a sudar?

—¿Acaso dejas que Emily lo haga todo en la cama? —preguntó de forma burlona.

—¿Qué necesidad tengo de ponerme a sudar sin orgasmos?

Su amiga rectificó la pregunta y ambas acabaron sonriendo.

—Te mandaré la dirección del gimnasio —dijo antes de enderezarse para volver a la pantalla del ordenador.

—No me jodas, Marina —replicó su amiga, haciéndole sonreír—. ¿No hay otra opción? —preguntó y ella negó con la cabeza—. ¿Por qué no nos apuntamos a clases de hacer cosas con arcilla?

Giró el rostro para encontrarse con su mirada y le alzó una ceja, dándole así a entender

que ya había tomado una decisión y que su propuesta estaba totalmente descartada.

—Piénsalo. No sudaremos y tendremos unos bonitos ceniceros —argumentó Lena.

—Ninguna de las dos fumamos.

—Pues serán unos bonitos pisapapeles.

Se fijó en su radiante sonrisa, como si ese gesto fuese a convencerla de algo. Igual con Emily le funcionaba, pero no con ella. Desde luego que no.

—Pillaré plaza para empezar cuanto antes —dijo—. Lo digo para que vayas haciéndote con la ropa adecuada.

Empezó a teclear para dar por finalizada la conversación y observó, por el rabillo del ojo, cómo su amiga se mentalizaba del paso que iba a tener que dar. Sonrió tras escuchar un «está bien, iremos al maldito gimnasio» y su sonrisa aumentó al observarla abandonar su despacho y pensar en todas las veces en las que Lena saltó con ella. Sus vidas se cruzaron unos años atrás y, aunque había tenido amistades antes que ella, podía asegurar que en la morena había encontrado esa amistad que acaba convirtiéndose en familia.

\*\*\*\*\*

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó al verse delante de una tienda de deportes.

—No lo tengo muy claro. Lena me ha pedido que la acompañe a comprar unas cosas tras enviarme esta ubicación —contestó Emily a su lado—. Créeme, yo también estoy bastante desconcertada. No sé qué hacemos aquí.

—Es mi tarde libre —le recordó—. Espero no arrepentirme de haber quedado contigo.

—¿Acaso tenías algo mejor que hacer? —soltó su amiga y ella se cruzó de brazos totalmente a la defensiva—. Ya veo, ya —dijo sonriente.

Se quedó callada y la observó mientras miraba el móvil, seguramente había recibido un mensaje de Lena, ya que esa cara sólo la ponía cuando algo estaba relacionado con ella. Y sí, de cierta manera le daba algo de envidia. Había encontrado a una mujer que de verdad valía la pena tras haber sufrido una complicada relación previa. Una grata recompensa increíblemente guapa que caminaba hacia ellas y que dejaba a más de una y uno sin aliento a su paso. Le dedicó una agradable sonrisa, tras besar a Emily, y ella se la devolvió. ¿Cómo de extraño era seguir manteniendo una relación con la mejor amiga de Marina? Pero, ¿qué iba a hacer? Era la novia de Emily y, además, Lena se había hecho un hueco también en su vida. No podía tirar todo eso a la basura y hacerlo desaparecer como si no hubiese pasado nada.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Emily directamente a su novia.

Lena cambió el centro de atención y, durante unos segundos, la miró a ella. Algo que no entendió hasta que contestó la pregunta.

—Voy a apuntarme al gimnasio con Marina.

—¿Al gimnasio? ¿Tú? —cuestionó Emily.

—Eso mismo pienso yo —respondió Lena—. Pero no he podido negarme —aclaró—. De todas formas creo que puedo ocuparme yo de todo esto —dijo señalando la puerta de la tienda—. Es mejor que aprovechéis lo que queda de tarde en otras cosas —apuntó antes de coger la mano de su novia y darle un beso.

Emily la miró a ella tras esas palabras y sintió, de golpe, la presión de tener que tomar la decisión. ¿Quería pasar lo que le quedaba de tarde libre en una tienda de deportes? Pues no era algo que le entusiasmase mucho, la verdad. Pero, por otra parte, no quería apartar a su amiga de su novia y ella tampoco quería quedarse sola porque, durante todo el día, estuvo pensando en Marina y en si hubiese sido mejor tomar otra decisión o en si aún tenía la opción y posibilidad de hablar con ella y solucionar las cosas. Aunque luego pensaba en que no se sentía preparada para

atarse de por vida a alguien y todo pensamiento de retorno quedaba en el fondo de su mente.

—Emily no tiene nada mejor que hacer, así que te acompañaremos —argumentó haciendo sonreír a su amiga.

A Lena se le iluminó la cara y ella acabó sonriendo en cuanto la pareja se giró para adentrarse en la tienda. Aunque era cierto que había algo que rondaba por su cabeza, no sabía cómo actuarían ahora delante de ella porque la mayoría de las veces que habían quedado lo habían hecho las cuatro juntas y ahora eran un trío. Pensó en rectificar su decisión y marcharse con alguna tonta excusa, pero volvía a lo de que no quería estar sola para no tener que dedicarle toda su atención a los momentos vividos con Marina y acabó aceptando su decisión uniéndose al paso de la pareja.

—He estado mirando una lista de cosas que se necesitan para empezar el gimnasio y creo que...

—Espera, ¿qué? —dijo cortando las palabras de Lena—. ¿Has mirado una lista para ver qué tienes que comprar? —cuestionó y se fijó en su mirada confusa—. Tu novia es muy rara —dijo directamente a Emily.

—Soy una mujer precavida —argumentó Lena poniendo los brazos en jarra.

—Coge una cestita de esas.

Señaló la zona en la que estaban y Lena obedeció inmediatamente mientras la veía decir algo en voz baja.

—No te metas tanto con ella —le pidió Emily.

—¿Por qué? —cuestionó poniendo una mueca graciosa—. Es divertidísimo y forma parte de nuestra relación —argumentó—. No puedes poner barreras a nuestro amor, ¿verdad?

Lanzó la pregunta en cuanto Lena llegó a ellas y sonrió al ver que fruncía el ceño sin entender qué estaba pasando.

—Vamos a mirar la ropa deportiva —dijo Emily, rompiendo con el momento y tomando las riendas—. ¿Qué colores prefieres? ¿Básicos? ¿Llamativos? —preguntó mirando directamente a su novia.

—¿Qué color me quedaría mejor?

Sonrió ante la contestación de Lena y se sentó en un pequeño banco mientras veía cómo escogían unas cuantas prendas para que la morena se las probase. Si la situación fuese diferente, Marina estaría sentada a su lado o probándose ropa junto a Lena para que ella y Emily les dieran el visto bueno.

—Le he dado ropa para que esté entretenida un rato —dijo su amiga tras aparecer de golpe en su campo de visión y sentarse junto a ella—. Así podemos hablar nosotras solas.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo que quieras contarme?

Intentó desviar el foco de atención, pero sabía perfectamente que Emily tenía un objetivo claro; hablar de cómo estaba llevando la ruptura con Marina.

—Creo que eres lo suficientemente lista para saber de qué tenemos que hablar —argumentó su amiga.

—Pues me da una pereza terrible hablar del tema —aseguró.

—La Sara que conozco es directa y no tiene miedo a hablar.

—¿Y no estoy siendo directa? —cuestionó.

—Pero tienes miedo a hablar.

Le apartó la mirada y negó con la cabeza. Seguía siendo directa, en eso se basaba parte de su personalidad. Y no. No tenía miedo a hablar. Pero, ¿qué más quería saber? Ambas habían pasado por rupturas y sabían el proceso por el que tenía que pasar.

—¿Qué tal me queda?

Lena soltó la pregunta tras aparecer en escena y ella agradeció internamente el gesto porque, sin saberlo, le estaba dando un respiro al cuestionario de su amiga.

—¿Por qué fucsia? —preguntó al ver el color elegido para su primera prueba de vestuario.

—Está de moda. Ya sabes, por Barbie —contestó Lena con toda la naturalidad del mundo y provocó que sonriera con bastante fuerza—. ¿Qué te parece? —preguntó directamente a su novia.

—¿Por qué no te pruebas todos los conjuntos y luego decidimos? —respondió Emily sin querer darle un veredicto y acto seguido volvieron a quedarse a solas—. Esa elección ha sido suya. No me juzgues.

—No te juzgo —aclaró—. Además, tiene una suerte increíble. A la muy desgraciada le queda todo bien.

Provocó que su amiga sonriera y volvió a encontrarse con su mirada. Sabía que Emily estaba esperando más detalles de su situación emocional y que no dejaría el tema hasta quedar satisfecha.

—No tienes que preocuparte por mí —aseguró—. Estaré bien.

—Así que no estás bien —señaló Emily.

—Es complicado.

—Explícate.

Su compañera insistió y ella bufó antes de pensar en qué responderle.

—No somos novatas en esto —dijo y el ceño de Emily se frunció—. Ambas hemos pasado por rupturas —verbalizó sus pensamientos y la observó asentir—. Ahora sólo tengo que acostumbrarme a estar sin ella.

Las últimas palabras las pronunció con un nudo en la garganta y tuvo que apartarle la mirada porque empezó a sentir una ligera emoción por el cuerpo. El primer día de ruptura lo sobrellevó mucho mejor. Quizás porque todo estaba demasiado fresco y aún parecía poco creíble. Pero ahora la realidad se dibujaba delante de ella de forma diferente. Una en la que todo estaba resquebrajado y fuera de lugar. ¿Cómo era posible que una sola persona ocasionase tal desorden en su vida?

—¿Qué tal en negro?

Lena volvió a aparecer delante de ellas, rescatándola de nuevo.

—Mucho mejor —aseguró recuperando su voz—. Te hace jodidamente sexy.

—¿De verdad? —preguntó Lena echándose un vistazo general.

Asintió con la cabeza y Emily imitó su gesto cuando su novia buscó su aprobación.

—Entonces me los llevo todos de color negro —aseguró Lena.

—No seas aburrida e innova un poco —protestó Emily—. Ve y pruébate más colores.

No le hicieron falta más palabras para saber que su amiga estaba intentando conseguir más tiempo entre ellas para seguir con la conversación. A ese paso la pobre de Lena acabaría probándose toda la tienda.

—¿Cómo pretendes llevar ahora nuestros encuentros?

Miró a su amiga confundida tras esa pregunta y esperó a que se explicase mejor.

—¿Qué vas a hacer cuando Marina se apunte a nuestros planes?

—¿Debo de hacer algo? —cuestionó—. Creo que, después de tanto tiempo, todas somos amigas. Y es posible que Marina y yo también lo seamos en un futuro —aseguró—. No voy a limitar mis quedadas con vosotras y espero que ella piense igual. Además, no tengo ningún

problema en encontrarme con ella.

—¿Estás segura de eso?

—Segurísima —confirmó totalmente convencida.

—Genial.

—¿Por qué noto cierta ironía? —cuestionó.

—Por nada —aclaró Emily—. Pero te recuerdo que en dos semanas es la fiesta de disfraces en el Arkadia e íbamos a ir las cuatro juntas —le recordó—. Lo digo por si quieres mentalizarte.

Le mantuvo la mirada todo lo que pudo para hacerle ver, de esa forma, la seguridad que sus palabras habían querido transmitir. Pero la realidad era bien distinta. En su cabeza resonó un «me cago en la puta» y hasta notó un pequeño hormigueo atravesando gran parte de su sistema. Tenía dos semanas para hacerle ver a su mente y a su corazón que todo estaba bien, aunque también tenía la opción de levantar un muro de piedra y fingir que nada le importaba.

### 3

Aumentó el ritmo de la cinta de correr y se concentró en repetir mentalmente la letra de la canción que sonaba a través de sus auriculares. Había tenido la brillante, o no tan brillante idea, de apuntarse al gimnasio para así mantener su mente ocupada. Pero no estaba funcionando. Los recuerdos de su relación con Sara volvían una y otra vez y, a cada metro que recorría, la frustración aumentaba. Subió un nivel más de velocidad y, aunque sus piernas le gritaban que ya había tenido suficiente, no se detuvo. El sudor perlaba su frente y era consciente de que al siguiente día tendría un dolor brutal en cada uno de los músculos. Pero tampoco le importaba. Quería agotarse todo lo posible porque, aunque le era imposible olvidarse de Sara, tenía la posibilidad de llegar a casa y caer rendida. Con suerte sería la primera noche que conseguiría descansar desde que la relación se rompió.

Unos minutos después tuvo que detener el ejercicio porque se llevó un susto al perder, durante un segundo, la estabilidad. Quería que su cuerpo se rindiese, pero tampoco estaba dispuesta a hacer el ridículo el primer día en el gimnasio.

Se paró junto a la máquina, se secó el sudor y bebió algo de agua. Comprobó en el móvil que Lena le había mandado un mensaje diciéndole que ya estaba allí, pero hizo un barrido visual por el lugar y no la vio. Le contestó para saber exactamente dónde estaba. Igual la muy idiota se había metido en una clase programada rodeada de gente que llevaba tiempo practicando la misma actividad. Y ella no tenía mucho fondo, pero lo de su amiga era aún peor. Sería muy divertido verla salir totalmente agotada tras un entreno de ese calibre.

Esperó unos segundos más y, al no recibir respuesta, dio por terminada la sesión de actividad física. Había rotado por algunas máquinas y aún estaba pensando si sería bueno dedicar, en los próximos días, algo de tiempo a las pesas. No le llamaba mucho la atención y parecía jodidamente aburrido estar levantando peso.

Se dirigió a la zona de las taquillas y, aunque llevaba en la mochila todo lo necesario para darse una ducha ahí mismo y cambiarse, decidió que lo dejaría para cuando se familiarizase un poco más con el ambiente. Por el momento prefería dedicar esas acciones a la intimidad de su hogar.

Volvió a mirar el móvil y se encontró con la respuesta de Lena. Cerró los ojos y suspiró sonoramente después de leer el mensaje y se guardó el móvil para ir a su encuentro.

—Mirad chicos, esta es mi amiga Marina —dijo Lena en cuanto la tuvo delante, presentándole así a sus compañeros de conversación—. Ellos son Julián y Marcos.

Sonrió amablemente y recibió la mano de ambos. Julián, el más alto, era rubio y con ojos castaños. Y Marcos, algo más bajito, tenía el pelo negro y con los ojos del mismo color.

—Es bueno ver gente nueva por aquí —aseguró el rubio—. Las personas son un poco antipáticas en este sitio.

—Hemos tenido más conversación con Lena esta tarde que con cualquier otra persona del gimnasio en los dos años que llevamos aquí —comentó Marcos.

—Igual nos hemos equivocado de gimnasio —apuntó para bromear.

—A tiempo estamos de apuntarnos a cerámica —dijo su amiga, haciendo que todos sonrieran—. Es verdad. Es más, deberíamos irnos todos de aquí y convertirnos en artistas.

Alzó una ceja para hacerle ver que no estaba dispuesta a realizar ese cambio.

—Creo que nosotros ya nos vamos —comentó Julián tras comprobar su reloj y dar el

último trago a su refresco—. Por ahí viene nuestra compañera de aventuras.

Giró el rostro, siguiendo el camino imaginario que su mano dibujó, y al hacerlo descubrió a una chica muy sonriente y bastante llamativa caminando hacia ellos. Era pelirroja, tenía el pelo largo, pero lo llevaba recogido en una coleta alta, y su cuerpo le indicaba que llevaba bastante tiempo invertido en aquel gimnasio.

—Celia, ellas son Lena y Marina.

Marcos las presentó y ambas sonrieron. Frunció el ceño cuando Lena la miró de arriba abajo y le extrañó muchísimo aquel escrutinio porque, desde que Emily llegó a su vida, no la había visto hacer tal cosa.

—No dudéis en buscarnos si cualquier día queréis entrenar con nosotros —comentó Julián—. Ahora nos toca sudar un rato. Ha sido un placer.

Les dedicó una nueva sonrisa a los tres por igual y, en cuanto se fueron, ocupó el espacio que los chicos dejaron junto a la barra.

—¿Qué demonios te pasa? —cuestionó tras dejar la mochila en el taburete y Lena la miró algo desconcertada—. ¿Esta es tu idea de venir al gimnasio? —preguntó y la muy tonta empezó a sonreír—. Pues déjame decirte que no funciona así. Quedarte en la cafetería no sirve de nada.

La observó rodar los ojos y hasta optó por acomodarse mejor sentándose en uno de los taburetes que había junto a la barra.

—Yo lo he intentado, ¿vale? —soltó su amiga—. Pero he entrado por la puerta y me he dado cuenta de que no he traído agua. Así que le he preguntado a un chico si tenían las típicas máquinas expendedoras y me ha contado que tenían cafetería. Al llegar me he encontrado con Julián y Marcos, que son extremadamente simpáticos, y bueno, el resto ya es historia —explicó—. Me he esforzado —aseguró—. ¿Cuántas veces me has visto con ropa deportiva?

—La verdad es que es la primera vez —contestó y se tomó unos segundos para analizarla de los pies a la cabeza—. ¿Es todo nuevo?

—Absolutamente todo —respondió Lena rápidamente—. Hasta me he comprado un reloj de estos tan feos que marcan las pulsaciones y las calorías que quemas —dijo enseñandoselo.

—De poco te va a servir si tu idea es quedarte en la cafetería.

—Uy, qué pesada —se quejó su amiga—. Sólo ha sido hoy —recalcó—. Además, gracias a mis dotes sociales ya tenemos gente a la que poder preguntar cualquier duda. Porque déjame decirte que yo no tengo idea ni de coger una pesa.

No quería darle el gusto, pero acabó sonriendo con sus palabras y lanzó un pequeño suspiro antes de pedirle una bebida al camarero.

—De nada te va a servir venir al gimnasio si luego pasas por la cafetería a tomarte una bebida azucarada —comentó Lena, provocando que sus miradas se encontrasen de nuevo.

—Cállate —le espetó.

Su amiga hizo un movimiento con la mano como para cerrar de forma imaginaria una cremallera en sus labios y ella dio un trago a su refresco. Era consciente de que tenía razón, pero ella al menos había hecho el esfuerzo de quemar unas cuantas calorías. Además, ese no era su objetivo. Su objetivo era el de intentar mantener controlados los recuerdos de Sara.

—Por cierto, ¿qué ha sido ese reconocimiento que le has hecho a la amiga de los chicos?

—Joder, ¿la has visto?

—Igual a Emily no le hace mucha gracia tu efusividad.

—¿Qué dices? —cuestionó su amiga y ella la miró con gesto cómplice—. Olvida lo que estás pensando. No hablo en ese sentido. Tiene músculos que ni siquiera sé que existen —aclaró.

—La verdad es que ha sido bastante impresionante —coincidió.

—Demasiado. ¿Cuánto tiempo llevará entrenando?

—Más que tú seguro.

—Imbécil.

Lena la insultó y ella sonrió como respuesta. Su amiga terminó su café y ella acabó de un sorbo también con su bebida. Recogió su mochila, observó que su compañera imitaba su gesto y, sin decir una sola palabra, ambas comprendieron que el primer día en el gimnasio había finalizado.

—¿Cuándo repetimos? —le preguntó Lena en la puerta, justo después de salir del lugar.

—Te veo con ganas de volver a sudar —bromeó.

—Oye para ya —exigió su amiga—. Lo he pillado. Hoy no he cumplido. Ya está.

Lena le clavó la mirada y se cruzó de brazos para hacer que sus palabras tuvieran más peso, pero no causó tal efecto en ella. Sólo consiguió que una nueva sonrisa apareciese en sus labios. El ejercicio no había conseguido que dejase de pensar en Sara, pero sí lo hizo el momento compartido con su amiga.

—Gracias —soltó y Lena la miró algo confusa antes de recibir un papel publicitario de un joven repartidor.

—¿Gracias? —cuestionó su amiga.

—¿Qué te han dado? —preguntó y le arrebató el papel de las manos—. ¿Han abierto una tienda de adornos navideños? —comentó incrédula—. ¿Por qué?

La observó encogerse de hombros y le devolvió la publicidad porque le interesaba bien poco

—¿Por qué me has dado las gracias? —preguntó Lena, retomando así la conversación perdida.

—Por estar —contestó sin dudar, provocando que los labios de su amiga se curvaran.

—Eres toda una sentimental.

—Mañana te quiero a las seis aquí —soltó para cambiar de tema.

—Y también una mandona.

Se giró sin decir nada más mientras la escuchaba decir algo en voz baja y se le escapó una sonrisa a pesar de todo. Sacó la llave del coche de la mochila y rezó internamente para que su idea de agotarse al máximo le sirviera para poder descansar mentalmente esa noche.

\*\*\*\*\*

Pasó el trapo sobre la barra tras quitar un par de tazas de café y caminó hasta el otro extremo para atender a un cliente habitual, un joven de unos treinta años que siempre iba acompañado de una libreta y un lápiz. Sabía que siempre tomaba lo mismo, pero le gustaba preguntar por si algún día decidía cambiar.

—¿Una manchada con leche fría? —preguntó y el chico asintió con una sonrisa—. ¿Vas a querer algo de comer?

—No, gracias.

Se dispuso a preparar su pedido y, al girar el rostro, observó que Emily entraba por la puerta del local. Le sonrió y, sólo con la mirada, le indicó que estaría con ella en unos segundos.

Le dejó el café, caminó hasta el encuentro con su amiga y se fijó en que algo no iba bien al ver su gesto de forma más detenida.

—¿Te ha pasado algo? —preguntó preocupada.

—Todo bien —le aseguró con media sonrisa—. Pero en la terraza están Lena y Marina —aclaró y los engranajes de su cabeza empezaron a funcionar, por eso la veía preocupada—. Han pasado a recogerme tras una entrevista.

—¿Y qué tal te ha ido?

Soltó la pregunta para ganar tiempo y poder recuperarse del fuerte golpe que acababa de recibir. Marina estaba a escasos metros de distancia. Sería capaz de verla a través de la cristalera con girar el rostro. Pero se contuvo porque no estaba segura de cómo podría acabar la escena. No cuando la tensión y el nerviosismo revoloteaban por cada resquicio de su sistema sin ningún tipo de control.

—Horriblemente mal —contestó Emily y ella tuvo que forzarse para entender a qué se refería, ya que sus pensamientos se habían dispersado un poco.

—Cada vez eres más positiva, increíble.

—No hay nada de positivo en ver cómo te rechazan una y otra vez —argumentó su amiga—. Pero vamos a dejar el tema porque no me apetece hundirme más.

Emily soltó esa última frase con una sonrisa forzada y fingida y ella acabó sonriendo ante su gesto.

—¿Qué vais a tomar?

—Ya nos han tomado nota fuera —contestó su amiga señalando con la cabeza hacia la terraza—. ¿Cómo te sientes estando Marina fuera?

—Directa.

—Siempre hemos sido directas entre nosotras —argumentó Emily—. ¿O prefieres que te trate entre algodones?

—Preferiría no hablar del tema —contestó.

—Eso no va a hacer que tus sentimientos y emociones desaparezcan.

—¿Desde cuándo eres mi psicóloga?

—Desde que tomas decisiones de mierda.

—Hoy estás siendo especialmente dura, ¿qué pasa? ¿No haces ejercicio por las noches con Lena?

Decidió picarla para ver si así se olvidaba de cómo podría encontrarse ella, de sus sentimientos y también de sus emociones. Pero sabía que era imposible porque ambas eran jodidamente cabezotas. Quizás por eso se entendían tan bien.

—Habló a la que le espera una sequía —comentó Emily.

—¿Quién te dice que esté en sequía? —cuestionó cruzándose de brazos.

—Así que ni una semana has tardado en acostarte con otra tras una relación de más de un año —dijo su amiga—. Intenta colarle esa mentira a otra.

Rodó los ojos e hizo un gesto con la mano para intentar quitarle importancia a su argumentación y se aguantó las ganas de replicarle porque llegaron un par de comandas y se sintió con la responsabilidad de echarle una mano a su compañero de trabajo. Preparó un par de cafés, ayudó en la cocina a que salieran un par de gofres y, nada más salir de la barra para servirlos, se cruzó con Marina que iba de camino al baño. Agachó el rostro y se escondió de su mirada porque no supo reaccionar. Justo después sintió frío recorriendo su espalda y cómo su corazón aumentaba el ritmo de sus pulsaciones. Cerró los ojos al volver a refugiarse tras la barra en un intento de controlar todo lo que estaba sintiendo. Necesitaba unos minutos para recomponerse, y eso que ni siquiera habían intercambiado palabra alguna.

Intentó ocupar la mente pasando un trapo por la barra y, de forma inevitable, alzó la vista al sentir una presencia justo frente a ella. Marina estaba delante, a escasos centímetros y mirándola con un gesto amable, y juraría que algo intranquila, mientras sentía que su garganta se iba secando a cada segundo que pasaba.

—Hola —dijo Marina de forma cordial.

Repitió el saludo y ni siquiera supo de dónde sacó el valor para mantenerle la mirada. Aunque tampoco sabía el motivo por el cual debería sentirse así. Ninguna había hecho nada malo. Simplemente tenían en mente caminos diferentes.

—¿Cómo estás?

Su pregunta la pilló totalmente fuera de juego. Esas palabras las podría esperar de Emily, pero no de ella. No de la persona implicada y, suponía, que también dolida.

—¿Cómo estás tú? —replicó y una muy sutil sonrisa apareció en los labios de Marina.

—Ha sido una muy estúpida pregunta.

Le devolvió una pequeña sonrisa para reconfortarla y, aunque su corazón seguía latiendo de forma acelerada, ella se sentía algo más relajada. Su presencia siempre la reconfortó y, aunque ya no estaban juntas, su cuerpo seguía sintiéndose igual delante de ella.

—No sé si mi presencia te molesta, pero...

—Para nada —dijo cortando rápidamente la intervención de Marina—. Jamás me molestaría —aseguró.

—Menos mal, porque tenemos amigas en común y sería una putada.

—Una gran putada —confirmó.

La observó asentir y empezó a ponerse algo nerviosa porque sabía que el fin de la conversación estaba llegando. No debería sentirse así. No cuando ellas dos ya no tenían nada. Igual se debía a que todo estaba demasiado reciente y su cuerpo y mente aún no habían asimilado su pérdida.

—Puedes venir a la cafetería siempre que quieras, no te sientas incómoda —dijo con sinceridad.

—Tú también puedes ir a la revista siempre que quieras, aunque igual no es un sitio muy apropiado para pasar el tiempo libre —bromeó Marina.

—Y menos cuando mis visitas eran prácticamente para descargar tensiones.

Le siguió la broma y se sintió muy aliviada al comprobar que ambas sonrieron a la vez. Que siguieran compartiendo ese tipo de conversaciones, después de todo, la reconfortó muchísimo, ya que, lo que menos quería, era que Marina desapareciera del todo de su vida. Habían compartido tanto que le era imposible pensar en que ya no tendrían eso nunca más.

—Supongo que ya nos veremos —dijo Marina.

—Supongo que sí.

Lo afirmó con una nueva sonrisa que se esfumó en cuanto la observó darse la vuelta para caminar de nuevo hacia la terraza y desaparecer de su campo de visión. Resopló para soltar toda la tensión acumulada. Había sido corto, pero intenso. Y se quedó con ganas de seguir compartiendo más palabras con ella. ¿Cómo iba a superar que su persona favorita ya no estuviese ahí siempre que la necesitase? ¿Cómo iba a sobrellevar el no poder ir a su piso después del trabajo para que le hiciese desaparecer cualquier mal momento o frustración? Iba a ser bastante complicado.

\*\*\*\*\*

Abrió la puerta de casa, pasó al interior y cerró con llave una vez dentro. Apoyó la cabeza y la espalda contra la madera y soltó un suspiro bastante sonoro mientras por su mente volaban escenas vividas con Sara esa misma tarde. Aceptó la propuesta de ir a tomar algo cuando Lena y Emily se lo propusieron y acabaron en la cafetería en la que Sara trabaja porque era costumbre y porque ella no pudo negarse. Sabía que le afectaría volver a verla cuando su ruptura era tan reciente, pero una parte de ella la empujó y hasta acabó rompiendo todas las barreras para armarse con el valor necesario de intercambiar unas cuantas palabras con ella. Mentiría si dijese

que no le tembló cada músculo al encontrarse de nuevo con su mirada. Y, en lo más profundo de su ser, llegó a imaginar que Sara acabaría pidiéndole volver. Pero no ocurrió y el nudo que se le formó en la garganta, tras la despedida, volvió a aparecer.

Se pasó la mano por la cara, se despegó de la puerta, dejó las llaves sobre el mueblecito de la entrada y caminó hasta su habitación. Se tiró en la cama mientras su cabeza seguía repitiendo su breve encuentro con Sara una y otra vez y resopló frustrada porque ni siquiera contaba con la ventaja de llegar cansada a casa para poder dormir porque falló a su cita con el gimnasio. Lena la convenció de ir a por un libro que llevaba esperando meses antes de recoger a Emily de una entrevista de trabajo.

Se giró sobre su lado derecho y su mirada viajó directamente a la foto que tenía sobre la mesita. En la imagen aparecían ella y Sara sonrientes con un paisaje natural precioso que encontraron en una de sus escapadas a la naturaleza. Algo que les gustaba compartir y, que sin duda, echaría de menos. Por supuesto que tenía la posibilidad de hacer esas rutas ella sola, pero no sería lo mismo y estaba segura de que sus recuerdos la atormentarían demasiado y que no iba a poder disfrutar igual. Al menos por un tiempo.

Observó su sonrisa en la imagen y en cómo le brillaban los ojos a las dos. Le parecía una locura creer que esa misma mujer, con la que tantas cosas habían compartido, rechazase dar más pasos a su lado. No sabía en qué punto sus caminos empezaron a desdibujarse, porque eso era justo lo que creía que había pasado. En un primer momento tuvieron claro que buscaban divertirse y conocerse físicamente. Le sorprendió muchísimo esa conexión que experimentaron la primera noche que se conocieron. Y, días después, ella ya supo que sería muy fácil enamorarse de Sara. Le encantaba su forma de ser. Lo directa y sincera que era. Y también su punto irónico. Y el amor, para ella, no tardó en llegar. Y no se refería a ese amor cegador por el cual la gente hace grandes locuras. Empezó a encontrar amor en sus gestos, en sus palabras, en la forma que tenían de tratarse y en cómo se respetaban y complementaban. Y ahora... Ahora eso ya no estaba. Se había esfumado por completo y ella se sentía bastante vacía.

Se apartó una lágrima y se giró para quedar mirando al techo. Seguir contemplando la imagen de ellas dos siendo tan felices no le estaba ayudando en nada. Miró de nuevo hacia la fotografía y la cogió para ponerla boca abajo y así librarse del tormento de nostalgia que estaba sintiendo. Pero su plan duró sólo unos segundos porque volvió a levantar la imagen y la puso bien. No era capaz de hacer algo así. No cuando sus sentimientos por ella seguían tan fuertes.

Sara y ella congeniaron muy rápidamente. Algo que no solía sucederle con frecuencia. Encontró en la mejor amiga del ligue de su amiga a una persona con la que encajaba bastante bien. Se entendían y buscaban de una forma altamente placentera. Y no sólo en el ámbito sexual. La amiga de Emily resultó ser todo un descubrimiento y por eso no dudó en seguir encontrándose con ella siempre que podía. Habían quedado un par de veces y las escenas finales de sus reuniones acabaron siempre con contenido no apto para menores de edad. Y no se quejaba. Desde luego que no. Pero no era lo primordial para ella. Quería conocerla mejor y seguir descubriendo lo bien que sus caminos parecían encajar. Fue por eso mismo por lo que esa noche, que Sara tenía libre, le propuso un plan diferente. Uno en el que le permitiría acercarse un poquito más a ella.

—¿Vamos a algún sitio en concreto? —preguntó Sara, captando toda su atención y atrayéndola a la realidad.

—¿Quieres ir a algún sitio?

Le devolvió la pregunta y la amiga de Emily detuvo el paso, provocando que ella también tuviera que hacerlo.

—No —respondió Sara—. Pero me acabas de confirmar que vamos sin rumbo fijo.

Sonrió ante su forma de zanjar la cuestión y, cuando su compañera se apartó el pelo hacia atrás, se permitió el lujo de observarla a conciencia. Vestía de forma casual; vaqueros, camiseta y chaqueta, pero su personalidad era tan jodidamente arrolladora que no necesitaba más para destacar.

—¿Qué tal si me invitas a un helado?

—Estaría encantada —respondió.

Siguió los pasos de Sara mientras caminaban hacia una pequeña heladería, que se encontraba a escasos metros de distancia y cuando su móvil empezó a sonar, en el bolsillo de su pantalón, lo sacó y lo silenció tras comprobar que era un mensaje de Lena pidiéndole información sobre la cita que estaba ocurriendo en ese preciso momento.

—¿Qué sabor vas a pedir?

—¿Sabor? —cuestionó Sara rápidamente—. ¿Por qué un sabor cuando puedo tener varios?

—Bien visto.

—Por supuesto —comentó su compañera tremendamente segura—. Veo que tengo mucho que enseñarte —alardeó y ella la miró con una ceja alzada, cuestionando la frase que acababa de soltar—. Y no me pongas esa cara. Ya me darás la razón con el tiempo.

Sonrió en cuanto Sara entró en la heladería y, sin saber muy bien el motivo, le encantó descubrir que quizás su compañera de velada también pensaba en que podrían tener una oportunidad. Algo que a ella, cada día, le entusiasmaba más y más. Y también era consciente de que quizás debería echar un poco el freno. Lena siempre le decía que se ilusionaba demasiado pronto y de forma muy intensa. Pero no podía remediarlo. Si alguien le interesaba, iba con todo. Igual por eso había tenido tantos fallos amorosos o quizás es que aún no había llegado la persona adecuada a su vida. Ella prefería decantarse más por esa última parte.

—No me puedo creer que te hayas pedido sólo un sabor y encima es el típico de las personas ancianas —señaló Sara en cuanto salieron del local—. Creo que aún estoy a tiempo de abandonar este barco y volverme a casa.

Agarró su mano al ver sus intenciones de querer irse, aunque sabía que lo hacía para provocarla. Tiró de ella con suavidad e hizo que sus rostros quedaran cara a cara y a pocos centímetros de distancia.

—¿Tienes algún problema con mi elección? —cuestionó.

—Obviamente, ya te lo he dicho —respondió Sara con rapidez y de forma directa.

—¿Y crees que los sabores que has elegido tú son mejores? —preguntó risueña y sin soltar su mano.

—Por supuesto —contestó su compañera—. ¿Quieres probar para darme la razón absoluta?

—¿Qué te hace pensar que quiero probar ese revoltijo de chocolates y frutas?

—Tú te lo pierdes.

Sara se encogió de hombros y ella aprovechó la bajada de guardia para acercarse a ella y besarla. No tardó nada en sentir cómo se unía a su ritmo y segundos después se tuvieron que separar al sentir que se aproximaba un grupo de personas. Contempló su sonrisa a esa escasa distancia y se perdió en ese gesto hasta que Sara le propuso adelantarse para sentarse en unos bancos que había en un parque que tenía justo frente a ellas.

—¿Cuántas parejas has tenido? —preguntó Sara.

—Directa —respondió sonriente antes de acomodarse a su lado.

Se tomó unos segundos para responder mientras tomaba un poco de helado y sintió, en todo momento, su mirada clavada en ella.

—Veo que la pregunta va en serio —comentó y Sara asintió con la cabeza—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Curiosidad.

Observó su fingido desinterés mientras probaba su bomba de azúcar y mezcla de sabores y se planteó si debía contestar y decirle la verdad. Tenía la posibilidad de negarse o de inventarse cualquier número, pero pensó que no era correcto empezar algo con una persona ocultándole información.

—Oficialmente he estado con cinco chicas.

—¿Cinco? —cuestionó Sara con rapidez, dejando ver que su desinterés era todo fachada.

—No he sido la persona más afortunada del mundo en el amor.

Respondió resignada y le apartó la mirada mientras recuerdos de sus fracasos amorosos aparecían por su mente.

—Siento si te ha molestado mi pregunta.

Sintió que se acercaba más a ella y, al alzar la mirada, observó en su rostro que decía la verdad.

—No te preocupes —comentó con sinceridad—. Pero igual esta nueva información no me deja en muy buen lugar en cuanto a lo que sea que está surgiendo entre nosotras.

—No me importa tu pasado, si eso es lo que te preocupa —señaló Sara—. A mí sólo me interesa que sigas invitándome a los helados.

Su argumentación hizo que todo su sistema se relajase por completo. Que Sara le hubiese animado y bromeado a la vez era un plus. Su último intento de relación estuvo caracterizado por demasiado drama intenso desde el minuto uno. Y no. Ni quería ni estaba dispuesta a pasar por algo así de nuevo.

—Yo he estado con dos.

Giró el rostro al escuchar las palabras de Sara y, rápidamente, entendió que hablaba de las relaciones que había tenido. Igualdad de condiciones en lo que a información se refería.

—Nada destacables, la verdad —aseguró Sara—. Así que puedes ahorrarte el cuestionario sobre ese tema y preguntar mejor por otra cosa.

—¿A qué ciudad o país te encantaría viajar?

—Menudo cambio de escenario —respondió Sara, haciéndole sonreír—. Diría que me gustaría ir a algún sitio completamente opuesto a esto —comentó—. Podría decir que quizás... La India. Sí, creo que esa es la respuesta —apuntó—. ¿Y a ti?

—Cualquier pueblecito de Italia.

—Uy, qué bohemia —bromeó su compañera—. No te pega nada.

—¿Por qué?

—Porque te ves más como una chica de ciudad —contestó Sara encogiéndose de hombros—. ¿Tienes animales? —preguntó, adelantándose y ella negó con la cabeza—. ¿Has tenido?

—De pequeña tuve un agapornis.

—¿Un agapornis?

—Es un loro pequeño.

—Sé lo que es —señaló Sara con rapidez—. Pero, ¿qué clase de mascota es esa?

—Mi madre es alérgica al pelo, así que...

—Qué infancia más triste —dijo su compañera y ella le propició un pequeño empujón que le hizo sonreír—. Yo he vivido rodeada de fauna porque mi madre siempre ha estado un poco obsesionada con rescatar animales de la calle —contó casi sin respirar—. Creo que, actualmente, tiene hasta un conejo y un erizo que duermen en la misma camita.

—¿Cuándo dices que me vas a llevar a ver esa escena?

—Echa el freno —contestó Sara con una ceja alzada—. No me seas bollera de primera y quieras conocer a mi familia, vivir juntas y adoptar un gatito en el primer mes de conocernos.

Volvió a curvar los labios en una sonrisa y ya hasta había perdido la cuenta de las veces que Sara le hizo sonreír desde que la recogió unas horas atrás. Sabía que aún tenían mucho sobre lo que hablar e interactuar para conocerse, pero sentía que iban por buen camino y ella no tenía ningún tipo de prisa.

## 5

—Entonces... ¿Todo bien?

Asintió con la cabeza a la pregunta de Lena y se concentró en no perder el ritmo en la cinta de correr.

—¿De verdad?

Alzó la ceja ante su insistencia y su amiga imitó su gesto antes de cruzarse de brazos.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué eres tan pesada? —preguntó mientras intentaba controlar la respiración a cada metro recorrido.

—Sólo me preocupo por ti.

—Pues deja de preocuparte tanto y súbete a la cinta.

Recibió una mueca por parte de Lena y la observó estirar los brazos justo a su lado, pero en suelo firme.

Llegaron a la vez al gimnasio, pero a diferencia de ella, su amiga aún no había sudado ni una gota. Y por su actitud, parecía que todo iba a seguir igual.

—¿No te vas a dignar a usar alguna máquina? —preguntó ya algo exhausta.

—Te dije que te acompañaría al gimnasio, pero no que me pondría a sudar.

Se le escapó una sonrisa traicionera ante su frase y comprobó el reloj para ver el tiempo que llevaba sobre la cinta. Aún le quedaban unos diez minutos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó al ver cómo su amiga hacía unos movimientos extraños.

—Estoy estirando.

—¿Para qué? ¿Para pedirte un café en la cafetería? —bromeó y Lena levantó el dedo corazón en su dirección.

—Voy a probar qué tal es esta cosa.

—¿Vas a ponerte a correr? —cuestionó altamente sorprendida—. No me lo puedo creer.

Observó a su amiga subirse a la máquina y encenderla y bajó la intensidad de la suya para poder admirar el momento.

—Ve poco a...

—Hostia puta —soltó Lena tras perder el equilibrio y salir disparada de la cinta.

Paró su máquina bajando los niveles uno a uno mientras una gran sonrisa decoraba sus labios. Su amiga no había sufrido ningún percance, sólo un tonto susto, pero era algo que atesoraría en sus recuerdos para siempre.

—¿Cómo eres tan torpe? —le pregunto sonriente.

—Esa cosa ha intentado matarme, poca broma —contestó Lena de forma exagerada—. Y luego dicen que el deporte es saludable.

—Ni siquiera me has dado tiempo a que te explique cómo va.

—No lo veía necesario.

—Pues más te vale que la próxima vez lo tengas en cuenta —apuntó sonriente.

—No habrá una próxima vez —soltó Lena muy convencida—. Jamás de los jamases.

Negó con la cabeza sin perder la sonrisa y se agachó para coger la botella de agua y dar un trago mientras su amiga, un segundo después, repetía el gesto como si también hubiera estado dándolo todo.

—¿Qué tal si nos apuntamos a una clase?

—¿De hacer cerámica? —cuestionó Lena.

—Aquí —contestó—. En el gimnasio —recalcó—. Creo que tienen clase de pilates.

—¿Y desde cuándo me ha interesado a mí eso?

—¿Y aquagym?

—¿Pretendes que me ponga uno de esos gorritos de piscina tan patéticos? —preguntó su amiga y ella sonrió—. Olvídalo. Y olvídalo muchísimo.

—Seguro que encontramos algo que te guste —aseguró.

—No te preocupes. Estoy bien así.

—¿Viendo cómo hago deporte?

Se le volvió a escapar otra sonrisa al ver su gesto de fastidio y decidió moverse para buscar su siguiente máquina de tortura. Llevaba noches que no conseguía conciliar el sueño porque momentos vividos con Sara volvían a su mente una y otra vez. Y también las ganas de coger el móvil y llamarla, aunque sólo fuese para preguntarle qué tal estaba. Y no. No necesitaba seguir con esa rutina. Necesitaba descansar y avanzar. Y por ese mismo motivo volvió a su idea de agotarse todo lo posible físicamente.

Cruzó uno de los pasillos con Lena siguiendo su estela y, al girar, se encontraron con Celia, la chica que le presentaron en la cafetería, explicándole a alguien cómo hacer uno de los ejercicios. La saludó con una sonrisa y alzando la mano y se detuvo a un par de metros de distancia al encontrar su nuevo objetivo; una máquina de remo.

—¿Desde cuándo tenéis esa confianza? —preguntó su amiga mientras ella dejaba sus cosas en el suelo.

—Creo que me he perdido algo —contestó buscando su mirada.

—Hablo de la chica puro músculo.

Su aclaración la dejó el doble de confundida y frunció el ceño a la espera de que le diese una mejor explicación.

—Creo que me he perdido algo.

Repitió la misma frase y observó a Lena bufar.

—¿Esa sonrisita que te ha echado? —cuestionó su amiga—. Con gestos más sutiles hemos acabado liándonos con alguien en los baños de un local.

—Te equivocas.

Soltó sólo esas dos palabras y se sentó en la máquina para prepararse y realizar el ejercicio.

—No creo que me equivoque —aseguró Lena y ella alzó la vista para encontrarse con sus ojos—. Nunca fallo.

—Eso es muy discutible.

—En serio. Hazme caso —insistió su amiga.

—Me da igual lo que digas o las intenciones que ella pueda tener —señaló—. No puedo tirar a la basura tan rápido lo que siento por una persona después de más de un año.

—Y lo entiendo. Sólo te lo digo para que estés advertida y no la ilusiones con algo que, ahora mismo, no puedes darle.

—¿Ilusionarla sólo con un saludo? —cuestionó con la ceja alzada.

—Somos bolleras. Nos ilusionamos con un roce de manos.

Sonrió ante su explicación y negó con la cabeza antes de ponerse a realizar el ejercicio mientras Lena se sentaba en la máquina contigua pero sin molestarse en hacer nada, sólo la miraba y la animaba en cada repetición. Pensó en lo que le acababa de decir acerca de Celia y las

intenciones que pudiese tener. Y aunque ella siempre había sido de las de un clavo saca a otro clavo, esta vez lo sentía diferente. No tenía ganas ni fuerzas de iniciar algo con otra persona. No se sentía preparada e incluso empezaba a sentirse mal sólo por estar teniendo ese pensamiento. Tenía claro que debía dejar que el tiempo curase todas y cada una de sus heridas.

\*\*\*\*\*

Emily hablaba sobre cosas cotidianas mientras conducía el coche de Lena y ella, aunque debería estar pendiente de lo que su amiga le contaba, tenía toda la atención centrada en cada cosa, persona o animal que estuviera pasando a través del cristal de su ventanilla. ¿El motivo de sentirse dispersa e incapaz de seguir la conversación? En apenas unos minutos iba a volver a ver a Marina. Pensó que volverían a verse en la fiesta de disfraces, pero no cayó en la cuenta de que, antes de llegar a ese punto, debían hacer algo más. Tenían que comprarse los malditos disfraces. Algo bastante importante y en lo que habían quedado las cuatro antes de la ruptura.

—¡Joder! —exclamó cuando Emily pegó un fuerte frenazo—. ¿Qué demonios haces? —cuestionó clavándole la mirada.

—¿Me estás escuchando? —soltó su amiga con ceja alzada incluida—. Porque parece que estoy hablando con una maldita pared.

—Claro que te estoy escuchando.

—Mentirosa.

—Eso no te da derecho a darme este susto de muerte —señaló—. Por poco se me sale el cerebro por la nariz.

Exageró y, al ver una ligera sonrisa en los labios de su amiga, ella también acabó sonriendo.

—Estoy un poco distraída —aseguró en lo que Emily volvía a ponerse en marcha—. Pero eso no justifica que te comportes como una maldita kamikaze en la carretera. ¿Lena sabe que le haces esto a su coche?

—No seas dramática —le pidió su amiga—. En esta zona no hay ni siquiera tráfico.

—La verdad es que este sitio es un poco extraño —dijo observando mejor la zona a través de la luna del coche.

Estaban rodeadas de unos almacenes gigantes, las calles estaban desiertas y los pocos coches que veían estaban algo descuidados. Parecía la típica escena de película mala de miedo, pero era de día, así que se sentía segura y, además, era su amiga la que tenía el pelo más claro. De aparecer un asesino en serie seguro que Emily moriría primero.

—Nos hemos perdido, ¿verdad? —cuestionó, clavándole la mirada—. No pasa nada. Sólo tienes que reconocerlo y pedir ayuda a nuestro amigo del *gps*.

—No me he perdido.

—Pues yo diría que sí.

Obtuvo silencio absoluto tras su afirmación y se enderezó mejor en el asiento para estar preparada ante cualquier inconveniente.

—¿Cómo de segura estás? —preguntó y sintió la mirada de su amiga clavada en su rostro—. De no estar perdida —aclaró al encontrarse con sus ojos.

—No estamos perdidas —señaló Emily—. Y haz el favor de callarte que me desconcentras.

—¿Esa es tu forma de decir que estamos jodidamente perdidas?

Insistió y se le escapó una gran sonrisa al ver el gesto de frustración de su amiga.

—En serio. No me gustaría que me raptasen y...

—Ahí está Lena.

Su amiga cortó su discurso. Uno en el que volvería a insistir en que, gracias a su sentido de la orientación, acabarían dando mil vueltas sin encontrar el lugar. Pero tuvo que tragarse sus propias palabras al descubrir que, efectivamente, Lena estaba a unos metros de distancia, apoyada en el coche de Marina junto a ella.

—¿Decías? —cuestionó Emily tras aparcar el coche y clavarle la mirada con intensidad.

Le dio como respuesta una mueca y salió del coche mientras sentía cómo el corazón se le aceleraba a cada segundo. Suspiró escondida de la mirada de Marina y se tomó unos segundos para mentalizarse y enfrentarse a lo que iba a suceder. Iba a volver a compartir tiempo y espacio con ella y el nerviosismo que sentía, por cada centímetro de su ser, le dejaba bien claro que no estaba preparada.

Cuando llegaron a su alcance se saludaron con una sutil sonrisa mientras Lena y Emily se daban un beso. Era lo correcto y apropiado. Algo que se había repetido siempre entre ella y Marina, pero siempre no es un término fiable y por eso ahora la escena era tan diferente.

—He estado pensando en unas ideas para los disfraces mientras veníamos hacia aquí —apuntó Lena antes de iniciar el camino hacia la puerta de la tienda.

—Todas pésimas —señaló Marina y a ella, de forma inconsciente, se le escapó una sonrisa.

—Las tuyas tampoco han sido muy buenas —dijo Lena a la defensiva mientras aguantaba la puerta de entrada para dejarles pasar primero—. Pretende que vaya de Pikachu.

—Es tan mono y cuqui como tú.

Marina defendió su propuesta y Lena fingió estar ofendida antes de entrar al interior.

—Tiene razón —apuntó Emily en defensa de Marina—. Es mono y cuquito.

—Como tú.

Miró a Lena y repitió las palabras de Marina y sintió un pequeño pellizco en el pecho al notar la familiaridad con la que estaban tratando la situación.

Decidió centrarse en lo que había a su alrededor y se sorprendió muchísimo al comprobar, ya dentro, que el local era el doble de grande de lo que parecía desde fuera. Estaba repleto de disfraces y complementos para tener un atuendo adecuado y perfecto ante cualquier ocasión. Además, todo estaba clasificado y ordenado, permitiendo así una mayor comodidad a la hora de encontrar algo.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Emily y ella se dio cuenta de que todas estaban igual de sorprendidas.

—Difícil de decir —contestó.

—Yo voto por ir de zombies —apuntó Lena—. ¿Qué? —cuestionó al ver que todas la miraban—. Puede ser divertido.

—¿Has pensado lo que supone un disfraz así? —le preguntó Marina—. Tendrás que ir con ropa destrozada y la cara hecha un asco. ¿De verdad quieres verte así?

—¿Y si vamos de heroínas de Marvel?

Lena cambió por completo de opinión al darse cuenta de lo que supondría un disfraz así y las tres acabaron sonriendo.

—No a todas nos quedan bien las mallas —señaló.

—Estáis frustrando todas mis ideas —dijo la aludida llevándose la mano a la frente.

—Menos dramatismo y más moverse.

Emily cogió la mano de su novia e hizo que empezase a caminar por el lugar. Y, por inercia, Marina y ella imitaron la acción, pero sin cogerse de la mano. Algo que, sin saberlo, estaba empezando a echar de menos. Y mucho.

Se quedó más rezagada mientras observaba cómo sus compañeras miraban y señalaban distintas opciones e intentó colaborar deteniéndose delante de unas perchas para comprobar qué eran esos colores tan llamativos.

—¿Desde cuándo te gustan esos colores?

Se sorprendió al escuchar la voz de Marina tan cerca y, al girar el rostro, la descubrió a escasos pasos de distancia. Su presencia a solas con ella provocó que su sistema al completo se acelerase y tuvo que guardar la compostura para parecer lo más tranquila posible.

—Me han llamado la atención, pero no van conmigo —dijo y forzó una sonrisa.

Los nervios iban a poder con ella y empezaba a preocuparse porque nunca se había sentido igual.

—Parece que algunas se lo están pasando muy bien.

Señaló con la cabeza justo detrás de Marina para que no se perdiese la escena de Lena y Emily probándose unos complementos que parecían encajar en unos disfraces de piratas.

—Te recuerdo que esto de ir a la fiesta de disfraces fue idea tuya —le recordó Marina.

—Y yo te recuerdo que estaba muy borracha.

Observó de forma inmediata su sonrisa y ella se la devolvió sin poder evitarlo. Era así de simple y sencillo con ella.

Avanzó un par de metros y le sorprendió que Marina siguiese a su lado. ¿Le encantaba su compañía y quería que siguiese junto a ella? Por supuesto que sí. Pero le resultaba extraño. No contemplaba que su relación actual fuese a ser así. Creyó que la distancia entre ellas sería algo más palpable.

—¿Qué te parece? —preguntó Marina con un disfraz peludo en las manos.

—No voy a ir de ningún animal —aclaró, dejando bastante clara su postura.

La observó encogerse de hombros y seguir adelante. La poca distancia que las separaba le proporcionaba una clara ventaja para poder mirarla sin tener que cortarse lo más mínimo. Llevaba un pantalón negro, un jersey azul oscuro y unos botines. No era tan presumida como Lena con sus trajes tan bonitos, pero en cuanto a saber llevar una prenda no tenía ningún tipo de desventaja. Marina era increíblemente atractiva y estaba segura de que era consciente de ello y de las miradas que levantaba a su paso.

—¿Mickey y Minnie?

Se sorprendió con su pregunta, y no sólo por los disfraces que estaba señalando, es que la había pillado totalmente de lleno haciéndole un escrutinio.

—Ni de coña —respondió tras unos segundos de silencio.

—Podías colaborar un poco —le pidió Marina.

Tomó aire y lo soltó de forma pesada e hizo un barrido general por el pasillo con la idea de encontrar algo que de verdad le gustase.

—¿Qué tal vampiresas? —propuso.

—Oye. Esa es una idea muy buena —contestó Marina sonriente—. Venga, vamos a buscar algo. Debe de estar en la sección de miedo.

Caminó a su lado como si la ruptura no hubiese cambiado sus vidas totalmente, como si aún fuesen dos almas gemelas unidas con la idea de seguir continuando una al lado de la otra para siempre.

Cerró los ojos unos segundos y pensó en que podría tener eso si fuese lo realmente madura como para tener una relación sólida con ella. Pero sus miedos y dudas seguían ahí y lo que menos quería era que Marina sufriese su falta de madurez. Y eso era justo lo que su ex estaba transmitiendo. Madurez. De una forma impecable y sin despeinarse. Habían roto, pero

Marina seguía siendo esa persona amable y respetuosa que tanto conocía.

Se detuvo justo al ver unas capas negras y algo de tela roja y al girar el rostro, para focalizar a su compañera y hacerle saber que creía haber encontrado la sección de vampiros, la encontró inmersa en el móvil. Sonreía y tecleaba como si lo verdaderamente importante estuviera detrás de esa pantalla.

—Creo que lo he encontrado —dijo para captar su atención, pero no lo consiguió.

Caminó los pasos que las separaban y se detuvo a su lado, descubriendo que parecía estar manteniendo una conversación con alguien.

—¿Estás aquí? —preguntó con algo de dureza e incluso se cruzó de brazos—. He encontrado algo de vampiros ahí atrás —señaló ante su gesto confuso.

—Perfecto. Vamos a ver qué tal.

Marina le dedicó una pequeña sonrisa, siguió sus pasos y, cuando se giró, comprobó que, de nuevo, observaba el teléfono. Esperó paciente unos segundos, aunque por dentro se moría de ganas de preguntarle con quién hablaba.

—A ver qué has encontrado —pidió Marina antes de bloquear el teléfono y guardarlo en el bolsillo del pantalón.

Señaló la sección y se hizo a un lado para que ella misma lo comprobase.

—Este es muy sexy, ¿qué te parece? —le preguntó mientras le mostraba unas mallas con un corpiño.

—No a todas nos queda bien la ropa ajustada.

—Déjate de tonterías —dijo Marina quitándole importancia—. A ti todo te queda bien.

Tras escuchar sus palabras sintió una agradable sensación de calor en el pecho.

—Pruébate tú —le pidió.

—¿Yo? —cuestionó Marina inmediatamente—. No tengo pecho suficiente para rellenar el corpiño. Así que no es una opción para mí —aclaró.

—Entonces tampoco es una opción para mí —señaló—. Supongo que a la única que le quedaría bien algo así es a Emily.

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué? —preguntó confundida.

—Cuestionar tu cuerpo —respondió Marina sin dudar—. ¿Desde cuándo haces eso? ¿Cómo has cambiado tanto en tan poco tiempo?

—No estoy cuestionando nada.

—Claro que lo estás haciendo. Y déjame decirte que es algo confuso que tu ex más reciente te diga lo estupenda que estás.

Se le escapó una sonrisa y Marina se la devolvió inmediatamente.

—Tú tampoco estás mal —dijo, devolviéndole el cumplido.

—Gracias.

Se volvieron a sonreír y por su mente cruzó la idea de preguntarle qué iba a hacer esa misma noche. ¿Estaría muy fuera de lugar preguntarle si le apetecía tomar algo? Intentó armarse de todo el valor que pudo, pero todo se esfumó en cuanto el móvil de Marina le avisó de que tenía un nuevo mensaje. La observó contestar en completo silencio y una sensación algo desagradable empezó a reclamar su atención. ¿Celos? No estaba dispuesta a negarlo, ya que era muy posible que sí que fuera eso el causante del nudo instalado en su garganta.

—¡Eh! Dejad de buscar —pidió Lena desde la distancia, reclamando la atención de las dos—. Ya tenemos los disfraces ganadores.

—Vamos no me jodas —soltó al ver lo que la pareja había escogido para las cuatro.

\*\*\*\*\*

Clavó la vista en la carretera mientras Emily conducía y ella pensaba en todas las formas posibles de sacarle información. Necesitaba saber si Marina estaba conociendo a otra persona. Y nunca se había sentido así. Suponía que se debía a que con sus anteriores ex parejas la ruptura fue cien por cien y no se quedaron pululando por su vida justo después.

—¿Quieres que te deje en tu casa? —preguntó su amiga.

—Sí —contestó y giró el rostro para mirarla unos segundos antes de planear el interrogatorio—. ¿Has quedado después con Lena y Marina?

Tras lanzar la pregunta volvió a mirar al frente para parecer despreocupada y desinteresada.

—Que va. Se iban al gimnasio.

—Parece que se lo han tomado en serio —señaló para que la conversación fluyera.

—No estoy muy segura. Lena llega con la ropa deportiva impoluta, oliendo genial y sin signos de haber hecho alguna actividad física.

Asintió con la cabeza y se maldijo internamente porque su mente no parecía querer colaborar en su cometido de obtener información.

—¿Crees que es posible que estén yendo a otro sitio?

—¿A otro sitio? —cuestionó Emily en el momento exacto en el que se detuvo ante un semáforo en rojo—. ¿Qué estás hablando?

Se encogió de hombros ante su mirada y su amiga frunció el ceño.

—Espero que no estés insinuando que Lena me está engañando.

—Yo no he dicho eso —señaló rápidamente—. Pero no sé, igual salen a tomar algo.

—¿Y por qué iban a poner la excusa del gimnasio?

—Olvidalo —soltó al ver que estaba haciéndose un lío.

—Olvidalo, no —soltó Emily—. Cuéntame qué te está pasando por la cabeza —le pidió—. Y no me digas que nada porque nos conocemos lo suficiente.

—Ha sido un comentario sin más. No tiene importancia.

—¿Por qué narices estás tan hermética?

—No estoy de ninguna forma —contestó a la defensiva.

El gesto de su amiga le pedía más información y estuvo muy a punto de rendirse y acabar soltando el motivo real de aquella tanda de preguntas absurdas, pero el conductor, que tenían justo detrás, parecía tener demasiada prisa y no dudó en pitarles en cuanto el semáforo volvió a ponerse en verde. Eso le permitió poder relajarse y pensar en qué había hecho mal para que la conversación se volviese en su contra.

—Hoy no me has dicho qué tal va la búsqueda de trabajo.

Soltó esa frase tras un largo silencio algo incómodo. No quería acabar el día teniendo una mala conversación con su mejor amiga. Eso no era lo que necesitaba.

—De puta pena.

—¿Tan mal? —cuestionó.

—De putísima pena.

Emily enfatizó su respuesta y a ella le dio algo de pena que estuviese pasando por algo así después de todo el tiempo invertido en formarse.

—Estoy pensando en buscar un trabajo para los fines de semana en otra cafetería, pero Lena insiste en que debo centrarme en buscar algo relacionado con el periodismo. Dice que ya llegará mi momento.

—Yo creo que tiene razón —señaló—. Pero es algo que debes decidir tú. Yo siempre te

apoyaré hagas lo que hagas.

Se sonrieron mutuamente y guardó silencio mientras Emily aparcaba justo frente al portal de su edificio. Soltó un «hasta mañana» antes de apartarle la mirada para salir del coche y frunció el ceño al escuchar cómo su amiga echaba el seguro, impidiéndole salir.

—¿Qué haces? —cuestionó mirándola de nuevo.

—¿Piensas que voy a olvidarme de la conversación de antes?

—Dios. Eres sumamente cabezota.

—Habla —le pidió su amiga con toda la tranquilidad del mundo e incluso se cruzó de brazos—. Esto se puede alargar toda la noche. Tú verás.

Tomó aire y lo soltó de forma sonora ante su atenta mirada.

—¿Sabes si Marina está viéndose con alguien?

Soltó la pregunta que tanto deseaba pronunciar y se arrepintió al instante porque su corazón empezó a latir de forma exagerada.

—¿De qué estás hablando? —cuestionó su amiga con el ceño fruncido—. Lo acabáis de dejar, ¿piensas que ya está con otra?

Se encogió de hombros como respuesta y el gesto de Emily se relajó al darse cuenta de que estaba hablando completamente en serio.

—¿Por qué piensas eso?

—Ha estado muy sonriente esta tarde mientras le contestaba a alguien por teléfono.

La observó sonreír y fue su turno de cruzarse de brazos y poner un gesto serio.

—No le veo la gracia —señaló por si su postura corporal no le había dejado claro cómo se sentía.

—No puedes sacar esas conclusiones sólo por eso —apuntó su amiga—. Puede que estuviera hablando con cualquier persona sin ningún tipo de interés amoroso.

—¿Cómo por ejemplo?

—¿Qué tal con su hermana?

Se relajó al escuchar las palabras de su amiga. Y es que era muy posible que así fuera. La hermana de Marina estaba embarazada y llevaban con los preparativos meses. Quizás era algo sobre la fiesta del bebé que planeaban hacer y a lo que ella rechazó ir y eso desencadenó que cortasen la relación. Tan simple como eso.

—Sientes celos. Es normal —dijo Emily, sacándola de sus pensamientos.

—No debería serlo —apuntó—. Hemos cortado. Ya no somos nada.

—Pero tenéis todo demasiado reciente y, por alguna extraña razón, no habéis decidido poner tierra de por medio. Así que es lógico que los celos entren en juego.

—¿Debería alejarme de ella?

—Debes hacer lo que te dicte el corazón.

—Qué intensa.

Bromeó y ambas sonrieron. Negó con la cabeza y volvió a tomar aire para soltarlo lentamente. Estaba en una situación difícil de controlar y ni siquiera sabía cómo actuar. Pero había algo que sí tenía claro. Y ese era el hecho de que no quería alejarse de Marina, no quería perderla por completo de su vida. Así que tendría que aprender a controlar sus emociones y los celos si estos decidían volver a tomar la iniciativa.

Se echó un último vistazo en el espejo de cuerpo entero que tenía en el dormitorio y se sintió extremadamente ridícula con el disfraz que Lena, tras mucha insistencia, escogió. E intentaron hacerle cambiar de idea y convencerla de que la temática sólo le quedaba bien a ella porque a ella todo le quedaba bien, pero su amiga argumentó que no se entendería igual si no iban todas acorde y, una a una, fueron cayendo en su trampa. A ella realmente le daba bastante igual. O al menos eso era lo que pensó en el momento de su compra. Ahora, con todo puesto, la idea de rechazar el plan no paraba de merodear por su cabeza.

Echó un vistazo al móvil, que estaba sobre la cama, y empezó a pensar en las palabras correctas para decirle a Lena que mejor no contasen con ella pero, como si hubiese estado leyendo su mente, el teléfono empezó a sonar mostrando su nombre en la pantalla.

—*Estamos esperándote abajo.*

Se quedó en silencio unos segundos tras escuchar las palabras de su amiga nada más descolgar. Debía buscar la excusa perfecta. Y debía hacerlo ya.

—*Oye, no me ignores.*

—No te ignoro.

—*Pues mueve ese culito y baja. Estamos aparcadas en doble fila.*

—Es que creo que no voy a ir —dijo poco convencida.

—*¿Cómo que no vas a ir?*

—No me encuentro muy bien y...

—*Déjate de tonterías. No puedes faltar. ¿Qué hacemos el resto? El disfraz no se va a entender.*

—Se va a entender perfectamente, Lena —señaló—. No me fastidies. Hasta un niño de cuatro años lo entendería.

—*No me fastidies tú. ¿Vas a hacer que suba a por ti?*

Soltó un «está bien» porque sabía que su amiga sería capaz de hacer cualquier cosa para convencerla y no le apetecía nada quedar en ridículo delante de sus vecinos si se le ocurría realizar alguna de sus escenas. Así que cogió una pequeña riñonera para guardar sus cosas y salió sin entretenerse más y no hacer esperar a la pareja.

Al salir del edificio visualizó el coche y, sin esperarlo, el sistema entero se le aceleró ante la siguiente escena que le tocaría vivir a continuación. Iba a tener que compartir con Sara la parte trasera del coche. Y no es que le molestase su presencia. En absoluto. Le encantó compartir la tarde cuando fueron a por los disfraces y descubrir lo bien que seguían encajando. Quizás por eso mismo se sentía así. Nerviosa y algo incómoda porque no terminaba de entender cómo Sara estaba siendo capaz de acabar con la relación cuando estaba claro que encajaban tan a la perfección.

Caminó hasta el vehículo, suspiró, contó hasta tres y abrió la puerta y se metió dentro sin querer ver más allá en un intento de controlar sus emociones. Pero sólo le hizo falta un segundo para darse cuenta de que se encontraba sola en los asientos traseros. No había ni rastro de Sara. En el coche sólo la estaban esperando Lena y Emily.

—*¿Cómo estás?* —le preguntó Emily, girándose en el asiento para así poder mirarla directamente a los ojos—. Lena me ha comentado que le has dicho que no te sentías muy bien.

—Es mentira. Está perfectamente —contestó su amiga por ella—. Pero estaba intentando

escabullirse del plan. ¿Me equivoco?

Lena también se giró tras realizar su pregunta y se encontró con cuatro pares de ojos mirándola. Aquella escena más que una quedada parecía un interrogatorio. Como cuando su madre las interrogaba a ella y a su hermana para descubrir qué trastada habían hecho.

—¿No vas a arrancar? —preguntó para intentar librarse.

—¿No vas a contestarme? —cuestionó Lena con ceja alzada incluida.

—Me sentía ridícula delante del espejo con el disfraz —contestó con la primera mentira que se le vino a la cabeza y el ceño de su amiga se frunció de forma inmediata—. No sé cómo te hicimos caso. ¿Por qué le hicimos caso?

Le lanzó la pregunta a Emily y la observó sonreír antes de encogerse ligeramente de hombros.

—Antes tenías más carácter —le aseguró a Emily—. Te has ablandado.

—El disfraz es genial —indicó Lena a la defensiva—. ¿Dónde te has dejado el antifaz?

—¿Es necesario que me lo ponga ahora mismo?

—No. Pero sí en cuanto bajes del coche.

Negó con la cabeza e hizo una mueca antes de apartarle la mirada y clavar la vista más allá de la ventanilla del coche. Segundos después Lena arrancó y ella se sintió algo más ligera porque el interrogatorio había acabado y salió bastante ilesa. Pero había algo que la tenía un poco inquieta. ¿Dónde estaba Sara? ¿Se había librado del plan? ¿Qué excusa habría usado? Y aunque no encontrarla en el coche habría supuesto un descanso emocional, fue todo lo contrario. Quería saber de ella.

—¿Y la otra integrante de la banda? —preguntó sin andarse con rodeos.

Notó el pulso acelerado nada más pronunciar la pregunta y esperó bastante impaciente la contestación, aunque le llegó un segundo después.

—Ha quedado antes con unos compañeros del trabajo —dijo Emily—. Me comentó que nos veríamos en el Arkadia directamente.

Asintió con la cabeza sin apartar la mirada de lo que ocurría en la calle y decidió mentalizarse para lo que sería el resto de la noche. Todo sería más fácil si no tuviesen amigas en común y si no sintiese esas ganas y necesidad de seguir sabiendo de ella. Había experimentado algo así con alguna ex, pero nunca de una forma tan llamativa. Supuso que el tiempo sería su aliado pero, por ahora, no estaba funcionando demasiado.

Volvió a la realidad cuando Lena detuvo el vehículo y sintió algo de vergüenza nada más salir al exterior. Miró a su amiga y la encontró altamente emocionada mientras su novia la miraba con gesto cariñoso.

—Ponte el antifaz —le ordenó Lena.

—¿De verdad es necesario?

—Es muy necesario —apuntó su amiga mientras ella y Emily se lo ponían.

Resopló para mostrar su desagrado, pero acabó cediendo porque, a pesar de todo, era consciente de que al final caería y era estúpido hacerse de rogar.

—El rojo te sienta genial —aseguró Emily sonriente y ella le dedicó una mueca.

—Pues a ti el morado no mucho —señaló para intentar picarla, pero Emily sonrió aún más y se colocó en medio, entrelazando un brazo con ella y otro con Lena.

—Ni caso, todo te queda perfecto.

Lena lo dijo para desmontar sus palabras e intentó debatir sus palabras para dejarle ver que la elección de los disfraces había sido bastante pésima, pero se encontró la escena de ellas dos dándose un beso corto y decidió que, seguramente, les importaría bien poco su opinión.

—Sara dice que está justo frente al local.

Emily las informó tras soltarse momentáneamente del brazo de su novia y comprobar el móvil y ella, de forma inmediata, empezó a sentir que todo se le aceleraba de nuevo.

Caminó en silencio el resto del recorrido mientras la pareja comentaba cosas de su día a día, permitiéndole a ella estar al margen y ofreciéndole así un tiempo extra para poder tranquilizarse. Y creyó conseguirlo, pero su teoría se cayó por completo al ver a Sara, junto a algunos compañeros de su trabajo que ella también conocía. Estaba de espaldas y, aunque llevaba el disfraz, era altamente reconocible.

—Hasta que por fin aparecéis —indicó Sara cuando Emily se adelantó para saludarla—. Estaba cansada de hacer el ridículo yo sola —dijo cruzándose de brazos y haciéndole sonreír un poco.

—¿Qué ridículo? —cuestionó Lena—. ¿Qué os pasa con el disfraz?

—Que es muy cantoso —aseguró.

—Y feo —apuntó Sara—. Muy feo —recalcó—. Y tú no digas nada porque vas a defenderla —dijo señalando con el dedo a Emily.

—No seáis tan dramáticas —les pidió la novia de su amiga—. No es tan cantoso ni feo.

Lena se cruzó de brazos, totalmente a la defensiva, y Sara alzó una ceja.

—Recuérdame por qué le hicimos caso.

Sara soltó esa frase girando el rostro y mirándola directamente a ella.

—Deberíamos haber optado por los vampiros.

—¿Vampiros? —cuestionó Lena inmediatamente—. Eso está muy visto y es horterero.

—Claro, porque ir de las malditas tortugas ninjas es lo más novedoso del mundo.

Lena le alzó el dedo corazón a Sara y al final todas acabaron sonriendo antes de decidir que había llegado el momento de adentrarse en el Arkadia y dar inicio a la noche.

\*\*\*\*\*

Llamó la atención a uno de los camareros y pidió otra cerveza. Se giró y colocó los codos sobre la barra mientras esperaba su consumición. La postura le permitía tener un buen visionado del local y de la gente. Había llegado a la zona con sus compañeros de trabajo, que se animaron a ir a última hora y acabaron con unos disfraces un tanto cutres y mal elaborados. Nada que ver con el traje al completo de tortuga ninja que le hizo ponerse Lena ante su genial idea de ir disfrazadas en grupo. Sonrió cuando uno de sus amigos perdió un poco el equilibrio ante un paso de baile algo complicado y, al cambiar el foco de atención, se encontró con Emily y Lena. Sonreían y bailaban y, entre estrofa y estrofa de canción, se regalaban unos cuantos besos. Eran la pareja perfecta y estaba segura de que eran conscientes de ello. Sonrió orgullosa por lo feliz que era su amiga y, de forma inmediata, pensó en Marina. La buscó con la mirada, ya que, durante toda la noche, habían estado en la misma zona. Incluso sus ojos se habían cruzado en algún que otro momento. Pero esa vez no tuvo suerte y pensó que igual había ido al servicio.

Se sobresaltó cuando le tocaron en la espalda y al girarse descubrió que el camarero le estaba indicando que ya tenía su bebida. Pagó, dio un sorbo y sintió que alguien la agarraba por la cintura. Buscó con la mirada rápidamente a la persona que se había atrevido a tal cosa y se decepcionó bastante al descubrir que era Emily. Una parte de ella había deseado que fuese Marina. Se moría de ganas de compartir algo más de tiempo con ella, pero no se sentía con el valor de buscar el momento y de iniciar la conversación.

—¿Me invitas a un chupito? —le preguntó Emily.

—¿Yo?

—Trabaja menos horas que tú —le recordó—. Haz una labor social.

Sonrió ante su argumentación y llamó la atención de una camarera para que la atendiera. Fue su amiga la que decidió el alcohol y un segundo después el contenido líquido del vaso pequeño recorría su sistema.

—Joder. Recuérdame que jamás te deje elegir de nuevo —protestó.

—Eres una blanda.

Alzó una ceja para hacerle ver su disconformidad y Emily le devolvió el gesto con una mueca graciosa.

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó su amiga—. El estar de fiesta con Marina —aclaró.

—Bien —contestó mientras se encogía de hombros.

—¿Bien de bien?

—¿Bien de bien? —cuestionó repitiendo sus mismas palabras y algo confusa.

—¿Es un bien real o uno de preferiría estar en mi casa? —preguntó Emily—. Preferirías estar en tu casa —sentenció por ella.

—¿Qué? No he dicho eso —soltó con rapidez.

—Pero has tardado mucho en responder. Suficiente.

—Vaya mierda de argumentación —señaló—. Estoy bien. Bien de verdad —recalcó—. Pero si es verdad que es un poco extraño compartir la noche con ella y a la vez no.

Emily asintió con la cabeza y le puso una mano sobre el hombro en un intento de reconfortarla.

—Si en algún momento quieres irte, yo puedo acompañarte.

—¿Y perderte a tu querida tortuga ninja bailando?

Lanzó la pregunta a la vez que señaló con la cabeza hacia la derecha. Era el sitio en el que sus compañeros y el resto habían decidido hacerse hueco. Y, de nuevo, Marina no daba señales de vida.

—Tranquila. No tengo intenciones de irme —dijo, retomando la conversación—. Me lo estoy pasando bastante bien —aseguró con una sonrisa.

Dio un trago de su cerveza y esperó a que su amiga pidiese la suya mientras seguía pensando en Marina. Pasó toda la noche junto a ellas entre bailes, rondas de chupitos y viajes a la barra. Pero ahora llevaba un buen rato desaparecida y le extrañaba no haber visto cómo se despedía de la gente.

—¿Marina se ha ido? —preguntó tras armarse de valor.

—Creo que no.

—Hace rato que no la veo.

—Es que se encontró con alguien —aclaró su amiga.

—¿Se encontró con alguien? —cuestionó mirándola atentamente—. Define ese alguien —le pidió bastante interesada.

Le mantuvo la mirada en silencio durante unos largos segundos y, al ver que no pretendía contestar, insistió.

—Define ese alguien —repitió.

—No lo sé —dijo Emily.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Porque no la conozco.

—No la conoces —apuntó destacando el «la»—. Genial.

Negó con la cabeza y se giró para ponerse de cara a la barra y así evitar un posible encuentro visual entre Marina y esa persona que Emily no conocía.

—¿Estás celosa? —le preguntó su amiga tras imitar su posición.

Le alzó una ceja como respuesta y Emily levantó las manos como símbolo de paz.

—No tienes que estar celosa. No sabemos quién es.

—Esa es la clave —dijo sin apartarle la mirada—. Hay alguien nuevo en su vida. ¿No lo entiendes? ¿O es que tu cabecita no da para más?

—Oye, relájate —le pidió su amiga—. Haber jodido tu vida sentimental no te da derecho a tratarme así.

Ignoró sus palabras y dio un trago de su cerveza mientras por su mente pasaban mil escenas diferentes en las que Marina y otra mujer eran las protagonistas. ¿Era posible que se hubiese olvidado ya de ella? ¿Quién era esa mujer y cómo había aparecido en su vida? ¿En qué momento ocurrió?

Dio el último trago al botellín, lo dejó sobre la barra y se movió por el local para salir cuanto antes y respirar algo de aire fresco.

Una vez fuera se sintió algo más relajada, posiblemente al no estar rodeada de tanta gente y con la música tan alta. Hizo un barrido visual para encontrar un sitio en el que estar un rato a solas y, en cuanto giró la cabeza hacia la derecha, visualizó otra tortuga ninja. No había visto a nadie más con ese disfraz y Emily y Lena estaban dentro, así que sólo podría ser Marina. Y estaba bastante segura de ello porque, aunque estaba de espaldas, la reconocería en cualquier sitio y en cualquier situación y con cualquier cosa puesta encima. Avanzó con algo de nerviosismo por no saber qué decirle ni cómo actuar y el corazón se le paró al descubrir que había otra persona más con ella. Concretamente una mujer.

Esperó unos segundos para calmarse un poco y permitir que su corazón volviese a latir con su normalidad habitual, pero no le estaba funcionando y se giró para volver al interior del local. Prefería estar dentro y agobiada que fuera observando esa escena. Y sólo consiguió dar un paso porque, sin su consentimiento, su cuerpo se giró de nuevo y empezó a caminar hacia el sitio en el que Marina se encontraba.

Al llegar a su alcance las pudo observar mejor y contempló que parecían mantener una conversación animada, algo que se reflejaba bastante bien debido a sus sonrisas.

Carraspeó de forma sonora, provocando que las miradas de ambas se clavasen en ella de forma inmediata.

—¿Qué tal? —preguntó adelantándose.

—Bien. ¿Y tú?

Marina le dedicó una sutil sonrisa y le devolvió la pregunta mientras ella intentaba sacar algo en concreto de la escena.

—He salido a tomar el aire y me he llevado la sorpresa de encontrarte aquí.

Esquivó la contestación y, aunque era consciente de que no estaba siendo la persona más amable del mundo, no pudo evitarlo. Ver a Marina con otra era algo que no había entrado en sus planes.

—¿No vas a presentarnos?

Se lo preguntó bastante seria y mirando con más detenimiento a la mujer que tenía al otro lado. Era pelirroja e iba enfundada en cuero, no dejando mucho a la imaginación y no entendiendo muy bien a quién pretendía imitar con ese disfraz, pero sí dejándole claro que tenía un cuerpo estupendo.

—Ella es Celia —dijo Marina señalando a la pelirroja—. Es una compañera del gimnasio —le informó—. Celia, ella es Sara. Es una...

—Soy su ex —dijo cortando sus palabras—. Y bastante reciente, la verdad —señaló—. ¿Cuánto hace que no estamos juntas? ¿Dos semanas? —cuestionó mirando directamente a

Marina.

Sus palabras hicieron que, de golpe, la tensión se instaurase en el ambiente. Marina le devolvía la mirada casi sin pestañear y con el ceño ligeramente fruncido.

—Creo que voy a volver al interior del local.

Escuchó las palabras de Celia, pero ni se molestó en despedirse, algo que sí hizo Marina con una sonrisa en los labios.

—¿Qué estás haciendo? —cuestionó Marina en cuanto la pelirroja desapareció del lugar.

—¿Qué estoy haciendo?

Repitió la pregunta porque no entendía a qué se refería y observó que su ceño se fruncía de nuevo. Nada que ver con la sonrisa que le acababa de regalar a Celia unos segundos antes.

—Estás montando un numerito de celos.

—Perdón, ¿qué?

Soltó esas dos palabras sin poder evitar reírse y negó con la cabeza cuando Marina la miró aún más seria.

—No estoy montando ningún numerito —señaló a la defensiva.

—Pues yo creo que sí.

—Pues te equivocas —aclaró.

—¿Entonces por qué te has puesto así?

—¿Así cómo?

—Celosa.

Marina insistió con lo mismo y ella bufó molesta. No estaba celosa, sólo sorprendida con la escena que se acababa de encontrar. Algo que ni siquiera se había llegado a imaginar.

—Está bien —dijo Marina tras encogerse de hombros y empezar a caminar en dirección al establecimiento.

—¿Y ya está? —cuestionó, frenando sus pasos—. ¿No tienes nada que contarme? —preguntó y sus miradas volvieron a conectar.

—¿Tengo algo que contarte?

Sonrió con ironía y soltó un pequeño suspiro mientras su mente intentaba organizar sus pensamientos.

—¿Qué tienes con esa chica? —soltó sin andarse con rodeos.

—Y luego dices que no estás celosa —contestó Marina—. Nunca te había visto así —le aseguró.

—Porque nunca me habías dado motivos.

Verbalizó la frase sin pensarlo y sin darse cuenta de lo que estaba confirmándole tanto a Marina como a ella misma. Sí. Sentía celos. Y era desagradable y no le gustaba. Y se sentía la más estúpida del mundo.

—Te recuerdo que fuiste tú la que hizo que nuestra relación se acabase —recordó Marina y empezó a sentir cómo la rabia buscaba un hueco por su sistema—. Pero no, no tengo nada con Celia.

Marina desconectó su mirada de la suya tras unos segundos y ella permaneció estática hasta que la vio darse la vuelta para dejarla sola. Caminó con mucha prisa hasta alcanzarla y, cuando lo hizo, la agarró del brazo para hacerle girar y, sin consultárselo, la besó. Fue directa y concisa. Unió sus labios con los suyos en un beso que al principio fue algo brusco y que acabó suavizándose hasta que tuvieron que separarse de forma perezosa.

—Joder —gruñó al encontrarse con la mirada de Marina.

—No sé qué quieres que diga ahora al respecto —le dijo con una pequeña sonrisa su

compañera.

—¿Puedes irte? —le pidió y pudo observar, de forma inmediata, la confusión reflejada en su rostro—. Por favor.

La observó agachar la mirada y negar con la cabeza lentamente mientras ella intentaba organizar la oleada de sentimientos y emociones que estaba experimentando. Pocos segundos después Marina cumplió con lo que le acababa de pedir y la dejó a solas con sus propios pensamientos. Había sentido celos y rabia y todo eso acabó con unas ganas increíbles de volver a besar sus labios. ¿Qué sentido tenía? ¿Qué explicación iba a sacar de lo que acababa de ocurrir? ¿Qué pensaría Marina de lo sucedido?

Llevaba unos meses conociendo más en profundidad a Marina, la mejor amiga de Lena, y cada día sentía que su conexión se volvía más fuerte. Le gustaba compartir con ella parte de su tiempo libre. Y cada vez que descubrían que tenían algo en común su felicidad crecía. Tenían un humor bastante parecido y ambas disfrutaban de sus comentarios e historias. Además, el hecho de que sus mejores amigas estuviesen juntas era un detalle bastante importante en su relación también.

—¿Por qué hemos elegido este plan? —preguntó Lena mientras sostenía la mano de Emily.

—Porque seguro que será divertido —comentó ella con Marina justo a su lado—. No me digas que eres una de esas señoras aburridas que no quieren hacer cosas nuevas —señaló y la novia de su amiga frunció el ceño.

—Ni soy señora ni soy aburrida —dijo Lena muy segura—. Pero estoy segura de que podríamos haber optado por otro plan. Uno más seguro.

—Tu novia es una aburrida.

Lo soltó sin filtro alguno, mirando directamente a Emily y sintiendo cómo Lena la miraba, provocando que una sonrisa se instaurase en su rostro de forma inmediata. Y, para ser justas, igual la novia de su amiga tenía razón. Había planes más seguros que pasar la tarde en una pista patinando mientras evitas caerte o chocarte con otras personas. Pero era la actividad del momento. Todos sus compañeros de trabajo habían ido y ella no quería ser la que se quedase fuera. Así que usó todos sus trucos, que no resultaron muchos, y convenció a Marina con rapidez y a Emily. Sabía que si su mejor amiga iba Lena también lo haría.

Mientras esperaban a ser atendidas observó a la reciente pareja. Parecían complementarse a la perfección y en su interior reconocía que les daba un poco de envidia. Pero envidia sana. Ella sólo quería lo mejor para Emily y se sentía feliz y plena por ver cómo su rostro brillaba ahora que tenía a Lena al lado.

—¿Quién creéis que será la primera en caerse? —preguntó Marina en un tono suficientemente alto como para que todas la escuchasen.

—Lena —contestó sin dudar y rompió a reír cuando la novia de su amiga giró el rostro con rapidez para mirarla.

—Estoy segura de que serás tú —señaló la aludida.

—¿Yo? —cuestionó con rapidez—. Para nada. Tengo un equilibrio increíble.

La observó en silencio, esperando una respuesta por su parte, pero Emily se acercó a su novia, le dejó un corto beso en los labios y la cara de tonta que puso le dejó claro que su ataque había pasado a un muy segundo plano.

Unos minutos después ya estaban preparadas con el equipo puesto y a la espera de incorporarse a la pista. Su mejor amiga y su actual novia no tardaron nada en hacerlo y quedó bastante sorprendida al ver lo bien que se desenvolvían las dos. Un hecho que hizo que toda su seguridad se resquebrajase un poco. ¿Qué posibilidades había de que se les diera bien algo que no habían hecho nunca? La presión de haber sido una bocazas y haberse metido con Lena estaba pesando sobre sus hombros. Y demasiado.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Marina justo a su lado, captando su atención.

—A que cierren la pista por algún percance tonto o por una alerta de fin del mundo —respondió mientras examinaba el lugar—. Sólo estoy observando —aclaró al ver su gesto.

—¿Has patinado alguna vez?

—Jamás de los jamases —confesó y su compañera sonrió—. Pero supuestamente Emily y Lena tampoco y míralas —dijo, señalándolas—. Un par de vueltas más y van para medalla olímpica.

Volvió a verla sonreír, algo que estaba empezando a gustarle muchísimo. Marina tenía una sonrisa increíblemente bonita y se sentía orgullosa de ser la culpable de que sus labios se curvasen cuando estaban juntas.

—Te veía muy segura de camino —puntualizó Marina—. ¿Te estás replanteando la aventura?

—Para nada —dijo con toda la sinceridad del mundo, aunque su cuerpo se negase a moverse para entrar en la pista—. Pero me cuesta lanzarme cuando mi dignidad y orgullo están en juego.

—No pasará nada si te caes.

—¿Cómo que no? —preguntó alarmada y con una ceja alzada—. He estado metiéndome con Lena todo el rato. Si soy yo la primera que se cae, quedará fatal. Muy fatal —recalcó.

—Anda, vamos.

—No, espera —pidió—. Dame un minuto más para ver si Lena se cae.

Bromeó para ganar algo de tiempo y soltó un sonoro suspiro al comprobar que Marina no parecía querer esperar. Verbalizó un «está bien» resignada y cargada de nervios y cuando su compañera cogió su mano, para rodar juntas, todo su interior se relajó de golpe. Sentir su calor y tacto, de esa forma tan directa, era un incentivo increíble para dejarse guiar.

Marina no la soltó en ningún momento y cuando entraron en la pista perdió algo de estabilidad, pero su compañera reforzó su amarre agarrándola por la cintura y ella, de forma inmediata, se sintió a salvo.

—Estoy aquí, tranquila —aseguró Marina.

Sonrió de forma instantánea y asintió con la cabeza cuando le pidió que avanzara un poco y despacio. No tenían prisa. No tenían que competir contra nadie. Sólo sobrevivir a cualquier caída. Levantó el rostro tras los primeros pasos y al observar a Marina, tan sonriente y a su lado, se dio cuenta que caerse igual le importaba bien poco. Tenía a su lado a una mujer que le gustaba y que quería seguir conociendo y sentía, en todo momento, que era igual de recíproco.

—Vas genial —aseguró su compañera, que seguía a su lado, agarrándole de la mano.

—Todo se me da genial —puntualizó y se atrevió a soltarse y avanzar un poco más rápido, pero volvió a perder la estabilidad y sintió cómo una oleada de frío recorría su espalda ante la inminente caída—. Joder, que susto —soltó en cuanto se sintió a salvo en los brazos de Marina, que la abrazó por la espalda.

—Igual deberías practicar un poco antes de lanzarte en solitario, ¿no crees?

Y quiso debatir la pregunta, pero volvió a sentir cómo agarraba su mano y sintió que estaba mucho mejor si Marina se encontraba a su lado. Así que dejó que tomase las riendas de la situación y sonrió al sentir que sus movimientos se acoplaban a la perfección. No sabía cómo seguiría sucediéndose la relación entre ambas, pero por ahora se sentía con muchas ganas de seguir descubriendo hacia dónde le llevaría toda esa nueva aventura.

Entró en el edificio gracias al portal que estaba abierto y se subió en el ascensor mientras examinaba la bolsa de comida china que acababa de recoger y pensaba en lo vivido la noche anterior. Al salir del cubículo metálico empezó a creer que igual la mejor opción era la de volver sobre sus pasos y marcharse a su casa. Aún ni siquiera había tenido tiempo de asimilar los celos que sintió y tampoco el momento del beso a la desesperada compartido con Marina unas horas atrás.

Suspiró de forma sonora antes de llamar al timbre e imaginó que, si salía corriendo, aún tenía tiempo de recorrer el pasillo de vuelta y encerrarse de nuevo en el ascensor. Pero su plan de huida se desvaneció en cuanto la puerta se abrió. Se enderezó y sonrió como si el caos en su cabeza no hubiese duplicado su tamaño en las últimas veinticuatro horas.

—¿Habíamos quedado?

—Hola a ti también, Emily. Me alegro de verte, querida amiga —ironizó y ni esperó a que le diera paso al interior, pasó por su lado y se coló dentro—. ¿Te han dicho alguna vez que tu parte sociable deja mucho que desear?

Lanzó la pregunta al aire mientras caminaba hacia el salón para dejar la bolsa de comida sobre la mesita baja.

—La confianza da asco —aseguró Emily a la vez que cerraba la puerta.

—Eso es verdad —dijo dirigiéndose a su encuentro para ir juntas a la cocina—. Es comida china. La mejor para la resaca.

Era un plan que solían repetir bastante, por eso ni siquiera necesitaba dar más explicaciones.

—Por cierto, ¿dónde está Lena? —preguntó al no verla ni escucharla—. He traído cena suficiente para las tres.

—Ha quedado con Marina —contestó su amiga mientras cogía un par de platos y los cubiertos—. Bueno, quedaron para el café, pero ya sabes que esas quedadas suelen alargarse. Así que supongo que en nada recibiré un mensaje de Lena diciéndome que llegará más tarde porque van a cenar.

Y sí, claro que sabían cómo eran esas quedadas. Era cierto que Emily y Lena se habían vuelto casi inseparables desde que iniciaron la relación, algo bastante parecido a lo que le pasó a ella con Marina. Pero también tenían sus momentos de quedar por separado y eso le gustaba mucho porque sus anteriores parejas no solían entender por qué motivo quedaba con sus amigas a solas.

—Había traído el cerdo agri dulce sólo para ella —indicó mientras abría la nevera para coger un par de refrescos.

—Mañana te lo agradecerá cuando se lo cene, por eso no te preocupes.

Sonrió y siguió a su amiga hasta el salón. Prepararon la mesa entre las dos y se sentó mientras Emily buscaba algo que ver en la televisión. Suponía que pensaba que era una de esas cenas de ver algo y no de las de soltar una bomba informativa. Pero claro, su amiga ni siquiera sabía que, la noche anterior se encontró con Marina y esa otra chica en la calle y que acabó besándola.

—Es un vicio el pollo al limón de este sitio.

Sonrió por inercia a la frase de su amiga y la observó en silencio abrir cada uno de los

recipientes.

—¿Dónde acabaste la noche? —preguntó Emily mientras se servía algo de arroz en el plato.

—Luis me llevó a casa —contestó y repitió su jugada de echarse algo de comida—. El resto se quedó por allí, no sé qué habrá sido de Guille esta mañana al abrir la cafetería.

Clavó la vista en la pantalla de la televisión tras responderle que fue un compañero de trabajo el que la llevó de vuelta y se centró en seguir el argumento de lo que allí sucedía mientras cenaban, pero le era bastante imposible. Lo ocurrido la noche anterior no paraba de reproducirse una y otra vez en su cabeza y ella ya estaba empezando a sentir la necesidad de soltarlo.

—Lena estaba ultra orgullosa de la elección del disfraz porque a todos tus compañeros de trabajo les encantó la idea —comentó su amiga—. Lo digo para que estés preparada cuando la veas. Seguro que te lo repite mil veces.

—Mis compañeros de trabajo no tienen gusto —señaló sonriente—. Ir de las tortugas ninja no es la mejor idea del mundo. Lo sabes perfectamente.

—Yo creo que fue original.

—Tú estás enamorada y le defenderías cualquier cosa —apuntó—. Aceptarías hasta acostarte con ella vestida así —bromeó y acto seguido alzó una ceja al ver el gesto de su amiga—. Emily, no me jodas. ¿En serio? ¿Follasteis vestidas así?

—¿Qué? No, claro que no —contestó su amiga—. Pero igual si usamos el antifaz para alguna cosa.

—No quiero saberlo.

Cortó rápidamente lo que tuviera que decirle sobre ese asunto tapándose los oídos y cantando en voz alta una melodía inventada y ambas acabaron sonriendo.

—No quiero saber nada sobre esa aventura vuestra —dijo para dejárselo claro—. No me apetece tener que ir al psicólogo por imaginarme a mis amigas en la cama.

—No te hagas la escandalizada —le pidió Emily—. Lena y yo os hemos pillado unas cuantas veces a ti y a Marina en actitudes muy cariñosas.

Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y esperó pacientemente a que su amiga diese un trago de su bebida para soltar lo que llevaba reteniendo desde la noche anterior.

—Anoche cuando salí a tomar el aire encontré a Marina con esa chica que me comentaste —dijo y sus ojos se clavaron en los suyos—. Se llama Celia, se conocen del gimnasio y tiene un cuerpo de escándalo —le informó—. Muy de escándalo —recalcó.

—¿Pelirroja e iba vestida de cuero? —preguntó Emily y ella asintió con la cabeza—. Entonces supongo que es la misma persona que vi con ella —comentó mientras ella se llevaba algo de comida a la boca para parecer despreocupada—. ¿Y qué pasó?

Volvió la vista a su amiga con el ceño fruncido y Emily rodó los ojos antes de aclarar su propia pregunta.

—Viste a tu ex con una mujer despanpanante y, conociéndote como te conozco, estoy segura de que hiciste algo —dijo tremendamente convencida.

—Pues no hice nada.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada —aseguró y volvió la vista a la televisión mientras sentía que Emily la miraba con mucha curiosidad y atención—. Joder, sí —protestó tras unos segundos—. Me puse algo celosa y no pude evitar interrumpir la conversación que estaban manteniendo —aclaró y su amiga sonrió.

—Define algo celosa.

—Es posible que fuese algo estúpida y que marcase territorio —soltó sin querer alargar más el momento y la sonrisa de Emily creció aún más—. ¿Por qué te ríes? —cuestionó con una ceja alzada.

—No te pega nada.

—Pues fíjate, sorpresa.

Dio un trago a su bebida y se echó hacia atrás en el sofá para reclinarsse un poco y descansar la espalda.

—Te noto enfadada —aseguró Emily—. ¿Por qué?

—Porque no quiero sentirme así —señaló y se cruzó de brazos—. Las emociones son una mierda.

—Sí que lo son —apuntó su amiga—. Pero forman parte de la vida.

—Ni se te ocurra soltarme alguna frase motivadora.

Emily sonrió y le dio una ligera palmada en el muslo como símbolo de apoyo. Apostó por ella desde que se conocieron unos años atrás en una cafetería en un turno bastante caótico de trabajo. Desde ahí empezaron a compartir cada vez más tiempo juntas y ahora era como una hermana para ella y sentía que era recíproco, por eso sentían tanta confianza y, aunque sus discusiones en ocasiones eran algo intensas, siempre volvían la una a la otra.

—Anoche besé a Marina.

Sintió un alivio tremendo nada más soltarlo y la mirada cómplice de su amiga hizo que se le escapase una pequeña sonrisa.

—No pongas esa cara porque en realidad no sé ni por qué lo hice —aseguró.

—¿Y por qué crees que lo hiciste?

—¿Vas a psicoanalizarme o algo así? —cuestionó sonriente.

—¿Por qué lo hiciste?

Emily insistió con la misma pregunta y ella le apartó la mirada para intentar analizar la situación con algo más de perspectiva. ¿Por qué lo hizo? Pues no tenía ni idea. Había estado pensando mucho desde el momento del beso. Pensó en cómo estaría sintiéndose Marina y qué pensaría de su acción. También repetía en su cabeza la unión de sus labios con los suyos, pero no pensó en el por qué. En ningún momento.

—No sé por qué lo hice —dijo a media voz y giró el rostro para encontrarse con la mirada de su amiga de nuevo—. Me salió de dentro. Ni siquiera lo pensé. Y no vayas a juzgarme porque no tienes ni idea del caos que tengo en la cabeza.

—¿De verdad piensas que no tengo idea? —cuestionó Emily—. ¿Tengo que recordarte mi relación tóxica y turbulenta con Sonia?

—Joder, no me acordaba de ese ser —confesó y se regañó mentalmente por pensar que solamente ella había pasado por una situación así—. Yo... Lo siento, no pretendía molestarte.

—Tranquila, no hay problema —aseguró su amiga con una sonrisa—. Esa etapa de mi vida está más que superada.

Le devolvió una sutil sonrisa y se pasó la mano por la cara en un intento fallido de intentar ordenar sus ideas y pensamientos. No lo consiguió en todas las horas posteriores al beso, así que no lo iba a lograr en unos segundos. Aunque, ahora, lo que más le preocupaba era que su relación con Marina fuese comparable a la de Emily con Sonia. Su amiga no había tenido nada de suerte con esa pareja y visto desde fuera fue bastante desagradable de ver. Que Emily no se valorase y que la otra la pisotease, siempre que podía, no era la cosa más maravillosa del mundo.

—¿Qué pasa? —le preguntó su amiga y sus ojos volvieron a conectar—. ¿Qué estás pensando?

—Nada.

—Sara, está feo mentirme —le indicó—. Habla.

—¿Crees que Marina y yo tenemos la misma relación que tú tuviste con Sonia?

Lo soltó sin dejar de mirarla, pero sintiendo unos nervios increíbles por cómo pudiera hacerle sentir la pregunta. Sabía que su amiga tenía esa historia más que superada, pero no tenía idea de cómo le podía llegar a afectar hablar de ello.

—Ni de coña —contestó su amiga rápidamente y ella sintió un alivio inmediato—. Hacéis una pareja increíble y se nota que os queréis de verdad —dijo mientras se levantaba del sofá—. Sólo hay que esperar a que te des cuenta de que quieres compartir el resto de tu vida con ella —apuntó con rotundidad—. Voy a por otro refresco, ¿quieres?

—No estoy preparada para tener una relación de ese peso —contestó mientras la veía caminar hacia la cocina.

—Lo estás. Ya te darás cuenta.

Emily finalizó la conversación de esa forma tan tajante antes de desaparecer de su vista y ella se quedó con las ganas de decir algo más. ¿El qué? Pues no tenía ni idea porque estaba muy segura de que no estaba preparada para lo que Marina le pedía, pero recordaba el beso de la noche anterior y todo su sistema entraba en alerta.

\*\*\*\*\*

Le dedicó una sonrisa a Lena en cuanto dejó un par de cervezas sobre la mesa y la observó sentarse mientras esperaba que fuese ella la que diera inicio a la conversación. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y aún no había conseguido organizarlas.

—¿Vamos a cenar juntas o tienes otro plan? —preguntó su amiga mientras se sacaba el móvil del bolsillo—. Es para avisar a Emily.

—No tengo ningún plan. Así que, si quieres, soy toda tuya.

—¿Segura?

Lena cuestionó su respuesta con un tono algo sugerente y ella frunció el ceño, pero tuvo que mantenerse a la espera porque su amiga decidió que era más importante avisar a su novia de que llegaría más tarde. Observó cómo sonreía a la pantalla y ella miró su propio teléfono, que había puesto sobre la mesa. No tenía ninguna notificación. Y, aunque sabía que sería imposible, una parte de ella esperó despertar con un mensaje de Sara. O incluso recibir alguno a lo largo del día. Pero no. No ocurrió.

—¿A qué te referías con lo de si estoy segura? —preguntó en cuanto su amiga la miró.

—No sé. Igual tenías otro plan.

Frunció de nuevo el ceño con su contestación y le mantuvo la mirada mientras veía cómo daba un trago de cerveza.

—Suelta lo que tengas que soltar —comentó.

—Es curioso que Celia apareciese ayer en el Arkadia.

—He dicho que sueltas lo que tengas que soltar —repitió—. No tengo ganas de acertijos.

—¿Qué tienes con ella?

—¿Qué tengo con ella? —cuestionó y Lena asintió con la cabeza—. Absolutamente nada. Lo sabes.

—No te culparía ni te juzgaría. No serías la primera que busca consuelo en brazos de otra tras una ruptura.

—No estoy buscando ningún tipo de consuelo —aclaró—. Apareció, me saludó y salimos fuera porque había perdido de vista a sus amigas. No hay más. Fin.

Resumió lo sucedido y su amiga le mantuvo la mirada en todo momento, como si quisiera

ver más allá de lo que estaba contándole o descubrir si decía la verdad.

—¿No me crees?

—Claro que te creo —respondió Lena rápidamente—. Pero pienso que deberías tener cuidado porque la chica igual puede querer algo que no puedes darle.

—Lena, tengo la suficiente edad y experiencia para darme cuenta cuando alguien quiere algo —señaló—. Y, por ahora, Celia no ha mostrado ningún tipo de interés. Y, si eso sucede, le haré saber que no estoy disponible y que tampoco me apetece tener ninguna relación. ¿Te parece bien, mamá?

—Imbécil —soltó su amiga con una sonrisa—. Sólo miro por ti.

—Lo sé —dijo con total seguridad—. Pero puedes estar tranquila.

—En realidad siempre has sido la más sensata de las dos.

—Tampoco me lo pones muy difícil. Jamás se me ocurriría interpretar a Lady Gaga en mitad de la calle para llamar la atención de la chica que me gusta.

Rompió a reír al ver el gesto de fastidio en el rostro de Lena y, justo un segundo después, recibió una bolita de papel en la cara que su amiga hizo con una servilleta.

—No lo hice para llamar su atención —indicó Lena—. Sólo quería hacerle sonreír. Y lo logré —recalcó.

Negó con la cabeza mientras intentaba controlar la sonrisa y dio un sorbo de cerveza a la vez que sentía la mirada de su amiga clavada en ella.

—Si tienes algo más que decir, adelante. No te cortes —la animó Lena.

Y pensó en seguir metiéndose con ella. Eso le divertía. Su amiga era de mecha corta y siempre conseguía picarla con un par de frases. Pero también era la persona que mejor la escuchaba, la que sabía prácticamente todo de ella y que, en numerosas ocasiones, la ayudaba a encontrar la salida a los problemas. Y sí, necesitaba que alguien le diera otro punto de vista a lo ocurrido la noche anterior con Sara, por eso acabó armándose de valor y organizó en su cabeza lo sucedido para poder contárselo. Con suerte, entre las dos, sacarían algo en claro.

—Sara me besó anoche.

—Perdona, ¿qué?

—Que Sara me besó anoche —repitió y tuvo que reprimir una sonrisa.

—¿Os liasteis?

—Sólo fue un beso —contestó con rapidez.

—Joder, pero cuéntame bien.

Sonrió ante el interés de su amiga y se acomodó mejor antes de explicarle lo sucedido.

—Me encontró con Celia en la calle —comenzó a decir y su amiga levantó una ceja bastante interesada—. Y creo que se puso celosa y por eso me besó. Así que no sé cómo tomármelo porque no quiso avanzar en lo que teníamos, pero nunca la había visto así —confesó.

—Es curioso.

—Bastante —confirmó—. Y hoy esperaba levantarme con algún mensaje de ella, pero nada.

—Emily me ha dicho que está en casa con ella —le informó Lena—. Es posible que estén teniendo esta misma conversación.

—¿Tú crees? —cuestionó algo desconfiada.

—¿En serio me estás preguntando esto? Déjame decirte que estás perdiendo facultades.

—Lo siento, reina del cortejo.

Soltó esas palabras para molestarla un poco. Sabía que su amiga no llevaba muy bien que se metiese con ella recordando todo lo que hizo para conquistar a Emily.

Sonrió cuando Lena le alzó el dedo corazón y dio un sorbo de cerveza antes de inclinarse y apoyar los codos sobre la mesa.

—¿Qué crees que debo hacer? —preguntó bastante interesada.

—Te diría que podrías intentarlo con una serenata, pero tú no tienes talento para eso —le contestó y ambas sonrieron—. Así que igual podrías probar con lo más sencillo.

—¿Y eso es?

—Hablar con ella.

—Hablar con ella —repitió y Lena asintió con la cabeza—. Creo que no es una opción —indicó—. No la conoces como yo —señaló antes de que le dijese algo—. Cuando Sara se cierra... Es imposible.

—Pues nada. Entonces quédate esperando a que Mercurio retrógrado esté de tu lado.

La miró con el ceño fruncido y su amiga se encogió de hombros como si no tuviera nada más que aportar a la conversación. Y es que esa era la realidad; no tenía nada más que aportar. Tenía razón en lo de que debería hablar con ella directamente. Era lo más sensato. Pero conocía a Sara lo suficiente como para saber que su cabeza seguiría igual de confusa hablando con ella de lo sucedido.

Tomó aire, lo soltó lentamente e hizo un barrido general con la mirada a todo el recinto. No llevaba mucho tiempo sin aparecer por el lugar, pero sí sería la primera vez que lo haría tras la ruptura con Marina. Estaba claro que, tras romper con ella, allí no se le había perdido nada, pero esa mañana se despertó con mucha curiosidad y ganas de información y decidió tomar las riendas de la situación.

Se echó el pelo hacia atrás, comprobó la hora en el móvil y se dio cuenta de que debía darse prisa porque se le agotaba el tiempo extra que le había pedido a su jefe esa mañana para llegar más tarde a trabajar.

Nada más entrar en el edificio empezó a sentir que le sudaban las manos. Seguramente se debía a que no había vuelto a ver a Marina desde el dichoso momento del beso. Algo que se había estado repitiendo en bucle en su cabeza sin descanso alguno. Se pasó la mano por la cara en un intento absurdo de alejar esos pensamientos y poder centrarse y caminó con paso decidido hasta la cafetería. Focalizó a Emily mientras atendía a un cliente y se apoyó en la barra a esperar a que terminase. Su amiga no se percató de su presencia, así que tuvo que cambiar de posición y moverse a su encuentro.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Buenos días a ti también, Emily —contestó forzando una sonrisa.

—Buenos días, Sara —dijo su amiga imitando su gesto.

—Así mucho mejor —aclaró—. Te ves hasta más guapa.

Emily negó con la cabeza y, un segundo después, cogió un trapo y se puso a limpiar el trozo de barra en el que se encontraban.

—¿Tengo que repetirte qué demonios haces aquí?

—Oye, podrías ser más simpática —contestó—. ¿Es que Lena no te folla bien?

—¿Puedes bajar el volumen? —cuestionó su amiga—. Te recuerdo que estamos en un lugar público y en mi trabajo. No quiero que la gente se entere de mi vida ni se escandalice por lo que sale de tu boca —aclaró—. Pero, para tu información, Lena me folla muy bien.

Sonrió con su contestación y tuvo que aguantarse las ganas de seguir con la conversación porque Emily tuvo que atender a una clienta. Esperó impaciente a que volviera a su posición y, al darse cuenta de que se le acababa el tiempo, soltó el motivo de su visita sin andarse con rodeos.

—¿Sabemos algo de esa tal Celia? —soltó y su amiga sonrió—. ¿Qué pasa? —cuestionó a la defensiva.

—Creo que sigues un poco celosa.

—Soy muy curiosa —señaló a la defensiva.

—Y has venido hasta aquí para saciar tu curiosidad —dijo Emily sin dejar de sonreír—. ¿Qué te hace pensar que yo pueda ayudarte y por qué no has usado el móvil?

—Primero, vives con la mejor amiga de Marina y ayer quedaron —le recordó—. Y segundo, necesito ver tu rostro para que la información tenga más peso —confesó y la observó negar con la cabeza—. Y tercero, habla ya porque en media hora tengo que estar trabajando.

—No sé mucho —dijo su amiga y ella frunció el ceño.

—No me hagas sacarte las palabras una a una —pidió—. Veintinueve minutos y bajando.

Le informó dando unos golpecitos en la pantalla del móvil y el gesto hizo que su amiga volviera a sonreír. La verdad es que no sabía qué cosa estaba haciéndole tanta gracia cuando ella

se estaba muriendo de los nervios y la impaciencia.

—Sólo es una compañera de gimnasio.

—¿En serio, Emily? —cuestionó algo molesta—. Esa información ya la teníamos.

—Pues es que no hay más.

—Veintiocho minutos —dijo señalando el reloj de pared que había detrás de su amiga—. Ya sé lo que está pasando aquí —señaló y Emily la miró algo confusa—. Le estás guardando lealtad a Marina, ¿verdad?

—Pero, ¿qué dices?

—Os lleváis bien y es la mejor amiga de tu novia. Es normal.

—Déjate de tonterías —pidió Emily—. Mi lealtad siempre será contigo —afirmó.

—Esa es mi chica.

Sonrió orgullosa con sus palabras y maldijo por dentro cuando otro cliente se acercó para pedir un té. Mantuvo la mirada fija en el reloj y resopló al ver que se le iba acabando el tiempo. Y, aunque Emily le había dado una respuesta, no se marcharía hasta saciar por completo su curiosidad. Sabía que había algo más. Lo sentía.

—Dime que no me estás ocultando nada —le pidió a su amiga en cuanto volvieron a quedarse a solas.

—¿Por qué tienes tanto interés? —le cuestionó Emily clavándole la mirada en el rostro—. Ya no sois pareja —le recordó.

—Pero soy una persona muy curiosa.

—Ya, claro.

Observó a su amiga moverse por el lugar para ayudar a uno de sus compañeros y ella suspiró frustrada porque sentía que la información obtenida no le servía para nada. Se pasó la mano por la cara y, cuando volvió a focalizar la realidad, Emily apareció delante de ella.

—Estás celosa —le soltó sin más.

—Deja de decir eso. No seas pesada.

—Lo estás y no admitirlo no te va a ayudar —apuntó su amiga con toda la tranquilidad del mundo—. Pero como soy buena persona te diré que puedes estar tranquila porque, según me ha contado Lena, Marina no tiene ningún tipo de interés en Celia.

Asintió con la cabeza mientras sentía un gran alivio y cómo su cuerpo se libraba de esa tensión tan desagradable que llevaba días reteniendo. Algo que no comprendía muy bien porque, tal y cómo su amiga le había recordado, ya no tenían nada. Suponía que todo se debía al hecho de querer que su ex sintiera respeto por su relación fallida y le tomase algo más de tiempo encontrarle una sustituta. O quizás es que la echaba de menos. Quizás demasiado.

—¿Satisfecha? —le preguntó Emily.

Miró sus ojos durante unos largos segundos mientras intentaba encontrar la respuesta correcta. ¿Estaba satisfecha con la información? Sí. Pero que no tuviese interés en Celia no significaba que pudiera tener interés en otra. Marina tarde o temprano encontraría otra mujer y ella no sabía cómo de bien le iba a sentar descubrir esa información. Tampoco sabía qué contestarle a su amiga, así que decidió no responder y poner la excusa de que se le acababa el tiempo y salió de la cafetería con unas cuantas preguntas más sin resolver rondando por su cabeza.

Las posibles realidades futuras se amontonaban en su mente y su desesperación crecía a cada nuevo paso que daba. Sus pies aceleraron el ritmo y al salir por la puerta chocó contra alguien. Perdió el equilibrio y el miedo a hacer el ridículo en público se esfumó al sentir que ese alguien la agarraba.

—Deberías tener más cuidado.

—Y tú deberías llegar antes a trabajar, ¿no?

—Esperaba más una respuesta del estilo: «Gracias, Lena».

—Gracias, Lena.

—Mucho mejor.

Sonrió inconscientemente porque ese era el poder que tenía la novia de su mejor amiga. Tenía una facilidad increíble para hacerte sentir mejor sin que te dieras cuenta.

—Y dime, ¿qué te trae por mis dominios?

—He venido a ver a Emily.

—¿No deberías estar trabajando? —le preguntó Lena comprobando la hora en el reloj de muñeca que llevaba.

—Hoy entro un poco más tarde.

Prefirió ocultar parte de la información porque decirle que había pedido el favor de no entrar a su hora para poder sonsacarle algo a su novia sobre Marina y Celia era demasiado.

—Te invitaría a un café, pero entiendo que ya vas de salida.

—Entiendes bien, aunque te lo agradezco igual —comentó con una sonrisa que fue devuelta—. Ya nos veremos —dijo antes de empezar a caminar.

—Oye, Sara.

Se detuvo al escuchar a Lena y volvió a conectar su mirada con la suya.

—Sé que igual no soy la persona adecuada porque mi mejor amiga es la otra parte afectada —comenzó a decir—. Pero si necesitas hablar con alguien, quiero que sepas que puedes contar conmigo.

Se mordió el labio inferior para controlar la ligera emoción que empezó a sentir debido a sus palabras. No era el momento ni el lugar para dejar que la sensibilidad se abriese paso.

Lena se mantuvo a la espera de una respuesta y a ella sólo le salió recorrer la poca distancia que las separaba para abrazarla.

—Eres una persona increíble —le aseguró tras cortar el abrazo—. Y no se te ocurra decir nada más porque creo que hoy estoy altamente sensible.

Se lo advirtió sonriente y Lena sonrió de forma divertida antes de dar por finalizada la conversación y salir del recinto mucho más tranquila que minutos atrás. Eso sí, sabía que iba a tener que luchar con todas las nuevas cuestiones que su cerebro contemplaría.

\*\*\*\*\*

Bloqueó el móvil y se lo metió en el bolsillo tras comprobar un par de correos electrónicos y asegurarse que no había señal alguna de Sara, algo que no le sorprendía lo más mínimo.

—¿Qué te pasa?

Giró el rostro tras escuchar esa pregunta y alzó una ceja al ver a su hermana justo a su lado y con los brazos cruzados.

—¿Qué me pasa? —cuestionó y miró su gesto interrogante.

—Estás en una fiesta y pareces una planta.

—Es una fiesta de bebé, concretamente de ese que aún no ha decidido salir —señaló apuntando hacia su barriga—. ¿Qué quieres que haga? ¿Un bailecito sensual? ¿Rondas de chupitos hasta ver quien cae primero?

—No me apetece nada verte mover el cuerpo de esa forma y sabes, perfectamente, que el alcohol está prohibido en esta casa desde que me quedé embarazada.

—Odio a Carlos —masculló el nombre del marido de su hermana, el culpable de ese

suceso—. Por su culpa estás embarazada —apuntó al ver su confusión.

—Bueno, yo también tuve algo que ver. Fui yo la que abrió las piernas.

—Por Dios, cállate —soltó con rapidez—. No tengo necesidad de escuchar eso.

Su hermana sonrió ante lo escandalizada que parecía ante el sexo hetero y ella acabó devolviéndole la sonrisa mientras observaba cómo la gente, ahí reunida, conversaba animadamente. Era una reunión pequeña congregada en el piso, algunos familiares y amigos que habían tenido el deseo de compartir un momento así con su hermana y, a la vez, obsequiarles con regalos útiles para lo que se les venía encima.

—¿Qué te ha parecido el carrito?

—Que te has pasado muchísimo —contestó su hermana con una sonrisa radiante—. Te ha debido costar un ojo de la cara.

—Tengo que ser su tía favorita y lo mejor es empezar cuanto antes.

—Sólo tendrá una tía porque Carlos no tiene hermanos, así que no tendrás competencia.

—Aún así, me gusta currarme las cosas.

La observó negar con la cabeza y dio un sorbo a su refresco a la vez que su hermana la dejaba sola para sacar una nueva ronda de aperitivos. Su padre se levantó a echarle una mano y su madre aprovechó el momento para acercarse de la forma menos sutil del mundo. Caminó hasta la ventana que tenía detrás y se fijó en cómo corría las cortinas para ver la calle.

—Hace un día estupendo.

Escuchó sus palabras, pero decidió no hacerle caso y siguió de pie observando la estancia y cómo su cuñado enseñaba algún vídeo viral al resto.

—Una magnífica tarde para salir a pasear.

Se le escapó media sonrisa al escuchar su frase. Sabía que se moría de ganas de entablar una conversación con ella, pero no iba a darle el gusto de dar el paso.

—¿Desde cuándo no hace un día así?

—Por Dios, mamá. ¿Qué quieres?

Cayó de forma inevitable y se arrepintió en el momento en el que los ojos de su madre se cruzaron con los suyos.

—¿Qué quiero ¿Esa es la forma de tratar a tu madre? —le cuestionó—. ¿Sabes? Tu hermana me trata con más cariño. Con muchísimo más —recalcó.

—Pues entonces cuéntale a Ana el maravilloso día que hace.

Su madre le clavó la mirada con bastante seriedad y ella tuvo que contener la sonrisa todo lo posible, pero le fue imposible y sus labios se curvaron mientras el ceño de su compañera de conversación se fruncía cada vez más.

—Prefiero que me cuentes qué te pasa.

—¿Tú también? —protestó rodando los ojos y lanzó un suspiro antes de mandarle a sus pies que abandonaran el lugar.

—No, señorita —dijo su madre agarrándola del brazo—. De mi no te vas a librar. No te vas a ir de aquí hasta que me cuentes qué te pasa.

—No me pasa nada —dijo rápidamente.

—Mientes —señaló su madre con la misma rapidez—. Así que desembucha rápido que quiero estar sentada junto a la mesa en cuanto tu hermana saque los pastelitos.

Desconectó de su mirada y se mordió el labio inferior mientras pensaba en qué hacer. Tenía la posibilidad de mentir e inventar cualquier cosa pero, cuando volvió a conectar con sus ojos, sintió que igual era el momento de abrirse un poco. Quizás le ayudaría contarle lo sucedido. Tener el punto de vista de alguien más maduro podría resultar beneficioso.

—No sé si recuerdas que estaba conociendo a alguien...

—Ah sí, esa chica a la que te has negado a presentarnos por activa y por pasiva —dijo su madre, cortándole—. Lo recuerdo. ¿Qué pasa con ella?

Le apartó de nuevo la mirada unos segundos. ¿Debía contarle que no era cosa suya el no habérsela presentado y que el problema era que Sara no había querido dar el paso de conocer a su familia?

—Marina, ¿qué ha pasado?

Su madre insistió y sus ojos volvieron a encontrarse ante su insistencia.

—Ya no estamos juntas —soltó y la observó ladear un poco la cabeza, como si intentara descifrar el motivo con ese simple gesto.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo? ¿Por qué he tenido que ser yo? —cuestionó a la defensiva.

—Porque ninguna relación te dura —respondió su madre con tranquilidad.

—Porque ninguna era la elegida.

Se descubrió algo sobresaltada y suspiró para controlarse. No tenía problemas en hablar con su madre sobre cualquier tema, pero que le echase la culpa de sus fracasos amorosos no le venía nada bien.

—¿Y qué ha pasado para que la última no sea la elegida?

Negó con la cabeza y pensó en dejar ahí la conversación, pero algo dentro de ella la retuvo allí parada junto a su madre. Quizás eran sus ganas de encontrar consuelo o una explicación.

—Cosas de pareja.

Decidió contestar de la forma más simple posible porque no consideró oportuno tener que contarle que a Sara le salía sarpullido siempre que le comentaba algo sobre conocer a su familia y afianzar más la relación.

—Cosas de pareja —repitió su madre—. ¿Puedes ser algo más específica?

—Digamos que no queríamos lo mismo.

—¿Hablamos de sexo?

—Mamá, por favor —contestó con rapidez.

—¿Qué pasa? Es algo muy importante —comentó su madre con la mayor naturalidad del mundo—. Tu padre y yo...

—Mi padre y tu nada.

La cortó inmediatamente y le clavó la mirada de una forma bastante directa para hacerle ver que no necesitaba esa información.

—Tu padre y yo mucho, la verdad.

—¡Mamá!

Exclamó con un tono de voz algo más alto de lo esperado y, tras asegurarse que a nadie parecía haberle llamado la atención, observó a su madre y la descubrió con una sonrisa divertida en los labios.

—Entonces entiendo que os iba bien en la cama y el problema era otra cosa.

—Así es.

—¿Y puedes decirme qué es esa otra cosa?

—Es mejor que lo dejemos aquí.

—Oye, soy tu madre. No voy a juzgarte.

Tomó aire y lo soltó lentamente mientras su mirada seguía examinándola. Sabía que no iba a darse por vencida hasta conseguir toda la información que ella considerase necesaria.

—Yo quería seguir avanzando en la relación y ella no.

Su madre asintió ligeramente con la cabeza y fue su turno de reclamarle algunas palabras con la mirada.

—Es un buen motivo para una ruptura.

—¿Esa es tu aportación? —cuestionó con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó su madre algo a la defensiva—. No puedes obligarla a tomar un camino que no quiere.

—Ya lo sé —soltó frustrada—. Pero es que...

—Habla. No te lo guardes —dijo animándola tras su silencio.

—Hemos tenido una relación de más de un año en el que nos ha ido bastante bien. Genial diría yo —aseguró—. Y, aunque he tenido unas cuantas relaciones, nunca antes me había sentido tan bien, tan en unión —aclaró y su madre asintió—. Y sí, la quiero y siento que es recíproco y que, en realidad, ella también quiere seguir avanzando pero no se atreve.

Había hablado con Lena sobre la ruptura, pero no había simplificado lo que pensaba de una forma tan directa. Y, joder, le sorprendía haberlo conseguido ante su madre.

—¿Sigues queriendo estar con ella?

—No llevamos ni un mes separadas.

—Eso no contesta mi pregunta —señaló su madre.

—Sí, claro que quiero estar con ella. ¿Mejor? —preguntó forzando una sonrisa.

—Mucho mejor —le contestó—. Igual deberías dar un paso.

—¿Un paso? ¿Qué parte de que es ella la que no quiere seguir con esto?

—Pero me acabas de decir que sientes que sí que quiere —le respondió y observó que posaba una mano sobre su hombro—. ¿Os seguís viendo?

—Tenemos amigas en común.

—Pues deja de verla o ve y búscala. Haz algo, pero no te quedes en un punto neutro —le aclaró—. De nada por el consejo.

—Es una mierda de consejo —señaló.

—Cuidado, señorita —dijo su madre señalándole con un dedo—. Esa boca —aclaró—. Y ya me darás las gracias.

Frunció el ceño altamente confundida con sus palabras y sólo le salió observar cómo caminaba de vuelta a la mesa en la que su hermana ya servía los pastelitos. ¿Acercarse o alejarse? ¿Qué clase de consejo era ese?

\*\*\*\*\*

Resopló, miró las bolsas de la compra en el suelo y cerró los ojos antes de mentalizarse para volver a agarrarlas y continuar su camino. Había tenido la peor idea del mundo. Decidió ir a comprar tras terminar su turno en la cafetería y, por pereza, ignoró ir a por el carrito y así aligerar el peso. Ahora se encontraba en mitad de la calle, con tres bolsas repletas de productos y a unos cuantos semáforos de distancia de casa.

—Te pasa por gilipollas —susurró antes de inclinarse y agarrar las asas de las bolsas—. Merecidísimo —gruñó al levantarlas.

Caminó a paso ligero mientras sentía cómo la sangre se le iba concentrando en las manos con cada segundo que pasaba sosteniendo el peso. Resopló frustrada cuando un semáforo en rojo le prohibió cruzar al otro lado y volvió a bajar las bolsas al suelo para sacudir las manos y hacer que la sangre volviera a circular con normalidad.

Comprobó el móvil y al no tener ninguna notificación se lo guardó de nuevo en el bolsillo y decidió contemplar cómo los coches pasaban uno tras otro. Observó que un vehículo plateado

se detenía, a pesar de que seguía teniendo prioridad, y al fijarse bien el corazón empezó a latirle el doble de rápido.

Era Marina y, al verla salir del coche, todo a su alrededor se detuvo. Llevaba días sin verla y volver a encontrarse con su sonrisa debilitó cada centímetro de su sistema.

—¿Dónde vas tan cargada?

—¿A casa? —cuestionó mientras la veía acercarse y sus labios se curvaron un poco más.

—Deja que te eche una mano.

—No es necesario.

Lo dijo por quedar bien, ya que sí que era necesario. Y mucho. Iba a desfallecer de camino a su hogar, aunque también cabía la posibilidad de quedarse sin manos. Las dos opciones eran bastante jodidas, la verdad.

—Sara, ambas sabemos que...

El pitido de un coche cortó las palabras de Marina y las dos giraron el rostro para observar al capullo sin paciencia. Se apresuraron a coger las bolsas para meterlas en el coche y, cuando ya iban de camino, volvió a pitarles.

—¿¡Pero qué te pasa!? —exclamó Marina bastante molesta al otro conductor—. ¿No puedes esperar un minuto?

Dijo algo, pero no se atrevió a alzar la voz, así que no pudieron escucharlo y, unos segundos después, se metieron en el coche tras dejar todo en el maletero.

—Maldito capullo sin paciencia —soltó Marina, haciéndole sonreír porque había escogido las mismas palabras que ella pensó.

Se fijó en cómo se incorporaba al tráfico y ella se mantuvo en silencio mientras recuerdos de ese mismo trayecto juntas volvieron a su mente. Era el camino a su casa y había perdido la cuenta de las veces que lo habían realizado.

—¿Qué tal tu tarde?

Se sorprendió con la pregunta de Marina y giró el rostro para verla mejor. Conducía completamente concentrada, pero aún así dedicó unos segundos para hacer que sus ojos se encontrasen.

—Bien. Normal —dijo con rapidez—. Una tarde más en la cafetería.

Observó una sutil sonrisa en sus labios y fue incapaz de dejar de mirarla. Eso de llevar tantos días sin verla estaba pasándole factura. Quizás más de lo que pudo llegar a imaginar.

Sus ojos volvieron a clavarse en los suyos y comprendió que igual era algo extraño que siguiera observándola sin aportar nada más a la conversación.

—¿Qué tal tu tarde?

Le realizó la misma pregunta y, al escuchar su respuesta, quiso desaparecer y que la tierra la tragara ahí mismo para no volver a aparecer nunca más.

—Vengo de la fiesta del bebé de mi hermana.

No le contestó si había estado bien o mal, pero ella se sintió la persona más miserable y estúpida del mundo porque, sin saberlo, había sacado a la palestra el detonante de que la relación se acabase.

Le apartó la mirada y giró el rostro para observar la ciudad a través de la ventanilla mientras sentía cómo la emoción y la rabia crecían en su interior.

Marina debió de sentir de la misma manera la tensión que se instauró de golpe y puso la radio, provocando que la música las envolviese y dándole a ella una oportunidad para encauzar la conversación y no dejar que ambas se marchasen con tremendo mal sabor de boca. Aunque tampoco entendía muy bien por qué debía importarle cómo pudiera sentirse su ex pareja. Bueno

sí, sí que lo sabía. Marina no era sólo alguien más que añadir a la lista de fracasos amorosos. Su relación con ella había sido tremendamente especial y, a pesar de haber terminado, sentía que jamás iba a encontrar a otra persona así.

—Menuda suerte.

Giró el rostro para comprobar a qué se refería y lo entendió al ver cómo aparcaba el coche justo en la puerta de su edificio.

—Gracias por traerme —dijo forzando una pequeña sonrisa que fue devuelta al segundo.

—De nada.

Asintió con la cabeza y se desabrochó el cinturón lo más rápido posible, ya que necesitaba espacio. Haber roto con Marina fue un asco. Pero todo lo que estaba arrastrando después era aún peor. Tener la mente divagando veinticuatro horas al día en sus recuerdos y en lo que podían haber sido y no fue no le ayudaba en nada. Por eso ni se sentía ella misma.

—Deja que te ayude.

—No es necesario, ya has hecho suficiente.

—Tonterías.

Marino soltó esa última palabra con una sonrisa y salió del coche incluso antes que ella.

—En serio, puedo apañármelas sola —insistió tras salir y cerrar la puerta.

—Lo sé.

Frunció el ceño al comprobar que ignoraba por completo sus palabras y se movió con rapidez al ver que pretendía sacar las bolsas ella sola del maletero.

—Ya veo que ir al gimnasio te tiene bastante motivada —bromeó y se fijó en una pequeña sonrisa en sus labios.

Se preparó para despedirse en lo que Marina se sacaba la llave del vehículo del bolsillo e intentó articular alguna palabra, pero sólo le salió sonreírle antes de ver cómo se giraba y caminaba hasta su portal.

—¿Qué tal si abres la puerta?

Reaccionó ante su pregunta y caminó a paso ligero para adelantarse y se sintió como una simple espectadora mientras dejaba que Marina marcara los ritmos y las escenas. Se adentró en el edificio siguiendo su estela y el nerviosismo volvió a recorrer su sistema al encontrarse a solas con ella dentro del ascensor. ¿En qué momento ocurrió? Unos minutos atrás iba sola por la calle quejándose de lo estúpida que había sido por no haber planeado mejor su aventura para hacer la compra. Y ahora estaba dentro de una caja metálica con la que había sido su última pareja.

El hecho de estar perdida en sus pensamientos la sacó por completo del momento y sólo reaccionó cuando el ascensor se detuvo de golpe en su piso. Avanzó por el pasillo sintiendo cómo Marina la seguía e hizo malabares para abrir la puerta y dejarla pasar primero.

Verla moverse por su casa provocó que un pequeño nudo se le instaurase en el centro del pecho. Habían compartido muchas escenas cotidianas y, para ser sincera, las echaba de menos. Con ella había llegado a un punto alto de confianza y, ahora, al darse cuenta de lo que había perdido, sentía que todo a su alrededor se desmoronaba.

—¿Quieres que te ayude a quitar la compra? —preguntó Marina tras dejar las bolsas sobre la encimera de la cocina.

—No es necesario —contestó con una pequeña sonrisa e hizo lo mismo mientras sentía su mirada clavada en ella—. Además, no tengo nada mejor que hacer. Así me entretengo un rato.

—No me importa echarte una mano. Yo tampoco tengo nada mejor que hacer.

Miró directamente a sus ojos y pensó que, justo en ese momento y si no hubiesen terminado, estarían preparando la cena o pidiendo algo. Que justo después verían alguna película

y que, muy posiblemente, acabarían haciendo algo de actividad física entre las sábanas. Pero ahora todo eso ya no estaba y la incertidumbre sobre qué hacer a continuación hizo que se sintiera la persona más inepta del mundo.

Forzó una pequeña sonrisa y se movió para empezar a colocar las cosas de la compra en su sitio. No sabía cómo despedirse de ella, así que decidió ocuparse en algo. Con suerte Marina tomaría las riendas de la situación.

—¿Desde cuándo tomas leche sin lactosa?

Se giró ante su pregunta y se la encontró con el producto en la mano. Había rechazado su ayuda de la forma más educada posible, pero su ex no parecía dispuesta a querer abandonar su piso.

—¿Es que tienes algún problema?

Frunció el ceño al no comprenderla y Marina leyó su mente sin tener que decir nada.

—Por la leche sin lactosa.

—Supongo que soy la persona más desastre del mundo —dijo mientras se acercaba para comprobar ella misma la metedura de pata—. Me he equivocado al cogerla.

Su ex dejó el envase sobre la encimera y ella agarró el coletero, que siempre llevaba en la muñeca, para recogerse el pelo.

—Supongo que necesitas que alguien te acompañe a hacer la compra.

Sus ojos conectaron rápidamente y su mirada le hizo entender mucho con muy poco. Se estaba ofreciendo para acompañarla a comprar y sabía que no sólo era por su equivocación con la leche, entendía que su objetivo era pasar tiempo con ella.

Se terminó de recoger el pelo y, al posar la mano sobre la superficie, sintió el calor de su piel de forma directa. Había puesto, sin querer, la mano lo suficientemente cerca como para que sus dedos se rozasen. Y, aunque en un primer momento no supo qué hacer, el hecho de que Marina no se apartase provocó en ella las ganas de seguir en contacto, a pesar de que sólo fuese un ligero roce.

—¿Te estás ofreciendo a desperdiciar una tarde a la semana para acompañarme a hacer la compra?

—Yo no diría desperdiciar —contestó Marina—. Pero me alegra saber que tu intelecto sigue intacto.

Bromeó con ironía y se le escapó una sonrisa sincera. Una de esas que solían compartir y que estaba siendo devuelta.

Sintió una ligera caricia en la mano y agachó la mirada para descubrir que Marina la estaba acariciando con el dedo pulgar. Había echado de menos su contacto y entendía que a su ex le pasaba exactamente igual.

—A mi me alegra ver que no has perdido tu toque de humor —señaló tras alzar el rostro y encontrarse con su mirada.

—Hay cosas que son imposibles de perder.

Sus ojos viajaron directamente a su boca al ver que se mordía el labio inferior y algo en su interior se accionó como si acabasen de pulsar en ella un maldito botón. Avanzó un paso y se detuvo al darse cuenta de lo que había estado a punto de hacer. ¿Tenía ganas de besarla? Por supuesto que sí. ¿Debía hacerlo? Tenía sus dudas, la verdad. ¿Qué debía hacer? No tenía ni idea y el hecho de que Marina siguiese mirándola como si también desease ese beso no le estaba ayudando mucho.

Sintió que cogía su mano y se le aceleró el pulso al ver que era su ex la que ahora recortaba un poco más la distancia entre ellas, provocando que sus cuerpos prácticamente se

rozaran. Soltó algo de aire de forma lenta al ver y sentir, un segundo después, que con la mano que tenía libre le acariciaba el cuello y decidió cerrar los ojos a la espera de que pasase lo que tuviese que pasar. Sintió su cuerpo aún más cerca y sus caricias en el cuello empezaban a quemarle. Y fue su turno de morderse el labio cuando sintió que, con la mano en el cuello, la animaba a inclinarse, algo que aseguraba un beso después. Y, aunque juraría que sintió sus labios rozando los suyos, todo se rompió cuando el móvil de su ex empezó a sonar. Sintió el frío inmediato ante la distancia que tomaron sus cuerpos de nuevo y ella se tomó unos segundos para abrir los ojos y despertar de esa escena tan magnífica.

—Tengo que irme —le informó Marina y ella asintió sin ser capaz de mirarle a la cara—. Me ha gustado pasar este rato contigo —le aseguró y tuvo que alzar el rostro cuando le cogió la mano de nuevo.

El deseo había desaparecido de su mirada, pero encontró el cariño que tantas otras veces había encontrado.

—No olvides llamarme cuando vayas a hacer la compra de nuevo.

Marina lo dijo sonriente y tremendamente segura y ella le devolvió la sonrisa con sinceridad y unas ganas increíbles de volver a compartir minutos con ella. No sabía qué acababa de ocurrir. Bueno, sí que lo sabía. Había trozos de su relación fallida pululando por todos lados y, visto lo visto, los sentimientos y las ganas seguían encontrándose sin tener que hacer ningún tipo de esfuerzo.

Su ex se despidió de ella con una bonita sonrisa y ella se quedó paralizada en mitad de la cocina mientras su mente intentaba organizar lo sucedido. Esa noche le iba a costar dormir, y no por recrear momentos pasados con Marina, ahora tenía uno reciente y bastante significativo.

Mantuvo el coche arrancado y con las luces encendidas para ser más visible debido a la lluvia que estaba cayendo. Y, aunque podría estar en casa en lugar de estar en mitad de la noche en la calle, decidió que sería lo correcto recoger a Sara después de su turno laboral. Y fue algo que decidió nada más salir de trabajar y contemplar la tormenta. No iba a dejar que Sara volviese a casa en transporte público.

Sonrió al verla aparecer sin tan siquiera darle la orden a su cerebro y pitó para que la localizara rápidamente. La observó echarse la chaqueta sobre la cabeza y correr hasta su encuentro sin pensarlo un segundo.

—Joder, ¿cómo llueve tanto? —cuestionó Sara en cuanto abrió la puerta del coche para subirse—. ¿Y qué narices haces aquí?

—Se nota que estamos avanzando —contestó y su ceño se frunció—. Cada vez eres más directa hablándome.

—Ven aquí.

Sara se movió hacia ella, tiró de su camiseta e inició un beso. Sintió el agua de la lluvia en su rostro, debido a la cercanía, pero le importó bien poco. Intensificó el ritmo y gimió inconscientemente y sintió cómo colaba una mano bajo su ropa, provocando que sintiera su contacto de una forma mucho más directa. Se inclinó hacia su cuerpo, para acentuar más el beso, y fue la propia Marina la que soltó su cinturón de seguridad, ofreciéndole así una mayor libertad de movimiento.

—Deberíamos parar —susurró contra sus labios.

—Deberíamos —repitió su compañera, pero ninguna detuvo los movimientos.

Sintió cómo ascendía con la mano hacia su pecho y arqueó la espalda al notar cómo apretaba con suavidad uno de sus pechos. Reclamó sus labios cargada de ganas y necesidad y Sara, de forma inmediata, hizo que el beso se volviera más húmedo al introducir la lengua.

Necesitaba sentirla más y ni siquiera era consciente del lugar en el que estaban; en los aparcamientos que había justo frente a la cafetería. Un lugar bastante transitado, aunque la poca visibilidad que tenían, debido a la lluvia, las resguardaba.

Sara cortó el beso y ella entendió que esa loca aventura había llegado a su fin, pero su siguiente movimiento la sorprendió y la excitó por igual. Su compañera tomó la delantera y se hizo hueco para subirse encima. La nueva postura consiguió que tuviese una mejor habilidad para besarla y tocarla y se rindió por completo a sus caricias y a lo bien que le hacía sentir.

Los labios de Sara se movieron curiosos e inquietos por su cuello y, al ver que la prenda que aún tenía puesta estorbaba sus acciones, tiró de su camiseta y se la quitó sin llegar tan siquiera a consultárselo. Y tampoco le dio tiempo a replicarle nada, volvió a sentir sus labios de forma inmediata y se dejó hacer. Aprovechó para colar las manos bajo su ropa y acarició su espalda y tiró de su cuerpo hacia el suyo para que la poca distancia que las separaba desapareciese del todo.

Movió las caderas hacia arriba y Sara cogió su rostro con ambas manos para profundizar aún más el beso. Se impulsó un poco sobre el asiento, para mejorar la postura, y el hacerlo hizo que el cuerpo de su compañera se moviese hacia atrás y le diera al pito del coche.

—Joder. Hostia puta —soltó Sara, llevándose una mano al pecho.

Sonrió divertida mientras intentaba controlar la respiración y la agitación y la observó soltar un suspiro muy sonoro y dramático.

—Creo que ha sido una señal del destino —puntualizó—. La escena estaba subiendo de nivel.

—Y frente a mi trabajo —recordó Sara—. ¿Por qué no has parado?

—¿Yo? —cuestionó con rapidez—. Has sido tú la que se me ha lanzado —señaló—. No he podido hacer nada.

—Ya, claro —dijo su compañera sonriente—. Se nota que tenías ganas de parar.

Se mordió el labio inferior para evitar que sus labios se curvasen demasiado y observó cómo se apartaba de encima para ocupar el sitio del copiloto.

—Haz el favor de taparte —pidió Sara, pasándole la camiseta que ella misma le había quitado.

—Hace unos minutos no te importaba que fuese sin ropa.

—Y me sigue importando bien poco que vayas sin ella, la verdad —señaló su compañera, bajando la mirada directamente a su pecho—. El sujetador sigue estorbando un poco visualmente.

—¿Quieres que me lo quite? —planteó e incluso se movió hacia adelante.

—Detente —respondió Sara rápidamente—. Emily me tiene prohibido el escándalo público y estoy muy segura de que no iría en mi rescate si la llamase desde comisaría.

Se puso la prenda sin perder la sonrisa y, cuando sus ojos se encontraron, Sara seguía mirándola con demasiada intensidad.

—¿Quieres ir a cenar? —propuso.

—Prefiero ir a tu casa, la verdad.

—Directa.

—¿Para qué perder el tiempo?

Sara se encogió de hombros, le guiñó un ojo y se acomodó bien antes de ponerse el cinturón de seguridad. Esperó pacientemente algún comentario suyo y, tras unos muy cortos segundos, la mirada de su compañera se clavó en la suya.

—¿Qué parte de que no quiero perder el tiempo no has pillado?

Negó con la cabeza con una sonrisa en los labios y se acercó para besarla, aunque esta vez fue un beso mucho más corto y casto. No quería volver a iniciar una escena como la anterior. Para eso iban a tener tiempo el resto de la noche.

Abrió la puerta del despacho de Lena sin llamar a la puerta y entró con paso ligero y no se detuvo hasta que dejó el maletín sobre la mesa, captando la atención de su amiga que miraba algo en el móvil bastante entretenida.

—Si es algo del trabajo, aún quedan diez minutos para empezar mi jornada laboral —señaló Lena sin apartar la vista de la pantalla del teléfono—. Y si es algún cotilleo, espera un momento que acabe de ver este video de gatitos haciendo maldades.

Soltó un sonoro suspiro y decidió darle ese tiempo y se sentó en la silla que había justo frente al escritorio. Le clavó la mirada para hacerle ver que de verdad necesitaba hablar con ella y su amiga levantó la vista tremendamente sonriente después de bloquear el teléfono.

—No sé cómo la gente se empeña en tener gatos —le dijo Lena sin perder la sonrisa—. Son unos cabrones de manual.

—Tengo un problema —soltó y a su compañera de conversación le cambió el gesto de la cara a uno de preocupación—. Creo que me estoy convirtiendo en ti.

—¿En una mujer guapa, lista y con estilo? —cuestionó su amiga—. No veo el problema.

Negó con la cabeza y se pasó la mano por la cara mientras pensaba en cómo empezar su explicación.

—Ayer estuve hablando con mi madre y...

—¿Qué pinta tu madre en esto?

Alzó una ceja como símbolo de advertencia y hacerle ver que debía dejarle acabar la historia antes de preguntar nada y su amiga alzó las manos.

—Le conté, a grandes rasgos, lo sucedido con Sara y me dijo que me acercase o me apartase de ella.

—Pero eso... Vale, vale.

Lena cortó sus palabras al ver su gesto de «déjame terminar».

—El caso es que no sé por qué razón sigo haciendo el mismo recorrido con el coche.

—Todo el mundo sabe la razón —murmuró su amiga—. Adelante, continua —la animó ante su ceja alzada.

—La encontré de camino cargada de bolsas y detuve el coche en mitad del tráfico para echarle una mano y llevarla a casa.

—Bonito gesto.

—Un gesto digno de ti, o sea, de pagafantas —señaló y fue el turno de Lena de alzar una ceja—. Yo no soy así —se defendió.

—Pues entonces me alegro de haberte pegado algo bueno.

Acabó sonriendo ante el gesto indignado de su amiga y se tomó unos segundos para continuar con el relato, con la parte verdaderamente importante, esa que había conseguido mantenerla en vela toda la noche.

—Tuvimos un momento.

—Define eso.

—Casi nos besamos.

Sólo fueron tres palabras, pero le hicieron sonreír y hasta tuvo que morderse el labio inferior para controlar el gesto mientras Lena la miraba tremendamente interesada en esa nueva información. Recordar lo cerca que estuvo de volver a besar sus labios hizo que una corriente

eléctrica recorriera su espalda y hasta tuvo que obligarse a centrar la atención en la conversación para no seguir divagando en el momento.

—Casi.

—Así es —aseguró.

—Casi —repitió su amiga.

—Sí. Casi. Eso he dicho —dijo con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa?

—Que igual ya tenéis una edad para estar jugando a los «casi».

—Habló la que era incapaz de hablar con su actual pareja de lo que sentía por ella.

Tras esa acusación su amiga la miró con los ojos entrecerrados, intentando poner un gesto amenazante que no funcionó en absoluto.

—Era diferente —se excusó.

—¿Por qué era diferente?

—Porque yo era una novata, ¿tengo que recordártelo?

—Es que en esto de las relaciones la experiencia no vale una mierda —contestó con seguridad—. ¿Ahora qué hago?

Le lanzó la pregunta porque, a pesar de haber estado dándole mil vueltas durante toda la noche, no consiguió despejar la incógnita.

—Tengo la opción de alejarme o la de seguir pareciéndome a ti, o sea, ser una pringada.

Bromeó sonriente y el gesto de desagrado de su amiga le hizo sonreír aún más.

—Pues es bastante fácil —aseguró Lena mientras veía cómo encendía el portátil.

—Estoy esperando una respuesta —señaló tras unos muy cortos segundos de espera.

—Haz lo que te nazca.

—Increíble —soltó de forma actuada—. Tienes los mismos consejos de mierda que mi madre.

—Oye, un respeto a tu madre —le pidió Lena alzando la mano—. Hace las mejores croquetas del mundo mundial.

Volvió a sonreír y la observó teclear algo antes de concentrarse de nuevo en ella.

—Al final todo depende de lo que sientes o de lo que quieras sentir —aseguró su amiga bastante segura—. La vida es demasiado corta como para perderla en gilipolleces.

—Esa frase suena a las típicas que tanto te encantan y encuentras en los azucarillos de café y en las servilletas.

—Hostia —soltó su amiga alarmada—. ¿En qué me estoy convirtiendo?

Le hizo sonreír y se levantó tras comprobar que ya debería estar trabajando. Agarró el maletín mientras Lena clavaba la mirada en la pantalla del ordenador y ella suspiró pensando en lo dura que iba a ser la jornada, ya que estaba segura de que su mente no iba a querer darle un descanso y repetiría en bucle el momento casi beso.

—Oye, Marina —le dijo su amiga cuando ya iba de camino hacia la puerta—. Que el miedo a fallar no te impida jugar.

Volvió a sonreír tras escuchar esa frase tan trillada y su amiga le devolvió la sonrisa bastante satisfecha con su logro.

—Eres imbécil —le aseguró.

—Emily dice que forma parte de mi encanto.

—Esa mujer está muy enamorada de ti. No cuenta.

Lena hizo un movimiento con la mano para quitarle importancia a la acusación que acababa de realizar y, tras salir del despacho, comprobó su teléfono móvil. No había señales de Sara y, aunque se moría de ganas de saber qué pensaba sobre lo sucedido el día anterior, se

contuvo y rechazó la idea de escribirle y guardó el teléfono de nuevo rezando por concentrarse y conseguir que el trabajo despejase un poco su mente.

\*\*\*\*\*

—No sé cómo consigues siempre convencerme de hacer planes aburridos en mis tardes libres —aseguró y Emily le clavó la mirada con intensidad—. Es verdad.

—Te recuerdo que has sido tú la que me ha llamado.

—Y has sido tú la que ha propuesto el plan.

—Tengo una entrevista de trabajo. No he propuesto nada —señaló su amiga—. Has sido tú la que se ha acoplado a pesar de saber el plan.

—Tonterías —soltó y su amiga negó con la cabeza antes de lanzar un pequeño suspiro y ver cómo se concentraba de nuevo en su teléfono.

Se moría de ganas de contarle lo sucedido con Marina, de soltar esa nueva información en la que, por muy poco, sus labios estuvieron a punto de tocarse. Pero no sabía si era el momento. Su amiga estaba esperando para realizar una entrevista de trabajo y no quería saturarla con sus preguntas e inseguridades. Aunque, por otro lado, pensó que igual le venía bien despejar un poco la mente.

Giró el rostro para echar un vistazo general a la sala y descubrió que no estaban solas, que en algún momento un chico se les había unido y ella ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Va antes que tú? —le preguntó a Emily en voz baja tras darle un golpecito con el pie a su silla—. El chico —aclaró.

—No lo sé. Esto no es la carnicería, no he cogido número.

—Qué desagradable eres —soltó mirándola—. No sé cómo Lena te soporta.

Su amiga la ignoró y volvió a lo suyo. Al parecer era mucho más interesante ver qué productos tontos y extremadamente baratos añadía a la cesta virtual que darle conversación.

La observó tensarse cuando una puerta se abrió y, aunque la chica que apareció les saludó con una sonrisa, hizo llamar al chico primero. El tener que esperar un rato más ahí sentadas fue el detonante para que se decidiera a contarle lo sucedido.

—Ayer vi a Marina.

Emily giró el rostro tremendamente interesada y haciendo que sus miradas se encontrasen.

—¿Vas a hablar o tengo que empezar a sacarte información pregunta a pregunta? —preguntó su amiga tras unos cortos segundos.

—Insisto, qué desagradable eres —repitió e hizo que sonriera—. Me encontré de camino a casa mientras iba cargada con la compra, así que se paró y me ayudó —contó mientras la veía asentir con la cabeza.

—¿Y esa sonrisa?

—¿Qué sonrisa? —cuestionó y fue cuando se dio cuenta de que su amiga tenía razón.

—No creo que el hecho de que te ayuden con la compra te haga tan feliz.

—Las bolsas pesaban mucho —aclaró y, de nuevo, volvió a sonreír, contagiándole el gesto a Emily.

—Ya veo, ya. ¿Pasó algo?

—¿A qué te refieres? —preguntó alargando el momento, aunque se moría de ganas de soltarlo todo.

—Joder, Sara —protestó su amiga.

Sonrió ante su mirada y tuvo que contener la sensación tan agradable que recorría su cuerpo desde ese momento que compartieron juntas.

—Me dijo que la llamase la próxima vez que fuera a comprar.

—Entiendes lo que oculta ese mensaje, ¿cierto?

—Que quiere verme y que acompañarme a hacer la compra es sólo una excusa —contestó con rapidez—. Créeme, no soy tan tonta.

—¿Y qué vas a hacer?

Se encogió de hombros porque aún su mente no había llegado a ese punto, se había atascado en recordar ese beso que no llegó a ser y parecía querer seguir ahí un tiempo más. Su amiga la miró extrañada ante su indiferencia y ella se giró en la silla para estar más cara a cara.

—Estuvimos a punto de besarnos —soltó por fin, sintiéndose bastante aliviada por compartir la información con alguien—. No veo ni un ápice de emoción en tu rostro —señaló al ver su indiferencia.

—Lo habéis dejado unas ochocientas veces —exageró Emily—. Y esta misma conversación se ha repetido otras ochocientas. Permíteme que no me ponga a gritar como una loca.

Giró la cabeza para ocultarse de su mirada porque, aunque el comentario no le sentó del todo bien, tenía razón. Toda la del mundo.

—Os vais a acabar haciendo daño —comentó Emily—. No creo que sea muy sana la relación que tenéis.

—¿Y tiene que importarme lo que pienses? —cuestionó con dureza tras clavarle la mirada—. Lo de ser mi amiga no se te está dando muy bien —apuntó.

Emily abrió la boca para decir algo pero, justo en ese momento, la puerta se abrió de nuevo y la chica pronunció su nombre tras un «acompañame, por favor». La observó levantarse y abandonar la sala y se sintió algo mal porque, debido a la conversación que ella misma había dado inicio, ahora entre ellas había una tensión desagradable y no sabía cómo eso iba a poder afectarle eso a la entrevista de trabajo. Había ese tipo de confianza entre ellas. No tenían problema en decirse las cosas y, en realidad, pensaba que ese era el triunfo de su relación. Iban a poder aguantar cualquier tempestad porque a ninguna de las dos les dolía las verdades a la cara.

Se echó el pelo hacia atrás y se sacó el móvil del bolsillo. No había ningún tipo de notificación y sintió, de forma inmediata, algo de desilusión. Pensó en dar el primer paso, pero no sabía cómo ni qué hacer. Cuando discutían y acababan rompiendo siempre era Marina la que, paso a paso, lograba que se acercasen de nuevo. E igual se había relajado demasiado y su ex se había cansado de ir detrás de ella. Y fue justo ese pensamiento el que hizo que se pusiera tremendamente nerviosa de golpe.

Abrió la aplicación de mensajería instantánea, buscó el chat que tenía con Marina y suspiró antes de intentar escribir algo. ¿Qué podría decirle? ¿Cómo debía iniciar el acercamiento? Tecleó un «Hola, ¿qué tal?», pero lo borró rápidamente. Le pareció el saludo más penoso de la historia. También pensó en la posibilidad de mandarle alguna imagen graciosa o un video, algo con lo que romper el hielo, pero tampoco le pareció buena idea. Las posibilidades se le agotaban y, al ver que se conectaba, el corazón le latió el doble de rápido y cerró la aplicación y bloqueó la pantalla del móvil.

—Me cago en la puta —susurró nerviosa.

Tomó aire y lo soltó lentamente mientras mantenía los ojos cerrados. Era estúpido sentirse así por algo tan simple como mandar un mensaje. No tenía quince años. Ya era una persona adulta que debería saber tratar temas así con la mayor naturalidad del mundo.

—Ya nos podemos ir.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que se sobresaltó cuando Emily llamó su

atención desde la puerta. Se levantó sin hacerle esperar y siguió su estela hasta el ascensor.

—Qué rápido. ¿Cómo ha ido? —preguntó mientras Emily pulsaba el botón de la planta más baja.

—Mal.

—¿Por qué eres tan negativa? —cuestionó buscando su mirada.

—Está bien. No ha ido mal —contestó su amiga y ella sonrió un poco—. Ha ido jodidamente mal.

Puso mal gesto ante su aclaración y pensó en que igual ella había sido la culpable de que esa entrevista de trabajo no hubiera sido satisfactoria.

—¿Te he jodido la entrevista? —quiso saber.

—No me has jodido nada.

—Puedes decirlo sin problema. Pagaré mi imprudencia de abrir la boca en el momento menos oportuno —aclaró.

—Sara, no me has jodido nada —repitió Emily—. Pero no sé si soy la candidata adecuada. Eso es todo.

Se mantuvo callada todo el trayecto hasta el coche y su amiga la imitó. El silencio, a pesar de los roces, era algo bastante extraño entre ellas. Por eso intuyó que algo no había ido del todo bien en la entrevista. Aún así decidió no insistir en ese tema y darle todo el espacio necesario a Emily.

—¿Te importa que pase por Lena al gimnasio? —preguntó su amiga nada más subirse al coche—. Así no tengo que dar tanta vuelta.

—Sin problema —respondió mientras se ponía el cinturón de seguridad—. Me resulta increíble que siga yendo —comentó con una sonrisa.

—A mí también, créeme.

Se incorporaron al tráfico y se tomó la libertad de poner la radio mientras intentaba pensar en cómo abordar el tema que se había quedado pendiente entre ellas. Giró el rostro para observar el de su amiga y comprobó que parecía estar bastante relajada, no había ninguna señal que le mostrase que siguiera enfadada o algo molesta. Y fue por eso por lo que decidió dar el paso y lanzarse a la piscina.

—Respecto a la conversación que hemos tenido antes...

—No tiene importancia —soltó Emily, cortando sus palabras.

—Sí que la tiene —aseguró—. Eres mi mejor amiga y siempre me has apoyado en todo y otras veces me has abierto los ojos. No quiero que pienses que soy una maldita desagradecida —comentó mientras su amiga seguía pendiente del tráfico—. Pero sí es cierto que igual esperaba algo de apoyo por tu parte en todo esto —señaló—. Aunque también es cierto que todas las otras veces que hemos cortado me has apoyado y entiendo que estés un poco hasta el moño de toda esta situación.

Soltó todo lo que sentía de golpe y se fijó en que los labios de Emily dibujaban una pequeña sonrisa.

—No quiero que os hagáis daño, eso es todo —aseguró su amiga mirándole a los ojos, aprovechando que el coche delante de ellas se detuvo unos segundos—. Y creo que al final es lo que va a pasar.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque siempre volvéis a lo mismo. Estáis en un maldito círculo vicioso y eso, querida amiga, no es del todo sano.

Centró la vista en el tráfico y pensó en cómo responderle, pero es que sabía que, en el

fondo, Emily tenía razón. Sara y ella llevaban más de un año conociéndose y sus idas y venidas habían estado marcando el ritmo de la relación. Una parte de ella no podía ofrecerle a Marina lo que quería porque no se veía en el momento de compartir el resto de su vida con la misma persona, a pesar de que su ex fuese la chica más genial y especial con la que había estado. Aunque, por otra parte, pensaba en que tenían altas posibilidades de ser la pareja más perfecta del mundo mundial.

Soltó un pequeño suspiro y, cuando su amiga giró en la siguiente calle, sintió unas ganas tremendas de que se la tragara la tierra. Lena estaba en la puerta junto a Marina, pero también estaba esa tal Celia sonriente y hablando de forma animada con ellas. Nunca se había considerado una persona celosa, pero reconocía que le molestaba cualquier acercamiento hacia Marina ahora que no estaban juntas.

Emily hizo sonar el pito del coche sin consultárselo y sin darle tiempo a prepararse ante cualquier movimiento. Lena giró el rostro, sonrió al descubrirlas y, tras despedirse de sus compañeras de conversación, caminó hacia el coche mientras la mirada de Marina se clavó en ella tan sólo unos segundos antes de volver toda su atención a Celia. Las ganas de salir del coche y avanzar hasta su posición crecieron por momentos y sólo se vieron reducidas en cuanto Lena se subió al asiento trasero y rompió el momento acercándose a Emily para darle un corto beso en los labios. La pareja empezó a comentar cosas de su vida cotidiana y ella agachó el rostro en cuanto su amiga movió el coche y pasó por delante de su ex y su compañera de gimnasio.

Comprobó la hora en el teléfono y negó con la cabeza antes de guardarlo en el bolsillo. No sabía por qué, pero esa mañana, antes de entrar a trabajar, decidió mandarle un mensaje a Marina diciéndole que esa misma tarde iría a comprar. Le indicó el sitio y la hora y, justo ahora, pensaba que había hecho la mayor estupidez del mundo y que haberse dejado llevar por sus palabras y la insistencia en avisarle la próxima vez que fuese a comprar no había sido buena idea. ¿Por qué demonios había sido tan imbécil? Seguramente Marina tenía otras cosas mucho más interesantes que hacer, como ir al gimnasio y conocer mejor a Celia.

Se pasó la mano por la cara en un intento absurdo de borrar cualquier pensamiento negativo de su mente y se adentró en el supermercado sin esperar ni un minuto más. Cogió un carrito y empezó, como siempre, por la zona de las patatas fritas, chucherías y demás. El pasillo de la perdición, pero su favorito. Echó un poco de todo porque su idea de fin de semana iba a consistir en quedarse en casa. No tenía plan con sus compañeros de trabajo y Emily le comentó que iba a darle una sorpresa a Lena llevándola a un sitio bastante bonito y romántico.

—Esas patatas no te gustan. Dijiste que sabían demasiado a queso.

Alzó el rostro tras escuchar esa voz tan familiar y, al descubrir a Marina a pocos pasos de distancia, el corazón empezó a latirle un poco acelerado.

—He pillado atasco, por eso he llegado un poco tarde —se justificó.

—¿Y cómo has dado conmigo justo aquí?

—Porque siempre empiezas por el mismo pasillo —contestó Marina—. Siempre dices que las debilidades hay que enfrentarlas cuanto antes.

Sonrió con su respuesta y dejó la bolsa de patatas que tenía en las manos para coger otra. Su ex se colocó justo a su lado y, sin decir una palabra, se ofreció a llevar el carrito de la compra por ella. Era una de las cosas más cotidianas del mundo y también algo que solían hacer. No mentiría si dijese que echaba de menos compartir esos momentos tan sencillos con ella.

Se adelantó para coger una bolsita de chucherías y, sin darse cuenta, cogió también las favoritas de Marina. Había sido por pura inercia y las echó al carro sin tan siquiera mirarle a los ojos. Ambas sabían que ella no soportaba esa acidez extra que llevaban y que sólo su ex las disfrutaba. Así que ese simple gesto abarcaba más de lo que hubiese llegado a pensar. Siguió el camino en silencio y, cuando se giró para echar una bolsa de pipas, se encontró directamente con sus ojos.

—¿Quieres algo?

Lo soltó sin poder controlarlo y por todas las veces que lo había dicho en el pasado.

—No, gracias. Estoy intentando cuidarme un poco más ya que ahora voy al gimnasio.

Forzó una sonrisa ante el recuerdo de verla el día anterior con Celia y se giró sin saber qué más echar al carrito. Realmente no necesitaba nada, lo había usado de excusa para provocar un encuentro entre ellas y poder volver a verla.

—¿Hoy no vas al gimnasio? —preguntó mientras observaba el pan de molde.

—Hoy me ha surgido un plan mejor.

La contestación de Marina le pilló totalmente por sorpresa y, al conectar con su mirada y ver su sonrisa, descubrió que, efectivamente, hablaba del momento que estaban compartiendo.

—Recuerda lo que dicen —dijo tras el silencio que se instauró entre ellas—. Hay que ser constante.

—Exacto —aseguró su ex con una sonrisa.

Volvió a apartarle la mirada porque realmente no estaba entendiendo si se estaba refiriendo al gimnasio.

—Voy a coger algo para cenar.

Caminó por los pasillos sintiendo cómo la seguía y se plantó delante de la zona de ensaladas. Si ese fin de semana iba a comer todo tipo de comida basura tendría que recortar un poco las calorías los días previos. Agarró el primer preparado de lechuga, tomate y poco más y, tras echarlo al resto de cosas, se quedó parada en mitad del pasillo sin saber qué hacer. Su compra era verdaderamente ridícula, algo que podría haber llevado ella sola sin problema. Así que la excusa de pedirle ayuda a Marina no iba a quedar muy bien.

—Agua. Tengo que echar agua.

Se ocultó de su mirada volviendo a tomar la iniciativa y, al llegar a su destino, agarró un paquete de seis botellas y su ex le hizo hueco para que pudiera ponerlo junto al resto de cosas.

—¿Desde cuándo compras tanta agua?

—Es que ahora me ha dado por el té frío —contestó con lo primero que se le pasó por la cabeza y la observó fruncir un poco el ceño—. Te lo recomiendo.

—¿Cuál me recomiendas?

—El de sandía.

Respondió rápidamente y suspiró internamente al descubrir que Marina parecía haberse creído sus palabras. Era una mentira piadosa, pero muy necesaria. Eso de delatarse y quedar en ridículo no iba con ella.

—Creo que ya lo tengo todo —aseguró.

Marina asintió y llevó el carrito hasta la caja que ella le indicó. Descargaron entre las dos los productos, los metieron en bolsas y, con su ayuda, lo llevaron todo hasta el coche de su ex que estaba aparcado a un par de metros de distancia de la puerta. Entró en el vehículo con toda la confianza del mundo, como si no hubiesen roto y sus vidas se hubiesen separado semanas atrás.

—¿Tienes que ir a algún otro sitio? —preguntó Marina.

Ella negó con la cabeza y le dedicó una pequeña sonrisa. La amabilidad de su ex era un gesto bastante destacable y una de esas cosas que tanto le gustaban.

—¿Qué haces este fin de semana?

Marina se lo preguntó en cuanto se incorporó al tráfico y ella volvió a clavarle la mirada algo nerviosa. ¿Tenía esa pregunta algún tipo de intención? ¿O sólo era una excusa para sacar conversación durante el trayecto?

—Me quedaré en casa —dijo por fin y la observó asentir con la cabeza.

Volvió la vista hacia el tráfico de la ciudad y empezó a pensar en si debería devolverle la pregunta. ¿Quería saber qué iba a hacer ese fin de semana? Desde luego que sí. ¿Quería saberlo de verdad? No estaba segura. No sabía si su ex optaría por hacer algo tranquilo como ella o salir a tomar algo. La cuestión era que Lena, la persona con la que salía, no iba a estar en la ciudad y esa información dejaba un vacío que podría llenarlo otra persona perfectamente. Como por ejemplo, Celia.

Se pasó las manos por el pantalón y se movió algo inquieta antes de soltar la pregunta.

—¿Y tú? —preguntó y giró la cabeza para ver directamente su reacción—. ¿Haces algo este finde? —aclaró.

—Pues creo que me quedaré en casa revisando las dos primeras películas de *Adictos a la sangre*. La tercera se estrena la semana que viene.

—Es increíble que hayamos visto esas películas tan malas —comentó sonriente.

—Son geniales —se defendió su ex.

—¿Geniales? —cuestionó—. Nada en esos guiones tiene sentido.

—¿Cómo que no?

Marina se quejó con el ceño fruncido y ella sonrió.

—Vampiros en un mundo postapocalíptico que necesitan pincharse sangre para sobrevivir porque la evolución ha hecho que pierdan los colmillos.

—¿Y cuál es el problema? Yo creo que es un guión muy original —agregó su ex—. ¿Tengo que recordarte que las has visto sin rechistar?

—¿Sin rechistar? —cuestionó asombrada con su descaro—. Pero si Lena y tú nos obligaste a Emily y a mí a verlas. Fue un maldito asalto a mano armada.

—Maldita exagerada —susurró Marina.

Ella soltó la mano como respuesta y le dio un pequeño golpe en la pierna que hizo que su ex sonriese sin apartar la mirada de la carretera. Descubrió que sus labios también sonreían, y es que haber compartido un momento como el anterior, tranquilo, cotidiano y relajado fue un extra muy gratificante.

Comprobó que estaban cerca de casa y sacó las llaves del bolsillo mientras Marina buscaba aparcamiento. Habían tenido la suerte de la vez anterior y de otras muchas. No sabía a qué santo le rezaba su ex, pero tenía toda la suerte del mundo para encontrar siempre aparcamiento cerca del destino.

Salieron del coche casi a la vez y, sin intentar convencerla de que podía ella sola, agarró la bolsa, ya que Marina se adelantó para coger el paquete de agua.

—Igual deberíamos llevar eso entre las dos.

—Déjame demostrar mi nueva fuerza adquirida —comentó su ex y ella sonrió—. Es verdad, mira cómo se me marca el músculo del brazo.

—¿Este? —cuestionó y, sin darse cuenta, la agarró para sentirlo—. Ni siquiera sabes cómo se llama.

Se soltó al sentir que igual se había precipitado con el atrevimiento, aunque tampoco era para tanto. Ya no eran pareja, pero eran conocidas y el gesto no era para nada algo comprometido. Aún así, al ver los ojos de Marina, algo en su interior revoloteó y tuvo que obligarse a mirar al frente durante el corto camino que las separaba del edificio.

\*\*\*\*\*

Dejó el paquete de agua en el suelo y contuvo las ganas de quejarse y mostrar el verdadero esfuerzo que le había costado acarrear ese peso. Sólo llevaba unas semanas en el gimnasio y estaba claro que necesitaba mucho más para empezar a sentir que su musculatura y resistencia se volvían más fuertes. Aún así, cuando se encontró con la mirada, muy sonriente, de Sara disimuló y forzó una sonrisa tranquila y serena. Sabía que no tenía que fingir delante de ella pero algo dentro le gritaba que podía permitirse el lujo de demostrarle que no había significado ningún tipo de esfuerzo.

—¿Quieres un poco de agua?

—Estoy bien, gracias.

Mintió con una nueva sonrisa porque sabía que ceder a su pregunta le daría la razón a su compañera de conversación y ella, fuese como fuese, quería demostrar que estaba perfectamente.

La observó encogerse de hombros y girarse y ella se quedó apoyada en la encimera mientras la observaba colocar la compra que acababan de realizar. Algo que no esperó que pasase. Las veces que lo habían dejado y vuelto Sara nunca había dado un paso para volver a acercarse. Siempre había sido ella la de ir provocando pequeños acercamientos hasta que todo

volvía a la normalidad de nuevo. Por eso mismo, en cuanto recibió el mensaje de si podía acompañarla, no dudó ni un segundo. Era algo llamativo y le daba impulso para seguir intentándolo y tomar parte del consejo que le dio su madre, esa parte que decía que debía acercarse.

—¿Y cómo te va en el gimnasio? —preguntó Sara mientras seguía guardando parte de la compra.

—Bien.

Contestó de esa forma tan simple y, aunque sus ojos no la buscaron en ningún momento, se encogió de hombros para reforzar su respuesta.

—Nunca pensé que fueses chica de gimnasio.

—He tenido mis momentos —comentó y Sara la miró—. No es la primera vez que me apunto —aclaró—. Aunque sí creo que es la vez que más estoy durando —señaló con una pequeña sonrisa.

La observó asentir y, sin que tuviera que confirmárselo, entendió que la sonrisa que le dedicó estaba siendo forzada. La conocía lo suficiente como para reconocer sus gestos e identificarlos.

—¿Y a qué te dedicas allí? —preguntó Sara antes de sentarse en uno de los taburetes altos que tenía en la cocina.

—¿A qué me dedico? —cuestionó algo confusa y con una sonrisa—. ¿A hacer deporte?

Soltó lo evidente y caminó los pocos pasos que las separaban hasta quedar justo frente a ella mientras sentía que Sara no le apartaba la mirada en ningún momento.

—Eso ya me lo imaginaba, pero me refiero a qué tipo de deporte haces —aclaró.

—Depende del día —confesó—. Aunque básicamente hago máquinas.

—¿Y te ayuda alguien?

Frunció el ceño ligeramente con esa pregunta e intentó averiguar, sólo examinando su rostro, a qué se refería.

—¿A qué te refieres? —le preguntó para llegar cuanto antes a la conclusión.

—Supongo que alguien te estará explicando cómo se hacen los ejercicios.

Sara lo dijo como si nada, pero ella entendió, rápidamente, que había una doble intención en sus palabras.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó sin andarse con rodeos—. No finjas que no sabes de qué hablo —comentó mientras examinaba su rostro con calma.

—Pues no sé a qué te refieres —soltó Sara y ella sonrió algo divertida con la escena.

—Pregunta lo que tengas que preguntar —dijo, animándola a hablar—. Siempre has destacado por ser una persona tremendamente directa.

Su mirada se clavó en la suya y, por un segundo, pensó que no se atrevería, pero Sara seguía siendo Sara y no se iba a seguir callando eso que pensaba y sentía.

—¿Qué hay de Celia?

Sabía que eso era lo que le estaba atormentando, por eso no se sorprendió.

—¿Qué pasa con ella?

Su ex le sonrió de forma irónica y le apartó la mirada. Seguramente estaría buscando las palabras adecuadas o replanteándose el haber sacado el tema. Sara era una persona muy directa, pero cuando se trataba de sus sentimientos le gustaba hacerse bolita y refugiarse dentro de un cascarón lo más herméticamente posible.

—¿Qué pasa con ella? —repitió la pregunta y se atrevió a cogerle con cariño el rostro para que sus miradas volviesen a conectar.

Sabía que su ex se encontraba entre la opción de soltar lo que llevaba dentro o dejar la conversación en el aire. La conocía lo suficiente para saber qué era lo que estaba pasando por su mente. Pero quería que ese tema se quedase zanjado por completo y por eso insistió.

—Sara, cuéntame. ¿Qué pasa?

Ella observó resoplar y echarse el pelo hacia atrás y, antes de que tuviera que volver a insistir, habló.

—¿Qué hay entre vosotras dos?

Se le escapó una sonrisa porque eso era exactamente lo que pensó que estaría pensando de todo eso, pero el gesto no le sentó del todo bien a su compañera y leyó en su gesto las ganas de levantarse y huir de la conversación. Lástima que estuvieran en su casa y no tuviese lugar al que marcharse.

—Espera —dijo posando una mano sobre su muslo para detenerla—. Vamos a dejar esto claro de una vez por todas —señaló y Sara se cruzó de brazos totalmente a la defensiva.

—Tampoco tienes que darme ninguna explicación. Olvida lo que te he dicho, no tiene importancia.

—Es cierto. No tengo que darte ninguna explicación porque ya no estamos juntas —señaló y observó que el gesto de su ex se endurecía un poco—. Pero creo que es lo más conveniente y sensato. Y también considero que mereces saberlo. Así que abre bien esos oídos porque tiene que quedarte muy claro —señaló—. Entre Celia y yo no hay nada. Absolutamente nada —recalcó.

Sara asintió ligeramente, pero le apartó la vista, sinónimo de que no parecía muy convencida de sus palabras.

—Escúchame —insistió y tiró de uno de sus brazos con suavidad para que dejase de ponerse a la defensiva y aprovechar para coger su mano—. No podría estar con ella, ni con ninguna otra. No cuando...

Sus ojos conectaron de forma inmediata en cuanto cortó la frase y tragó saliva mientras Sara, sólo con la mirada, le pedía que terminase lo que había dejado a medias.

—No cuando no puedo dejar de pensar en ti.

Se le aceleró el pulso con su propia declaración y esperó un par de segundos para ver si Sara reaccionaba. Su rostro reflejaba nerviosismo y sonrió con tristeza cuando entendió que no iba a recibir una respuesta.

—No espero que, lo que aún sigo sintiendo, sea recíproco —comentó y bajó la vista al sentir que la mano de Sara estrechaba un poco la suya—. Pero quiero que entiendas que no voy a dejar de quererte de la noche a la mañana.

Observó que se le iluminaba la mirada y, antes de que pudiera decir o hacer algo más, fue Sara la que tomó la iniciativa de la escena. Tiró suavemente de su mano e hizo que la poca distancia que las separaba desapareciera del todo. Desde esa nueva perspectiva podía sentir el calor directo de su cuerpo contra el suyo y su corazón empezó a latir algo descompasado. No sabía qué iba a pasar, aunque se moría de ganas de dejarse llevar y arrasar con todo.

La mano libre de Sara subió hacia su cuello y, al sentir su calor directamente en esa zona, cerró los ojos y se le escapó un pequeño suspiro. Deseaba que sus labios volvieran a reencontrarse y entendió que a su ex le pasaba igual en cuanto sintió el inicio de un beso. Fue lento, muy lento, como si quisiera memorizar cada segundo y movimiento y ella siguió su ritmo sin ningún tipo de protesta. Sintió el final de ese agradable contacto y se despegó de forma perezosa antes de abrir los ojos y encontrarse con una pequeña sonrisa.

Subió la mano y con un suave roce acarició sus labios mientras sentía la mirada de Sara

clavada en ese gesto. Se acercó un poco más, aún sin saber qué acción hacer a continuación y, cuando le sonó el móvil, maldijo a todos los seres humanos del mundo.

—Es Lena —dijo al sacarse el teléfono del bolsillo y comprobar la pantalla—. Creo que es la persona que más odio del mundo ahora mismo —señaló y Sara sonrió un poco más.

—Es tu mejor amiga —le recordó.

—Menuda contradicción —bromeó y sus labios se curvaron más.

Colgó la llamada, pero sabía que su amiga insistiría hasta que le contestase, así que decidió que lo más sensato sería despedirse porque era consciente de que no llevaría muy bien que las volviesen a interrumpir y, además, necesitaba pensar en lo que acababa de pasar y en cómo Sara había dado un gran paso.

—Va a ser mejor que me vaya. Puede ser una auténtica pesada cuando quiere atención —aclaró y su móvil empezó a sonar de nuevo—. Lo dicho.

Su ex asintió regalándole una última sonrisa y ella se obligó a abandonar el lugar y no caer rendida en lo mucho que se moría de ganas por volver a redescubrir su cuerpo. Lena iba a tener que deberle muchos favores. Y de los grandes.

Observó a Sara totalmente concentrada mientras se debatía entre dos pares de vaqueros. No era el plan que había esperado cuando le comunicó que tenía la tarde libre y le propuso acompañarla. Aunque realmente le daba bastante igual qué hacer. Le valía con compartir tiempo y espacio con ella. Así de simple. Y así había sido desde que se conocieron.

—¿Cuál crees que me quedará mejor?

—¿Los dos? —cuestionó mirándola a la cara.

—No me digas que eres la típica novia aburrida que odia ir de compras —respondió Sara y a ella se le curvaron los labios—. ¿Por qué sonríes?

—Acabas de bautizarnos como novias.

—No he hecho tal cosa —señaló su compañera con rapidez—. Sólo hablaba de un supuesto caso, no quiere decir que seamos nosotras.

Sonrió un poco más y observó, en primer plano, cómo Sara se mordía el labio para evitar copiar su gesto. No le molestaba ese limpio rechazo, ya que llevaban unas semanas jugando a ese juego. Emily y Lena decían que ya había pasado el tiempo suficiente como para pasar de ser sólo un rollo a algo más. Pero Sara prefería alargar más el momento de decisión y siempre escurría el bulto cuando la conversación salía a la luz.

—¿Y crees que en algún momento llegará nuestro supuesto caso?

Sara apartó la vista de un par de camisetas y frunció el ceño al encontrarse con su mirada.

—¿Tienes prisa?

—No la tengo —aclaró con tranquilidad—. Pero tampoco veo necesario seguir alargando mucho más el momento.

—Bueno, no te he visto clavar la rodilla y pedirme que sea tu novia.

—¿Tengo que clavar la rodilla para eso? —cuestionó divertida.

—Qué mínimo.

—¿Y por qué tengo que hacerlo yo? Tú también tienes dos rodillas.

—Jamás clavaré la rodilla —sentenció Sara y se movió por la tienda para pasar a la siguiente sección.

Se mordió el labio pensando en la manera de seguir con la conversación mientras se fijaba en cómo debatía qué prenda le gustaba más.

—Si me pides ser tu novia te regalo algo de la tienda. Lo que tú quieras.

—¿Sólo algo de la tienda? ¿Crees que me vendo por tan poco?

Tomó unos segundos para pensar en su siguiente paso. ¿Debía seguir por ahí? Quizás sería un poco arriesgado proponer un precio más alto, tanto para ella como para su bolsillo, pero también quería salir victoriosa de esa batalla, costase lo que costase.

—¿Qué tal un vaquero y una camiseta?

—No sigas por ahí, te va a salir muy caro —apuntó Sara sin tan siquiera mirarla.

Al parecer su compañera se sentía lo bastante ganadora como para rechazar su propuesta, así que decidió dejar las cosas como estaban y hacerle creer que no seguiría intentándolo hasta que encontrase algo lo suficientemente llamativo.

Volvieron a moverse y la nueva escena le resultó más llamativa. La lencería era algo que

siempre había captado su atención y era consciente de que Sara parecía saberlo porque últimamente la sorprendía con algún atuendo llamativo y muy provocativo.

—¿Vas a comprarte algún conjunto? —preguntó muy interesada.

—No lo sé —contestó su compañera mientras observaba la gran variedad—. ¿Hay alguno que te guste?

—Ese azul es muy bonito —dijo señalando uno en concreto y Sara se adelantó para cogerlo y así poder verlo con más detenimiento—. No está mal —aseguró—. ¿Por qué no te lo llevas?

—¿Quieres que lo compre para mí?

—Así es.

—Nunca he usado este tipo de ropa interior.

—Pues quizás estaría bien que me sorprendieras algún día —señaló Sara—. Lo que usas es muy básico.

Sonrió sorprendida con su argumentación y Sara le pasó el conjunto sin dudar. Aprovechó que se giró para seguir la ruta y la agarró por el filo del pantalón para retenerla y colocarse justo en su espalda.

—¿Qué...?

—¿Quieres que lo use?

Cortó su pregunta y se inclinó para besarle el cuello desde atrás, algo que sabía que a Sara le encantaba.

—Joder, Marina —protestó en un susurro.

—No has respondido a mi pregunta —señaló antes de acariciar el camino hacia su oreja con la nariz.

—No es justo. Esto me pone muy cachonda y ni siquiera sé qué es lo que tengo que contestar.

Sus labios se volvieron a curvar con su ocurrencia y la agarró de las caderas para apretarla contra su cuerpo antes de volver a besarle el cuello.

—¿Quieres que use el conjunto?

La observó asentir con la cabeza y ella se sintió bastante victoriosa porque acababa de desarmarla en apenas unos segundos.

—¿Esta noche? —insistió mientras deslizaba una mano hacia adelante.

—Para.

Sara se giró de golpe entre sus brazos, rompiendo por completo con la escena y ella la enfrentó muy sonriente.

—No podemos seguir por ahí en un sitio así —le aclaró—. Pero creo que ha llegado el momento de pagar e irnos a casa. Y sí, llévate el maldito conjunto de lencería.

—No estoy segura —dijo y su ceño se frunció de forma inmediata—. Esto es algo para novias, ¿no? —cuestionó divertida.

—No te has quejado las veces que me he puesto algo así.

—¿Y por qué iba a quejarme?

—Está bien, ¿qué quieres?

Ambas sabían lo que quería. Pero su compañera, al igual que todas las veces anteriores que salió el tema a la palestra, alargó el momento todo lo posible.

—No voy a arrodillarme —aclaró Sara.

—Y yo no te he pedido que lo hagas —señaló ella—. Me vale con una pregunta.

—¿De verdad vamos a hacer esto?

—¿De verdad quieres verme con ese conjunto de lencería?

—Lo que tiene que hacer una para cumplir con sus fantasías sexuales —respondió, haciéndole sonreír.

—Estoy esperando.

La observó aclararse la garganta y hasta se echó el pelo hacia atrás como si la hazaña fuese a causarle algún esfuerzo físico.

—¿Quieres ser mi novia?

—¿Cómo? No te he escuchado bien.

—No me jodas, Marina —protestó—. Yo ya he cumplido. Si tus oídos necesitan una revisión eso ya es asunto tuyo.

Detuvo sus pasos cuando comenzó a andar y la rodeó para dejar un beso sonoro en su mejilla.

—En realidad no era necesaria la pregunta —dijo y Sara le alzó una ceja—. Creo que llevamos siendo novias desde hace tiempo, pero tremendo gustazo haber hecho que seas tú la que lo proponga.

Sonrió divertida y Sara se movió entre sus brazos para librarse de su amarre con fingida molestia.

—Espero que cumplas bien esta noche —señaló Sara en modo de advertencia—. Porque igual pasas a ser mi ex rápidamente.

Se quedó rezagada y pensó en qué debía hacer sobre el conjunto de lencería. Nunca había usado una prenda así e igual se sentiría ridícula con ello puesto, pero al final acabó cediendo a la petición de Sara porque creyó que sería buena idea darle el gusto después de haber conseguido que soltase la dichosa pregunta que tanto habían estado retrasando.

Terminó de servir un par de cafés y caminó hasta el sitio de la barra en el que Emily llevaba unos minutos esperándola. No habían quedado y tampoco era necesario. A excepción de cuando trabajaron juntas, ese tipo de encuentros y visitas eran bastante frecuentes entre ellas, ya que trabajar en la hostelería era una putada para cuadrar agendas y hacer vida social.

—¿Te sirvo algo? —preguntó en cuanto la tuvo delante.

—Un café. Descafeinado.

Frunció un poco el ceño ante su petición, pero obedeció sin rechistar y se apartó para prepararlo. No sabía el tiempo con el que contaba para hablar con su amiga, pero iba a aprovechar la visita para hablar de los últimos acontecimientos con Marina. Necesitaba contarle lo sucedido y darle un poco de tregua a su mente.

—Descafeinado —comentó tras poner la bebida delante de Emily.

Escuchó un «gracias» y se quedó mirándola mientras le echaba el azúcar. Parecía preocupada y decidió priorizar eso antes que hablar de su propia situación personal.

—¿Te ocurre algo?

Los ojos de su amiga la buscaron tras unos segundos y sólo respondió negando con la cabeza y llevándose el vaso a los labios para dar un pequeño sorbo.

—Es extraño —dijo y observó que fruncía el ceño—. Sueles pedir descafeinado cuando no descansas del todo bien —aclaró—. Así que, con tu elección de hoy, entiendo que no has dormido bien y que algo está dando vueltas en esa cabecita tuya.

—Pues déjame decirte que todo está bien y que tu sentido de la clarividencia es totalmente un asco.

Sonrió con su argumentación y se animó cuando los labios de su amiga se curvaron un segundo después.

—Entonces... ¿Por qué te has pedido un descafeinado?

Insistió apoyando las manos sobre la barra y Emily soltó un suspiro bastante sonoro.

—¿Tengo que repetirte la pregunta?

—Porque me apetecía —respondió por fin su amiga.

Le clavó la mirada con bastante intensidad, intentando, con ese gesto, descifrar lo que había más allá de su contestación. Pero eso de leer mentes aún estaba fuera de su alcance y prefirió ser la pesada de siempre e insistir hasta sacarle la verdad.

—¿Ha pasado algo con Lena?

Fue lo primero que se le pasó por la mente y al ver que su amiga giraba ligeramente el rostro un destello de pánico cruzó por todo su sistema. Ella y Marina podían tener sus roces y sus idas y venidas, pero ni en un millón de años entendería que la pareja perfecta que hacía su amiga y Lena tuviera algún tipo de crisis.

—¿Habéis tenido una discusión?

Insistió y su mirada, rápidamente, la buscó.

—No ha pasado nada con Lena —le aclaró.

—¿Seguro?

—Seguro —señaló Emily y la pequeña sonrisa que le regaló logró tranquilizarla.

—Joder, no me pegues estos sustos.

Se lo pidió llevándose una mano al pecho y los labios de su amiga se curvaron más. Al

menos había conseguido hacer que el gesto le cambiase. Odiaba ver mal a Emily. Lo odiaba con todas sus fuerzas. A veces podía llegar a ser la persona más capulla del mundo, pero era su capulla favorita del universo.

—No seas dramática —le pidió su compañera.

—No soy dramática —apuntó con rapidez—. Pero si vosotras tenéis problemas el mundo se va a la mierda. Eso es así.

—¿Y de dónde sacas eso?

Emily lo preguntó curiosa y risueña y ella se aclaró la garganta para que su argumentación sonase de la forma más clara y concisa.

—Pues porque sois la puta pareja perfecta —sentenció—. Y si vosotras falláis, el resto de los mortales no tenemos esperanza.

—No somos la puta pareja perfecta.

—Sí que lo sois —insistió—. Y dais un asco increíble. Pero supongo que, como sois la puta pareja perfecta, os lo podéis permitir.

Su compañera de conversación negó con la cabeza, pero sin perder la sonrisa de los labios y eso hizo que ella se diera una pequeña palmadita en la espalda por lo bien que lo había hecho.

—Ahora que ya hemos aclarado todo esto —dijo, captando su atención—. Dime qué es lo que te está perturbando.

—¿Te han dicho alguna vez lo tremendamente pesada que eres?

—Unas cuantas, la verdad —respondió y ambas sonrieron—. Pero eso ahora mismo no tiene importancia. Así que venga, cuéntame.

La observó resoplar y echarse el pelo hacia atrás y, con ese simple gesto, entendió que lo había conseguido. Que su amiga por fin iba a contarle qué era lo que le estaba atormentando.

—Es por el trabajo. Ya sabes.

Se quedó algo decepcionada con el motivo, pero era lógico y tenía sentido. Emily llevaba una temporada luchando por entrar en el mundo laboral que tanto había deseado desde sus años en la universidad y, si a ella le dolía ver cómo se daba una y otra vez contra la pared, no se quería imaginar cómo debería sentirse estar en sus zapatos.

—¿Hay noticias de la entrevista del último día? —preguntó bastante interesada.

Vio algo de duda en su mirada y, antes de insistir, Emily habló.

—Nada que destacar.

—¿Te han llamado?

—Me mandaron un correo electrónico.

—¿Y? Joder, Emily. Podrías ser un poquito más colaborativa.

—Ya te he dicho que nada que destacar.

Su amiga cortó el contacto visual con su mirada y centró toda su atención en el café que le había pedido. No había conseguido mucha información sobre el motivo de por qué su gesto reflejaba una clara preocupación, pero la conocía lo suficiente como para saber que no debía seguir insistiendo, que debía darle algo de tiempo.

—Y tú, ¿qué?

Emily cambió totalmente el foco de atención y lo centró en ella, provocando que se le escapase una pequeña sonrisa espontánea y traicionera.

—Ya veo —dijo su amiga antes de que ella dijese nada—. Así que hay avances con Marina.

—¿Tan evidente es?

—Demasiado —aseguró Emily y ella sonrió un poquito más—. Que conste que me alegro mucho por vosotras pero, en serio, tened cuidado porque el tema sentimientos es una mierda.

—No vas a enseñarme nada ya a mi edad —comentó convencida.

—Entiendo que habéis vuelto.

Se tensó un poco ante esa afirmación y lanzó una rápida orden a su mente para que organizara una frase acorde al momento. Pero no funcionó y su silencio provocó que Emily alzase una de sus cejas.

—No hemos tenido ninguna conversación al respecto —confesó tras verse arrinconada.

—¿Y la vais a tener?

—Supongo. No lo sé —respondió algo nerviosa—. No me juzgues.

—No te estoy juzgando —aclaró Emily—. Pero yo no atrasaría ese momento más.

Le mantuvo la mirada sin saber qué más decir y sólo se la apartó cuando uno de sus compañeros le pidió ayuda. Su amiga le aseguró que seguiría allí un rato más y su mente empezó a barajar las posibles consecuencias de mantener dicha conversación con Marina. Era consciente de que volverían a lo mismo, al mismo punto que las separaba y distanciaba, ese que a ella le aterraba tanto.

\*\*\*\*\*

Dio las gracias al camarero cuando dejó los cafés que estaba esperando y sacó el móvil del bolsillo y lo puso sobre la mesa para tenerlo al alcance. Tras el beso no había vuelto a saber nada de Sara y eso, en cierta forma, le inquietaba. No era la primera vez que pasaban por una situación así, pero sí era la primera vez que veía a su ex más volcada en eso de dar la iniciativa.

—¿Llevas mucho rato esperándome?

Negó con la cabeza tras levantar el rostro y encontrarse con Lena y la observó en silencio mientras se sentaba justo a su lado.

—¿Qué tal la mañana en la oficina? —preguntó su amiga mientras veía cómo se echaba un poco de azúcar en el café.

—Otro día más —contestó con desinterés—. ¿Qué tal tu entrevista?

—La verdad es que ha sido muy interesante —le respondió con una sonrisa, captando todo su interés.

—Ibas a entrevistar a una monja, ¿verdad?

Se aseguró sobre la entrevistada porque, aunque Lena le había repetido un millón de veces que iba a realizar un pequeño reportaje sobre una señora que había llevado el hábito más de treinta años, no comprendía el «muy interesante» y tampoco la sonrisa radiante en sus labios.

—Ha sido todo un descubrimiento —aseguró su amiga—. Resulta que entregó toda su vida a la orden religiosa a la que pertenecía hasta que entró una nueva hermana con la que empezó a congeniar bastante y, bueno, ya te puedes imaginar el resto.

Sonrió ante su resumen y dio un sorbo de café mientras veía cómo Lena, sólo con la mirada, le pedía que le preguntara todo lo que quisiera.

—Así que tras treinta años ofreciéndole su amor a la Iglesia decidió abandonarlo todo por una mujer —apuntó y su amiga asintió.

—Bastante significativo.

—Y mucho más beneficioso.

Ambas sonrieron y el pulso se le aceleró al escuchar una nueva notificación en su móvil. Se movió rápido para comprobar qué era y una gran decepción recorrió todo su sistema al descubrir que sólo era la alerta de nuevas actualizaciones del sistema.

—¿Esperas noticias?

Al alzar el rostro y mirar de nuevo a su amiga la encontró muy sonriente y con gesto pícaro.

—Es posible.

Lo dijo de la forma más tranquila posible, pero eso le dio a Lena vía libre para acercarse más a la silla a su posición y así hacer una zona algo más confidencial entre ellas.

—Cuéntame.

—Digamos que Sara forzó un encuentro.

—¿Forzó un encuentro? —cuestionó Lena—. ¿Os van ese tipo de cosas?

—Pero, ¿en qué demonios estás pensando?

Le soltó la pregunta entre alarmada y horrorizada porque no sabía qué le estaría pasando por la cabeza. Aunque, conociéndola, seguro que nada bueno. Nada de nada.

—Me pidió que la acompañase a hacer la compra —aclaró.

—Qué aburrido —protestó su amiga y ella decidió ignorarla.

—Y después, cuando le ayudé a subir las bolsas a su casa, me besó.

—Eso es mucho más interesante. Muchísimo más.

Sonrió y negó con la cabeza y se acomodó mejor en la silla ante su atenta mirada.

—¿Y qué más? —preguntó Lena bastante interesada.

—Nada más.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada.

—¿Por qué? —cuestionó su amiga.

—Porque cierta persona mega pesada me llamó ayer para que le ayudase a recordar una serie de animación de la infancia.

Lena forzó una sonrisa ante esa aclaración tan directa que la involucraba y ella pensó en las ganas que había tenido de abofetearla por cortar ese intenso y bonito momento entre ella y Sara. Aunque sí era cierto que, ya en casa, pensó que igual hasta fue algo beneficioso. ¿De qué hubiese servido haberse lanzado al deseo y al descontrol? Sólo para volver a la casilla de salida y a ese bucle infinito del que tan cansada estaba.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—No lo sé —contestó con toda la sinceridad del mundo y, sólo con la mirada, le pidió que le diera algún tipo de consejo. El que fuese.

—Pues vaya.

—¿Pues vaya? —cuestionó con rapidez—. Podrías darme un consejito, ¿no crees?

—¿Yo? —preguntó su amiga bastante sorprendida—. Según tú soy la persona más inepta en lo que a la conquista se refiere. ¿O es que estás valorando mi arte para la seducción y el cortejo?

—Sólo te estoy pidiendo un consejo de amiga —aclaró.

—Disimular siempre se te ha dado fatal —apuntó Lena—. Y como soy una buena amiga, estoy dispuesta a enseñarte el bello mundo del enamoramiento.

—Por Dios, cállate.

Se lo pidió levantándose de la silla tras coger el móvil y guardarlo y su compañera no tardó ni un segundo en imitar su gesto y seguir sus pasos. La observó despedirse de Emily, que estaba en la barra de la cafetería, desde la distancia y caminaron en dirección hacia el ascensor para subir a sus despachos.

—Podrías probar enviándole unos cuantos ramos de flores al trabajo —comentó Lena

mientras esperaban a que se abrieran las puertas metálicas y ella le clavó la mirada con bastante intensidad para hacerle ver que debía parar porque no iba a hacer ninguna de sus ocurrencias—. ¿Qué pasa? —protestó—. Eso siempre funciona —dijo muy convencida.

—Eso te funciona a ti. No al resto.

—¿Pero lo has probado?

—No es necesario —señaló y agradeció que, por fin, el ascensor se detuviera en la planta baja—. Así que haznos un favor a las dos y olvida el hecho de que te haya pedido ayuda —dijo tras entrar dentro y pulsar el botón que las llevaría a la planta en la que trabajaban.

El silencio se instauró de golpe y, aunque lo agradecía, sabía que no duraría mucho.

—¿Y si...?

—Olvidalo —contestó de forma cortante, sin dejarle acabar.

—¿Qué tal con...?

Le clavó la mirada con dureza y alzó una de las cejas. Igual así su amiga entendía que decía de verdad eso de que olvidase el hecho de haberle pedido consejo.

—Mañana estrenan la nueva entrega de *Adictos a la sangre* —dijo Lena, cambiando totalmente el tema de la conversación.

—Creo que deberíamos dejarlo para el fin de semana.

—Pero mañana es el día libre de Sara.

Sonrió ante su aportación, asintió con la cabeza, Lena le guiñó un ojo y antes de llegar a pronunciar un «gracias» su amiga soltó un «de nada» bastante satisfecha y orgullosa. No iba a darle el gusto de decirlo en voz alta, pero tenía que reconocer que había tenido una idea genial y que estaba dispuesta a aprovecharla.

Se echó un último vistazo en el espejo, se recolocó el pelo y cogió la chaqueta, que había dejado sobre la cama, antes de ordenarle a sus pies que caminasen sin detenerse porque, si eso llegaba a ocurrir, igual abortaba el plan debido a los nervios que había empezado a sentir tras la llamada de Emily. Esa en la que fue informada de que pasarían a por ella para ir al cine para ver la siguiente entrega de *Adictos a la sangre*. Y sus nervios no eran fruto de las ganas que tenía de ver cómo continuaba esa saga, era porque su amiga le había dado tan poca información que ni siquiera sabía si Marina iba a ir con ellas. Y esos mismos nervios que revoloteaban libremente por todo su sistema tampoco le dejaban margen para poder preguntárselo ella misma y acabar con ese sufrimiento tan tonto e innecesario.

Soltó aire de forma sonora tras salir del portal y un segundo después localizó el coche de Lena aparcado a un par de metros de distancia. Caminó pensando en las posibles situaciones que se encontraría al alcanzar su destino y la decepción cobró todo el protagonismo al encontrarse con la que menos deseaba. Marina no iba en el coche. Sólo Emily y Lena.

—¿Qué tal?

Lanzó la pregunta a modo de saludo nada más entrar en el coche y sus compañeras contestaron a la vez con un «bien» mientras ella se ponía el cinturón. Ni siquiera se atrevió a mirar al asiento de al lado, el lugar en el que debería estar su ex. Igual era culpa suya por no haberla buscado o haber provocado un nuevo acercamiento tras el beso. Igual Marina pensaba que había sido un error y que no quería verla más. Igual estaba siendo la persona más estúpida del mundo por alejarse de lo que verdaderamente quería.

—¿Estás preparada para ver la mejor película del mundo? —preguntó Lena mientras se incorporaba al tráfico.

—Eso es bastante cuestionable —contestó y no perdió detalle de su sonrisa.

—Pues Emily estaba deseando que se estrenase.

—Emily no opina tal cosa.

—Emily está aquí y tiene su propia opinión —apuntó la aludida y, a pesar de la tensión que había estado sintiendo, se permitió el lujo de sonreír.

Cogió el móvil ante el pensamiento absurdo de que quizás Marina le había mandado algún mensaje informándole que se unía al plan. Pero no. No encontró absolutamente nada y, aunque tenía la posibilidad de preguntárselo ella misma, pensó que sería ridículo. ¿Qué iba a decirle? ¿Te vienes al cine? ¿Así? ¿Sin más? Después de haberse besado en su casa y no haber sabido nada la una de la otra. Sería un tanto desconcertante, la verdad. Y tampoco quería parecer una desesperada lanzándole la cuestión a la pareja que tenía justo delante. Así que sólo le quedaba tener que esperar y descubrir el desenlace de la historia cuando llegasen a su destino. Y, mientras sus compañeras comentaban y recordaban escenas de las anteriores películas de la saga, ella priorizó todos sus pensamientos en su vida sentimental.

Cuando Lena aparcó el coche al final del trayecto descubrió que seguía en las mismas. Con un maldito laberinto en la cabeza.

Salieron del coche prácticamente a la vez y, sin darse cuenta, se encontró en medio de las dos. Una bonita ironía de lo que iba a significar la velada. Y nunca se había sentido como la tercera en discordia cuando quedaba con ellas y tampoco entendía por qué ahora se sentía así. Quizás era por las ganas que tenía de que su ex apareciese en escena. Algo que parecía bastante

improbable porque Marina solía ser puntual y en los aparcamientos no había ni rastro de ella y la decepción empezó a abrirse paso por cada centímetro de su cuerpo.

—Vaya, mira quién está tan ansiosa de ver la película que hasta ha llegado antes de tiempo.

Las palabras de Lena le aceleraron el corazón y, cuando alzó el rostro para mirar hacia la puerta del cine, sintió una felicidad arrolladora y descontrolada al ver a Marina esperando. Miró directamente a sus ojos y, cuando su ex le sonrió, ella le devolvió el gesto sin ni siquiera ser consciente de ello.

—¿Quién ha comprado las entradas? —preguntó Marina.

—Yo —respondió Lena con rapidez—. Ahora mismo te las mando —dijo mientras sacaba el móvil.

—No es necesario, vamos a entrar todas juntas —señaló su ex.

—Ya, pero es que yo tengo que hacer una llamada antes, así podéis entrar vosotras primero.

—Yo me quedo con ella.

Emily pronunció esa frase justo antes de entrelazar el brazo con el de su novia y dejó una escena en la que, tanto ella como Marina, no sabían qué hacer.

—Venga, va. Para adentro —las animó Lena, movimiento de mano incluido.

Se encogió de brazos tras la mirada interrogante de Marina y, sin llegar a comunicarlo verbalmente, ambas decidieron dar el paso de entrar en el edificio. Se mantuvieron en silencio hasta que llegaron a la zona de las palomitas y, antes de decir nada, su ex se adelantó.

—Palomitas medianas de caramelo. Lo sé —le aseguró y ella sonrió—. ¿Te importa que te robe unas pocas durante la película? —preguntó—. Es que no tengo hambre, pero seguro que luego me apetece.

Sonrió ante su pregunta pero, sobre todo, por lo tranquila y relajada que parecía estar. Nada que ver con los nervios que ella había estado sintiendo. Y sí, agradecía enormemente que su ex hubiese tomado las riendas de la situación sin ningún tipo de problema.

—Así que pretendes robarme las palomitas —señaló—. Eso requiere un alto nivel de confianza y seguridad.

—Tenemos un alto nivel de confianza —aseguró Marina mirándola—. ¿No crees?

Se le pronunció más la sonrisa y le encantó comprobar en primer plano cómo los labios de su ex se curvaban a la vez que los suyos.

Cortaron el contacto visual cuando les tocó pedir y, unos segundos después, se encontró con un menú gigante de palomitas con refresco incluido.

—Igual te has pasado un poco.

—Así no sufrirás cuando te robe palomitas.

Y, así de fácil, volvió a hacerle sonreír.

Alzó la vista para comprobar los pases de las sesiones y descubrió que ya podían pasar a la sala.

—¿Dónde vas? —preguntó al ver lo convencida que avanzaba Marina—. ¿No vamos a esperarlas?

—¿En serio, Sara? —cuestionó su ex sonriente—. Pareces nueva —dijo muy sonriente y ella frunció el ceño—. Nos han hecho una encerrona. Ya sabes, provocar que nos quedemos a solas. Seguramente se han marchado en cuanto hemos entrado por la puerta.

Negó con la cabeza sonriente y pensó en lo mucho que había aprendido Emily de ella. Esa jugada era muy de su cosecha.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Marina, captando su atención de nuevo—. ¿Quieres ver la película?

—Habrà que descubrir qué aventuras nuevas nos tienen preparadas esos vampiros de pacotilla.

La observó sonreír de nuevo y caminaron juntas hasta la sala en la que se proyectaría la película.

De todos los posibles escenarios, nunca pensó que la noche acabaría así, teniendo una cita con Marina, la persona que más le había hecho sentir y, la que con una sonrisa, ponía su mundo entero al revés.

\*\*\*\*\*

Tenía que reconocer que la idea de Lena de aprovechar el estreno de la película para provocar un encuentro fue muy buena. Buenísima. Quizás demasiado. No parecía propia de ella si pensaba en sus intentos de conquista con Emily. Pero es que encima su amiga mejoró la propuesta que le hizo en el ascensor y propició que se quedasen a solas sin que ella lo supiera. Una obra maestra de la que estaba completamente segura que Emily había sido la mente detrás de todo, ya que no creía que su amiga, la que esperaba con un helado en la puerta del trabajo a la chica que le gustaba, fuese capaz de crear un plan así. Simple, pero efectivo. Aún así, y fuese como fuese, ahí estaba, sentada en la butaca de al lado de Sara mientras la veía disfrutar de las palomitas.

—Ese va a terminar muy mal —dijo su ex mirando hacia la pantalla—. Es muy evidente —señaló mientras cambiaba el foco de atención ahora hacia ella—. ¿Qué pasa? —cuestionó.

—¿Es que no sabes que en el cine no se habla?—preguntó divertida.

—No se habla por respeto y no molestar a la gente —respondió Sara y ella asintió con la cabeza—. Pero, sorpresa, aquí no hay nadie. ¿Quién va a venir a ver esta película? Sólo nosotras que somos unas pringadas.

—Te he dado la opción de no entrar —le recordó.

—La entrada ya estaba pagada. No me gusta tirar el dinero.

Sonrió y sólo le apartó la mirada cuando su ex clavó de nuevo toda su atención en la pantalla. Parecía mucho más interesada que ella, y eso que Sara siempre había criticado todas y cada una de las películas de esa saga. Así que guardó silencio y se centró en lo que estaba sucediendo delante de sus ojos, pero sin olvidar que Sara estaba a su lado mientras intentaba pensar en cuál sería el mejor plan para proponerle después del cine y así alargar la noche un poco más. Después de unas cuantas opciones llegó a la conclusión de que lo mejor sería invitarle ir a cenar. Una idea sencilla y que encajaba a la perfección.

—¿Por qué me miras tanto? —preguntó Sara y ahí fue cuando se dio cuenta que igual llevaba unos minutos haciéndolo y sin disimular—. ¿Tengo restos de palomitas en el pelo?

—No, que va. Estás perfecta —contestó con rapidez—. ¿Te parece que luego vayamos a cenar?

Se le aceleró el ritmo con su propia propuesta y la sonrisa que le regaló su ex hizo que se relajara un segundo después. La observó asentir con la cabeza, confirmándole lo que ya sabía, y el sonido de unos gemidos hizo que las dos girasen de golpe la cabeza hacia la película.

—¿Cómo narices han llegado a esto? —cuestionó Sara bastante impresionada—. Hace nada se querían matar.

Se enderezó en el asiento y fue incapaz de apartar los ojos de la pantalla. La escena, que estaba reproduciéndose, entre dos personajes femeninos podría clasificarse perfectamente para mayores de dieciocho años. Estaba siendo provocativa, pero también dura y la sensualidad que

desprendían ambas actrices hacía que toda la carga sexual aumentase hasta niveles inalcanzables. Tragó saliva ante una escena bastante explícita y detallada y, cuando todo acabó, tuvo que tomarse unos segundos para recomponerse.

Suponía que ninguna de las dos esperaba que algo así pasase y por eso, los minutos restantes, todo quedó en absoluto silencio entre ella y Sara. Su compañera posiblemente también estaba intentando asimilar el giro de los acontecimientos.

Los créditos finales aparecieron y, en cuanto encendieron las luces, su compañera le pidió que se diera prisa porque necesitaba ir al baño con algo de urgencia. La siguió sin rechistar y la esperó en la zona de los lavabos totalmente sola. Era como si al resto del mundo le importara muy poco los últimos estrenos. Y a ella eso le venía muy bien porque rara vez la gente sabía comportarse en el cine y tener la sala sólo para ellas dos había sido una fantasía increíble.

Sonrió al verla salir del cubículo y, mientras se lavaba las manos, se dio el lujo de observarla en detalle.

—Eso ha sido muy intenso —comentó Sara y ella levantó la mirada hasta su rostro con algo de vergüenza por tal escrutinio—. La escenita de la película —aclaró.

—Supongo que hay gente a la que no le gusta perder el tiempo.

Soltó esa frase sin ningún tipo de doble sentido ni pretensión, pero la mirada de su compañera se intensificó y a ella se le aceleraron las pulsaciones cuando observó cómo le miraba directamente a la boca. Y ni siquiera tuvo tiempo de decir una sola palabra. Las manos de Sara agarraron su rostro y un segundo después sus labios estaban unidos en un beso bastante intenso. Le siguió el ritmo sin pensarlo y, cuando su ex le mordió el labio inferior, todo se salió de control.

Cortó el beso, los ojos de su ex le pidieron una explicación ante tal gesto pero, cuando tiró de su mano hacia uno de los cubículos, su sonrisa le hizo comprender que entendía perfectamente lo que iba a ocurrir a continuación.

Dejó que entrase primero, cerró la puerta y, antes de darse cuenta, Sara volvió a besarla con la misma intensidad. Hizo que su espalda chocase contra una de las paredes, para así tener más estabilidad y, rápidamente sus manos entraron en juego. Las movió por debajo de su camiseta y al sentir la piel, tan caliente, de su ex su sistema se aceleró ante la necesidad de querer más.

Se le escapó un gemido cuando Sara tiró ligeramente de su labio inferior de nuevo y, un segundo después, las manos de su compañera también buscaron el contacto de su piel por debajo de la ropa. Se pegó un poco más a ella, para limitar todo lo posible el espacio personal y se adelantó a cualquier movimiento y agarró uno de sus pechos por encima del sujetador. El sonido de placer que soltó Sara le hizo jadear y sólo se detuvo cuando su ex le tapó la boca y detuvo toda acción de golpe.

—Frena —le pidió en un susurro—. Acaba de entrar alguien —aclaró.

Su pecho subía y bajaba, al igual que el de ella y, aunque su mirada seguía reflejando ese toque de pasión que tanto despertaba en ella, tuvo que hacer el esfuerzo de comportarse y no arrancarle la ropa ahí mismo.

Se recolocaron la ropa y, en cuanto volvieron a quedarse solas, Sara cogió su mano y tiró de ella para salir de ahí. Para su sorpresa no la soltó en ningún momento, sólo hasta que estuvieron delante del coche y no le quedó más remedio porque alguien tenía que coger el volante y conducir.

\*\*\*\*\*

Le costó recomponerse tras la escena vivida en los baños del cine. Y sí, ella fue la que

provocó tal suceso al lanzarse a los labios de Marina, pero parte de ese descontrol fue culpa de la maldita película y esa escena tan bien desarrollada. Hizo que todas sus hormonas se disparasen y que las ganas de volver a sentir a Marina por cada centímetro de su cuerpo se multiplicasen sin control alguno. Y sí, también le gustó descubrir que a su ex no le hizo falta tiempo de reacción. La siguió sin dudar y sin mirar atrás.

Aunque también era cierto que la decepción y algo de temor se le aferró al cuerpo al descubrir que Marina conducía directamente hacia su piso y que la idea de seguir la noche e ir a cenar juntas había desaparecido de su cabeza. Quizás lo ocurrido en los baños no había sido del todo de su agrado, por mucho que hubiese sentido sus ganas y su necesidad. Quizás su mente necesitaba algo de espacio y pensar en lo sucedido. O quizás ella había provocado esa reacción que no pretendía volver a realizar después del beso dado en su casa unos días atrás.

—Bueno, pues ya estamos —dijo Marina en cuanto detuvo el coche a escasos metros de su puerta.

Y, aunque pensó en no decir nada sobre lo que estaba pensando, al final decidió lanzarse porque sabía que no se quedaría tranquila y bastante material tenía ya en la mente para pensar durante toda la noche.

—¿Qué ha pasado con lo de ir a cenar? —preguntó mirándola directamente a los ojos.

—Mierda —contestó Marina con rapidez—. Joder, se me ha olvidado por completo.

Sonrió de verdad porque, con sólo ver su rostro, sabía que no mentía.

—Es entendible —susurró divertida.

—Joder. Soy un puto desastre.

—No te preocupes —comentó sin perder la sonrisa—. Además, en realidad no me apetece mucho salir. Ya es algo tarde y seguro que está todo lleno de gente.

—¿Puedo invitarte otro día?

—Puedes y debes —afirmó y le encantó verla sonreír—. Estaría feo que no cumplieras con tu palabra —aclaró.

Se miraron a los ojos y, al no saber qué hacer, decidió que quitarse el cinturón de seguridad era la mejor idea del mundo porque igual Marina quería marcharse a casa y dar por finalizada la noche. Todo lo contrario a lo que estaba sintiendo, ya que se moría de ganas de continuar compartiendo momentos con ella esa velada.

Así que giró la cabeza para encontrarse con su mirada de nuevo y, al hacerlo, sus ojos la observaban muy atentamente.

—¿Quieres subir? Podemos preparar algo para cenar.

Marina asintió con una sonrisa en los labios y hasta salió del coche más rápido que ella.

—Prometo que compensaré mi falta de memoria.

—No te preocupes —dijo con sinceridad mientras veía cómo cerraba el coche y caminaba hacia ella—. Aunque igual es mejor que pidamos, no tengo mucho con lo que trabajar para hacer algo decente para cenar.

—Con cualquier cosita me conformo.

Se sonrieron mutuamente y caminaron hasta el interior del edificio en silencio. Un silencio que creció en cuanto se metieron en el ascensor. Giró el rostro para ver a su compañera de escena y, al descubrir cómo la miraba, todo su sistema se tensó de golpe. Recordó cómo se habían besado en los baños del cine y se le aceleraron las pulsaciones. Tampoco ayudaba mucho el recordar lo bien que conectaban y encajaban sus cuerpos.

Abrió los ojos de golpe al darse cuenta de que acababa de soltar un suspiro algo delator y, cuando las puertas se abrieron, sintió la mano de Marina en su cintura. Sólo era un pequeño

indicador para animarla a salir, pero su contacto provocó demasiadas cosas en muy poco tiempo. Era increíble el poder que tenía sobre ella. Recordaba perfectamente cómo, sin ser ella una de esas personas que buscan sexo en el primer encuentro, cayó en una espiral de deseo difícil de olvidar la primera noche que se conocieron.

Sintió su contacto en todo momento mientras caminaban hacia la puerta y al sacar las llaves se le cayeron al suelo.

—Estás un poco torpe, ¿eh?

La escuchó bromear y ella sonrió algo nerviosa, aunque no pudiera verla, ya que estaba agachada.

Se enderezó, abrió la puerta y entró sin mirar atrás y dirigiéndose directamente hacia su habitación. Desde ahí escuchó cómo se cerraba la puerta y ella aprovechó el tener que dejar la chaqueta para recomponerse un poco. Debía mantener la calma y hacerle entender a su mente, y sobre todo a su cuerpo, que la presencia de Marina no significaba nada. Es más, era habitual. No tenía por qué sentirse así de nerviosa. Era absurdo.

—¿Estás bien?

Se giró de golpe al escuchar su voz tan cerca y la encontró a unos pocos pasos de distancia.

—Te noto algo rara —aclaró Marina y ella negó con la cabeza mientras forzaba una pequeña sonrisa.

—Es sólo que...

Cortó su propia argumentación ya que no sabía qué decir.

—Ha sido intenso.

Le clavó la mirada y frunció el ceño al no comprender a qué se refería.

—Y no me refiero a la película —señaló Marina—. Hablo de nuestro momento en el baño —aclaró y un agradable calor empezó a recorrerle el pecho.

—Yo no quería...

—¿No querías? —cuestionó su ex risueña—. Pues te he notado bastante dispuesta, la verdad.

—Me refiero a que debería haberme controlado.

Observó cómo su sonrisa creció y, un segundo después, se fijó en cómo recortaba la poca distancia que las separaba colocándose justo frente a ella.

—¿De verdad piensas eso? —preguntó Marina mirándole directamente a los ojos.

Abrió la boca para contestarle, pero no encontró las palabras. Menos aún cuando su ex alzó el brazo y le acarició la mejilla con la mano.

—Te he hecho una pregunta.

Marina dijo esa frase con una bonita sonrisa en los labios y ella perdió el poco control que mantenía al sentir cómo le acariciaba el cuello.

Se adelantó y no necesitó verbalizar nada para contestarle. Ambas sabían que no era necesario y que a ella le gustaba más demostrar las cosas con acciones. Por eso mismo cogió su rostro con ambas manos y volvió a unir sus labios con los suyos en un beso bastante desesperado y cargado de pasión. Marina se unió rápidamente al ritmo y, sin darse cuenta, empezaron a desvestirse la una a la otra. Se acariciaron la piel expuesta tras quitarse las camisetas y sus labios volvían, una y otra vez, a su encuentro con una facilidad increíble.

—Joder, qué ganas tenía de tocarte —dijo Marina mientras colocaba ambas manos alrededor de su cuello para después bajarlas muy despacio hacia la zona alta de su pecho.

Se dejó hacer durante unos segundos, pero la pasión que estaba empezando a sentir pudo

con todo. La empujó con suavidad para que se sentase en el filo de la cama y se colocó sobre sus piernas, haciendo que sus cuerpos quedasen totalmente pegados mientras sus labios seguían explorándose. Se le escapó un gemido ahogado al sentir que Marina apretaba con suavidad uno de sus pechos y le adelantó el trabajo quitándose ella misma el sujetador. Su mirada, clavada ahora en esa parte de su anatomía totalmente expuesta, hizo que su temperatura corporal aumentase unos cuantos grados de golpe. Y más lo hizo cuando cerró los ojos al sentir que tocaba sus dos pechos a la vez. Se movió contra su cuerpo para sentir todo el contacto posible y Marina la animó a hacerlo al empujarla contra ella.

Frunció el ceño cuando notó que su compañera paró toda acción, pero entendió el motivo al ver su mirada cargada de pasión y cómo descendía con besos desde el cuello hacia el pecho. Jadeó al sentir sus labios en uno de los pezones y se mordió el labio al sentir sus dientes. Marina descubrió, desde muy pronto, lo sensible que era en esa parte de su anatomía y ambas lo disfrutaban muchísimo. Sobre todo ella.

Metió la mano entre su pelo y la animó a seguir mientras hacía movimientos de cadera contra su cuerpo. La excitación crecía a cada segundo y era muy consciente de ello. También estaba muy segura de que a Marina le estaba pasando exactamente igual y por eso pensó que igual debía acelerar un poco el proceso.

—¿Qué...?

Su compañera de escena se quejó en cuanto se levantó, cortando todo el momento, pero se calló rápidamente al comprender qué estaba pasando.

—A la mierda —dijo mientras se quitaba el pantalón y las bragas.

Se subió de nuevo sobre sus piernas y descubrió su sonrisa antes de agarrarle el rostro con las manos y besarla. Empezó a sentir sus manos por cada centímetro de su cuerpo y la tensión se le iba acumulando en su bajo vientre mientras Marina la apretaba contra ella. Cuando se apartó de sus labios lo hizo solamente al sentir cómo con las manos recorría sus piernas, entreteniéndose más de la cuenta en la parte interna de los muslos. Se mordió el labio inferior al ver cómo, poco a poco, se acercaba cada vez más a su sexo y se movió inquieta y algo desesperada por sentir de una vez su contacto en esa zona.

—Hazlo ya —le pidió en un susurro.

—¿Tienes prisa?

—Igual un poco.

Ambas sonrieron con su respuesta y volvió a besarla a la vez que Marina seguía torturándola con suaves y cortas caricias en sus piernas. Y estuvo a punto de suplicarle, pero su compañera sabía leerla muy bien y, antes de que pronunciase una sola palabra, movió la mano hacia su entrepierna y la acarició de arriba abajo, provocando que un gemido se escapase de sus labios.

Marina buscó su mirada y ella se la devolvió al momento mientras sentía cómo movía los dedos entre sus pliegues. Jadeó al sentir que su humedad crecía ante cada nueva caricia y pegó su frente a la suya a la vez que movía las caderas para así provocar que el roce fuese más efectivo y placentero.

—Oh, joder —soltó pegada a su boca.

Sus labios volvieron a encontrarse, esta vez de una forma más torpe, debido a los movimientos y se le escapó un gemido contra su boca cuando Marina decidió incrementar su fuego interno al meter un par de dedos en su interior.

Levantó un poco la cadera para hacer que sus movimientos fuesen más efectivos y se aferró a su cuello a la vez que acompañaba sus embestidas. Fueron lentas y algo superficiales al

principio, pero duró poco. Muy poco. Rápidamente Marina aumentó el ritmo y profundizó el movimiento mientras ella sentía cómo el orgasmo crecía.

Sintió cómo le rodeaba la espalda con el brazo que tenía libre y se movió más rápido para alcanzar cuanto antes esa sensación tan placentera que estaba deseando volver a sentir. Y, cuando lo hizo, se sintió igual que todas las otras veces. Increíble y plena.

Se quedó apoyada contra su cuerpo mientras intentaba controlar el ritmo cardíaco y empezó a sentir las caricias de sus dedos por la espalda haciendo trazos imaginarios. Sonrió ante la cercanía y naturalidad del momento y dejó un beso en su mejilla antes de hacer que sus ojos conectasen.

—Esto sí que ha sido intenso —apuntó, haciéndole sonreír.

—Algo bastante típico entre nosotras, la verdad.

Le devolvió la sonrisa tras asentir y la empujó con suavidad para que tocara con su espalda la cama.

—Podemos hacer que sea el doble de intenso —comentó mientras le desabrochaba el cinturón y la observaba apoyarse con los codos en el colchón para así tener una mejor perspectiva de lo que ocurría.

—Y estoy totalmente dispuesta a comprobarlo.

Se le volvieron a curvar los labios con su comentario y tiró con suavidad de sus pantalones a la vez que Marina la miraba con un increíble deseo reflejado en la mirada. Estaba claro que acabar la noche así no había entrado en los planes de ninguna. Pero ninguna parecía tener queja.

Se acomodó el pelo mirándose en el espejo del ascensor y sonrió al descubrir que Marina, que estaba justo detrás, le hacía un barrido visual de abajo arriba.

—¿Hay algo que te guste? —cuestionó divertida.

—No mucho, la verdad.

La empujó con suavidad tras su contestación y Marina se adelantó un par de pasos para besarla.

—No sé cómo te soporto.

—Supongo que es porque soy un partidazo —alardeó su compañera.

—Debatible —aseguró—. Pero ya lo comentaremos después. Ahora ha llegado el momento de que destroce a Lena.

Salió del ascensor en cuanto las puertas se abrieron y caminó hasta el apartamento de la mejor amiga de su novia. Habían planeado una de esas noches de juegos de mesa y descubrió que, al igual que ella, la novia de Emily era la persona que más se picaba del mundo. Había encontrado en ella una digna contrincante.

—Le he contado a mi hermana lo nuestro —dijo Marina después de que ella llamase al timbre—. Dice que le encantaría conocerte.

Se giró tras tragar saliva y la sonrisa, que encontró en sus labios, la puso bastante nerviosa. No se sentía preparada para dar ese paso, apenas llevaban unos meses y nunca había sido partidaria de conocer a la familia de sus parejas con tan poco tiempo de relación.

—¿No es muy precipitado? —cuestionó para tantear el terreno y no lanzarle un rechazo directo.

—Sólo quiere conocerte —aclaró Marina—. Y es mi hermana. No te estoy lanzando a mis padres ni a ninguna cena familiar —señaló con una pequeña sonrisa.

—Ya, pero no sé. Creo que es muy pronto —comentó—. Quizás dentro de unos meses, ¿vale?

Le lanzó una sonrisa y se acercó para besarla justo antes de que la puerta del apartamento se abriese. Las recibió Lena y, tras descubrir que su amiga estaba en la cocina preparando algo de picoteo, se disculpó con el resto y fue en su búsqueda.

—Habéis llegado pronto —dijo Emily en cuanto la vio.

—Tenía ganas de patearle el culo a tu novia.

Su amiga negó con la cabeza y se acercó para ayudarle. Al ver que lo tenía todo bajo control se apoyó en la formica, justo a su lado, y la observó en silencio.

—¿Cuándo conociste a la familia de Lena?

—Aún no ha ocurrido —contestó Emily antes de mirarle directamente a los ojos—. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Cuándo crees que se dará el acontecimiento?

—Repito, ¿a qué viene esa pregunta?

Emily insistió y ella bufó algo desesperada al no recibir la información que estaba pidiéndole.

—Marina quiere que conozca a su hermana y yo creo que es demasiado pronto —confesó.

—Bueno, cada una tiene sus tiempos.

—Vaya mierda de argumentación.

Soltó la frase sin medirse y recibió un empujón con la cadera como respuesta, ya que su amiga tenía las manos ocupadas mientras seguía preparando pequeños bocaditos de queso.

—No es una mierda de argumentación —señaló su amiga—. Es la realidad —apuntó—. De todas formas, esto es algo que tienes que hablar con tu novia, no conmigo.

—Ya le he dicho que me parece demasiado pronto.

—¿Y qué te ha dicho?

—Creo que no está de acuerdo y no le ha sentado muy bien que le haya propuesto esperar.

—Igual son suposiciones tuyas —apuntó Emily antes de coger una bandeja.

—Igual no llevo meses acostándome con la misma persona como para interpretar sus gestos.

Recibió una ceja alzada como respuesta y, sólo con la mirada, Emily le dijo que cogiese las bebidas y la ayudase a llevarlo todo al salón. Al encontrarse con el resto decidió dejar esos pensamientos atrás y centrarse en disfrutar de la noche. Marina parecía bastante animada mientras conversaba con Lena y eso le dio el empujón necesario para dejarse llevar.

—¿A qué quieres que te gane esta noche? —propuso a la novia de su mejor amiga.

—Haré que te tragues tus propias palabras —aseguró Lena y ella rompió a reír antes de sentarse junto a Marina—. He comprado un juego nuevo, así que aquí no tendrás ventaja.

—No necesito ventaja para patearte el culo.

—Te tragarás tus palabras.

Lena repitió la misma frase y en cuanto sacó el nuevo juego una gran sonrisa decoró sus labios. Había comprado el *Party*, algo en lo que Emily y ella eran unas expertas, pero no iba a pronunciarse al respecto, aprovecharía la ventaja.

—Yo voy con Emily —pidió con rapidez.

—¿Por qué vas a ir con mi novia? —cuestionó Lena.

—Porque antes de que tú llegases a su vida yo ya formaba parte de ella —respondió como si eso le diese la razón absoluta.

—Da igual, les daremos una paliza —aseguró Marina a su mejor amiga y ésta asintió con la cabeza.

Emily la miró con cara cómplice porque, aunque siempre le decía que no picase tanto a su novia, su amiga también disfrutaba de la victoria. Y esa noche no iba a ser la excepción. Ya en la primera ronda dejaron ver que tenían una complicidad bastante única e inigualable. Sabían leerse a la perfección y siempre les sobraba tiempo en cada reto.

—Estáis haciendo trampa —aseguró Lena tras la segunda partida ganada.

—¿Cómo vamos a hacer trampa? —cuestionó con rapidez—. ¿Es que no nos estás viendo?

—Sara —advirtió Emily.

—¿Tanto te cuesta asimilar que somos las mejores?

—Sara, vale ya —insistió su mejor amiga—. Cuéntales la verdad.

—¿Qué verdad? —pidió Marina y la mirada de Lena se movía inquieta de su novia hacia ella.

—Pues la verdad es que somos buenísimas en cualquier juego. Esa es la verdad.

—La verdad es que Sara y yo hemos jugado tanto a este juego que nos sabemos las respuestas.

Emily confesó la verdad, dejándola expuesta y la boca abierta de sus oponentes hizo que una gran sonrisa decorase su rostro.

—Pero, ¿cómo sois tan traidoras? —protestó Lena.

—No nos juzguéis. Vosotras habríais hecho exactamente lo mismo —aclaró Emily.

—No me esperaba esto de ti —insistió Lena.

—¿Por qué? A mí también me gusta ganar.

—Esa es mi chica —dijo orgullosa—. ¿A qué quieres que te ganemos ahora?

—Creo que ha llegado el momento de terminar la noche de juegos —respondió Lena ofendida—. ¿Qué tal si seguimos con *Adictos a la sangre*?

—Me parece genial —contestó Marina, que incluso cogió el mando de la televisión.

—No me jodáis. ¿Vamos a seguir viendo esa basura?

—Cuidado con lo que dices —advirtió Lena—. Es una saga de culto.

—¿De culto? —cuestionó—. ¿De qué clase de culto estamos hablando? ¿Está ese culto del que hablas aquí entre nosotras?

Lena levantó el dedo corazón en su dirección y ella se llevó una mano al pecho fingiendo estar muy ofendida con su actitud, aunque fue incapaz de borrar la sonrisa de sus labios. Con Emily encontró a esa hermana que nunca tuvo, pero gracias a ella dio también con dos personas maravillosas. Giró el rostro para ver a Marina, que estaba justo a su lado, y dejó un beso en su mejilla, sorprendiéndola. Su novia clavó la mirada en ella y la sonrisa que le regaló le llenó el corazón de felicidad.

Esperó algo impaciente a que le abrieran la puerta y entró dentro en cuanto su amiga apareció tras la madera. Sólo soltó un «Hola, ¿qué tal? Tenemos que hablar» y se digirió con rapidez a la cocina. Rebuscó entre los muebles y el frigorífico y sacó todo lo necesario para prepararse un sándwich. Era su descanso para comer, pero tenía mucho que contar, así que decidió aprovechar ese rato e ir directamente a su casa.

—Adelante, sírvete.

Sonrió ante las palabras de Emily y se giró con el cuchillo en la mano.

—¿Quieres un sándwich?

—No, ya he comido algo —contestó su amiga mientras se sentaba en una de las sillas de la cocina.

Se encogió de hombros y volvió a centrarse en prepararse la comida. Porque sí, tenía que informarle de lo sucedido, pero también necesitaba llenar el estómago.

—Y dime, ¿qué es lo que tenías que contarme con tanta urgencia que no has podido esperar a salir de trabajar esta noche?

—Dame un minuto.

La escuchó soltar aire de forma bastante sonora y aceleró el ritmo de sus movimientos para terminar en un tiempo récord. Guardó los ingredientes que no había gastado y recogió todo antes de sentarse junto a su amiga.

—Primero —dijo antes de dar un mordisco y coger una servilleta de papel—. Eres una maldita traidora. Tú y tu novia —apuntó y una pequeña sonrisa apareció en sus labios—. Por cierto, ¿va a venir Lena a comer?

—No. Me ha dicho que hoy se quedaba en la oficina.

Se le escapó una sonrisa traicionera ante el pensamiento de que, muy posiblemente, Marina estaba compartiendo la misma escena que ella, pero con diferente compañera de conversación.

—¿A quién se le ocurrió la idea de dejarnos tiradas en el cine? —preguntó antes de dar otro bocado.

—Lena me comentó lo del cine y yo le propuse el resto —comentó su amiga con toda la tranquilidad del mundo y ella negó con la cabeza—. Y no vayas a juzgarnos porque no sabes las ganas que tenía ella de ver la película y tuvimos que volver a casa sin verla.

Levantó las manos en símbolo de que no iba a criticar nada más y se pasó la servilleta por la boca antes de levantarse para coger un refresco y sentarse de nuevo.

—Espero que le recompensaras el sacrificio —señaló.

—Algo hice, sí —comentó Emily—. Espero que tu noche acabase de forma parecida.

—Algo parecida, sí.

Le informó usando casi las mismas palabras y ambas sonrieron.

—Entonces supongo que me debes un «gracias».

—De nada —soltó y la observó rodar los ojos.

—Venga, cuéntame. Sé que lo estás deseando —dijo su amiga, animándole a hablar—. Aunque ya sabes que ni quiero ni necesito detalles. Así que te los puedes ahorrar perfectamente.

—En realidad no sé cómo pasó.

—Ya claro, ahora resulta que eres una jovencita virginal.

—Cállate, imbécil —le dijo antes de tirarle la servilleta de papel con la que se había estado limpiando.

—Serás cerda.

Emily protestó y ella se limitó a coger una nueva antes de dar un sorbo a su bebida.

—Me refería a que todo iba bien —comentó mientras las imágenes de la noche anterior volaban a su mente—. La película incluso fue correcta comparada con el resto de la saga —señaló—. Aunque hay una escena que no te vas a esperar —dijo sonriente, recordando lo tensa que se puso al estar viendo a dos mujeres teniendo relaciones al lado de Marina mientras retenía, con todas sus fuerzas, las ganas que tenía de besarla—. El caso es que, acabó, fuimos al baño y me lancé. Y me lancé mucho —recalcó.

—¿Os pusisteis a follar en el baño? —cuestionó su amiga—. Joder, tenéis un maldito problema con los baños.

—No, joder. Nos interrumpieron.

—¿Os pillaron? —preguntó Emily rápidamente—. Joder, que puta vergüenza. No vuelvo a ese sitio contigo.

—No nos pillaron y cállate y déjame hablar.

La fulminó con la mirada para que cerrase la boca y la dejase acabar y su amiga se cruzó de brazos con un gesto resignado. No llevaba muy bien eso de que no la dejarasen intervenir en las conversaciones. Pero era su momento. Su historia.

—Me llevó a casa, la invité a subir y el resto ya te lo puedes imaginar.

—Me hago una idea, sí —comentó Emily y ambas sonrieron—. Entonces entiendo que ya está todo bien entre vosotras.

Se encogió de hombros como respuesta y aprovechó para dar un nuevo bocado a su sándwich y un trago de bebida.

—Así que no habéis hablado.

Agachó el rostro para refugiarse unos segundos de su mirada y así poder encontrar las palabras adecuadas que la liberasen de esa situación, pero en su cabeza no encontró la respuesta y al alzar la cabeza se encontró con sus ojos clavados en ella.

—No ha surgido el momento —soltó.

—¿No ha surgido el momento? —cuestionó su amiga rápidamente con ceja alzada incluida—. Yo diría más bien que estás cagada.

—Tonterías.

Se levantó tras decir esa sola palabra y se deshizo del refresco para dejar la cocina limpia.

—Tengo razón. Ambas lo sabemos.

Al girarse descubrió que su amiga seguía en la misma postura, pero su mirada la había seguido.

—Ya lo hablaremos, ¿vale? —dijo a la defensiva—. No hay prisa. Ahora mismo necesito un descanso de tanto drama. Un respiro.

La observó negar con la cabeza, aunque ni siquiera necesitaba ese gesto para saber que su amiga no estaba de acuerdo con el desarrollo de los acontecimientos. Y sí, era consciente de que Marina y ella necesitaban hablar, pero sabía cómo iba a acabar todo de nuevo y no le apetecía. Así que se despidió de Emily y tomó rumbo al trabajo. Con suerte la jornada laboral despejaría un poco su mente.

\*\*\*\*\*

Se remangó la camisa después de que el camarero se marchase con sus pedidos y observó a Lena mientras escribía algo en el móvil. No la había visto en todo el día porque su amiga tenía

una entrevista fuera del edificio y, sí, se moría de ganas por contarle todo lo que sucedió la noche anterior.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tal la película? —preguntó Lena y a ella se le escapó una gran sonrisa.

—Estuvo muy bien —contestó con un doble sentido que su amiga ahora mismo no estaba entendiendo—. Al igual que vuestra jugada maestra de dejarnos a solas.

—Luego no digas que no te echo una mano —señaló Lena—. Espero que aprovecharas bien la situación que te puse en bandeja de plata.

Hizo una mueca para quitarle importancia y para causar más intriga en su amiga y su ceño fruncido le dio la pista suficiente como para entender que así fue.

—Creo que la última entrega es la mejor de la saga.

—Ni se te ocurra hacerme ningún spoiler porque puedo cometer un crimen —apuntó Lena y ella sonrió—. Hablo en serio.

Levantó las manos para hacerle entender que podía estar tranquila y un segundo después el camarero llegó con sus bebidas. Le dieron las gracias y tomaron un sorbo prácticamente a la vez antes de continuar con la conversación.

—¿Y bien? —cuestionó su amiga algo exigente.

—Supongo que se podría decir que tuvimos una noche de amor.

—Luego la cursi soy yo.

—Vale, sí. Estuvimos follando toda la noche. ¿Mejor así?

—Eso te pega mucho más —respondió Lena.

—Imbécil.

—Capulla.

Se mantuvieron la mirada durante unos largos segundos, pero ese pequeño duelo acabó cuando ambas sonrieron a la vez.

—¿Habéis dormido juntas y todo?

Asintió con la cabeza y recordó lo bien que se había sentido despertarse con Sara de nuevo a su lado, sintiendo su respiración tranquila, su calor y su olor. Algo que jamás le confesaría a su compañera de conversación porque estaba segura que se reiría de ella y la acusaría otra vez de ser una cursi. Y ese puesto era el de Lena.

—¿Ya está todo bien de nuevo entre vosotras?

—Hoy te has despertado un poco Colombo, ¿no? —cuestionó sonriente.

—¿Por qué metes a ese señor ahora en la conversación?

—Sólo era una broma porque no paras de lanzarme preguntas, pero pierde toda la gracia cuando tengo que explicarlo.

—No tiene gracia igualmente —señaló Lena con toda la tranquilidad del mundo—. Podrías haberme comparado con La patrulla canina. Es mucho más divertido y actual.

—¿Qué narices? —cuestionó con el ceño fruncido—. Lena, dime que no ves esos dibujos para niños pequeños.

—Por supuesto que no.

Su amiga respondió con gran rapidez y la observó tensarse en la silla. Algo le decía que estaba ocultando información y decidió aprovecharse de la situación un poquito.

—¿Segura? —insistió y se fijó en cómo alzó una ceja.

—¿Por qué iba a ver esos dibujitos?

—No lo sé. Dímelo tú —le pidió sonriente.

—Olvídalo.

—Está bien. Ya le preguntaré a Emily.

La observó querer decirle algo al respecto, pero se calló porque el camarero justo apareció con la comida y rompió con la conversación. Se quedó mirándola unos segundos para ver si retomaba lo que estaban hablando y se llevó una negativa cuando su amiga empezó a comer sin volver a mirarle a la cara. Una clara señal de que el tema había sido zanjado. Sonrió divertida y decidió darle una tregua para ponerse ella también a comer.

—¿No vas a contestar a mi pregunta? —cuestionó Lena.

—¿Qué pregunta?

Bromeó tras mirarla de nuevo y sonrió al ver que bufaba y rodaba los ojos. Sabía perfectamente que se refería a si ya estaba todo arreglado entre Sara y ella, pero se lo pasaba bastante bien molestando un poco a su amiga y ella no era de perder las costumbres.

—En realidad no lo sé —dijo, captando su atención—. No hemos hablado nada sobre el tema.

—Pero vais a hacerlo, ¿no?

—¿Debo?

—Claro que debes —aseguró Lena totalmente convencida—. No me jodas, Marina. ¿Tienes miedo de tener una conversación? ¿Tú? —cuestionó—. Eras tú la que me animaba siempre a hablarlo todo con Emily.

—Así es —aseguró—. Pero no es fácil.

—Nadie dijo que lo fuese. Las cosas que valen la pena no son fáciles, son jodidamente difíciles.

Tomó algo de aire y lo soltó lentamente mientras pensaba en lo que acababa de decirle Lena. Y sí, tenía toda la razón del mundo. Pero ahora era ella la que estaba en esa situación difícil y todo se veía diferente.

—Sé que tenemos una conversación pendiente —aclaró—. Pero, esta vez, ha sido ella la que ha ido acercándose. Supongo que eso es un avance. Entiendo que está dispuesta a dar más y que tiene en cuenta lo que yo quiero.

Lena asintió ligeramente con la cabeza, pero le apartó la mirada y se centró en comer mientras ella sentía un nudo en la garganta.

—¿No vas a decirme nada? —cuestionó al comprender que su compañera no iba a decirle nada más al respecto.

—¿Qué quieres que te diga? Veo que lo tienes bastante claro.

—¿Qué estás guardando?

Apartó la comida a un lado y unió los brazos sobre la mesa mientras le clavaba la mirada. Conocía lo suficiente a su amiga para saber que en esa cabecita había algo más rondando.

Llamó su atención pronunciando su nombre al ver que no parecía querer contestarle y hasta tuvo que darle un toque en el brazo para que volviera a mirarle a los ojos.

—¿Qué? —soltó su amiga.

—Eso digo yo, ¿qué?

Lena tomó aire y lo soltó de forma algo dramática.

—Suéltalo —insistió.

—Veo que tú lo tienes claro —repitió—. Pero, ¿lo tiene ella?

Se quedó en silencio ante no saber qué responderle.

—No quiero que pienses que digo esto porque ahora he decidido ser la persona más estúpida del mundo y estoy en contra de Sara. Me cae genial, lo sabes perfectamente —comentó Lena—. Me encantáis como pareja y me gusta lo feliz que te hace estar con ella, pero no me

gusta verte mal cuando os peleáis y, siempre, es por el maldito mismo tema —aclaró—. Si alguien no está preparado para avanzar, no hay que forzarlo.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan filosófica?

Bromeó para intentar relajar la intensidad de la conversación y porque ahora mismo no le venía muy bien tener que enfrentarse a lo que su amiga estaba diciéndole, aunque tuviese razón. Confiaba en sus sentidos y algo dentro de ella le decía que debía apostar una vez más por Sara y su relación. Había visto un cambio al realizar ella misma los acercamientos y no pretendía tirar a la basura tantos recuerdos y momentos vividos.

Se echó el pelo hacia atrás tras unos segundos de espera después de haber llamado a la puerta y empezó a pensar que igual no había sido buena idea dejarse llevar por el impulso de querer volver a verla. Quizás Marina no pensaba igual. Quizás había estado haciendo su vida como si el día anterior no se hubiesen acostado de nuevo y ella era la persona más tonta del mundo al pensar que podían tener una nueva oportunidad. Y quizás todo se debía al espejismo de sentir que todo estaba bien entre ellas, ya que su trato, a través de los mensajes, había vuelto a la normalidad. O quizás Marina sólo era cordial con ella porque tenían amigas en común y era una persona bastante correcta y educada.

Suspiró de forma sonora, cerró los ojos y, nada más girarse para irse, la puerta se abrió.

—Lo siento. Estaba en la ducha.

Y sí. No mentía. Muestra de ello era su pelo, que lo tenía aún húmedo sobre uno de los hombros.

—¿Quieres pasar?

Asintió con una sonrisa y pasó al interior.

—He traído la cena —aclaró levantando ligeramente la bolsa que llevaba—. Pero ni siquiera te he preguntado antes si querías cenar. Igual hasta ya lo has hecho —comentó mientras Marina la observaba sonriente tras cerrar la puerta.

—Que va. He llegado hace nada a casa. Hoy he entrenado un poco más —le dijo y ella forzó una pequeña sonrisa porque, a pesar de lo ocurrido la noche anterior, no llevaba muy bien el tema gimnasio y esa tal Celia—. Así que supongo que has caído como un regalo del cielo.

—Yo diría que del infierno —soltó y la observó fruncir el ceño—. Ya sabes, ahí arriba no nos quieren a las desviadas —aclaró y le gustó ver su sonrisa.

—Pues entonces, cuando estemos en el más allá, nos lo vamos a pasar de puta madre todas ahí abajo.

Fue su turno de sonreír y siguió sus pasos cuando Marina empezó a caminar hacia la cocina.

Nada más entrar, dejó la bolsa sobre la mesa y, sin decir una sola palabra, empezó a ayudarle a colocar las cosas para cenar. Ahora que estaban viviendo de nuevo una escena tan familiar con ella ya no se sentía tan tonta ni estúpida.

—Igual debería haber comprado otra cosa para cenar —dijo mientras se sentaba y Marina sacaba un par de refrescos—. Quizás no te viene muy bien cenar hamburguesa ahora que entrenas.

—Cenar hamburguesa siempre es la opción perfecta —señaló Marina antes de sentarse y dejar las bebidas sobre la mesa—. Siempre —recalcó, haciéndole sonreír.

—He pedido tu favorita —comentó mientras las sacaba de la bolsa.

—¿Doble de queso?

Asintió con la cabeza muy sonriente y se la pasó mientras la observaba sacar unas cuantas servilletas de papel para ambas. Podría parecer la escena más simple del mundo, pero ella había echado de menos tanto compartir momentos así que le parecía mágico.

—¿Qué tal el día?

—Bien, sin más —respondió—. ¿Qué tal el tuyo?

—Bien, con Lena.

Sonrió ante su contestación y empezó a comer mientras sentía su mirada clavada en ella.

—¿Qué pasa? —cuestionó devolviéndole la mirada y la respuesta tardó en llegar porque Marina decidió probar su hamburguesa.

—Tengo altas sospechas de que Lena ve La patrulla canina.

Se atragantó con la bebida y se limpió los labios mientras su compañera era incapaz de dejar de sonreír.

—¿Por qué me dices esas cosas comiendo? He podido morir —señaló.

—Lo siento, pero no podía retenerlo por más tiempo.

Negó con la cabeza y volvió a sonreír al pensar en Lena viendo esos dibujos infantiles.

—La verdad es que le pega bastante —aseguró.

—Estoy convencida de que Emily no se aburre con ella.

—Mi amiga ha tenido suerte de encontrar a tu amiga —dijo muy convencida y segura.

—Supongo que ambas han tenido suerte —apuntó Marina.

Asintió y, tras unos segundos mirándose directamente, fue ella la que cortó el momento agachando el rostro para coger el refresco y dar un sorbo.

Volvió a mirarla al sentir que movía la silla para acercarse un poco más a ella y, sin saber el motivo, empezó a ponerse algo nerviosa. Se encontró con que sus ojos la miraban de forma diferente y esperó pacientemente a que fuese Marina la que dijese algo.

—¿Crees que nosotras también hemos tenido suerte?

Su pregunta hizo que se relajara y que se le acelerase el pulso a la vez. Se tomó unos segundos al ver que lo decía completamente en serio y la miró a los ojos con toda la determinación del mundo.

—¿Tú qué crees?

Le devolvió la pregunta por pura curiosidad y disfrutó enormemente de la sonrisa en sus labios.

—Yo he preguntado primero —dijo Marina sin dejar de sonreír en ningún momento—. No seas cobarde.

—Que hayas preguntado primero no te da prioridad —aseguró.

—Yo diría que sí.

—¿Y eso quién lo dice? —cuestionó divertida.

Marina contestó con un «yo» cargado de seguridad y ella dio un trago a su bebida y se limpió los labios antes de levantarse de la silla. Sintió su mirada clavada en ella en todo momento y se sentó sobre sus piernas sin pedir ningún tipo de permiso.

—Igual deberíamos debatirlo un poco —comentó sonriente.

—¿Y cómo quieres debatirlo?

—¿Qué tal así?

Y no esperó a que dijese nada más. Unió sus labios con los suyos en un beso suave y lento y, de forma inmediata, empezó a sentir cómo las manos de Marina se movían por su espalda hasta colarse por debajo de la camiseta, haciendo contacto directo piel con piel. Moviéndose el cuerpo por pura inercia hacia adelante, ante la necesidad de querer estar aún más cerca, pero Marina cortó el beso y ella la miró bastante curiosa y extrañada ante tal suceso.

—¿Crees que besarme va a hacer que olvide que me debes una respuesta? —le preguntó y acabó sonriendo—. Conozco muy bien tus armas, Sara.

—Sólo quería hacerte rogar un poquito —aseguró también con una sonrisa divertida y posando ambas manos detrás de su cuello para acariciar su nuca y su pelo mientras conversaban.

—Sigo esperando.

Le acarició los labios con el pulgar y le dio un beso corto antes de despegarse lo justo y necesario como para poder mirarla directamente a los ojos.

—Creo que he tenido muchísima suerte encontrándote.

Dijo la frase sin pensárselo y los ojos de Marina se iluminaron en una décima de segundo a la vez que una bonita sonrisa apareció en sus labios. Una de esas sonrisas que la dejaban sin aliento y sin ganas de mirar a otro lado.

—Yo creo que ambas hemos tenido muchísima suerte.

Marina le devolvió las mismas palabras y fue su turno de regalarle una sonrisa completa y muy sincera. Pasó los pulgares por sus mejillas hacia la mandíbula y le alzó el rostro un poco más para hacer que sus labios conectasen una vez más. Volvió a ser un beso lento y suave, pero esa vez estaba doblemente cargado de emociones y sentimientos. Le mordió el labio inferior y sonrió contra sus labios cuando Marina protestó divertida antes de tirar de su cuerpo hacia ella y devolverle el ataque.

\*\*\*\*\*

Apagó el portátil y se pasó la mano por la cara tremendamente agotada. Había sido una jornada laboral algo intensa y de modificaciones de última hora y ni siquiera había tenido a Lena por allí merodeando para despejarla con alguna de sus cosas o invitarla a un café. Su amiga últimamente realizaba muchas entrevistas fuera del recinto y eso a ella no le venía nada bien. Por mucho que le pesase reconocerlo, tenía cierta dependencia emocional hacia esa payasa.

Cogió el móvil, que lo había guardado en uno de los cajones para tenerlo fuera de su alcance y así centrarse mejor en lo que tenía que hacer, y sonrió al descubrir unos cuantos mensajes de Marina que, a pesar de haberle informado sobre su estrategia de alejarlo de ella para terminar antes el trabajo, le había mandado alguna que otra cosa.

Se levantó y caminó hasta el ascensor mientras repasaba la conversación que mantenían. Le contestó las imágenes absurdas que recibió y, cuando se cerraron las puertas del ascensor, se guardó el móvil y pensó en la visita que recibió el día anterior. Esa que acabó protagonizada por besos, caricias y alguna que otra confesión.

Cuando salió del cubículo metálico imaginó que igual sería buena idea sorprenderla y recogerla del trabajo, ya que ese día tenía turno de tarde en la cafetería. Le habían comentado sobre la apertura de un nuevo restaurante y estaba segura de que a Sara le encantaría visitarlo con ella. Pero su pensamiento se vio totalmente apartado al alzar la vista, para caminar hacia el coche, y encontrarse con ella apoyada en el vehículo. Se sonrieron mutuamente cuando sus miradas se encontraron y aceleró el paso para llegar cuanto antes a su posición.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin perder la sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿No puedo estar aquí? ¿Necesito un permiso? —debatía Sara también sonriente.

—Claro que puedes —contestó con rapidez—. Pero, ¿no deberías estar trabajando?

—Debería, sí. Pero estoy más cómoda aquí apoyada en tu coche.

Negó con la cabeza y se mordió el labio inferior y la mirada que Sara le dedicó le dio el impulso necesario para recortar la poca distancia que había entre ellas y besarla. Duró poco, pero lo justo y necesario para saciar esas ganas que había estado reteniendo durante todo el día.

—Espero que no saludes así a todo el mundo —apuntó Sara.

—¿Por?

La observó alzar la ceja tras su corta pregunta y eso hizo que se le escapase una sonrisa.

—Te lo diré de la forma en la que se decía en mi instituto; no me gusta comerme las babas de otra persona.

Su sonrisa se marcó aún más y Sara la miró con un gesto ofendido y fingido que, sin saber muy bien el motivo, le recargaba un poquito el corazón. Quizás era por el hecho de volver a compartir con ella momentos y frases así. La forma que habían tenido de congeniar, desde el minuto uno, fue realmente fascinante. Nunca le había ocurrido de esa forma tan directa.

Abrió el coche y su compañera de conversación se subió sin que tuviera que decirle nada. Esa confianza, que experimentó con ella desde la misma noche que se conocieron por primera vez, también la había echado de menos. Demasiado.

—¿Vas a decirme ya qué te trae por aquí? —preguntó mientras se ponían el cinturón de seguridad.

—¿Tanto te interesa?

—Es curioso, ya que estás al otro lado de la ciudad. Así que sí, me interesa —confesó y sus miradas volvieron a conectar.

—Debería estar trabajando, sí —confirmó Sara lo que ya ella bien sabía—. Pero me apetecía visitar un sitio contigo. Así que he cambiado el turno con un compañero —aclaró—. ¿Ya está usted satisfecha? —cuestionó alzando una ceja.

—Anoche estaba más satisfecha, la verdad —contestó y los recuerdos de lo que hicieron el día anterior arrasaron su mente.

—Imbécil.

Sara soltó esa palabra muy sonriente y propinándole un ligero empujón de regalo. Sinónimo bastante claro de que ella también estaba pensando en lo mismo; en esos abrazos y besos compartidos durante gran parte de la noche.

—Si quieres podemos repetir —aseguró y, aprovechando el momento, puso una mano sobre su muslo.

—¿Aquí? —cuestionó su compañera.

Ella respondió con un corto sonido afirmativo y viajó directamente con la mirada a sus labios. ¿Era posible tener tantas ganas de besarla?

—¿Ahora? —insistió Sara y ella asintió con la cabeza a la vez que se aproximaba cada vez más—. Degenerada. Estamos en la calle —dijo, empujándola suavemente hacia atrás—. Es demasiado hasta para nosotras.

Sonrió divertida y recuperó la posición en su sitio.

—No sé de qué te alarmas tanto. No sería la primera vez en mi coche —le recordó.

—Pero sí delante de tu trabajo y en plena avenida central de la ciudad —señaló Sara—. Un poquito de por favor, señora. No quiero que me detengan. En la cárcel yo sería un caramelito.

Volvió a sonreír y se acercó de nuevo a ella y coló una mano detrás de su cuello para acercarla a sus labios y retenerla ahí. La besó con algo más de intensidad que el beso que acababan de tener en la calle e incluso hizo que fuera un poco húmedo.

—Ya sabes que contigo no puedo controlarme —confesó pegada a sus labios y metió una mano entre sus dos piernas, percibiendo el calor que le proporcionaban sus muslos.

—Joder, Marina —protestó—. Arranca por Dios, no quiero salir mañana en los periódicos por escándalo público.

Le hizo caso tras dejar un beso en su mejilla y se incorporó al tráfico mientras Sara buscaba una canción en la radio que le gustase. Y, aunque la conversación entre ellas se desvaneció, no fue nada incómodo. Al revés, le gustaba comprobar que, a pesar de lo ocurrido, todo estaba bien entre ellas. Un pequeño bache en el camino que les hizo separarse un par de kilómetros. Nada más.

—Hostia, Lena.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes enviarle un mensaje diciéndole que hoy no voy al gimnasio? —preguntó mientras sacaba el móvil del bolsillo para cedérselo—. Seguro que no se lo toma mal, pero no quiero que mañana me reproche haberla dejado sola.

Se centró en conducir mientras Sara hacía lo que le acababa de pedir y, unos segundos después, dejó el teléfono en un pequeño espacio que había en el coche para ponerlo ahí.

—Pensaba que Lena ya había dejado el gimnasio.

—Es increíble que siga yendo, ¿cierto? —cuestionó sonriente y, al girar el rostro, observó que Sara estaba algo seria—. Creo que su único objetivo es verme sufrir con cada nuevo ejercicio. Ella directamente no hace nada. Bueno sí, pasearse.

Volvió la mirada a la carretera y esa nueva falta de conversación entre ellas sí que le resultó algo incómoda, sobre todo tras comprobar, de nuevo, que el rostro de Sara seguía igual. No sabía qué había pasado, pero ese cambio de humor no le gustaba. E iba a intentar averiguar el motivo, pero le pidió que detuviera el coche a un par de metros y, tras asegurarle que no tardaría nada, salió y la observó caminar sin mirar atrás.

\*\*\*\*\*

Había cambiado el turno con uno de sus compañeros porque se moría de ganas de recuperar todo el tiempo perdido con Marina. Quería volver a verla cuanto antes, sentirla, tocarla. Quería volver a ver su sonrisa a escasos centímetros de distancia y crear nuevos momentos y recuerdos en los que ellas dos eran las únicas protagonistas. Pero toda esa ilusión se desbordó cuando Marina le pasó el móvil para escribirle a Lena y encontró que uno de los primeros chats era el que mantenía con Celia. Nunca se había sentido así en toda su vida y lo odiaba. Muchísimo. Confiaba en Marina y, además, ella siempre había sido una persona cargada de seguridad. ¿Qué demonios le estaba pasando? Debía sacarse todos esos pensamientos, que no le aportaban absolutamente nada, de la cabeza y aprovechó el camino hacia el local de un viejo conocido para intentar conseguirlo.

Recogió su pedido, una tarta de queso espectacular, que sabía que a Marina le encantaba, y unos capuchinos. No era la hora de la cena y, aunque una de ellas estaba yendo al gimnasio, ambas podían permitirse el lujo de disfrutar de esa bomba de placer azucarada.

El coche se veía nada más salir del local y, sin apartar la vista del suelo, empezó a repetirse que todo estaba bien y que debía dejar esos malditos celos apartados a un lado, que no era necesario sentirse así.

—Lena dice que espera que me haga gastar las calorías que debería estar quemando en el gimnasio —comentó Marina con el móvil en la mano mientras ella se sentaba en el coche—. No miento —aseguró y le ofreció el teléfono para que lo comprobase ella misma.

Leyó los últimos mensajes por pura diversión y cogió el móvil y pulsó el botón de grabación de audio para contestarle ella misma.

—Igual deberías darle un poquito más de caña a mi amiga porque últimamente creo que su humor se ha vuelto más agrio de lo normal. Y sí, hablo de sexo.

Cortó el mensaje y, antes de devolverle el teléfono a su dueña, no perdió detalle de su sonrisa.

—¿Qué?

—Tenéis una relación amor-odio que, si no fuese porque es mi mejor amiga, estaría un poquito mosqueada ante un posible *plot twist*.

—¿Lena y yo? —cuestionó con el ceño fruncido—. Anda, déjate de tonterías.

—¿Qué llevas ahí?

Marina cambió el rumbo de la conversación e hizo un gesto con la mano señalando la bolsa que acababa de recoger.

—Algo que forma parte de nuestro plan.

—¿Y ese algo que es?

—No seas ansiosa —respondió y, con calma, se puso el cinturón de seguridad—. ¿Te acuerdas de ese mirador tan bonito que hay en la zona alta de la ciudad? —preguntó y la observó asentir—. Pues estaría bien que nos llevaras hasta ese lugar.

Se sonrieron durante unos segundos y, sin decir una sola palabra más, Marina arrancó y volvió a mezclarse entre el tráfico. Ella aprovechó los minutos de camino para borrar por completo esos malos pensamientos que había dejado entrar en su cabeza. Marina nunca le había hecho desconfiar y no iba a ser el momento. No cuando, a pesar de todo lo vivido, seguía a su lado, apostando por ella. Giró la cabeza para poder ver a la gran mujer que tenía a su lado y, al ver su sonrisa, sus labios se curvaron.

Volvió la vista al frente al sentir que salían de la carretera y respiró tranquila al reconocer el camino de tierra que siempre recorrían cuando iban a ese sitio. No eran muy asiduas a ir, pero le gustaba el lugar porque ahí sólo eran ellas dos y nada más.

—Fin del trayecto —dijo Marina tras detener el vehículo y echar el freno de mano.

—Es usted una conductora excelente.

—Gracias.

Le sonrió antes de salir del coche y coger la bolsa y caminó hacia un pequeño banco de piedra mientras sentía que Marina seguía sus pasos. Dejó lo que había comprado en medio y se sentó a la vez que la observaba hacer lo mismo que ella.

—Este sitio es increíble —aseguró.

—Sí que lo es.

Giró el rostro y se llevó la sorpresa de que Marina la miraba directamente a ella. Apostaba lo que fuese a que no le había hecho nada de caso al paisaje que tenían delante. Una bonita estampa de la ciudad iluminada.

—Se te está pegando la intensidad de tu amiga Lena —bromeó para picarla.

Marina sonrió y se acercó un poco más tras quitar la bolsa que había entre las dos y ponerla al otro lado.

—Cuidado, no dañes mi sorpresa —señaló.

—¿Sorpresa? —cuestionó Marina sin perder la sonrisa—. Apostaría todo mi dinero a que hay un par de capuchinos y tarta de queso.

—Se te da genial fastidiar los momentos —ironizó con una sonrisa tremendamente forzada.

—Nos conocemos demasiado, Sara. Pero que conste que me encanta que hayas planeado esto —le aclaró con rapidez—. Es muy bonito que hayas cambiado el turno para poder pasar la tarde conmigo.

—No tenía nada mejor que hacer.

Le quitó importancia al asunto, pero ambas sabían que sólo lo hacía para picar a su compañera de escena. Por eso su sonrisa no tardó en aparecer y contagiársela. Un segundo después sintió la mano de Marina tras su cuello y lo siguiente que vivió fue que sus labios volvieron a conectar de nuevo en un beso tremendamente dulce y lento.

Suspiró pegada a su boca en cuanto se separaron y apoyó su frente con la suya aún con los ojos cerrados.

—Yo también te he echado de menos —susurró Marina.

Una gran sonrisa instantánea decoró su rostro y le respondió volviéndola a besar. No hacían falta palabras entre ellas. Ni siquiera había tenido que decirle lo mucho que la había echado de menos para que Marina se diese cuenta de ello. ¿Podía existir algo más perfecto que esa conexión? Tenía sus dudas, la verdad.

Se inclinó sobre ella misma y posó las manos sobre las rodillas mientras intentaba controlar la respiración para no desmayarse. Sintió cómo el agotamiento recorría cada uno de sus músculos y, al alzar la vista, comprobó que Marina caminaba de vuelta a su encuentro con una sonrisa radiante en los labios.

—¿Estás bien? —preguntó su novia.

—¿No me ves? —cuestionó incorporándose—. Estoy lechuga como una fresca.

Bromeó usando una frase que había visto por internet y se secó el sudor de la frente con la mano mientras Marina la miraba con cariño.

—Recuérdame por qué me pareció buena idea tu plan —pidió.

—Porque soy irresistible.

—He dicho que me recuerdes por qué me pareció buena idea —repitió.

—Te daría un empujón, pero te ves tan debilucha que seguro que acabas rodando colina abajo.

Se giró levemente para ver el camino recorrido y hasta ella misma se sorprendió de todo lo que habían avanzado. El plan surgió una noche después de cenar. Marina le propuso que igual estaría bien hacer algo distinto y nuevo para ambas. Y, aunque en un primer momento le pareció buena idea sentirse rodeada de la naturaleza, ahora se arrepentía muchísimo de hacerle caso.

—¿Cuánto hemos recorrido?

—No lo suficiente —contestó Marina—. Aún tenemos que subir ahí arriba.

Levantó la vista, siguiendo su mano, y las cejas se le subieron solas ante tal descubrimiento.

—No me jodas —soltó—. No voy a subir ahí —aclaró ante su sonrisa—. Y sabes que lo haría por mi propio orgullo, pero empiezo a no sentir las piernas y cuando pienso en que tenemos que volver me dan ganas de llorar.

Dramatizó en exceso y la curva en los labios de su novia se hizo más notable.

—Anda, venga —dijo ofreciéndole la mano—. El mirador está sólo a unos metros, pero hay que tomar ese camino.

Siguió su aclaración con la mirada y, al verlo factible, recibió su ayuda y caminaron cogidas de la mano unos metros. Se detuvo unas cuantas veces más a beber agua y quejarse, por mucho que Marina le asegurase que estaban muy cerca. Y estuvo muy a punto de pedirle por favor que volviesen ya, pero el acantilado apareció delante de sus ojos tras un giro a la derecha y se quedó sin palabras.

Avanzó sin tan siquiera ser consciente de que sus pies la guiaban solos y únicamente se detuvo cuando estuvo delante de la zona de seguridad, una pequeña construcción de madera que hacía de separación y protección a la vez. Se apoyó con ambas manos y respiró profundo para llenar los pulmones de aire limpio. Sintió que Marina se posicionaba justo a su lado y el silencio que las envolvió se sintió increíblemente placentero.

—Es increíble —susurró su novia y ella le dio la razón sin pronunciar palabra alguna, sólo asintiendo con la cabeza—. ¿Qué te parece ahora mi plan?

—Cállate, estás fastidiando el momento.

Bromeó y Marina cambió de postura para abrazarla por detrás, colocando la cabeza justo

en el hueco de su cuello. Le dejó un beso que le hizo cosquillas en cada centímetro de su cuerpo. Se acomodó contra ella y se permitió el lujo de disfrutar del momento. El gran esfuerzo físico había valido la pena, sin duda.

—Mi hermana está embarazada.

—Perdón, ¿qué?

Se giró aún entre sus brazos y la sonrisa de Marina le confirmó que decía la verdad.

—Voy a ser tita.

—Vas a ser la tita más atractiva del mundo.

Agarró su rostro con ambas manos y unió sus labios con los suyos. Le encantaba verla con esa felicidad tan radiante.

—¿Me ayudarás a buscar un buen regalo? —le preguntó su novia—. Quiero dejar el listón bien alto desde el primer momento.

—Por supuesto —aseguró muy convencida—. Haré que el resto de titas se mueran de envidia.

—En realidad sólo somos tú y yo. Mi cuñado no tiene hermanos —aclaró.

Forzó una pequeña sonrisa improvisada, ya que su mente se quedó estancada en esa propuesta encubierta que acababa de lanzar su novia. La había metido en su familia y, de forma directa, le había encasquetado un sobrino o sobrina. Algo que no había esperado y tampoco deseado. Le gustaba su libertad y el no sentirse amarrada a nada.

—¿Ocurre algo? —preguntó Marina tras unos segundos.

Negó con la cabeza forzando una nueva sonrisa y se giró para ocultarse de su mirada y volver a conectar con las vistas del lugar. Necesitaba unos segundos para recomponerse, ya que no le apetecía sacar el tema a relucir y forzar algún roce entre ellas.

—¿Por qué te escondes?

Esta vez su novia lanzó la pregunta rompiendo el abrazo y echándose a un lado para poder ver mejor su rostro. Y ella, aún en duda sobre si decir o no lo que pensaba, mantuvo la vista al frente todo lo posible.

—No me estoy escondiendo —contestó tras unos largos segundos—. ¿Por qué debería?

—Eso mismo me pregunto yo —respondió Marina—. Te ha cambiado por completo el semblante y el humor de un momento a otro.

—Sólo estoy algo cansada.

Se excusó con lo primero que le vino a la cabeza y, al girar el rostro, comprobó que su compañera miraba al frente con la mandíbula tensa. Dejó un beso en su mejilla para relajar el ambiente y Marina negó con la cabeza.

—¿Por qué te molesta que hable de mi familia? —soltó su novia de repente, sorprendiéndola.

—No me molesta que hables de tu familia —respondió con rapidez.

—Pues es bastante significativo que siempre que hablo de ella todo se tensa.

Le apartó la mirada al ver que su nerviosismo empezaba a crecer y controló la respiración antes de volver a entablar la conversación.

—¿Por qué tenemos que estar hablando de esto ahora? —preguntó, no queriendo que el día se torciera por completo y acabasen mal.

—¿Y cuándo quieres que lo hablemos?

Volvió a conectar con su mirada y observó que los ojos de Marina desprendían una clara sensación de malestar.

—No me molesta que hables de tu familia —aclaró en primer lugar—. Pero no me siento

cómoda.

Su compañera frunció el ceño de forma inmediata y ella se dio cuenta de que igual no había sido del todo clara.

—Me refiero a que aún no creo que haya llegado el momento de conocerla —señaló—. Llevamos poco tiempo y considero que sería algo precipitado.

—Precipitado —susurró Marina, justo antes de apartarle la mirada.

—Marina, escúchame —pidió, haciéndose un hueco para colocarse delante y que sus ojos volvieran a mirarla—. No me siento preparada, pero eso no quiere decir que rechace la idea, sólo considero que aún no es el momento.

—Llevamos meses saliendo —le recordó su novia.

—¿Por qué me presionas?

—No te presiono —señaló su compañera—. Pero es que sólo te pedí tomar un café con mi hermana, Sara. No te pedí matrimonio —le recordó—. Y ahora sólo estaba compartiendo contigo algo que me hace realmente feliz.

Se quedó en silencio, con la mirada clavada en ella y, unos segundos después, tuvo que agachar el rostro porque se sentía especialmente mal por haber estropeado el momento.

—Lo siento —dijo con sinceridad tras volver a mirarle a los ojos.

—Da igual.

Marina decidió zanjar el tema de esa forma tan directa y comenzó a andar el camino de vuelta sin querer hablar una sola palabra más al respecto. Suspiró, tomó aire para llenar sus pulmones y siguió su estela con una gran amarga sensación recorriendo todo su sistema.

Soltó aire lentamente para controlar la respiración y se pasó la toalla por la frente para secarse el sudor. Esa tarde no iba a poder quedar con Sara. Así que, tras salir del trabajo, se cambió y se fue directamente al gimnasio para matar las horas de espera hasta que volviesen a verse. Una espera que, para ser sincera, también había echado de menos volver a vivir.

—Pensaba que hoy también me ibas a dejar tirada.

Giró el rostro tras escuchar la voz de Lena y la observó sentarse en la banca que tenía justo al frente tras pasar por su lado con una tranquilidad pasmosa. Se fijó en lo limpia y pulcra que llevaba la ropa deportiva y sonrió resignada.

—¿Dejarte tirada? —cuestionó al ver que esperaba una respuesta por su parte y su amiga asintió—. Seguro que te alegré la tarde al contarte que no venía —aclaró—. Es un milagro que aún sigas viniendo, la verdad. Estoy altamente sorprendida.

—Soy una mujer de palabra.

Sonrió inconscientemente ante su descaro y se preparó para realizar unas cuantas repeticiones más y seguir fortaleciendo la musculatura de los brazos.

—Y, cuéntame. ¿Qué hicisteis? —preguntó su amiga curiosa.

—Nada especial —respondió algo agitada por el esfuerzo que estaba realizando—. ¿Y tú? ¿Tomaste el consejo de Sara?

Decidió picarla un poco y volvió a sonreír al ver su gesto.

—Que sepas que Emily está muy satisfecha con nuestra vida sexual —apuntó Lena y a ella la sonrisa se le pronunció un poco más.

—¿Estás segura de eso?

—Completamente.

Su amiga le contestó con gran rotundidad y una ceja alzada y ella tuvo que parar de hacer repeticiones porque estaba perdiendo la concentración.

—¿Qué buscas con esta conversación? —cuestionó Lena—. ¿Quieres que te dé una clase? ¿Necesitas mejorar alguna postura? Aunque déjame decirte que todas mis explicaciones serán de palabra, no voy a darte clases prácticas.

—No las necesito, gracias.

Le alzó el dedo corazón para acompañar la contestación y su amiga fingió total desinterés encogiéndose de hombros y sacando el móvil un segundo después. Frunció el ceño ante su comportamiento, pero acabó sonriendo porque Lena no podía ser más Lena y eso formaba parte de su encanto.

—¿Vas a pensar en hacer algo de deporte en algún momento? —preguntó a la vez que volvía a secarse el sudor.

—¿Por qué?

—Porque estás apuntada a un gimnasio.

—¿Y ese es motivo suficiente? —cuestionó su amiga.

—Es un buen motivo, sí —aclaró—. ¿Qué demonios haces? —preguntó desconcertada al ver cómo sacaba una bolsita de caramelos del otro bolsillo tras guardar el teléfono.

—¿Quieres?

—No. Claro que no quiero —contestó con rapidez y Lena se encogió de hombros otra vez mientras se llevaba un dulce a la boca—. No puedes comer en el gimnasio.

—¿Por qué?

—¿En serio, Lena? —cuestionó pasándose una mano por la cara—. Aquí la gente viene a entrenar, no a comer.

—Ya, pero yo no entreno. Algo tendré que hacer.

Soltó su argumentación con toda la tranquilidad del mundo e incluso lanzó un caramelo hacia arriba para atraparlo en el aire.

—Estoy segura de que hay algún deporte esperando por ti —aseguró.

—Pues que siga esperando —señaló su amiga—. Aún podemos dejar este sitio de sudor y ruidos exagerados provocados por hombres levantando peso —comentaba mientras echaba un vistazo general a todo el sitio—. La jardinería sería algo interesante.

—¿La jardinería? —cuestionó de forma inmediata—. ¿Desde cuándo te han gustado a ti las plantas?

—De nunca —contestó Lena sin dudar—. Pero estar aquí me gusta mucho menos. Además, ya has vuelto con Sara. ¿Qué necesidad tenemos de seguir aquí?

Le mantuvo la mirada durante unos pocos segundos y, al no saber qué contestarle, volvió a colocarse bien y empezó a hacer unas cuantas repeticiones mientras sentía sus ojos clavados de forma directa en ella.

—Aún no habéis hablado —aseguró su amiga.

Siguió sin querer hacer contacto visual con ella y se concentró en hacer sus ejercicios por mucho que sintiera la presión de darle una contestación. Pero Lena no parecía tener ese día mucha paciencia y, sin llegar a mirarla, sintió que se levantaba y se posicionaba justo delante, provocando que, sí o sí, tuviera que mirarla.

—¿Tanto sexo atrasado teníais que ni siquiera tenéis tiempo para hablar?

Dejó de hacer el ejercicio, se secó el sudor y se levantó para encararla, ya que su amiga ni se molestó en desplazarse un centímetro.

—Estás un poquito pesada con el tema sexo —dijo y la muy tonta sonrió.

—Sólo quiero que mi mejor amiga esté satisfecha.

—Tranquila, lo estoy.

Dijo esas palabras cargadas de mucha seguridad y le dio unos toquecitos en el hombro para que se echase hacia atrás y así poder salir de ese pequeño espacio personal al que Lena la había empujado sin ningún tipo de contemplación.

Caminó por el lugar buscando su siguiente ejercicio y sólo se paró cuando tuvo delante la cinta de correr.

—¿En serio? ¿Ahora te vas a poner a correr? —cuestionó su amiga inmediatamente—. Tremenda pereza.

Ignoró sus palabras, se subió y empezó con un ritmo lento mientras miraba sorprendida cómo su compañera se colocaba en la cinta de al lado. Por un segundo pensó que igual se dignaba a hacer un poco de ejercicio, pero no fue así y la observó, con la máquina apagada, ponerse de espalda, para ver así mejor su cara, y apoyarse.

—No quiero ser pesada, pero...

—Lo estás siendo. Y mucho.

Lo aclaró sin dejarle acabar la frase y subió un poco más la intensidad de la cinta en un intento de hacerle ver que su concentración estaba dirigida a otra cosa y que no quería seguir con esa conversación.

—Deberíais hablar. Y sabes que tengo razón.

Le soltó lo que pensaba aunque no se lo hubiese pedido y aceleró un poco más. Sabía que

Lena tenía razón. Por supuesto que sí. Pero habían avanzando y sí, le daba miedo tener esa maldita conversación. No por ella, era por Sara. No sabía si estaría preparada para dar ese paso que ella llevaba tiempo queriendo dar.

—Está muy feo ignorar —comentó su amiga.

—¿Puedes callarte un poquito?

Lanzó la pregunta un tanto molesta ante tanta insistencia e incluso giró el rostro para clavarle la mirada y acentuar sus palabras.

—También está muy feo hablarle así a tu mejor amiga.

—Mi mejor amiga me está tocando las narices —afirmó con una sonrisa forzada.

—¿Qué puedo decir? Forma parte de mi encanto.

Las dos acabaron sonriendo y aprovechó la tregua que Lena parecía querer darle, al ver que volvía a sacar el móvil, para centrarse de verdad en agotar todas sus energías. Era consciente de que Sara y ella debían poner todas las cartas sobre la mesa y que los comodines se habían agotado, pero esperaba alargar la mano todo lo posible antes de tener que enfrentarse al problema.

\*\*\*\*\*

Aparcó el coche y sonrió al ver a Sara de espaldas mientras conversaba con Emily y Lena. Habían quedado para cenar las cuatro juntas y a ella el plan le pareció lo mejor del mundo cuando se lo propusieron. Recuperar esos momentos perdidos era todo un acontecimiento digno de celebrar. Y sí, había tenido citas dobles con su mejor amiga en numerosas ocasiones, pero desde que Sara y Emily llegaron a sus vidas las buenas sensaciones y las vivencias crecieron a la máxima potencia.

Caminó hasta ellas sin perder la sonrisa de los labios y, cuando llegó a su destino, Sara le dio un beso que la dejó sin habla. Fue corto, pero intenso y cargado de intenciones. Le dejó muy claro, con ese simple gesto, que las cosas entre ellas habían vuelto a su cauce y que no había ni un resquicio de dudas en ella.

—Y así es cómo debe saludarse todo el mundo. Sí señor.

Sonrió algo avergonzada con el apunte de Lena.

—Así es cómo deberías haber saludado a mi amiga mientras intentabas conquistarla —comentó Sara, dirigiéndose directamente a Lena.

—Yo no soy tan facilona como tú —soltó Emily y todas las miradas se clavaron en ella.

—Maldita zorra.

Las palabras de Sara fueron respondidas con un guiño de ojo de la propia Emily y ella se limitó a mantenerse al margen, al igual que Lena. Se miraron a la cara algo incómodas, pero al final las cuatro sonrieron divertidas. Alguna que otra vez les había pasado algo parecido, ya que sus parejas se tenían una confianza brutal y no dudaban en contestarse sin ningún tipo de tapujo. Una relación muy parecida a la que ella vivía también con Lena. Suponía que por eso las cuatro se entendían tan bien.

Un segundo después Emily cogió de la mano a Lena y se giraron para caminar hasta la puerta del local. Sara no tardó en imitar el gesto de su amiga y a ella le encantó volver a sentir el calor de su mano directamente en la suya mientras seguían la estela de las otras dos.

Observó a su amiga hablar con uno de los camareros y volvieron a moverse en cuanto Lena les indicó que la siguieran.

—¿Quién te ha recomendado el sitio? —preguntó Sara directamente a su amiga nada más sentarse.

—¿No te gusta? —cuestionó la aludida.

—Me gusta —contestó Sara—. Y mucho —señaló—. Este rollo motero siempre me ha conquistado.

Frunció el ceño mirándola ante la curiosidad que despertó en ella esa información, pero Sara estaba mucho más interesada en observar el sitio.

—Me lo recomendó una monja.

—¿Una monja? —cuestionó Sara, clavándole la mirada a su amiga.

—Entrevistó a una hace unos días —contestó ella misma, quitándole a Lena el protagonismo.

—Pero... ¿Cómo te recomienda una monja un sitio así?

—La entrevista no tiene desperdicio —comentó Emily—. Yo ya la he leído y me he quedado con ganas de más. Alguien con buena mano podría sacar una biografía increíble de ahí.

—Totalmente de acuerdo —dijo Lena, dándole la razón a su novia—. Pero, ahora, centremos toda nuestra atención en la carta para pedir cuanto antes. Me muero de hambre y este cuerpo necesita algo de comida basura después de tanto gimnasio.

Se quedaron todas en silencio tras la explicación de su amiga pero, un segundo después, rompieron a reír mientras el ceño de Lena se fruncía cada vez más.

—Creo que me voy a apuntar al gimnasio sólo para verte —soltó Sara—. ¿Qué dices, Emily? ¿Te animas?

—Podría ser interesante.

—No perdáis el tiempo —dijo, captando la atención de todas—. Yo os resumo lo que hace; nada. Absolutamente nada.

—La cena no se va a pedir sola.

Lena intentó forzar el cambio de conversación mientras escaneaba la carta del local con el móvil y ellas decidieron ponerse de acuerdo y seguirla, dándole así un poco de tregua. La noche era larga y apostaba lo que fuese a que no sería el único momento para picar a su amiga.

Pidieron un par de pizzas, patatas fritas con mucho queso y nachos. Todo para compartir. Conversaron sobre algunos temas variados en lo que esperaban la comida y ella pensó en lo mucho que le gustaba volver a vivir momentos así con esas tres chicas. Sonrió inconscientemente y, justo en ese momento, sintió la mano de Sara acariciándole el muslo por debajo de la mesa. La miró a los ojos y contempló en ellos ese cariño que tanto le gustaba y desarmaba a partes iguales.

—A ver, a ver, ¿qué es esto?

Giró la cabeza para ver de qué hablaba Emily y observó que alguien había dejado un papel con algo de información sobre la mesa.

—Una banda local va a realizar un concierto versionando canciones de Diana Rojas —les resumió a todas—. Suena interesante, ¿no?

—Podríamos ir —respondió Sara.

—Y también podríamos tener entradas vips para el concierto de la verdadera Diana Rojas.

—¿Sí? Pues di cómo, porque son muy difíciles de conseguir —pidió Emily.

—Estoy segura de que Lena podría conseguir las sin problema.

Soltó muy sonriente su afirmación y observó cómo su amiga negaba con la cabeza mientras las otras dos le clavaban la mirada buscando una explicación.

—¿No lo sabéis? —cuestionó aún más sonriente y su mejor amiga la miró con mucha intensidad.

—¿Qué debemos saber? —preguntó Sara mientras Emily permanecía en silencio,

observando a su novia.

—Nada —respondió Lena.

—¿Nada? Venga, no seas aburrida —protestó, provocando que todo fuese mucho más interesante—. ¿Emily tampoco lo sabe?

La mirada que su amiga le dedicó le dio la respuesta sin necesidad de articular palabra. Emily tampoco lo sabía y ella estaba pletórica de tener esa información en su poder.

—Está bien. Tranquila —dijo levantando las manos, haciendo que el gesto de su amiga se relajara un poco—. No diré que te acostaste con Diana Rojas.

Su sonrisa aumentó mientras observaba que Lena cerraba los ojos a la espera del aluvión de preguntas que se le venía encima.

—¿Te acostaste con Diana Rojas? —cuestionó Emily, mirándola.

—Hostia puta, te acostaste con Diana Rojas —comentó Sara en cuanto Lena abrió los ojos para enfrentarse a la situación—. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

—¿Y por qué yo no lo sabía?

Emily protestó y a ella empezó a darle algo de pena haber puesto a su amiga en esa situación. Pero era divertido y no se arrepentía. Estaba segura de que ella hubiese hecho exactamente lo mismo.

Aprovechó el momento para ir al baño, ya que conocía la historia, y las dejó para que la entrevistasen y le sacasen toda la información que quisieran. Una sonrisa se le dibujó en los labios mientras su cabeza empezaba a recrear la escena del día siguiente. Una en la que su mejor amiga llegaría a reclamarle lo sucedido.

—Uy, perdón —dijo al chocar con una chica justo cuando iba a entrar al baño—. ¿Clara?

—Marina. Qué sorpresa.

Ambas sonrieron y se dieron un abrazo. Llevaban más de cuatro años sin verse. Cuatro años desde que decidieron poner fin a su relación. Habían compartido momentos increíbles y, por aquel entonces, pensó que Clara era esa media naranja de la que todo el mundo habla. Pero todo acabó cuando se dieron cuenta de que no buscaban lo mismo. Algo parecido a lo que le estaba pasando con Sara.

—Me alegra mucho volver a verte —comentó Clara—. Estás guapísima.

—Tú también —aseguró sonriente—. Llevaba mucho tiempo sin verte.

—Me fui de la ciudad al poco tiempo de romper —aclaró su compañera de conversación—. Estoy de paso visitando a algunos amigos y familiares.

Sonrió con su aclaración y le dio pena que, a pesar de todo, ella no estuviera en su lista de gente a la que visitar al volver a la ciudad.

—Sé que igual no es el momento, pero siento que se nos quedó algo por decir —dijo Clara y ella se mantuvo a la espera algo nerviosa—. Fuiste una gran novia, aunque muy pésima jugando a los bolos.

Volvió a sonreír y sintió un calor agradable en el pecho por estar viviendo un momento así con alguien a la que tanto había querido.

—Tú tampoco eras muy buena —le recordó—. ¿O tengo que recordarte el día que mandaste la bola a la otra calle?

—Cállate.

Clara la amenazó sonriente y su propia sonrisa creció aún más.

—Un momento —dijo Clara a alguien justo detrás de ella—. Tengo que irme. Me están esperando.

Asintió con la cabeza y se quedó mirándola mientras pasaba por su lado y le acariciaba el

brazo de paso.

—Espero que hayas encontrado lo que andabas buscando —comentó Clara, mirándola directamente a los ojos—. Ojalá hubiese podido dártelo yo. Hubiésemos sido una pareja increíble —le aseguró con una sonrisa.

Le devolvió la sonrisa y se sintió un poco estúpida al no saber qué decirle. Clara intuyó, perfectamente, que no iba a decir nada más y abandonó el lugar un segundo después, dejándola sola con sus propios pensamientos.

Habían pasado cuatro años desde que rompió con alguien por los mismos motivos que estaba viviendo en la actualidad. No había avanzado nada. Se encontraba en la misma casilla de salida, sólo que compartía la escena con otra protagonista. ¿Acaso estaba condenada a repetir una y otra vez las mismas vivencias y sensaciones?

\*\*\*\*\*

Miraba a través de la ventanilla del coche sin saber muy bien qué hacer o decir. Marina llevaba bastante rara gran parte de la noche, concretamente desde que volvió del baño. Había intentado animarla y hacerle ver que estaba junto a ella, pero nada funcionó y ahora, de vuelta a casa, sentía que el tiempo se le acababa y que sus esfuerzos no habían servido para nada.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —comentó y giró el rostro para ver la reacción de Marina, pero sólo asintió y siguió totalmente concentrada en conducir por la ciudad—. Es un sitio muy guay, podríamos repetirlo. ¿No te parece?

Decidió lanzarle una pregunta y la frustración creció en ella al observar que su compañera de conversación sólo asentía con la cabeza como respuesta.

—También podemos ir a cualquier otro sitio, no me importa —aclaró.

Le apartó la mirada al comprobar que no conseguiría ninguna palabra por su parte y cerró los ojos para controlar sus emociones. No se sentía nada agradable el vivir que Marina, a pesar de estar a su lado, no estaba con ella en ese mismo espacio-tiempo. Así que se limitó a guardar silencio también y observar el paisaje que iban recorriendo mientras por su mente pasaban distintas situaciones con las que captar su atención y lograr que hablase con ella, aunque sólo fuese un par de palabras.

Cuando Marina detuvo el coche frente a su edificio el tiempo se le agotó y la sensación de angustia creció el doble. No entendía qué había pasado y, tras quitarse el cinturón de seguridad, se giró y desconectó la llave del coche, ya que Marina había dejado el vehículo arrancado. Al parecer tenía prisa y esa noche no pensaba compartir más minutos con ella.

—¿Qué pasa?

Se atrevió a lanzar la pregunta sin andarse con rodeos y tuvo que girarle la cara para que la mirase a los ojos.

—Tu actitud no está siendo de una persona adulta —comentó y la observó soltar aire—. ¿Qué te pasa? —insistió.

—Nada. Todo está bien.

—No te atrevas a mentirme —señaló—. No sé qué te ha pasado, pero tu actitud ha cambiado por completo esta noche. Y no me parece justo que me mantengas al margen.

Marina agachó la mirada y ella se sintió el doble de confusa.

—Me he encontrado con alguien esta noche —dijo antes de hacer que sus ojos conectasen de nuevo—. Una antigua pareja —aclaró—. Tuvimos una buena relación, pero rompimos porque nuestros objetivos no iban por el mismo camino.

Aguantó la respiración unos segundos mientras una oleada de pensamientos intrusivos golpeaba su mente. Nunca habían hablado de sus antiguas parejas porque no habían considerado

que fuese necesario. Pero ahora le interesaba mucho saber todo acerca de esa chica con la que se había cruzado esa noche

—¿Estamos bien? —preguntó Marina—. Tú y yo —aclaró.

—Estamos bien —afirmó sin ninguna duda.

—Pero, ¿está todo bien?

Reformuló la pregunta y ella frunció el ceño confundida.

—No sé cuántas veces hemos roto y hemos vuelto —comenzó a decir Marina y ella, de forma inmediata, se puso tensa—. Siempre caigo ante ti y acabo conformándome con lo que me ofreces, a pesar de que tú sabes qué es lo que quiero.

El nerviosismo empezó a inundar todo su sistema por completo ya que, lo que menos esperaba esa noche, era tener la maldita conversación. Esa que siempre hacía que todo saltara por los aires entre ellas. Siempre había ocurrido con algo de margen, pero ahora su última ruptura estaba demasiado cerca y, si en todas las veces anteriores se había sentido fuera de lugar, ahora era sensación se sentía el doble de fuerte.

—No quiero volver a lo mismo. No quiero que todo se repita —señaló Marina, mirándola—. Quiero estar contigo, creo que es algo que se nota bastante y que ambas sabemos, pero quiero más. Quiero que tengamos una relación de verdad, quiero poder presentarte a mi familia y que tú hagas lo mismo con la tuya. No quiero ser sólo esa amiga especial, no tenemos quince años —aclaró.

Agachó el rostro al sentirse saturada por la conversación. Era consciente de que debían hablar sobre el tema, pero no esperaba que fuese ya. Aún ni siquiera había tenido tiempo para pensar fríamente.

—¿Estás dispuesta a darme ese algo más?

Marina soltó la gran pregunta y los nervios en ella crecieron el doble y con una velocidad increíble. Quería estar con ella, por supuesto que sí. Pero, ¿estaba preparada? ¿De verdad quería formalizar la relación? Al menos es lo que se esperaría después de estar más de un año con una persona, pero ella no lo tenía tan claro y los ojos de Marina la miraban con dolor y pena.

—Necesito... —dijo, mirándola, en un intento de ganar algo de tiempo, el que fuese—. Necesito pensármelo.

—¿Pensártelo? —cuestionó Marina con rapidez—. ¿Qué es lo que tienes que pensar, Sara?

Abrió la boca para decir algo más y explicar lo que sentía, pero ninguna palabra llegó a formularse y acabó cerrando los labios.

—Déjalo —pidió Marina—. Si tienes que pensártelo, no me interesa —aclaró—. Baja del coche.

—Pero...

—Baja del coche, Sara.

—Yo sólo necesito aclararme, pensar en lo que ha sucedido.

Marina sonrió con ironía y negó con la cabeza y ella se sintió la persona más desubicada del mundo.

—Baja del coche, por favor.

Se le humedecieron los ojos y al ver el gesto de Marina entendió que poco podía hacer en ese momento. Así que cumplió con lo que le había pedido y, en cuanto puso los pies en la acera, arrancó el coche y desapareció de su vista. Suspiró y se pasó la mano por la cara y pensó en lo que acababa de pasar y en la vuelta que acababa de dar su situación. ¿Cómo narices habían llegado de nuevo a ese punto?

Intentaba mantener la concentración clavada en el artículo que estaba escribiendo. Pero le resultaba imposible conectar un par de frases porque lo único que tenía en la cabeza era el último momento compartido con Sara. ¿Cómo era posible que, después de tantas idas y venidas, aún tuviera que pensarse si podía o no darle eso que quería? Era absurdo y estaba cansada de perder el tiempo. Por cosas menores había cortado relaciones, pero claro, ninguna era como Sara. Sentía tal conexión con ella, que siguió estirando todo lo posible la situación hasta que sintió que no podía más.

—Ah, estás aquí —dijo Lena nada más abrir la puerta de su despacho—. He estado esperándote un rato en la cafetería —confesó—. Es nuestro tiempo de descanso.

La miró unos segundos a la cara, pero volvió al trabajo sin hacerle caso. No le apetecía entablar ningún tipo de conversación, sólo quería que el tiempo pasase y poder salir del edificio para refugiarse en cualquier sitio que le mantuviese la mente ocupada.

—Uy, ¿qué pasa? —preguntó su amiga, pero ella siguió a lo suyo—. Joder, Marina. No me ignores —protestó.

—Estoy muy ocupada.

Soltó esa corta frase sin tan siquiera conectar con su mirada y dejó de teclear, ya que no encontraba sentido a lo que estaba escribiendo, y se puso a comprobar unos cuantos correos electrónicos mientras Lena se sentaba directamente sobre el escritorio, justo a su lado.

Intentó fingir que leía el contenido del último mensaje, pero sentir la mirada de su amiga clavada en ella estaba poniéndole muy nerviosa.

—¿No tienes nada qué hacer? —preguntó, clavándole la mirada con intensidad.

—Es mi descanso —contestó con tranquilidad—. Y también el tuyo.

—Ya te he dicho que estoy muy ocupada.

Volvió a la bandeja de entrada y tras borrar el correo no deseado se sintió acorralada porque no sabía qué más hacer.

—No voy a preguntarte qué ha pasado porque está muy claro —soltó Lena—. Sabes de sobra que puedes contar conmigo y que estoy aquí para escucharte.

Clavó su mirada de nuevo en ella y la sinceridad de sus palabras las recalcó con su gesto.

—Estoy cansada —dijo y el ceño de su amiga se frunció un poco—. Cansada de repetir una y otra vez la misma historia —aclaró sin tener que especificar nada más, ambas sabían de lo que estaba hablando—. Anoche me encontré con alguien que me hizo ver que, después de años, sigo estancada en el mismo tipo de relación. Y no. No me apetece seguir por ahí.

Lena la miró en todo momento bastante interesada y pendiente de sus palabras. No necesitaba que la reconfortase ni le diese algún consejo. Sentía que su paciencia había llegado a su fin.

—Entonces supongo que tuvisteis la conversación —comentó su amiga y ella asintió antes de echarse un poco hacia atrás en la silla—. ¿Y qué te dijo ella?

—Que necesitaba pensárselo —contestó—. ¿Cómo puedes dar esa contestación a alguien que lleva más de un año contigo? No lo entiendo.

—No está preparada.

—No lo está no —dijo, dándole la razón—. Pero yo no estoy dispuesta a seguir perdiendo el tiempo. Ya me he cansado. Y de verdad —aclaró—. No voy a volver a intentar

nada.

Su última frase hizo que la emoción hiciera acto de presencia y tuvo que tragar saliva mientras sentía que se le humedecían los ojos.

—Entonces... ¿Ya está?

—Ya está.

Se limpió una lágrima de la mejilla con algo de rabia y miró a su amiga para hacerle ver que tenía muy clara la decisión.

—Sé que es posible que no me creas porque llevamos mucho tiempo con estas idas y venidas que tanto nos han caracterizado. Pero esta es la definitiva. No pienso recular. No merezco esto —señaló—. Quiero alguien que apueste de verdad por nuestra relación.

Lena asintió con la cabeza sin saber qué decirle y ella le dedicó una pequeña sonrisa porque entendía, perfectamente, que había poco que decir.

—Estaré una temporada alejada de los planes en conjunto —dijo y el gesto de su amiga le dejó claro que no estaba de acuerdo—. Necesito alejarme todo lo posible. Soy consciente de que hay grandes posibilidades de volver a caer si repito lo de siempre —le aclaró.

—No es justo.

—Nadie ha dicho que lo fuese. Pero es mi decisión. Nadie me ha obligado a tomarla.

Lena se quedó de nuevo en silencio y ella pensó que ya estaba todo dicho y aclarado, así que decidió volver al trabajo y abrió el archivo que tenía que acabar. Su amiga permanecía allí sentada mientras ella escribía y, a pesar de que sabía que estaba en su tiempo de descanso, llamó su curiosidad el hecho de que no hiciera ni un amago de retirarse. Así que volvió toda su atención a ella y frunció el ceño al verla con el rostro agachado.

—¿Qué pasa? —preguntó y Lena alzó la cara para que sus ojos volvieran a encontrarse—. Y no me digas que nada. Así que ahórranos tiempo a las dos y suéltalo ya.

—Creo que no debería calentarte la cabeza ahora con mis cosas —aclaró su amiga e incluso se levantó del escritorio para marcharse.

—Lena, ni se te ocurra marcharte así —señaló—. Te perseguiré durante todo el día como te atrevas a irte sin hablar conmigo.

La observó soltar aire de forma sonora y resignada y volvió a recuperar su antigua posición.

—No es nada —dijo su amiga en primer lugar—. E igual sólo son suposiciones mías, pero...

—¿Pero? —cuestionó al ver que no pretendía seguir.

—Creo que Emily está un poco rara.

—¿Está rara? ¿En qué sentido?

Lena se encogió de hombros y le apartó la vista unos segundos antes de hablar.

—Tengo la sensación de que huye de mí —confesó.

—Yo os vi muy bien durante la cena —aclaró.

—Sí. Pero cuando estamos a solas noto que algo no va bien.

—¿Y has hablado con ella?

—Por supuesto —respondió Lena con rapidez—. He aprendido a hablar con mi novia —señaló.

—¿Y ella qué dice? —preguntó interesada.

—Dice que son cosas mías y que todo está perfecto.

—Y no la crees.

—Sí que la creo —apuntó—. Pero tengo esa extraña sensación. Igual me estoy volviendo

loca.

—Igual está estresada por no encontrar trabajo de lo que realmente quiere.

—Lleva tiempo así y nunca la había sentido así de rara.

—Es posible que se haya saturado —comentó y su amiga asintió con la cabeza despacio—. No tiene que ser agradable vivir en sus zapatos ahora mismo.

—Tienes razón —susurró Lena—. ¿Qué tal si la invito a pasar un fin de semana en un balneario?

—Pues que seguirás proclamándote como la novia perfecta.

Ambas sonrieron con su contestación y le encantó ver que a su amiga le cambiaba el gesto y se animaba. Se despidió de ella tras hacerle saber que necesitaba aprovechar los minutos que le quedaban de descanso para evaluar los mejores balnearios de la ciudad y sonrió con pena al pensar que ella y Sara ya no iban a poder hacer ese tipo de planes. Su relación ya no volvería a tiempos pasados y tampoco sabía si, en un futuro, conseguirían ser amigas.

\*\*\*\*\*

Terminó de servir un par de cafés a unos clientes y aprovechó el momento para comprobar su teléfono. No había vuelto a saber nada de Marina desde la noche anterior y sus nervios estaban más a flor de piel que nunca. Se sintió como otra de sus rupturas pero, a diferencia con otras ocasiones, ahora reaccionó con más rapidez y esa misma mañana le mandó un mensaje para hablar con ella y forzar el acercamiento. Pero esta vez estaba siendo distinto. Bastante. Marina no contestó a su primer saludo y tampoco al segundo, cuando le mandó una imagen graciosa para romper el hielo.

Bloqueó el móvil al comprobar que seguía sin recibir respuesta y los nervios dieron paso a la rabia y a la frustración. Volvió a desbloquear el teléfono y se metió directamente en la conversación que mantenían juntas. Marina estaba en línea y las pulsaciones se le aceleraron de golpe. Esperó impacientemente a que le contestase, pero ni siquiera leyó sus mensajes. La ignoró por completo y ella sintió un frío abrasador por todo el cuerpo.

¿Qué había pasado? ¿De verdad Marina iba a cortar la relación? Ella pensaba que estaban bien y sólo le pidió algo de tiempo para pensar. En ningún momento le dijo que no quisiera dar ese paso más, aunque claro, tampoco le dijo que estaba dispuesta a dar todos los pasos que ella quisiera.

—¿Todo bien? —preguntó su compañera de trabajo, justo a su lado.

—De puta madre.

Lo soltó con rabia e ironía y se acercó a una clienta que acababa de llegar para atenderle. Le dejó el refresco que le había pedido y se apartó a un lado de la barra para volver a comprobar el teléfono. Se llevó otra nueva decepción al descubrir que seguía sin señales de Marina y se pasó la mano por la cara para intentar calmar sus nervios y frustración. Quería ir a hablar con ella, pero aún le quedaban unas horas por delante y no podía abandonar el trabajo por muchas ganas que tuviera de ir a su encuentro.

—¿Algún problema?

Giró el rostro tras escuchar la pregunta que le realizó Mónica, su compañera de trabajo, y tomó aire para expulsarlo lentamente mientras sus miradas se encontraban.

—La vida es una mierda.

—Amén a eso.

Su compañera le dio la razón y decidió relajarse un poco porque nadie tenía culpa de la situación por la que estaba pasando.

—¿Te acuerdas de Marina?

—¿Tu ligue? —cuestionó Mónica—. ¿Cómo olvidarme de ella? Es guapísima. Se quedó clavada en las palabras que había usado para definirla. Tu ligue.

—¿Eso es lo que parece?

—¿No tenéis nada? —cuestionó Mónica con rapidez—. Yo pensaba que sí. Se os ve bastante bien juntas y desprendéis mucha química.

—¿Piensas que es mi ligue?

Insistió y pudo ver el desconcierto en el gesto de su compañera.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo mal?

—No, claro que no —respondió mientras sentía que lo había hecho todo mal con Marina.

—¿Entonces?

—Marina y yo tenemos una relación —contestó—. Teníamos —rectificó de inmediato—. Pero soy gilipollas y me he cargado lo mejor que tenía en mi vida.

—No eres gilipollas.

—Lo soy. Y mucho.

Mónica subió una mano para acariciarle el brazo con cariño y a ella le entraron unas ganas brutales de llorar. Desde fuera, la gente que menos trato tenía con ella, había visto su relación como algo casual. ¿Cómo no iba Marina a cansarse de ella? Era lógico.

—¿Hay alguna oportunidad de que volváis? —preguntó su compañera.

—¿La verdad? No tengo ni idea —confesó—. Nuestra relación no ha sido la más tranquila del mundo y no estoy segura de si esto es el punto final.

—¿Y a qué esperas para comprobarlo?

—Lo estoy intentando —respondió y volvió a coger el móvil para comprobar si Marina le había contestado a algo—. Pero me está ignorando y yo estoy empezando a cabrearme y a tener muchas ganas de llorar.

—Si quieres ir a verla... Te cubro el resto del turno.

—Ni de coña —dijo de inmediato—. En media hora empieza el partido y ambas sabemos cómo se pone esto. No voy a dejarte sola en mitad de la guerra.

—Pues espero que vayas a hablar con ella en cuanto cerremos.

—¿Crees que debería? —preguntó, ni siquiera había hablado del tema con Emily—. Quiero decir que igual necesita tiempo.

—Supongo que eso es algo que tienes que decidir tú. Eres la que mejor la conoce de las dos.

Asintió con la cabeza y Mónica se ofreció a atender una mesa para darle a ella un poco de espacio y tiempo para procesar la conversación que acababan de mantener. Aprovechó para volver a comprobar el móvil y los ojos se le inundaron de lágrimas al ver que seguía sin señales de Marina. Sentirse ignorada por ella era algo bastante novedoso y que le estaba haciendo más daño del que hubiese podido imaginar.

Terminó de prepararse el café y caminó hasta la pequeña barra que había en la cocina, lugar en el que Sara ya la esperaba tomándose un tazón de leche con cereales. Dejó un beso sobre su hombro al pasar por detrás y su novia levantó la vista del móvil para regalarle una sonrisa.

Hace una semana habían tenido una conversación algo intensa que acabó en una breve ruptura cuando tras dejar a Sara en su casa, después del senderismo, ésta se agobió y la dejó. Pero la separación no duró mucho. Sólo un par de horas. Volvieron a reconciliarse unas horas después vía móvil, ya que ninguna estaba dispuesta a que todo acabase así.

—¿Me querrías si un día me despierto y soy la princesa Fiona?

Frunció el ceño ante su pregunta y Sara la miró muy interesada en su respuesta.

—¿A qué viene eso?

—Contesta.

Se le escapó una sonrisa ante su insistencia y dio un sorbo a su café para hacerse un poco de rogar.

—Supongo que sí.

—¿Supones que sí? —cuestionó Sara alarmada.

Se encogió de hombros y su novia negó con la cabeza mientras la miraba con desaprobación.

—¿Y si me convierto en un minion?

—¿Por qué me estás haciendo estas preguntas?

Soltó la pregunta con una sonrisa en los labios y Sara se giró sobre el taburete para así tener un mayor contacto visual.

—Contesta.

Rodó los ojos y su compañera se cruzó de brazos.

—Sí, Sara. Te querría igual.

—Eso está mejor.

Su novia volvió a acomodarse para seguir desayunando y ella decidió ser un poco cotilla y echar un ojo a la pantalla de su teléfono para ver qué estaba leyendo. Veía un vídeo en el que se mostraban conversaciones y, un segundo después, entendió que estaba sacando su cuestionario de ahí.

—¿Y si de repente me vuelvo verde y se me cae el pelo?

Cuando Sara giró el rostro para localizar su mirada la encontró pendiente de ella y fue incapaz de retener la sonrisa, contagiándose.

—Para de leer esas cosas —le pidió.

—Es un cuestionario para parejas —aclaró su compañera—. Tengo que comprobar si lo pasamos o no.

Sonrió divertida y cogió su propio teléfono para comprobar si tenía algún mensaje pendiente.

—Estoy esperando a que me contestes —apuntó Sara.

—¿En serio?

—Sí, en serio —respondió con ceja alzada incluida.

—Te querría aunque fueses una rata de alcantarilla. ¿Te vale?

—Podrías haber usado cualquier otra comparación —apuntó Sara—. Pero me vale.

Se acercó a ella, dejando de lado ese curioso cuestionario y dejó un corto beso en sus labios antes de volver a sus cereales. Ella se quedó unos segundos observando su perfil y recortó un poco la distancia con su cuerpo para poder acariciarle la espalda mientras terminaban el desayuno.

—He hablado con Emily —dijo su novia tras dejar el teléfono sobre la superficie y centrar toda su atención ahora en ella—. Lena le ha llenado la cama de pétalos de rosa —le informó y ella sonrió sorprendida—. ¿Por qué no te pareces un poquito más a tu amiga?

—¿Por qué debería parecerme a ella? ¿No dices que es una cursi?

Observó cómo la duda se reflejaba en su rostro y ella dio un sorbo a su café sintiéndose victoriosa.

—Es una cursi, pero estaría bien que de vez en cuando me sorprendieras.

—¿Quieres que te mande flores al trabajo, te regale unos ochocientos tipos de chocolates y te cante en plena calle?

—Con los chocolates sería más que suficiente —respondió Sara y ella sonrió—. También podrías dejarme notitas o algo así.

—¿Notitas?

—Sí. Emily dice que Lena le deja cosas bonitas escritas.

—Una información muy útil, gracias.

—Oye, no lo vayas a usar en su contra —amenazó Sara—. No vayas a usarlo en su contra —repitió con gesto amenazante.

Levantó las manos en símbolo de rendición y su novia la miró algo desconfiada. Se terminó el café, se levantó y caminó hasta llegar al fregadero para limpiar lo que había usado. Cuando se giró se encontró con que los ojos de Sara la habían estado examinando en todo momento. Se acercó de nuevo a la barra, en la que habían desayunado, y cogió un papel del pequeño montón que su novia solía tener allí para apuntar cosas y se cubrió para escribir algo. Sara protestó, ya que quería ver qué estaba haciendo, pero ella le pidió unos segundos. Repasó las letras cuando acabó y se hizo de rogar no dejando que leyera el mensaje, no hasta que lo colocó con un imán en la nevera.

—Intenso.

—¿Lo quito?

—Ni se te ocurra —respondió Sara rápidamente—. Espero que cumplas con tus palabras —dijo señalando el mensaje que acababa de colgar.

—Yo siempre cumplo —señaló.

Se acercó de nuevo a ella para besarla y tras acabar echó un vistazo a sus propias palabras. Había escrito un «no dejaré de quererte» recreando un poco los detalles que solía tener Lena con Emily y le gustó esa sensación tan agradable que empezó a recorrer todo su sistema cuando descubrió la gran sonrisa en los labios de Sara.

Siguió las instrucciones de Celia e hizo un par de repeticiones, levantando peso con las piernas, bajo su escrutinio. No llevaba mucho rato esa tarde en el gimnasio, pero parecía que llevaba horas porque, desde que puso un pie dentro del lugar, lo dio todo y más. Quería acabar con toda la energía de su cuerpo, aunque era consciente de que no le funcionaría del todo bien para intentar alejar a Sara de sus pensamientos. Pero sí le estaba funcionando para no caer de nuevo y contestar sus mensajes. Debía ser fuerte y hacerse valer. Y también debía quererse un poquito más y aprender a priorizarse.

—Nada mal para ser tu primera vez con este peso —dijo Celia en cuanto terminó sus repeticiones.

—No te creas, me tiemblan las piernas.

Lo dijo con una sonrisa mientras se ponía de pie y cogió la toalla para secarse el sudor mientras sentía la mirada de su compañera de conversación.

—Eso es que te has esforzado de verdad —comentó Celia y sus miradas volvieron a conectar—. Poco a poco irás ganando más resistencia. Pero se nota que le pones ganas. Así que, enhorabuena.

—¿Poco a poco? —cuestionó sonriente—. ¿Cuánto tiempo te ha llevado tener ese cuerpazo? —preguntó, observando de forma inmediata su sonrisa.

—Años.

—Años —repitió y Celia asintió con la cabeza.

—Es una carrera de fondo, pero no debes meterte prisa.

—Bueno, tampoco busco tener un cuerpo perfecto y altamente definido —confesó.

—Estás perfecta así.

Celia soltó esas palabras y ella se sintió un poco arrinconada ante no saber qué contestarle al respecto, así que sólo se limitó a sonreírle y a indicarle con la mano que iba a cambiar de máquina. Sintió que la seguía y, cuando se detuvo en una que consistía en subir escalones, ni se atrevió a mirarle a la cara.

—Siento si te ha molestado mi comentario —dijo Celia y fue entonces cuando sus ojos la buscaron—. He visto que el ambiente se ha puesto raro y, la verdad, era algo que no quería provocar. No quiero una situación incómoda entre las dos.

—Tranquila. No te preocupes.

Lo dijo con sinceridad y le regaló una sonrisa que Celia respondió de igual forma.

—Creo que podríamos quedar fuera del gimnasio para tomar algo, ¿qué te parece?

—Me parece estupendo.

Respondió sonriente y se animó a hacerlo porque sabía que le sentaría muy bien cambiar de aires y hablar con otra persona de cualquier tema que no tuviese nada que ver con su vida y con su reciente ruptura. No necesitaba hablar más del tema.

—¿Qué tal esta noche? —preguntó Celia.

—Esta noche me parece genial.

—¿A las nueve? Conozco un sitio italiano muy bueno.

—Perfecto. Mándame la ubicación y paso por ti.

—En cuanto coja el móvil de las taquillas te la mando.

Sonrió y se despidió de ella cuando otra compañera del gimnasio reclamó su atención y

ayuda. Se quedó observándola y, al girarse, se encontró con Lena de brazos cruzados y mirándola con una ceja alzada.

—¿Ya me estás sustituyendo?

—¿De qué estás hablando? —cuestionó con una sonrisa.

—Tardo un poquito más en llegar y me buscas reemplazo rápidamente.

—¿Estás celosa?

Se lo preguntó con una sonrisa y su amiga frunció el ceño para hacerle ver que estaba bastante molesta.

—Te van a salir arrugas en la frente de tanto fruncir el ceño.

—Mientras no me salgan más traidoras como tú todo estará bien.

Se le escapó una carcajada ante su ataque verbal y Lena se mordió el labio para no sonreír. La muy payasa haría lo que fuese por no darle la satisfacción de comprobar que para ella también estaba siendo divertido.

—Sólo tengo ojitos para ti, puedes estar tranquila —le aseguró antes de subirse a la máquina para empezar el ejercicio.

—¿De qué hablabas con ella?

Su amiga se lo preguntó justo tras colocarse frente a ella y así poder observarla mientras movía todos los músculos de su cuerpo.

—De cosas del gimnasio —contestó, ignorando gran parte de la conversación.

—¿Sólo de cosas del gimnasio?

—Oye, ¿a qué viene este interrogatorio? —protestó con una sonrisa y observó cómo Lena la examinaba con mucho detenimiento.

—¿Es una de esas conversaciones en la que me vas a contestar con evasivas?

—Hemos quedado después.

Se lo confesó sin querer darle más vueltas y el gesto de su compañera cambió a uno de sorpresa y confusión.

—Habéis quedado después —repitió y ella asintió antes de parar el ejercicio.

—¿Por qué?

Respondió encogiéndose de hombros mientras se secaba el sudor y, cuando acabó, encontró que los ojos de Lena la miraban muy expectantes, esperando una contestación más elaborada que la que acababa de darle.

—¿Qué pasa? ¿No puedo quedar con otra gente?

—¿Y por qué decides quedar con otra gente y no conmigo?

Se le escapó una pequeña sonrisa con su pregunta y, sobre todo, con su gesto, ya algo más relajado y parecido al de una niña pequeña que pide explicaciones.

—Ha surgido —respondió—. Además, creo que me va a venir bien quedar con alguien que no sepa por lo que estoy pasando —aclaró—. No quiero lástima ni cosas que puedan recordarme la ruptura. Y Celia no sabe nada de mi vida, así que podremos hablar del tema que sea.

—Tú y yo también podemos hablar del tema que sea.

—Lo sé, pero no seas celosa —señaló y su amiga rodó los ojos.

Se bajó de la máquina porque ese maldito ejercicio iba a acabar con ella y decidió tomarse un descanso y beber agua.

—Espero que no estés intentando lo de un clavo saca a otro clavo.

—¿De qué estás hablando? —cuestionó.

—Pues de que espero que no quieras olvidar a Sara liándote con la primera que pase por

delante. Esas cosas no funcionan.

—Tengo la suficiente capacidad emocional y experiencia vital para saber que esa táctica es una mierda —aclaró—. Así que puedes estar tranquila.

La observó cruzarse de brazos, totalmente a la defensiva, y ella suspiró ante su actitud. Sabía que su amiga actuaba así por su bien, pero ella no necesitaba que fuese tan protectora. Era mayorcita y sabía cómo cuidarse.

—Por cierto, ¿encontraste el balneario perfecto?

Decidió cambiar el tema de conversación porque no tenía ganas de seguir discutiendo si era buena idea o no quedar con otras personas y se relajó al ver que Lena sonrió muy animada.

—Por supuesto que lo encontré —aseguró su amiga—. Está a las afueras de la ciudad, desconectado del ruido y del ajetreo que nos rodea. Yo creo que le va a encantar.

—Seguro que sí.

—Si quieres, otro día, podemos ir tú y yo.

—No es necesario que hagas planes dobles y repetidos —comentó con una sonrisa en los labios—. Voy a estar bien —aseguró.

—Nadie está bien después de una ruptura.

—Eso es cierto —dijo, dándole la razón—. Pero no estoy mal. Sólo resignada —aclaró ante su ceño fruncido—. Hemos roto tantas veces que creo que ya he derramado las lágrimas suficientes. Ahora sólo me queda avanzar.

Le dedicó una sonrisa forzada y se giró para buscar la siguiente máquina de ejercicios mientras intentaba controlar la emoción que se acababa de despertar y amenazaba con arrasar su sistema al completo. Se esforzaba en que la situación no le afectase demasiado pero, a veces, era inevitable. Habían vivido demasiados momentos como para hacer borrón y cuenta nueva en apenas unos días.

\*\*\*\*\*

Aparcó el coche y ambas salieron a la vez del vehículo. Había recogido a Celia de su casa y unos diez minutos después estaban caminando hacia el restaurante elegido por su compañera. La conversación, mientras conducía, había sido muy agradable y le gustó disfrutar de una tertulia en la que ni ella ni Sara fueran el centro de atención. Se sentía bien saber que no iba a provocar ningún tipo de lástima y que sólo serían dos personas compartiendo una velada.

—Ni siquiera sé si te gusta la comida italiana y te he arrastrado aquí sin consultártelo —dijo Celia.

—¿A quién no le gusta la comida italiana? —cuestionó y ambas sonrieron—. Si encuentras a alguien que no le guste, no confíes en ella.

Siguió sus pasos hasta llegar al local y le encantó su decoración. Había estado en Roma unos años atrás y aún recordaba cómo la ciudad la envolvió por completo. Examinó los cuadros de las paredes con representaciones de algunos lugares emblemáticos y dieron las gracias al camarero cuando las guió hasta una mesa y les dejó un par de cartas.

—¿Algo que me recomiendes?

—La lasaña es increíble —contestó Celia rápidamente—. Y también la pizza. Hacen una masa casera increíble.

—Me acabas de meter en un buen debate —dijo sonriente y su compañera le devolvió el gesto.

—¿Qué te parece si pedimos ambas cosas y compartimos?

—Creo que es la mejor decisión del mundo.

La sonrisa de Celia creció y unos minutos después ya habían ordenado la bebida y la

comida.

—¿A qué te dedicas?

—¿No hemos tenido esta conversación aún? —cuestionó extrañada y su compañera negó con la cabeza—. Trabajo para una revista.

—¿En serio?

—Así es.

—¿Y qué haces en esa revista?

—Un poco de todo —respondió sonriente—. Entrevistas, trabajo de investigación, el horóscopo...

—¿El horóscopo?

—Una vez me tocó hacer la sección porque la compañera que se encarga de eso estaba de baja —respondió recordando lo mucho que se divirtió haciendo esa sección con la ayuda de Lena—. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Soy profesora de gimnasia.

—Te pega muchísimo, la verdad —reconoció.

Se quedaron en silencio con la llegada del camarero y, cuando les dejó las bebidas, dio un sorbo y recordó lo mucho que le gustaba el *Aperol Spritz*.

—¿Lena también trabaja en la revista?

Asintió respondiendo a su pregunta.

—La veo mucho por el gimnasio, pero nunca veo que haga algo. ¿Está en alguna clase en concreto?

—No hace nada —respondió sonriente—. Absolutamente nada.

—¿Y por qué va?

Volvió a sonreír y dio un trago más de su bebida antes de contestar. Lena era Lena y, desde que se conocieron, jamás le había fallado. Era una amiga de las de verdad, de las de presumir y sentirse muy orgullosa.

—Me acompaña.

Contestó sin querer dar más detalles y Celia pareció entenderlo rápidamente y a la perfección, ya que no insistió más en el tema.

—Te agradezco que hayas aceptado salir a cenar conmigo esta noche.

—No tienes que agradecerme nada —dijo con sinceridad y sonrió para enfatizar sus palabras, pero su compañera agachó la cabeza y ella se sintió algo confundida al ver cómo el gesto le cambió de un momento a otro—. ¿Qué ocurre?

—No quiero aburrirte con mis dramas —respondió Celia con una sonrisa forzada—. No hemos venido aquí para eso.

—Tienes justo delante a la persona que mejor sabe escuchar de la ciudad —comentó para animarla—. Si fuese tú, no perdería la oportunidad.

—Está bien, tú lo has querido —dijo Celia antes de tomar aire y soltarlo lentamente—. Estoy pasando por una ruptura sentimental —confesó y ella sonrió irónica y mentalmente por la coincidencia—. Y no está siendo muy agradable porque el capullo de mi ex es muy tóxico e intenta, por todos los medios, que le dé otra oportunidad.

—¿De qué clase de toxicidad estamos hablando? —preguntó preocupada.

—Ah no, no es agresivo ni nada de eso —respondió Celia con rapidez—. Pero sí es muy pesado y llega a agobiarme bastante.

—Entiendo que ya lo has hablado con él.

—Entiendes perfectamente, pero se niega a aceptar que todo ha acabado —aclaró—. Así

que, hoy has servido de excusa para intentar despejarme un poco. Siento la sinceridad y haberte utilizado.

—¿Utilizado? —cuestionó—. Este sitio es increíble.

Miró alrededor para acentuar sus palabras y, cuando el camarero llegó con la comida, se relamió los labios ante el olor tan agradable que desprendía la cena.

—Espero que te guste —dijo Celia antes de empezar a comer.

Y ella no respondió con palabras, pero sí dejó que un sonido de placer saliera de su boca, afirmando así que la lasaña estaba deliciosa.

—Podría venir a cenar aquí todos los días —aseguró.

—Espero que me avises una de esas veces.

—Sería feo no hacerlo cuando lo he descubierto gracias a ti.

Se dedicaron una sonrisa antes de seguir comiendo y, aunque había empezado la noche relajada, empezó a sentirse el doble de tranquila al comprobar la agradable compañía que era Celia, algo que ya intuía con las conversaciones tenidas en el gimnasio.

Compartieron los platos, tal y cómo lo habían hablado, y se animaron a pedir postre mientras la conversación entre ambas fluía sin ningún tipo de silencio incómodo. Para cuándo la cena acabó, y sin que Celia lo supiese, ella le estaba muy agradecida por haber conseguido que, durante unas horas, su mente estuviera algo alejada de su ajetreada vida sentimental.

—Ha sido una noche genial —dijo su compañera de velada en el coche, cuando ya iban de vuelta.

—Lo ha sido —señaló con una sonrisa y dándole la razón—. Podemos repetir cuando quieras.

—Te tomo la palabra.

Volvió a sonreír y, al girar el rostro unos segundos para ver su reacción, descubrió que lo decía de verdad. Al parecer no era la única a la que esa noche le había sentado bien.

—Joder.

Escuchó la palabra soltado por Celia y aprovechó un semáforo en rojo para centrar toda la atención en ella. Al hacerlo comprobó que miraba el teléfono y, aunque sabía que igual no era asunto suyo, decidió curiosear.

—¿Ocurre algo?

—Es mi ex. Me acaba de pasar una foto de que está en mi portal esperándome.

—Eso es ser un poco acosador —señaló—. ¿Quieres que vayamos a la policía o algo?

—No. No —respondió Celia, negándose con rapidez—. Es un buen chico, de verdad. Pero no me apetece enfrentarme ahora mismo a esto —aclaró.

—¿Qué te parece si tomamos una copa en mi casa?

La pregunta le salió sola y, justo un segundo después, se arrepintió. Igual estaba dándole a entender cosas que no eran. No pretendía nada. No tenía ninguna intención con ella, sólo echarle una mano y librarle de una situación que no quería vivir.

—¿No te importa?

—Para nada —aseguró al ver que Celia parecía habérselo tomado de forma natural, sin ningún doble sentido.

—Entonces... Me encantaría, la verdad.

Sonrió antes de volver a ponerse en marcha y mezclarse entre el tráfico de la ciudad mientras se mentalizaba en que no había nada de malo en llevar a una chica a casa.

\*\*\*\*\*

Cruzó el paso de peatones en cuanto el semáforo le dio paso y caminó con el corazón

muy acelerado los pocos metros que le quedaban para llegar hasta el portal de Marina. El turno en la cafetería se había alargado y ella sólo rezaba para no encontrarla durmiendo y molestarla. Y podría haberse esperado al día siguiente, pero necesitaba hablar con ella cuanto antes y arreglar las cosas. No podía seguir así.

Y debía haber esperado al día siguiente. Desde luego que sí.

Al focalizar la mirada descubrió que Marina no estaba durmiendo en casa. Se llevó la sorpresa de que llegaba y encima acompañada por esa tal Celia. La mejor de las noticias, sin duda.

Y aunque su mente y su cuerpo le gritaban que se diese la vuelta y abandonase la idea de encontrarse con ella, algo en su interior la empujó e hizo que recortase, a la vez que ellas, la distancia que había hasta su portal.

Cuando Marina se dio cuenta de su presencia paró de caminar y Celia la miró algo confundida hasta que también se dio cuenta de ella.

—Buenas noches —dijo mirándolas a las dos.

Celia le sonrió con una sonrisa algo forzada y Marina cerró los ojos unos segundos. Tenía la intuición de que la situación no estaba siendo agradable para ninguna.

—Dame un momento —pidió Marina a Celia antes de indicarle a ella con la mano que se apartasen unos metros y así ganar algo de intimidad—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? —cuestionó con los brazos cruzados y una dura mirada dedicada en exclusiva a ella—. ¿Tú qué crees?

Le devolvió una pregunta y sonrió irónica al ver que Marina no pretendía contestar.

—He estado escribiéndote, pero me has ignorado y ya entiendo el motivo —señaló.

—¿De qué motivo estás hablando?

—No has tardado nada en encontrar una sustituta —respondió sin medir las palabras—. No me esperaba esto de ti.

—Estás diciendo tonterías.

Volvió a sonreír y se pasó la mano por la frente para controlar el nerviosismo que estaba empezando a tomar el control de la situación.

—He estado todo el día pensando en nosotras —dijo con rabia—. Y me moría de ganas de acabar mi maldito turno en la cafetería para venir a buscarte y hablar —resumió todas las horas de angustia que había estado experimentando—. ¿Y qué me encuentro? Pues me encuentro que estás fantásticamente y que incluso te has animado a salir con otra.

—Eso no es así.

—Ah, ¿no? —cuestionó y giró la cabeza para ver a Celia, que parecía estar concentrada en su móvil, ajena a la conversación—. Pues yo creo que es bastante evidente.

La observó tomar aire y soltarlo lentamente y ella esperó impacientemente a que le diese cualquier tipo de explicación, la que fuese. Cualquier cosa le valía. Todo menos aferrarse a lo que su mente estaba maquinando.

—¿No vas a decir nada? —preguntó nerviosa y sin la poca paciencia que le quedaba.

—Sí, he salido a cenar con Celia —respondió Marina con tranquilidad—. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que no sé qué narices tenemos después de la conversación de anoche y llevo todo el día intentando averiguarlo —soltó con rapidez—. Y he venido aquí como una estúpida para intentar hablar contigo, pero ya veo que no te importa, que has pasado página muy rápido.

—No estoy pasando página —señaló Marina.

Sólo fue una frase, pero fue suficiente para hacer que su corazón se acelerase. Si Marina no estaba pasando página, todo aquello sólo era un malentendido y ellas aún tenían una oportunidad.

—¿Eso quiere decir que estamos bien? —preguntó altamente nerviosa.

—No, Sara. No estoy pasando página, pero tampoco estoy diciendo que estemos bien.

Frunció el ceño confundida y se pasó la mano por la nuca mientras intentaba organizar sus pensamientos. Miró a Celia, que seguía parada y centrada en sus cosas y sintió que la opción de subir a su casa y hablarlo todo de forma más tranquila no era factible.

—¿Podemos quedar mañana para hablarlo?

Marina agachó el rostro tras su pregunta y, de forma inmediata, sintió un escalofrío por toda la espalda. Aquello no iba bien y su propio cuerpo estaba advirtiéndole.

—Creo que es mejor dejarlo así —susurró Marina antes de alzar el rostro para que sus miradas se encontrasen.

—¿Disculpa?

—No vamos a ningún punto, Sara. Y yo no puedo seguir así.

—¿En serio vas a acabar con todo porque te pedí tiempo? —cuestionó incrédula—. Es absurdo, Marina.

—Lo que es absurdo es que, después de compartir tantas cosas, me pidas ese tiempo.

Sintió como si le tirasen un jarro de agua fría encima y luchó para recomponerse lo más rápido posible y encontrar las palabras adecuadas para que Marina cambiase de opinión. Pero estaba tan jodidamente fuera de juego que lo único que hizo fue negar con la cabeza y morderse el labio inferior para intentar evitar romperse a llorar ahí mismo. Se giró forzando a sus pies y deshizo el camino recorrido sin querer volver a mirarle a la cara.

Abrió el refresco que acababa de coger de la cafetería y se sentó en un viejo banco de madera que había en un parque continuo. Era su descanso para comer y, aunque no le entraba nada, sabía que necesitaba tomar algo de azúcar para no desfallecer. Se había pasado la noche sin dormir tras la conversación compartida con Marina y sentía que sólo se movía por inercia y por lo rutinaria que era su vida.

—¿Esa es tu comida de hoy?

Alzó el rostro al escuchar su voz y observó a Emily parada justo delante de ella.

—No me apetece comer.

—Pues tienes que hacerlo aunque no te apetezca.

Su amiga se sentó justo a su lado y ella dio un sorbo del refresco en un intento absurdo de tranquilizarla y hacerle ver que, al menos, se estaba nutriendo y que no debía preocuparse.

—¿Por qué no has venido a contármelo?

Giró el rostro, buscando el de Emily, y cuando sus ojos conectaron ella respondió encogiéndose de hombros. Sabía que se refería a su reciente ruptura con Marina.

—¿Qué iba a decirte que no te haya dicho ya?

—Esa no es la cuestión —respondió su amiga con rapidez—. La cuestión es que somos amigas y debemos contarnos las cosas —aclaró.

Negó con la cabeza para quitarle importancia al asunto y volvió la vista al frente, no quería seguir enfrentándose a su mirada. No cuando sabía que sería capaz de romperse.

—Has estado aguantando mucho mis dramas en los últimos meses. Mereces un descanso.

Quiso darle un toque de humor para hacer que la conversación no fuese tan tensa e intentó controlar la emoción al sentir que Emily posaba una mano con cariño sobre su muslo.

—Nunca querría un descanso de ti.

El significado de las palabras de su amiga, y toda la emoción que había estado sintiendo en las últimas horas, hizo que una lágrima cayera sin permiso y recorriese parte de su mejilla. Se la apartó intentando disimular y tragó saliva para intentar recomponerse.

—Deja de ser tan intensa —le pidió.

—Te encanta que sea así de intensa.

Emily lo dijo muy segura y recortó la poca distancia que las separaba, le echó el brazo por encima y la obligó a que se recostase sobre su hombro.

—Creo que ha llegado el momento de dejar morir la relación.

Lo dijo apenas en un susurro, pero eso no evitó que derramase un par de lágrimas más.

—¿Estás segura?

—Ella ya ha tomado la decisión —respondió mientras imágenes de la pasada noche se repetían en su cabeza—. Y la respeto. No merece a alguien así.

—Oye, eso no lo digas —dijo su amiga, que incluso se apartó un poco para hacer que sus miradas volvieran a conectar—. Eres una tía increíble, pero las relaciones son complejas y a veces no funcionan.

—No intentes animarme inventando excusas tontas —aclaró.

—No es ninguna excusa tonta, es la verdad —señaló Emily convencida—. No puedes forzar a que algo funcione, pero eso no quita el hecho de que habéis tenido una relación preciosa y con momentos increíbles. Tienes que quedarte con eso.

Asintió por pura inercia y no porque lo sintiese así en ese momento. Pero debía confiar en las palabras de su amiga. Nunca le daría un mal consejo.

Emily volvió a recuperar su posición anterior y ella aprovechó, que no veía bien su rostro, para dejar que unas cuantas lágrimas más se escapasen de sus ojos. Recordar la firmeza de las palabras de Marina no estaba ayudándole absolutamente en nada, por eso decidió que lo mejor sería pedirle a su amiga que le contase algo, lo que fuese, con tal de no pensar demasiado en lo ocurrido.

—Cuéntame algo —pidió sin andarse con rodeos, sabiendo que Emily lo interpretaría a la perfección.

—¿Te acuerdas de la última entrevista a la que me acompañaste?

Hizo un sonido gutural confirmándolo.

—Pues fue bastante bien en realidad —dijo su amiga y ella se giró para poder mirarle mejor.

—Eso es genial.

—Me han ofrecido un puesto.

—Joder, eso es ultra genial.

Lo dijo con toda la sinceridad del mundo e incluso sonrió, aunque percibir que su amiga no le devolvió el gesto hizo que se pusiera un poco en alerta.

—¿Por qué no estás saltando como una maldita loca? —cuestionó y Emily se echó el pelo hacia atrás, tomándose así unos segundos extras para responder.

—Es para un puesto fuera de la ciudad —le confesó.

Entendió rápidamente el peso de las palabras de su compañera de conversación. Ahora tenía una gran estabilidad en su vida y entendía que un cambio de ciudad no le venía nada bien, pero tampoco era el fin del mundo y así quiso hacérselo saber, apoyándola en todo momento.

—Hay muchas relaciones a distancia que funcionan —comentó, sabiendo que, seguramente, eso era lo que más le atormentaba—. Podéis quedar los fines de semana o tener encuentros en un punto intermedio —dijo con gesto pícaro para intentar animarla—. Y por mí no te preocupes, yo voy a estar bien. Igual me viene bien librarme de ti un poquito.

Se esforzó en soltar una broma para intentar animar a su amiga, pero estaba empezando a frustrarse al ver que no lo estaba consiguiendo.

—En serio, no te preocupes —insistió—. Un cambio de ciudad no va a romper vuestra relación.

—No es un cambio de ciudad —confesó Emily y ella frunció el ceño—. Es un cambio de país.

Abrió los ojos bastante sorprendida con la nueva información y su amiga asintió con la cabeza mientras ella abría y cerraba la boca en un intento de poder pronunciar alguna palabra que salvase la situación.

—Joder —susurró por fin y la observó soltar un suspiro bastante sonoro—. ¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué debo hacer?

Emily le devolvió la pregunta y ella se sintió la persona más inútil del mundo en ese preciso momento. ¿Qué debía responderle? ¿Había tan siquiera una respuesta correcta?

—¿De cuánto es el contrato? —preguntó interesada, pensando que podría encontrar una respuesta idónea si tenía toda la información posible.

—De dos años, pero con posibilidad de alargarlo.

—Joder, Emily —soltó—. Esa gente te quiere de verdad.

—Eso parece —dijo su amiga con una pequeña sonrisa forzada.

—¿Y qué ha dicho Lena?

—Aún no se lo he contado.

La miró detenidamente en silencio y sintió pena por la situación que le estaba tocando vivir a Emily. Su amiga por fin había encontrado una gran estabilidad al lado de Lena y ahora tenía que hacer frente a una difícil decisión, a una que podría trastocar su relación con el tiempo.

—Bueno, puedes estar tranquila —comentó posando una mano sobre su pierna—. Lena te adora, así que te va a apoyar al cien por cien.

—No sé cómo decírselo —confesó Emily—. No quiero que piense que quiero poner distancia entre nosotras.

—Pues díselo tal que así —apuntó—. No le ocultes nada de lo que piensas y sientes. Siéntate con ella y háblalo tranquilamente. Es Lena, es...

—Demasiado perfecta para ser verdad.

—Buen apunte, sí señor.

Abrió los brazos y, con un gesto con la cabeza, le indicó que se dejase abrazar. Y su amiga no tardó ni un segundo en aceptar el ofrecimiento. Habían compartido muchos momentos maravillosos, pero entendía que era en situaciones así cuando de verdad se hacían ver los verdaderos amigos. Justo en las vivencias más complicadas. Y no, no iba a dejar de apoyarla aunque su vida actual dejase mucho que desear.

\*\*\*\*\*

Pasó al interior del despacho de Lena sin pedir permiso. El día anterior no se vieron en todo el día porque tuvo que hacer una entrevista al otro lado de la ciudad y cuando volvió a las oficinas su amiga ya se había marchado. Cuando la localizó la encontró sentada en la silla del escritorio con la mirada clavada en el móvil mientras la misma melodía se repetía.

—¿Qué es eso tan interesante que estás viendo una y otra vez?

Lena no reaccionó y recortó toda la distancia que había entre las dos y miró la pantalla del teléfono para comprobar que era un anuncio, sinónimo de que a su amiga, realmente, no le importaba lo que estaba reproduciéndose y que su mente estaba muy lejos de allí.

Le quitó el móvil de las manos al darse cuenta que su presencia no provocó ninguna reacción en ella y por fin consiguió que sus miradas conectasen.

—¿Qué te pasa y por qué no has venido a interrogarme? —cuestionó antes de que le dijese nada—. Ayer no nos vimos en todo el día. Esperaba encontrarte en mi despacho nada más llegar.

—Me he entretenido.

Fue la frase más simple que pudo contestarle y ella frunció el ceño no muy convencida con su respuesta.

—¿No me vas a preguntar por mi quedada con Celia?

Dio pie al tema sin andarse con rodeos y se sentó en el escritorio para estar más cerca.

—Dime que no te liaste con ella.

—Claro que no —señaló con rapidez—. Ya te dije que no tenía ningún tipo de intención.

—¿Y qué tal fue?

—Bueno, la noche tuvo un poco de todo —respondió recordando cómo acabó con la visita inesperada de Sara—. Pero con Celia fue muy bien, la verdad. Es una chica muy maja.

La observó asentir y ella se cruzó de brazos y alzó una ceja porque no estaba entendiendo su actitud. Su amiga era la típica persona que siempre quería saber todos los detalles posibles. Te lanzaba mil preguntas y te cuestionaba cada aspecto. Pero esa mañana parecía estar bastante

ausente y mostraba un desinterés bastante desconcertante.

—¿No me vas a preguntar nada?

—¿Dónde estuvisteis? —preguntó Lena, aunque lo sintió como si, verdaderamente, no le importase.

—En un italiano. Tenemos que ir. Es increíble.

Lena forzó una pequeña sonrisa. Y sí, sabía que no era un gesto sincero. La conocía lo suficiente como para darse cuenta de esos detalles que marcaban la diferencia.

—Invité a Celia a mi casa y, antes de entrar, nos encontramos con Sara llegando a mi portal.

Decidió soltar la parte más fuerte de la noche, para ver si así su amiga reaccionaba y, de forma inmediata, captó en su mirada que aquello le resultaba más interesante.

—Menuda situación.

—Así es —dijo dándole la razón—. No sabía dónde meterme —confesó.

—¿Y qué hiciste?

—Me aparté a un lado para hablar con ella —respondió mientras recordaba la escena en su cabeza—. Sara quería hablar las cosas. Creo que pensaba que sólo era una ruptura más que añadir a toda la historia —confesó.

—Así que entiendo que te mantuviste firme en tu decisión.

Asintió y durante unos largos segundos se miraron sin decir ni una palabra.

—¿Estás segura del paso que has dado? —preguntó su amiga.

—Claro que no —respondió con sinceridad—. Pero no puedo seguir así. Y sí, me duele acabar con la relación porque con Sara he tenido la relación más especial de mi vida, pero ya no puedo más. Necesito avanzar.

—¿Y si vuelve diciéndote que está dispuesta a darte eso que quieres?

—No me valen las palabras —contestó—. Necesito hechos —señaló—. Necesitaría que de verdad me demostrase que está dispuesta a seguir avanzando en nuestra relación, pero tengo claro que eso no va a ocurrir.

Lo dijo con pesar y hasta tuvo que morderse el labio inferior para no emocionarse demasiado y ponerse a llorar.

—A veces la vida te sorprende.

—Y otras veces la vida es una puta —comentó mientras su amiga agachaba el rostro.

—Efectivamente.

—¿Qué pasa, Lena? —preguntó, sabiendo que algo no iba del todo bien.

—Que ahora mismo estoy en la fase esa en la que la vida es una puta —respondió su amiga y ella frunció el ceño—. A Emily le han ofrecido un puesto de trabajo.

—Joder, pero eso es genial —soltó bastante alegre—. ¿No lo es? —cuestionó al ver que el gesto de su amiga seguía igual.

—Sí, sí que lo es —dijo Lena con rapidez—. El problema es que está en otro país.

Subió ambas cejas muy sorprendida con la noticia y su amiga asintió.

—Joder —susurró como respuesta a la bomba informativa que le acababa de soltar, con razón no parecía nada interesada en su quedada con Celia—. No me esperaba algo así.

—Yo menos, créeme.

Su amiga lo dijo con media sonrisa forzada y ella se sintió bastante perdida al no saber qué hacer o decir.

—Hay muchas parejas que tienen una relación a distancia —dijo lo primero que se le vino a la cabeza y la mirada de Lena la buscó rápidamente.

—Lo sé. Pero yo no sé si quiero una relación así —le confesó y comprobó, de primera mano, cómo se le humedecían los ojos—. Y encima estoy jodidamente cabreada porque debería estar festejando con ella esta gran noticia, pero no. Estoy aquí siendo una auténtica gilipollas.

—No estás siendo una gilipollas —señaló—. Es algo que tienes que procesar. Necesitas tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para entender la situación —contestó y Lena negó con la cabeza.

—Son dos años de contrato. Eso sin contar que, muy posiblemente, se lo renueven. ¿Tú mantendrías una relación a distancia así? —cuestionó su amiga—. No hay una fecha exacta para que vuelva.

—Supongo que es algo que tienes que debatir tú.

—Lo sé. Soy consciente de ello. Pero es muy complicado.

Lena suspiró tras sus últimas palabras y a ella lo único que le salió fue inclinarse para coger su mano con cariño.

—Parece que se nos ha jodido la vida a las dos a la vez —dijo su amiga con una triste sonrisa.

—¿Y eso cuándo nos ha frenado?

Soltó la pregunta para animarla y el destello que vio en su mirada le hizo ver que lo había conseguido, aunque sólo fuese un poco. Su vida sentimental, actualmente, era un maldito desastre. Pero no iba a dejar a su amiga de lado. Jamás lo haría. Así que sacaría pecho y sería fuerte por las dos.

Esperó pacientemente detrás de la puerta tras escuchar un «ya voy» y, cuando su hermana abrió, una gran sorpresa se le dibujó en el rostro.

—Joder —soltó al ver el tamaño de su barriga.

—Tienes un segundo para rectificar tu saludo.

—Es que, joder, Ana. Está enorme.

—Un segundo.

Sonrió al ver su ceja alzada y su rostro a la defensiva.

—Buenas tardes, querida hermana.

—Buenas tardes, hermana.

Ana repitió sus palabras, pero obviando una palabra y eso hizo que sus labios se curvasen un poco más. A veces era así de capulla y a ella le encantaba.

Le dio paso al interior y, mientras su hermana caminaba hacia el salón, ella se dedicó a cerrar la puerta y seguirla después.

—¿Mamá te ha obligado a venir a verme?

—Mamá no me ha obligado absolutamente a nada —contestó con rapidez, justo antes de sentarse a su lado y ver cómo subía los pies en alto—. ¿Por qué? ¿Debería? ¿Ha pasado algo?

Dijo todas esas preguntas de forma atropellada y sintiéndose en alerta. Igual le habían ocultado información. O igual había estado demasiado alejada de la situación familiar.

—No. Todo está correcto —aseguró Ana—. Pero está muy pesada con mis cuidados y con que esté bien —aclaró—. Pensaba que igual te estaba mandando a vigilarme.

—Pues aún no ha llegado a ese punto, pero puedo hacerlo sin problema —comentó mientras bajaba la vista de nuevo hacia su barriga—. Es increíblemente gigante.

Ana la empujó y, cuando sus ojos conectaron, sintió la amenaza de su mirada.

—¿En qué momento ha pasado?

—En el momento en el que tu cuñado esa noche me...

—Detente —le pidió con rapidez e incluso alzó una mano—. Ese tipo de bromas, no. Lo sabes.

Fue el turno de su hermana de sonreír y el suyo de exigirle con la mirada que contestase a su pregunta.

—Ha sido en una semana y ni siquiera he sido consciente —respondió Ana—. Un día me levanté y dije; voy a puto explotar.

—Vas a puto explotar.

Le dio la razón y ambas se sonrieron.

—Pero bueno, es normal —aclaró su hermana—. Salgo de cuentas en dos semanas, aunque me han dicho que puede adelantarse.

—¿Adelantarse? —cuestionó ella un poco en alerta—. ¿Adelantarse cuánto?

—¿Crees que lo sé?

—Joder, no quiero estar aquí si eso pasa —confesó.

—Oye, gracias. Es todo un detalle por tu parte.

—Es que no sabría qué hacer y seguro que a tu marido le hace ilusión.

—Arréglalo.

—Es verdad —insistió—. ¿Qué se hace cuando vas a dar a luz?

—¿Ir al hospital?

Su hermana lo soltó irónica y con toda la normalidad del mundo y ella abrió la boca para intentar defenderse, pero decidió no hacerlo porque no sabía cómo debatir ese punto, ya que tenía toda la razón.

—Me pondría muy nerviosa —confesó.

—Tú no vas a tener el bebé.

—Lo sé. Gracias y menos mal.

Ana negó con la cabeza y ella pensó en que igual debería conseguir arreglar la situación ofreciéndose de ayuda en otra cosa, pero su hermana se adelantó y tomó las riendas de la conversación un segundo después.

—¿Qué tal te ha tratado la vida en estas semanas?

Se puso algo tensa de golpe tras su pregunta y desvió la mirada unos segundos porque, sin contar con Lena, no había hablado con nadie sobre el tema. Podría haberse abierto con Celia la noche que quedaron para cenar, pero tras el encuentro inesperado con Sara subieron a su casa, tomaron una copa y estuvieron charlando de cosas sin importancia hasta que decidieron ponerle punto y final a la noche y la acercó a su casa.

—Creo que no muy bien —confesó.

—¿Qué quieres decir con eso?

Miró de nuevo a Ana y pensó unos segundos en qué decirle. Podría mentirle con cosas aburridas del trabajo para no contarle lo ocurrido con Marina, pero era consciente de que, tarde o temprano, se acabaría enterando tras su decisión de acabar definitivamente la relación.

—Marina y yo ya no estamos juntas.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Ana la miró algo desconcertada y ella, en esos segundos, se planteó si debía hacerle un análisis y resumen de toda la relación. Su hermana no era conocedora de todas las idas y venidas que habían tenido y no sabía si contarle ahora iba a resultar de algo.

—No tenemos los mismos intereses.

—¿De qué intereses estamos hablando?

—No queremos el mismo tipo de relación.

Se lo confesó y sintió, de forma inmediata, un fuerte nudo en el centro del pecho. Entendía que fuese normal que aún se sintiera así, sólo habían pasado unos días desde que todo finalizó de verdad y comprendía que le llevaría un tiempo hablar sin que todo eso le afectase.

—¿Y qué tipo de relación puedes querer después de más de un año?

Ana no sabía todos los detalles de su historia con Sara, pero sí sabía los más importantes e incluso recordaba con cariño el momento en el que le contó que había conectado con una persona muy especial.

—Yo quería formalizar las cosas y ella no se sentía preparada.

—Entiendo —susurró su hermana.

—Mamá sabe todo esto.

—¿Mamá? —cuestionó Ana altamente sorprendida—. Maldita zorra, no me ha dicho nada —señaló—. Y tú tampoco hasta ahora —acusó—. ¿Prefieres hablar de estas cosas con nuestra madre?

Le hizo sonreír de forma irremediable e instantánea y se echó hacia atrás en el sofá para estar más cómoda.

—¿Y a esto le llamas familia? —cuestionó su hermana fingiendo un dolor demasiado dramático—. ¿Estos son los valores que quieres que aprenda mi futuro bebé?

La miró y, sólo con la mirada, le dijo que ya estaba bien y que bajase la intensidad. Ana hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y, acto seguido, se alzó la camiseta y se acarició la barriga. Movimiento que consiguió que sus ojos viajasen directamente hacia esa zona de la anatomía de su hermana.

—¿Quieres tocar?

—¿Puedo? —cuestionó dudosa.

—Claro, no muerde —respondió su hermana risueña—. Al menos no todavía, pero cuando tenga más de un año no podré asegurarte eso.

Sonrió y dejó que Ana le dirigiese la mano y la pusiera sobre su piel. Miró muy concentrada la escena y, al sentir movimiento, se sorprendió tanto que abrió los ojos todo lo que pudo y buscó el rostro de su hermana.

—Te ha saludado —aseguró Ana.

Su sonrisa creció y fue incapaz de dejar de hacerlo porque los saludos se repitieron y ella, después de todos los problemas que había tenido esos días, se sintió feliz. Muy feliz.

—Sé que ahora es difícil de procesar —dijo su hermana, captando su atención—. Pero encontrarás a la persona adecuada. Estoy segura de eso. Te lo mereces.

Forzó una sonrisa para hacerle ver que confiaba en sus palabras y omitió el hecho de contarle que ya había encontrado a esa persona adecuada. Sara lo era.

\*\*\*\*\*

Salió del ascensor y se puso a buscar las llaves en la pequeña mochila que llevaba colgada. Estaba agotada físicamente porque había sido una dura jornada laboral, pero también lo estaba mentalmente porque su cabeza seguía pensando en Marina a todas horas. Sin querer darle ningún tipo de tregua o descanso.

Caminó el pasillo hacia su puerta muerta de ganas de meterse bajo el grifo de la ducha, pero ver a Emily sentada en el suelo y con la espalda apoyada contra la pared hizo que su plan se quedase en un segundo plano.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó tras comprobar que eran más de las once de la noche.

Su amiga levantó el rostro tras escuchar sus palabras y ella, al ver su gesto, comprendió rápidamente que algo no iba bien.

—¿Podemos entrar?

Asintió a su pregunta y abrió la puerta, dejándole paso a ella primero. Dejó las llaves sobre el pequeño mueblecito de la entrada tras cerrar y, desde allí, observó cómo Emily caminaba hasta sentarse en el sofá.

Imitó su gesto y se puso justo a su lado en silencio. ¿Se moría de ganas de saber qué había pasado para que su amiga estuviera esperándola en su puerta a esas horas? Por supuesto que sí. Pero también la conocía lo suficiente para saber que Emily hablaría del tema sólo cuando ella quisiera.

—¿Quieres tomar algo?

Soltó esa pregunta para ver si su amiga reaccionaba. Y lo consiguió. La observó tomar aire y soltarlo lentamente y, tras acabar, sus ojos conectaron con los suyos. Se dio cuenta de que había estado llorando y que, muy posiblemente, lo volvería a hacer a continuación.

—Lena y yo hemos discutido —confesó con la voz algo rota.

Cogió su mano con cariño y le dio un ligero apretón. Discutir con tu pareja es algo cotidiano en la convivencia pero, a pesar de eso, en todo el tiempo que su amiga y Lena llevaban juntas, Emily nunca había ido a su casa a contarle que algo había ido mal. Así que entendía que

era lo bastante importante como para encontrarse ahora las dos solas en el salón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó para encauzar la conversación.

Emily le apartó la mirada, se echó el pelo hacia atrás y negó con la cabeza antes de volver a mirarla.

—No quiere una relación a distancia.

Entendía que habían hablado del trabajo que le habían ofrecido a su amiga en otro país y de lo que supondría.

—¿Y te lo ha dicho tal cual? —cuestionó para ganar unos segundos y pensar en qué hacer y decir para hacer que su amiga se sintiese mejor.

—Me ha dicho que no lo sabe.

—No saberlo no es lo mismo que no querer —puntualizó y la observó echarse hacia atrás para apoyar la espalda en el sofá.

—No lo entiendes.

—¿Qué debo entender?

—Olvídalo.

Emily agachó el rostro, alejándose de su mirada e intentando ocultarse, pero ella no iba a darse por vencida. No iba a dejar que siguiera sintiéndose así de mal y derrotada cuando aún tenía esperanza para continuar. Aunque claro, también entendía que se sintiera así, ni ella misma había esperado ese giro de los acontecimientos, no cuando sabía lo bien que les iba.

—Ambas sabemos que es mejor que hables —señaló y su amiga volvió a mirarla—. De nada sirve que te lo guardes.

Vio en su gesto el claro reflejo de la duda, pero posó una mano sobre su pierna, haciéndole ver que estaba ahí con ella, y ese simple gesto pareció ser la clave para que Emily hablase.

—A mí no me importa tener una relación a distancia —confesó—. Sé que no piensas igual porque tuviste una mala experiencia.

—No fue una mala experiencia. Sólo tenía diecisiete años, poco dinero y unos setecientos kilómetros de separación —aclaró y le gustó verle sonreír a pesar de todo.

—Así que no lo ves algo descabellado.

—Creo que aquí mi opinión importa bien poco —aseguró.

—¿Tampoco me vas a decir qué debo hacer?

La miró con algo de pena y, aunque le hubiese gustado darle el mejor consejo del mundo, no supo qué contestarle. Era una situación difícil. Posiblemente más que la que ella y Marina habían vivido. Ellas no habían tenido que enfrentarse a la distancia geográfica.

—¿Qué quieres hacer tú?

Le dio la vuelta a la pregunta y la observó volver a echarse el pelo hacia atrás, sinónimo de que estaba bastante nerviosa.

—Lena es la mujer de mi vida —respondió Emily y ella sonrió por el cariño que transmitió sólo con sus palabras—. Estoy completamente segura de eso —señaló.

—Pero...

Su amiga le apartó la mirada, clavándola en la pared, y ella se limitó a observarla en silencio, dándole tiempo para procesar y valorar la continuación de sus palabras.

—Pero también quiero crecer profesionalmente —acabó diciendo y sus ojos volvieron a conectar—. Es una oportunidad increíble. Llevo mucho tiempo esperando algo así. ¿Cómo voy a rechazarlo?

Emily le suplicó, sólo con la mirada, que la guiase hacia el camino correcto.

—Igual nos estamos precipitando —dijo y su compañera frunció el ceño—. Quizás Lena solamente necesite tiempo para procesar toda la información y ver la situación con perspectiva.

La observó negar con la cabeza y, un segundo después, se levantó y caminó por su salón sin ningún tipo de intención.

—Me dijo verbalmente que no sabía si sería capaz de mantener una relación a distancia —soltó, captando toda su atención de nuevo—. Pero en su mirada había determinación. No había duda. Y eso...

Emily se emocionó sin poder terminar la frase y a ella de golpe se le inundaron los ojos de lágrimas al ver a su amiga así.

Se levantó, caminó hacia ella y recortó la distancia que las separaba para abrazarla. No tardó nada en ser correspondida y la sintió acomodarse en el hueco de su cuello mientras ella le acariciaba la espalda para intentar reconfortarla, aunque era muy consciente de que serviría de poco.

Cuando Emily se separó y volvieron a mirarse a la cara, fue ella misma la que le limpió las lágrimas del rostro.

—Y eso es una mierda —soltó su amiga, terminando la frase que había quedado incompleta.

—No te precipites —insistió—. Estamos hablando de Lena, la misma que cantó a pleno pulmón por Lady Gaga en mitad de la calle.

Volvió a verla sonreír y ese simple gesto le alivió un poco el malestar que estaba sintiendo por ella.

—¿Puedo quedarme esta noche aquí?

—Sabes que no tengo problema en eso —respondió—. Pero, ¿crees que es lo mejor? —cuestionó—. Igual deberías volver a casa para hablar con Lena.

—Creo que volver esta noche no va a solucionar nada —contestó Emily—. Y es posible que nos venga bien a las dos para pensar.

—Entonces... Mi cama es tu cama.

Intentó bromear y le indicó con la mano que podía ir a su habitación sin problema. Emily volvió a forzar una sonrisa y, un segundo después, empezó a caminar hasta su cuarto. Suspiró sin su presencia a su lado y pensó en lo irónico de la vida. Nunca antes las dos habían estado en una situación tan buena, sentimentalmente hablando. Y ahora, de golpe y a las dos, todo se les torció. Un verdadero revés de la vida y una putada de las grandes.

Tomó aire y lo soltó lentamente mientras las puertas del ascensor se abrían. Echó un vistazo general a todo el pasillo y descubrió que en aquellas oficinas no había ni un alma. Marina le había informado que ese día se quedaría hasta última hora trabajando y ella decidió tener un detalle y pasó por un pequeño local en el que preparaban la mejor tarta de queso de la ciudad. Llevó hasta el despacho de su novia y se tomó unos segundos. El día anterior tuvieron un pequeño roce y no sabía qué estado de ánimo se iba a encontrar tras la puerta.

Abrió después de que le dieran paso y, nada más entrar, sus ojos se encontraron.

—Da un poco de miedo que no haya nadie por aquí —dijo para romper el hielo.

—¿Qué haces aquí?

—Te he traído algo —respondió alzando la bolsita que llevaba.

Observó cómo sus ojos intentaban descubrir el contenido y caminó hasta el escritorio para dejar lo que había comprado sobre la superficie.

—Adelante.

La animó a que descubriera lo que había en el interior y su novia fue sacando las cosas poco a poco. Junto a la tarta había traído también un par de batidos naturales de fresa, el favorito de Marina.

—Todo tiene muy buena pinta —aseguró su compañera y ella sonrió antes de sentarse sobre el escritorio, a su lado.

—Mis compañeros de trabajo dicen que es la mejor tarta de queso de la ciudad —comentó mientras observaba cómo la probaba.

—Puede que tus compañeros de trabajo estén en lo cierto.

Marina lo dijo antes de darle un sorbo también al batido y ella debatió, internamente, si sería buena idea hablar sobre lo sucedido el día anterior. No quería irse de allí con un mal sabor de boca, pero sentía que era necesario que hablasen y no se guardasen nada.

—Con respecto a lo de ayer...

Paró sus propias palabras cuando la mirada de Marina se clavó en la suya y agachó el rostro porque realmente no sabía cómo abarcar el tema. A veces le venía un poco grande tratar temas de adultos.

—Con respecto a lo de ayer.

Marina repitió su frase en un intento de que retomara lo que quería decirle y, cuando volvió a mirarla, sólo le salieron dos palabras.

—Lo siento.

Su novia cerró los ojos unos segundos y después la observó negar con la cabeza antes de soltar un suspiro sonoro y significativo.

—¿No vas a decir nada? —preguntó en un tono neutro, no quería que volvieran a discutir.

—¿Vas a dejarme siempre que las cosas se compliquen?

Le volvió a apartar la mirada tremendamente avergonzada e incluso se levantó y dio unos pasos por el despacho. Clavó la vista más allá de los ventanales y se tomó unos segundos para pensar en lo ocurrido. Todo sucedió cuando Emily y Lena, que habían quedado con ellas, comentaron que pasarían las navidades entre las dos familias, haciendo así que se conocieran por

fin. Y Marina no dijo nada sobre el tema, pero sintió que el humor le cambió. Además, en lo personal ella llevaba una semana horrible de dobles turnos que sólo consiguieron que su cansancio e irritabilidad crecieran. Tampoco le entusiasmó la idea de formalizar la relación a ese nivel porque no estaba segura de si había llegado el momento de compartir el resto de su vida con la misma persona. Por eso se bloqueó y no supo cómo controlar todas sus emociones y acabó pidiéndole algo de tiempo al acabar la noche.

—No tienes la culpa, pero he estado bastante agobiada por el trabajo.

Decidió optar por sólo contarle una de las cosas que batallaban en su cabeza y caminó de vuelta al escritorio para sentarse de nuevo.

—Sé que no es excusa —aclaró—. Y, obviamente, no tienes la culpa. Soy un fraude aunque, para mi beneficio, nunca dije que fuese la mejor novia del mundo.

Intentó bromear para romper con la tensión que se sentía en la escena y Marina se echó hacia atrás, apoyando por completo la espalda en la silla.

—Si no estás segura de la relación podemos...

—¿Qué dices?

Cortó sus palabras con suma rapidez y se levantó de nuevo, pero sólo para sentarse sobre sus piernas y así recortar toda la distancia que las separaba.

—Quiero estar contigo —aseguró y cogió sus manos para que sus palabras resonasen con más peso.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Lo dijo cargada de seguridad, aunque no tuviese muy claro si estaba preparada para pasar el resto de su vida con la misma persona. Pero Marina era la mujer que mejor había congeniado con ella. Le hacía sentir especial y disfrutaba cada segundo con ella como nunca antes le había ocurrido. Y, para conseguir que sus palabras tuvieran más peso, se adelantó un poco y agarró su cuello con suavidad y con ambas manos y empezó un beso lento, de esos que las dos tanto disfrutaban. Sintió que Marina le correspondió de forma inmediata y, un segundo después, percibió sus caricias en la parte baja de la espalda. Intensificó rápidamente el movimiento de sus labios y todo comenzó a ser algo desesperado. Su novia le quitó la chaqueta, la tiró al suelo y se fijó en cómo sus respiraciones se iban acelerando.

—¿De verdad no hay nadie por las oficinas? —cuestionó, separándose lo suficiente de sus labios como para poder hablar.

—Que yo sepa no. ¿Por qué?

—Lo sabes perfectamente.

Contempló su rápida sonrisa y se levantó, provocando que también se alzase. No era la primera vez que el ambiente se caldeaba en una de sus visitas a la oficina de Marina y ambas lo sabían muy bien.

Se quitó la camiseta ante su atenta mirada y se puso un poco nerviosa al ver cómo se mordía el labio inferior sin dejar de observarla. Y no le dio tiempo a hacer mucho más, ya que Marina volvió a recortar la distancia y ella acabó chocando contra el filo del escritorio mientras sus labios la reclamaban y buscaba.

Abrió las piernas, su novia se colocó entre ellas y, un segundo después, sintió cómo le recorría el cuello con los labios.

—Joder —soltó echando un poco la cabeza hacia atrás, dándole así más espacio.

Se aferró al filo del escritorio con ambas manos y Marina comenzó a descender y a besar la parte alta de su pecho. Se movió algo inquieta ante la necesidad y excitación que estaba

sintiendo y su novia se separó, tiró del filo de su pantalón e hizo que se alzase, pero sólo para desabotonarle la prenda y bajársela un poco. Lo justo y necesario para tener un mayor espacio para maniobrar.

En cuanto sus labios volvieron a encontrarse gimió al sentir un leve mordisco y tiró de su propio pantalón más abajo para que su compañera pudiera recuperar su antigua posición. Arqueó la espalda en cuanto sintió cómo agarraba uno de sus pechos y la besó con el doble de intensidad mientras sentía que Marina le desabrochaba el sujetador. Buscó su mirada y, en cuanto vio el deseo reflejado en ella, un escalofrío muy placentero recorrió todo su sistema. Aquella mujer la desarmaba sin ningún tipo de problema y en apenas unos segundos. Tenía una facilidad pasmosa para consumirla en el más puro deseo.

Siseó de placer al sentir su boca en uno de sus pechos y disfrutó de la escena mientras la respiración, poco a poco, se le aceleraba cada vez más. Movié las caderas por puro reflejo y soltó un gemido ahogado al sentir cómo la acariciaba por encima de la ropa interior.

—No sabes cómo me pone escucharte gemir —susurró Marina directamente en su oído y todo su mundo se nubló.

Se hizo hueco para colarse por dentro de las bragas y al descubrir su propia humedad se mordió el labio inferior en un intento de controlar sus emociones.

—Justo como a mí me gusta —dijo su novia—. Caliente y mojada.

—Joder, Marina.

Protestó, pero de puro placer. Y se movió contra su mano para hacerle ver lo que necesitaba, algo que sabía que su compañera de escena conocía muy bien. Desde el minuto uno se entendieron perfectamente en la cama.

Empezó a sentir cómo movía los dedos por su humedad y controló un suspiro cuando Marina comenzó a acariciarle el clítoris lenta y tortuosamente. Colocó los brazos sobre sus hombros y empezó a acompañar cada uno de sus movimientos para intentar alcanzar el clímax cuanto antes, pero su novia no estaba por la labor. Al parecer tenía otros planes, otros que consistían en alargar el momento todo lo posible, ya que siguió con el mismo ritmo por mucho que ella se aferrase a su cuerpo.

—Marina, no me jodas —se quejó.

—Justamente estoy haciendo eso.

—¿Me estás vaci...

Y no tuvo tiempo de terminar su frase, los dedos de su novia entraron en su interior y un gemido ahogado se escapó de entre sus labios mientras una sonrisa satisfactoria decoraba el rostro de su compañera. Tampoco se quejó. Era lo que realmente quería. Quería sentirla. Y rápido.

Se aferró con más fuerza a su cuerpo y Marina aceleró las embestidas a la vez que ella sentía cómo el orgasmo crecía en su interior. Volvió a reclamar sus labios y no tardaron nada en hacer contacto mientras su novia seguía moviéndose en su interior y ella soltaba algún que otro gemido contra su boca.

En su bajo vientre empezó a sentir ese calor tan agradable y significativo y se agarró a su camisa mientras Marina seguía entrando y saliendo de su interior sin aminorar el ritmo. Pegó la cara cerca de su cuello cuando comenzó a notar las primeras oleadas del orgasmo y se desplomó por completo cuando el placer la abrasó por completo.

Sintió un beso justo sobre su cabeza y a ella se le escapó una sonrisa inmediata ante tal muestra de cariño, pequeña, pero significativa.

—Me motiva mucho venir a verte al trabajo.

Lo dijo en cuanto se despegó de ella para poder mirarla y Marina le regaló un corto beso en los labios. La observó en silencio mientras se acomodaba la ropa y, durante esos segundos, pensó en lo maravillosamente afortunada que era de haber encontrado una persona así.

Contestó el último mensaje de Emily para ver qué tal estaba. Desde que estuvo en casa, dos días atrás, no la había vuelto a ver, así que no habían vuelto a hablar en persona. Suponía que era una buena señal y que lo suyo con Lena parecía haberse solucionado. Algo que encajaba a la perfección porque esa pareja era imposible que rompiera.

Se guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y tiró del carrito de la compra para entrar en el siguiente pasillo. Y, justo en ese momento, se arrepintió de no haber empezado por otro sitio. Marina estaba al final, concretamente en la zona de las bebidas isotónicas y ella se puso tan nerviosa que se quedó inmóvil y sólo reaccionó cuando su ex cogió una botella, caminó en su dirección y sus ojos conectaron.

Los segundos se le hicieron eternos ante la incertidumbre de no saber qué haría Marina y tragó saliva a la espera de que algo pasase a su alrededor para cortar la escena y hacer que el suspense acabase. Pero no ocurrió nada y su ex se detuvo a un par de pasos de distancia, justo a su lado.

Le dedicó un «hola» acompañado de una sonrisa y ella imitó el saludo por pura inercia. Y no es que no quisiera hablar con ella, es que no sabía cómo hacerlo después de lo que había pasado entre ellas.

—¿Cómo te va? —preguntó Marina.

—¿Acaso importa?

Lo soltó con brusquedad y el gesto de su ex cambió a uno que reflejaba confusión.

—Que no estemos juntas no quiere decir que no me importe cómo estés.

Negó con una sonrisa irónica y recordó la última escena compartida, esa en la que Celia también fue testigo.

—Es más, podemos tomar algo cuando quieras. No tengo problema.

—Eso es una estupidez —señaló sin darse cuenta de la dureza con la que había soltado esas palabras—. No es el momento —aclaró en un tono más neutro.

—Sé que no vamos a ser las mejores amigas del mundo, pero igual podemos intentar llevarnos bien.

Ignoró sus palabras porque, actualmente, no sabía si eso podría ser posible. ¿Iba a soportar que Marina tuviera a otra persona a su lado? ¿Cómo iba a llevar que otra persona se hiciera ese hueco en su corazón? Por mucho que la quisiera, no sabía si sería capaz de soportar esa situación.

—¿Qué tal está Lena?

Cambió el tema de la conversación porque no quería seguir hablando de ellas y porque le interesaba de verdad cómo pudiese estar. Se llevaban bien, pero era consciente de que no tenían esa confianza como para preguntarle qué tal estaba viviendo la posible relación a distancia con su mejor amiga.

—Supongo que Emily te ha contado el drama.

—Supones bien.

—Pues lleva unos días que no habla del tema —dijo Marina—. Pero supongo que no para de darle vueltas. Es complicado.

—La vida se nos complica.

La última frase la dijo casi en un susurro, algo que sólo quería que se quedase para ella

pero, por el gesto de su ex, entendió que llegó a sus oídos sin ningún problema.

—Saldrán de esta —aseguró Marina.

—Estoy segura de que así será.

Le dio la razón y le clavó la mirada mientras sentía cómo un nudo empezaba a crecer en su garganta. Quería pedirle que le prometiese que ellas también saldrían bien de la situación que estaban viviendo pero, al igual que le dijo Emily, en referencia a la mirada de Lena, ella vio algo parecido en los ojos de Marina. Ya no sentía esa tensión e intenciones que tanto le había reclamado, sólo con la mirada, en otras ocasiones. Ya no sentía esa cuerda que las atraía y que tiraba hacia ella. Sus ojos parecían estar perdidos o buscando algo que, evidentemente, ella no iba a poder darles.

—Tengo que irme.

Su ex dijo esas tres palabras y ella las sintió como si todo el peso del mundo le hubiese caído encima de los hombros. Era simple y ni siquiera profundizaba en la ruptura que estaban viviendo. Sólo era un «tengo que irme». Una frase que alejaba a Marina de nuevo y que ahora se sentía diferente. Demasiado. No había un «nos vemos» o un «hasta luego» justo después. Era un punto y final a la conversación y la expresión de un gran sentimiento de vacío al no saber si volverían a encontrarse o si, ahora de verdad, su camino juntas se terminaría de desdibujar y romper por completo. No sabía qué iba a pasar con ellas en un futuro, pero era consciente de que todo había cambiado y que no volverían a encontrarse tan habitualmente. Y fue entonces cuando comprendió que no merecían una última conversación así, que debía dejar apartada la dureza de sus palabras y el dolor que estaba sintiendo y abrir su corazón una última vez.

—Marina.

Pronunció su nombre tras girarse y su compañera de conversación hizo que sus miradas volvieran a encontrarse.

—Espero que te vaya muy bien.

Dijo esa frase con el ritmo cardíaco completamente acelerado y sintió que todo volvía a la paz y tranquilidad cuando Marina le regaló una sonrisa sincera. Se emocionó al ver el reflejo en los ojos de su compañera y forzó a sus labios a que se curvasen para hacerle entender que estaría bien, aunque era algo que ni ella misma podía asegurar. Sólo el tiempo lo diría.

\*\*\*\*\*

Se quitó una lágrima de la mejilla y llenó una nueva cucharada de helado mientras los protagonistas de la película, que había puesto nada más llegar a casa, se declaraban amor eterno. Su última conversación con Marina la había dejado más tocada de lo que esperó y ella pensó que sería buena idea pinchar un poco más en los sentimientos arrastrándose a ese mundo cinematográfico de amor, ternura y devoción.

Se sorbió la nariz al escuchar que alguien tocaba el timbre y se limpió los labios antes de levantarse para abrir. Cuando lo hizo un par de lágrimas más escaparon de sus ojos al descubrir a Emily con gesto triste y los ojos rojos. Se percató también de que llevaba una pequeña maleta y hasta tuvo que morderse el labio inferior para no hacer que la escena fuese el doble de dramática.

—No quiero hablar del tema —aseguró su amiga antes de coger la maleta y entrar el interior de su casa.

Le siguió con la mirada y, antes de cerrar la puerta, observó cómo se sentaba en el sofá y cogía la tarrina de helado para ponerse a comer.

Imitó sus pasos, se puso justo a su lado y le quitó la cucharilla para llevarse algo más de azúcar a la boca. Su amiga reclamó el utensilio un segundo después y ella se lo cedió sin rechistar.

—¿Por qué estás viendo esta película? —preguntó Emily y, al encontrarse con su mirada, confirmó que las dos estaban bastante rotas—. ¿No te parece que tenemos suficiente mierda encima como para regocijarse más?

Se le escapó la risa y se limpió otra lágrima.

—Me he encontrado con Marina —confesó.

—Con la escena que tienes aquí montada entiendo que no ha ido muy bien.

—Ha sido una despedida. Una despedida real —aclaró.

Le quitó la cucharilla llena de helado a su amiga y se la llevó a la boca ante su atenta mirada. No servía de nada intentar ocultar lo que había pasado. Y menos cuando las dos estaban en una situación igual de desagradable porque, aunque Emily no se atreviera a decirle nada, no había que ser muy lista para darse cuenta de que había una gran crisis entre ella y Lena.

—¿Y cómo estás?

—En la mierda —dijo con toda la sinceridad del mundo—. Asimilando que, muy posiblemente, mi mejor relación haya acabado —explicó.

Una nueva lágrima cayó de los ojos de Emily tras pronunciar esas palabras y ella contuvo las ganas de preguntarle qué había pasado, aunque se hacía una clara idea, porque sentía que su amiga no estaba preparada para hablar del tema.

—Al menos nos tenemos la una a la otra —dijo Emily y ella cogió su mano para apretarla con cariño, dándole a entender que opinaba lo mismo.

—Nunca te librarás de esta garrapata —aseguró para darle un toque de humor a la conversación, pero esa vez ni siquiera consiguió que sonriera un poco.

Decidieron centrarse en la película ante el silencio instaurado mientras compartían el helado y fue incapaz de aguantarse las lágrimas cuando uno de los protagonistas, tras el drama central de la historia, volvía a declarar su amor a la otra persona.

—Estas cosas sólo pasan en las películas —comentó mientras contenía la emoción y los personajes se fundían en un intenso beso.

—Entonces yo he vivido en una película durante más de un año y medio.

Giró el rostro tras escuchar la frase de Emily y, aunque su amiga sabía que la estaba mirando, no hizo ni el mínimo esfuerzo para hacer que sus miradas conectasen de nuevo. La ignoró y siguió comiendo helado. Una técnica de huida y refugio muy típica de ella y que no le gustaba nada. Pero entendía que, lo que hubiese pasado entre ella y Lena, como para llegar a la situación actual, estaba muy presente y que debía darle tiempo y espacio.

—Muchas veces hay segundas partes —señaló y le arrebató la cucharilla para comer ella también algo más de helado—. E incluso terceras.

—Y dejan mucho que desear.

—¿Por qué dices eso? —cuestionó y la mirada de su amiga encontró la suya.

—Porque las segundas partes nunca fueron buenas —aclaró Emily—. Y las terceras...

—¿Y qué me dices de *Scary movie 3*? Es la mejor de todas.

Lo dijo totalmente convencida y Emily sonrió con ella. Sabía lo mucho que le gustaba a su amiga esa película.

—¿Acaso vas a debatirlo?

—Para nada —aseguró Emily—. Tocada y hundida —dijo levantando las manos en sinónimo de no querer entrar en una disputa con ella sobre el tema.

—¿Qué te parece si quito esta pastelada y pongo esa maravilla cinematográfica?

—Creo que sería la mejor decisión del mundo.

Asintió y quitó la película que estaban viendo sin ver el final. Tampoco iban a perderse

mucho. Vivieron felices y comieron perdices.

Mientras ella localizaba en qué plataforma estaba lo que iban a ver a continuación, su amiga se sacó el móvil del bolsillo y, sin tan siquiera ver si tenía algún mensaje, se levantó y lo puso sobre una pequeña estantería que tenía junto a la televisión. Algo que ya la había visto hacer en algunas ocasiones, sobre todo cuando tenía exámenes y no quería que nada ni nadie la distrajera. Lo que no entendía es por qué ahora se alejaba del único mecanismo que tenía en las manos para que Lena pudiera contactar con ella. En cambio ella no era capaz de separarse del teléfono. Había generado una dependencia brutal hacia ese pequeño objeto a pesar de que su última conversación con Marina se desarrolló como si fuera una auténtica despedida.

—¿Preparada? —le preguntó a Emily en cuanto volvió a recuperar la posición, justo a su lado.

Su amiga asintió con la cabeza, privándole de escuchar su voz y dándole a entender que su ánimo seguía por los suelos. Algo bastante lógico, la verdad.

Puso a reproducir la película, dejó el mando sobre la mesa y le dio la vuelta al móvil para ponerlo también en el mismo lugar e imitando a su amiga al alejarlo de ella. No se veía capaz de volver a escribirle a Marina tras lo ocurrido en el supermercado, pero no quería tentar a la suerte y alargar más la agonía de la ruptura. Debía dejar que el tiempo hiciera su camino y que pusiera cada cosa en su lugar.

Entró al gimnasio, saludó a Celia, que estaba repitiendo ejercicios en una de las máquinas más cercanas a la entrada y revisó su móvil antes de ponerse manos a la obra. No tenía ningún mensaje. Y, ¿la verdad? Tampoco lo esperaba. Su último encuentro con Sara fue bastante significativo. Podría haber sido un momento casual sin más, pero no era así. Aunque tampoco le confesaría a nadie que pasaba todas las tardes por el supermercado que su ex solía frecuentar con la esperanza de conseguir un acercamiento. Y, ¿por qué? Pues no tenía la respuesta. No quería volver a lo mismo de siempre, a esas idas y venidas que la dejaban siempre en la misma casilla de salida y sin la posibilidad de avanzar, pero es que separarse de Sara estaba siendo jodidamente difícil. Demasiado. Y sí, aún tenía ganas de ir corriendo en su búsqueda y poder buscar una solución juntas, pero debía mantenerse fuerte y eso fue lo que quiso hacerle ver en su última conversación. No iba a dar su brazo a torcer si Sara no estaba dispuesta a ir más allá. No quería sentirse la misma estúpida de siempre.

Soltó aire de forma sonora, caminó hacia la cinta de correr y abrió los ojos tremendamente sorprendida al ver a Lena allí. Y la sorpresa no era por ver que había llegado antes que ella, la sorpresa era que estaba haciendo ejercicio. Corría sobre la máquina a un buen ritmo y con la mirada clavada al frente.

Se posicionó justo delante de ella y, aunque los ojos de su amiga la localizaron rápidamente, la ignoró y siguió a lo suyo sin prestarle nada de atención.

—Sólo llevamos dos días sin vernos y tremendo cambio el tuyo —dijo examinando su rostro.

—Llevas dos días sin aparecer por aquí.

—¿Me estás diciendo que llevas dos días viniendo al gimnasio para hacer deporte de verdad y no sólo pasearte?

Intentó bromear, pero el semblante de su amiga no cambió en absoluto. Y, aunque no habían hablado del tema, entendía perfectamente que algo no iba bien con Emily. ¿Qué otra cosa iba a suponer un cambio así en ella?

—Tampoco te he visto por la oficina.

Decidió tirar de la conversación porque Lena no parecía querer hablar y le preocupaba la situación, aunque ella tampoco estuviese pasando por un buen momento.

—He estado haciendo entrevistas fuera.

Su amiga fue escueta con la información y ella siguió mirándola, observando cómo mantenía el ritmo sobre la cinta.

—¿Quieres hablar de algo?

Decidió ser directa porque no tenía sentido seguir alargando la conversación.

—No.

—¿Estás segura?

Insistió ante su negativa y Lena subió el ritmo de la máquina para darle más intensidad al ejercicio.

—Puedo jugar a esto toda la tarde —señaló y su ceño se frunció de forma inmediata—. O podemos hablar como personas adultas que somos.

Sus ojos se encontraron con los suyos tras acabar la frase.

—Ambas sabemos que no voy a dejar de insistir hasta que hablemos —aseguró.

La observó pulsar el botón de la máquina para bajar el ritmo hasta detenerla por completo y le dio un tiempo de tregua mientras la veía secarse el sudor de la cara y tomar un poco de agua.

—Emily se va —soltó su amiga en cuanto sus miradas volvieron a conectar.

—Así que ha aceptado el puesto de trabajo —señaló y Lena asintió—. Y ahora, ¿qué vais a hacer?

Lanzó la pregunta con la intención de saber más sobre el asunto, aunque intuía cuál era la situación.

—Ella ha tomado la decisión —respondió Lena.

—Me refiero a vuestra relación —aclaró.

—Y yo te repito que ella ha tomado la decisión.

Su amiga insistió, pero no le quedó claro qué quería decir con eso.

—¿Puedes ser más clara? —pidió y Lena lanzó un suspiro bastante sonoro.

—Hemos roto —respondió—. ¿Te parece lo suficientemente claro?

Lena soltó la pregunta con ironía y dureza y ella se sintió bastante descolocada porque, aunque sabía que había tensión entre Emily y ella, no esperaba encontrarse con una situación así.

—¿Por qué?

—Esto ya lo hemos hablado —contestó su amiga, sin querer responder su pregunta.

—¿Ya hemos hablado del motivo de vuestra ruptura? —cuestionó irónica y su compañera de conversación frunció el ceño.

—¿Me estás vacilando?

—No, ¿me estás vacilando tú?

Le devolvió la pregunta totalmente a la defensiva y su amiga sonrió irónica y se giró para ignorarla y dejarla tirada.

—Oye, perdón —dijo tras seguirla y agarrarle del brazo para que sus ojos volvieran a conectar—. Yo tampoco estoy pasando por un buen momento.

Decidió no contarle el último encuentro con Sara, ese que supuso el punto de despedida. Su amiga tenía suficiente con su propio drama personal actual.

—¿Es por la distancia?

Probó suerte al recordar la conversación que mantuvieron en su despacho y porque sentía que su amiga necesitaba hablar del tema, por mucho que intentase escabullirse.

—No quiero tenerla lejos —confesó Lena—. No puedo —rectificó y vio lágrimas en sus ojos—. Y no me juzgues, ¿vale? —le pidió y ella alzó las manos para hacerle entender que no lo haría—. Pero no me siento capaz de tener una relación a distancia.

Pasó una mano por su espalda, para intentar reconfortarla, al ver cómo la emoción iba abriéndose camino en su compañera. Sabía que no había sido una decisión fácil de tomar. Y que, muy seguramente, su mente estaría echando humo de tantas vueltas que le habría dado al tema. Pero aún así decidió cuestionárselo. No quería que Lena tomase la decisión sin sentir su apoyo.

—¿Estás segura de la decisión que has tomado?

—¿Se puede estar segura de haber roto con el amor de tu vida?

Su amiga le devolvió la pregunta y ella la sintió de una forma muy directa. Lena había dado en el clavo e hizo que la cuestión se sintiera igual de personal para ella. Quizás demasiado.

—Soy consciente de que es la peor decisión que he tomado —señaló su compañera, que incluso tuvo que apartar la mirada justo después para intentar no romper a llorar—. Pero no puedo dejar que la relación muera poco a poco. No podría con eso —aclaró antes de volver a mirarla—. No podría sentir que Emily se aleja de mi vida y que no soy capaz de hacer algo.

—Puedes irte con ella.

Era consciente de que Lena, muy posiblemente, se había planteado ya esa opción pero, aún así, decidió ofrecerle ese punto de vista.

—Mi vida está aquí.

—Siempre puedes formar una nueva vida en otro sitio.

—No intentes convencerme —señaló su amiga—. Créeme cuando te digo que lo he pensado todo. Y mucho —aclaró—. Pero es una decisión que ya está tomada y tengo que ser consecuente con las consecuencias.

—Aunque eso te cueste perder a Emily.

La mirada emocionada de Lena se clavó en ella, pero no fue de una manera dura. La sentía perdida, fuera de lugar y bastante lejos de lo que estaba ocurriendo. Como si no fuese consciente de lo que estaba suponiendo su propia decisión.

La observó en silencio, sin querer intervenir, para ver si Lena llegaba a otra conclusión, pero no ocurrió y sólo le quedó mirar cómo se alejaba de ella, dando así por finalizada la conversación y dejándola sin opciones para poder ayudarla.

\*\*\*\*\*

Entró en casa y el mundo se le vino encima al ver otra maleta y un par de cajas. Esa misma mañana Emily le contó que iba a volver a casa de Lena a recoger sus cosas y, con ese simple mensaje, entendió que todo había acabado entre ellas. Pero, aún así, una parte de ella sentía que había una posibilidad de que todo se solucionase entre ellas de alguna forma. ¿Cómo iban a terminar así? ¿Cómo iba a acabar esa bonita relación de la noche a la mañana y sin que nada fuese realmente mal entre ellas? No tenía sentido. Si eso ocurría, no había ningún futuro para cualquier otra relación en el mundo.

Cerró la puerta, dejó las llaves y la mochila, y al no escuchar ruido lo primero que pensó era que Emily no estaba en casa. Igual había salido a darse un paseo para despejarse. El proceso de ruptura no es algo fácil, ella misma lo estaba viviendo en primera persona.

Pero su teoría se cayó al suelo nada más entrar en su habitación. Su amiga estaba tumbada en la cama, de lado y dándole la espalda a la puerta. No quiso hacer ruido para no despertarla, por eso decidió volver sobre sus pasos, pero Emily la escuchó y leyó su pensamiento rápidamente y rompió con sus planes.

—Estoy despierta —aseguró con la voz rota.

El corazón se le estrujó un poco y las ganas de llorar volvieron a aflorar. Tampoco era fácil volver a casa y encontrarte con que tu persona favorita estaba pasando por tu misma situación.

Se quitó el calzado, se metió en la cama con ella y Emily no tardó ni un segundo en reclamarla más cerca al buscar su mano y tirar de ella para que la abrazase por la espalda. Su amiga podría ser la persona más dura del mundo, pero a veces también era la persona que más cariño reclamaba.

Cumplió con lo que le pidió sin tener que pronunciar una sola palabra y se quedaron en silencio, dejando que el ruido que llegaba, a través de la ventana, fuese lo único que sonase entre esas cuatro paredes. No se atrevía a preguntarle nada, aunque se moría de ganas de ayudarle y buscar una solución, algo a lo que aferrarse.

—Si quieres hablar...

Emily no le dejó acabar la frase, aferró su mano con más fuerza y tiró un poco más para atraerla a su cuerpo. Hizo que el abrazo se sintiese más y contuvo las ganas de llorar al escuchar cómo se sorbía la nariz.

—Ha ido fatal —confesó su amiga, algo que ya entendió nada más entrar en casa y ver

sus cosas—. Lena ni siquiera estaba en el piso.

Le resumió lo sucedido rápidamente y, antes de que pudiera decir nada al respecto, Emily se giró entre sus brazos y quedó cara a cara con ella.

—¿Crees que soy mala persona?

—¿Por qué dices eso? —cuestionó rápidamente.

—Porque por mi culpa se ha roto algo que era perfecto.

A su amiga se le escaparon un par de lágrimas tras pronunciar esas palabras y ella no dudó ni un segundo en limpiarlas con cariño.

—No tienes la culpa de nada —aseguró.

—Soy yo la que se va fuera por aceptar el trabajo.

—Y es Lena la que no quiere mantener la relación a distancia.

—No la culpes a ella —le pidió Emily mientras intentaba controlar la emoción.

—Tampoco te culpes a ti misma.

Emily le apartó la mirada y ella sintió que, en realidad, se estaba culpando más de lo que pensaba.

—Mírame —dijo a la vez que levantaba su rostro para que sus ojos volvieran a conectar—. Las relaciones son jodidamente complejas —apuntó y se le hizo un nudo en la garganta al recordar su propia experiencia—. Creo que ninguna tenéis la culpa, sólo es la vida que os pone a prueba.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Emily bastante interesada.

—Estoy segura de que vais a acabar juntas —respondió muy convencida—. Y sí, es posible que ahora vuestras vidas se separen, pero eso no quiere decir que sea el final de vuestra historia.

—¿Estás intentando consolarme o lo piensas de verdad?

—Lo pienso de verdad.

Contestó con toda la sinceridad del mundo y la observó tomar aire y soltarlo lentamente. No sabía qué estaba pasando por su cabeza, pero tenía una ligera idea. Estaba segura de que su amiga no había pensando en la posibilidad de que sus caminos volvieran a cruzarse de nuevo. Algo que para ella era bastante evidente. ¿Cómo iba a desaparecer algo tan bonito y perfecto?

—Tienes que volver con Marina.

Emily dijo esa frase sin filtro y sin esperar, provocando que ni una sola palabra saliera de su boca mientras su amiga la miraba con mucho interés.

—Hablo en serio —insistió y ella decidió incorporarse para apoyar la espalda contra el cabecero de la cama—. No te cierres —le pidió antes de sentarse también, pero con el cuerpo girado para poder ver mejor su rostro—. Sara, Marina es perfecta para ti —apuntó y ella le apartó la mirada—. No me huyas.

Dijo eso último agarrándola de la barbilla con cuidado, consiguiendo, de esa forma, que sus ojos volvieran a conectar.

—No puedo volver a arrastrarla a mi mundo de confusión e indecisiones —confesó.

—¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo de nada —respondió con rapidez.

—Pues no me da esa sensación —apuntó Emily—. ¿Qué es lo que ha ido realmente mal entre vosotras? ¿Hay algo que no me has contado?

—Te lo he contado todo —contestó sin dudar—. Menos las escenas sexuales, ya que nunca me has dejado que lo haga.

—Es totalmente innecesario.

Su amiga le siguió la broma y ambas sonrieron.

—Sabes cuál es el problema —dijo, captando su atención—. No me veo formalizando una relación. Al menos no ahora mismo.

—¿Por qué?

—Porque no me siento preparada —confesó—. Y no creo que sea justo seguir dándole vueltas a algo que no va a suceder —comentó mientras sentía cómo la emoción iba ganando terreno—. ¿Por qué sonríes? —cuestionó con el ceño fruncido al ver la curvatura en los labios de su amiga.

—Has dicho que no te ves formalizando una relación —respondió Emily y ella asintió algo confusa—. Pero has rectificado y has dicho al menos no ahora mismo —aclaró el punto y ella misma se sorprendió con el apunte—. Es un paso bastante importante.

—Me ha salido así sin darme cuenta.

Intentó quitarle importancia, pero la nueva sonrisa de su amiga le dejó claro que no lo había conseguido.

—Deja de hacer el imbécil —le pidió Emily.

—Es mi especialidad —dijo y volvieron a sonreír.

—Lo digo en serio —señaló su amiga antes de coger su mano—. No te distancies de ella. No hagas que eso ocurra. No mereces quedarte sola.

—No me voy a quedar sola, te tengo a ti.

—Yo me voy.

Esas tres palabras le cayeron encima como un jarro de agua fría. Sabía que Lena y Emily habían roto por su próxima marcha y, aunque era muy consciente de ello, su mente no parecía haberlo encajado en consecuencia.

—Lo sé, pero...

—Me voy en tres días.

—¿En tres días? —cuestionó con rapidez—. ¿A qué se debe tanta prisa?

—Necesito irme.

—¿Por qué? —insistió.

—Porque creo que es lo mejor —respondió su amiga con tranquilidad—. Seguir más tiempo en la ciudad va a hacer que me vuelva loca.

—Pero es demasiado pronto.

—Me iría ahora mismo —aclaró Emily—. No sabes las ganas que tengo de ir a casa de Lena y suplicarle que lo intentemos, pero sé que no funcionará —confesó—. Así que le propuse a mi nuevo jefe el poder ir cuanto antes y aceptó.

—Es una locura, Emily.

—Supongo que sí —dijo su amiga antes de encogerse de hombros—. Pero también es una nueva aventura.

La observó forzar una pequeña sonrisa y ella se quedó con las ganas de intentar convencerla, algo que no hubiese conseguido porque, cuando Emily tomaba una decisión, no cambiaba de parecer. Se fijó en cómo volvió a recostarse sobre el colchón y un segundo después tiró de ella y recuperaron la posición anterior, siendo ahora ella la persona abrazada. Y, sabiendo que no podía hacer nada ante la situación que estaba viviendo, se limitó a sentir su cercanía y disfrutar de su presencia el tiempo que le quedase juntas.

Detuvo el coche frente al piso de Sara y, mientras la esperaba, contestó un mensaje de Lena para avisarle que llegarían puntuales al encuentro. Habían quedado para tomar algo y decidir entre todas qué hacer el resto de la noche.

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

Preguntó Sara en cuanto abrió la puerta del copiloto, sorprendiéndola.

—No. Pero te pediría que te alejases del coche —dijo—. Estoy esperando a una joven despanpanante con la que he quedado.

—A mi no me tomes el pelo con esas cosas —avisó su novia mientras se sentaba dentro del vehículo—. Porque igual te tomo la delantera y me busco yo a otra rápidamente. Tengo público, ¿sabes?

Alzó una ceja y le regaló una sonrisa cargada de ironía y Sara se cruzó de brazos pretendiendo sentirse ofendida sólo con su gesto. Se abalanzó hacia ella y, de improviso, la besó. Sintió cómo su cuerpo entero se relajaba y recuperó su posición rápidamente porque no quería alargar el momento y llegar tarde. Aunque si por ella fuese cancelaría todo y subirían a su casa para pasar las horas a solas.

Arrancó, puso dirección al sitio y su novia se encargó de buscar la emisora perfecta para que las acompañase durante el trayecto.

—¿Qué te parece si busco una nueva ruta de senderismo para el próximo fin de semana? —preguntó ilusionada ya que sabía que, a pesar de todo, a Sara también le gustaba ese tipo de experiencias.

—Imposible.

—Me dijiste que lo tenías libre —recordó.

—Y lo tengo —señaló su novia y ella giró el rostro sólo un segundo para, de esa forma, animarle a seguir hablando—. Pero ya tengo un plan. Así que supongo que tendrá que esperar.

Asintió con la cabeza, pero por dentro sentía una enorme curiosidad por saber cuál era la otra opción de Sara.

—¿Y qué es esa otra cosa que tienes que hacer? —preguntó al ver que no pretendía decir nada más.

—Es el cumpleaños de mi madre.

—¿Y por qué tanto misterio?

—No hay ningún misterio —respondió Sara y ella frunció el ceño mientras seguía moviéndose por la ciudad.

—No me lo has dicho. He tenido que preguntártelo yo.

—Si quieres decir algo, dilo. No le des vueltas.

—No tengo nada que decir.

Lo dijo cargada de seguridad e incluso se encogió de hombros para hacerle ver también físicamente que no había ninguna doble intención en sus palabras.

Tras esa breve conversación el silencio se instauró en el vehículo y, pasados unos minutos, empezó a sentirse incómodo y tenso.

—Para el coche.

—¿Qué? —cuestionó y giró el rostro de nuevo para ver si le ocurría algo—. ¿Qué pasa?

—preguntó algo preocupada.

—Para el coche.

Sara repitió las mismas palabras sin tan siquiera mirarla y ella se hizo a un lado y buscó un hueco para poder cumplir con lo que le acababa de pedir. Al hacerlo la observó quitarse el cinturón de seguridad y salir del vehículo sin decirle ni una sola palabra, dejándola totalmente desconcertada y fuera de lugar.

—¿Qué pasa? —insistió tras seguir su estela—. Sara, ¿qué demonios pasa?

Repitió la misma pregunta e incluso tuvo que acelerar el paso para poder alcanzarla y ponerse delante para poder detenerla.

—Me vuelvo a casa.

—¿Cómo? —cuestionó confusa.

—Andando.

—No es el momento de ser irónica —señaló seria—. Dime qué está pasando.

La observó apartarle la mirada mientras tensaba la mandíbula y ella decidió esperar el tiempo suficiente a que hablase.

—¿Por qué siempre tiene que ser así?

—¿A qué te refieres? —cuestionó sin saber de qué hablaba.

—A cuando sale el tema de la familia a relucir.

Frunció el ceño totalmente desubicada y Sara le hizo un gesto con la mano para que la dejase antes de seguir caminando.

—¿De qué hablas? —insistió tras agarrarla del brazo para detenerla.

—Lo sabes perfectamente.

—No, no lo sé.

—Pues deberías —aseguró su novia—. ¿Sabes por qué no quería contarte lo de mi madre? Porque no quiero decirte que vengas y tampoco quiero hacerte daño. Así que prefiero callarme.

Sonrió con ironía y Sara se cruzó de brazos totalmente a la defensiva.

—No estoy preparada para avanzar hasta ese punto —dijo su compañera con un tono algo más neutro.

—Nunca te he pedido que me presentes a tu familia —le recordó—. Me quedó muy claro que no estás preparada para dar ese salto.

—Pues no lo parece porque siempre pones mal gesto y guardas silencio como si te hubiese hecho la peor cosa del mundo —señaló.

—Te estás confundiendo.

—Yo creo que no. Y la verdad es que empiezo a estar un poco cansada. Creo que igual es mejor que acabemos con todo esto.

—¿En serio vas a dejarme de nuevo? —cuestionó sonriendo con ironía.

No recibió respuesta, al menos no verbal. Se quedó allí parada y en silencio mientras Sara retomaba su camino de huida, alejándose de ella cada vez más y sin la mínima intención de volver arrepentida sobre sus pasos.

Entró al despacho de su amiga sin llamar. Sabía que estaba ahí y que su visita igual la animaba un poco. Aunque sus ánimos también estuvieran por los suelos debido a su reciente fracaso amoroso.

Lena levantó la vista de los papeles que tenía en las manos y, en cuanto sus miradas se cruzaron, volvió a lo que estaba haciendo sin pronunciar palabra alguna. No estaba pasando por un buen momento. Y lo entendía.

—Te he traído un café —dijo mientras dejaba la pequeña bandeja con dos vasos sobre el escritorio.

—Gracias.

Se sentó en la silla que quedaba justo frente a ella, pero su amiga no hizo ni el más mínimo amago de querer entablar conversación. Siguió a lo suyo, como si ella no estuviera presente.

—¿Qué tal estás?

—¿Qué tal estás tú?

Lena le devolvió la misma pregunta y, de esa forma tan simple, entendió que no estaba dispuesta a hablar del tema. Y, sinceramente, a ella tampoco le apetecía volver a hablar de Sara y lo ocurrido. Sentía que todo estaba demasiado reciente y que lo mejor sería asimilarlo poco a poco antes de exponerlo al resto del mundo sin que le afectase demasiado.

—Puedes bajar a la cafetería —dijo y vio cómo fruncía el ceño—. Emily no está —aclaró.

—Lo sé. Me mandó un mensaje diciéndome que se marcha en unos días y que había dejado de trabajar en la cafetería.

—¿Se marcha en unos días?

La observó asentir y, sin decir una palabra más, agarró su café y se lo preparó echándose un poco de azúcar. Le impresionaba bastante su actitud y cómo estaba llevando la situación.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó muy interesada.

—¿Debo hacer algo?

Su pregunta devuelta la dejó totalmente fuera de juego y hasta se tomó unos segundos para conectar de nuevo con la conversación.

—La persona por la que tanto luchaste se va de tu vida —le recordó y se dio cuenta cómo, de forma inmediata, su amiga tensó la mandíbula—. Igual es el momento de hacer algo.

—Ya te dije que ella tomó la decisión. No hay más.

—¿Por qué eres tan cabezota? —cuestionó y Lena la miró con el ceño fruncido—. Pensaba que igual habías recapacitado.

—Habló la que está dejando morir su relación.

—Yo no estoy dejando morir nada —señaló con rapidez—. Sara y yo tenemos cosas distintas en mente. No puedo hacer nada.

—¿Y por qué no puedes hacer nada?

—¿Y qué demonios quieres que haga? —cuestionó algo molesta—. Lo he intentado, pero ella no quiere estar conmigo.

—¿No quiere estar contigo? ¿No me dijiste que el problema era que no se sentía lista para avanzar? Porque son cosas distintas.

Le mantuvo la mirada y su amiga cruzó las manos sobre la mesa a la espera de que contestase a sus preguntas.

—¿Y no es lo mismo?

Soltó lo primero que se le pasó por la cabeza para ganar algo de tiempo y pensar en algo mejor con lo que debatir.

—Yo diría que no.

Tomó aire, lo soltó lentamente y dejó caer la espalda contra el respaldo de la silla.

—Mira, no voy a ser yo la persona que te diga que la estás cagando —señaló su amiga—. Pero la estás cagando.

—Yo podría decirte exactamente las mismas palabras. ¿No crees?

—Soy consciente de ello —contestó Lena, dejándole bastante sorprendida con su sinceridad—. Pero yo no voy a marcharme porque mi vida está aquí y jamás le pediría que se quedase cuando sé que se muere de ganas de tener una oportunidad así —contó y se dio cuenta que sí que había algo más en su actitud, no estaba siendo caprichosa y cabezota por gusto—. No quiero que rechace su sueño.

—¿Aunque eso te aleje de ella?

—Aunque eso me aleje del amor de mi vida, sí.

Su amiga lo dijo tremendamente segura y con cierta emoción reflejada en su mirada. Se levantó, caminó hacia ella y, cuando la tuvo a su alcance, tiró con suavidad de su brazo para que se levantara. Lena la miró algo desconfiada, pero acabó cediendo y un segundo después la rodeó con ambos brazos para hacerle ver que estaba con ella. Su compañera le devolvió el gesto inmediatamente y ella se permitió el lujo de hacer más fuerza y apretarla más contra su cuerpo.

—Igual he sido un poquito dura contigo —dijo tras despegarse para poder ver su rostro de nuevo—. Y eso no puede ser, somos un equipo. Espero que no se te olvide.

—¿Es tu forma de decir que me quieres? —cuestionó su amiga divertida y a ella se le escapó una pequeña sonrisa por mucho que la intentase contener—. Ya veo que sí. Y créeme, me halagas. Es todo un detalle por tu parte.

Suspiró sonoramente y de forma dramática, pero sólo lo hizo para intentar demostrar que sus palabras no tenían sentido para ella, aunque fuese todo lo contrario. Incluso la empujó suavemente para apartarla, se giró, cogió su café y se encaminó para salir del despacho y continuar con su jornada laboral.

—Marina.

Volvió a girarse en cuanto escuchó su nombre y su amiga ya estaba sentada de nuevo en su silla, pero mantenía una bonita sonrisa en los labios.

—Yo también te quiero.

—¿Ahora es cuando te declaras? —bromeó—. Porque déjame decirte que no eres mi tipo, así que no me pongas ojitos.

Lena levantó el dedo corazón y fue su turno de sonreír. Se despidió lanzándole un beso al aire, algo que descolocó a su amiga y cerró la puerta rápidamente para no darle la oportunidad de responderle. Les estaba tocando vivir un momento bastante delicado, sin duda. Pero saldrían de ello juntas y más unidas que nunca. De eso estaba más que segura.

\*\*\*\*\*

Salió del baño preparada para ir al trabajo y al entrar en la cocina se encontró con su mejor amiga sentada en uno de los taburetes y apoyada sobre la barra mientras miraba el móvil. Pasó por su lado y le fue inevitable no echar un vistazo para descubrir qué era lo que estaba viendo. A Emily no le gustaban las redes sociales y, para su no sorpresa, descubrió que estaba

viendo una de esas páginas en las que había miles de productos a precios de risa.

—¿Algo interesante? —preguntó mientras abría la nevera para coger la leche para sus cereales.

La observó encogerse de hombros y ella cerró los ojos porque ninguna estaba llevando muy bien sus recientes rupturas, pero su amiga se había cerrado demasiado y le estaba costando bastante llegar hasta ella. Algo que quería hacer con muchas ganas y prisa porque en unos días no la tendría a su lado y sería bastante más difícil brindarle una mano amiga.

Terminó de coger todo lo necesario para desayunar y se sentó a su lado. Su compañera no levantó la vista del teléfono en ningún momento y decidió intentar entablar una conversación.

—¿Sólo vas a desayunar un triste y miserable café?

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Emily, pero sin conectar con su mirada.

—Que es triste y miserable —repitió.

—Como mi vida.

Rompió a reír y provocó que sus ojos se le clavaran encima.

—Perdón —dijo con rapidez—. Pero ha sido demasiado dramático.

La observó totalmente en silencio durante unos largos segundos, pero finalmente su amiga sonrió y ella se relajó, ya que pensaba que la había cagado estrepitosamente.

—Tengo que ir a comprar un par de cosas para el viaje, ¿necesitas algo?

Negó con la cabeza y se puso a prepararse el tazón de leche con cereales.

—¿Necesitas mi ayuda para algo?

—Lo tengo todo controlado —aseguró su amiga.

Se fijó en cómo volvía a lo que estuviera viendo en el teléfono y ella empezó a comer justo antes de comprobar su propio móvil. No encontró absolutamente nada, aunque se moría de ganas por encontrar un mensaje de Marina. El tiempo que llevaban separadas lo había estado usando para pensar y debatir en su relación. Había sido única y especial, pero también un tanto difícil debido a sus miedos e inseguridades. Y su ex no tenía culpa alguna, había sido la persona más paciente del mundo y ella sólo le devolvía rupturas e idas y venidas que sólo consiguieron que su relación se deteriorase cada vez más.

—Le escribí a Lena.

Tragó rápidamente el contenido que tenía en la boca para poder entrar en la conversación.

—Cuéntame —le exigió ante su silencio.

—No hay nada que contar. No me ha contestado —aclaró su amiga.

—Igual no le ha llegado el mensaje.

—Le ha llegado y lo ha leído.

Su aclaración la dejó fuera de juego. No tenía palabras para debatir tal suceso.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó con la idea de no dejar morir la conversación.

—Sólo le dije que me iba y le pasé el horario de mi vuelo.

—Directa —señaló—. Le has pasado la ficha directamente, me gusta.

—No sé trata de pasarle la ficha a nadie —dijo Emily—. Pero sí me gustaría despedirme de ella. No estaba en casa cuando fui a por mis cosas —le recordó.

Asintió para hacerle ver que entendía la situación y su punto de vista, pero no pudo articular palabra porque seguía sin saber qué podría decirle para animarla. Era demasiado complicado.

—¿Cuándo vas a hablar con Marina?

Su pregunta la pilló por sorpresa y se llevó una nueva cucharada de cereales a la boca para evitar contestar.

—Ignorar mi pregunta no va a hacer que el problema se solucione solo.

—¿Y qué le digo? —soltó y su amiga sonrió—. ¿Qué pasa?

—Que no te has negado —aclaró Emily—. Así que supongo que estos días te están sirviendo para meditar las cosas.

—¿Estudiaste periodismo o psicología?

—He pasado mucho tiempo a tu lado. No puedes ocultarme nada.

—A veces te detesto.

—Pero la mayor parte del tiempo me adoras.

Emily alardeó cargada de confianza y ella puso mal gesto para intentar bajarle los humos. Claro que la adoraba, pero no quería darle el gusto de confirmárselo.

—Creo que no me escucharía —dijo, captando su atención—. Si le pidiese a Marina hablar —aclaró.

—¿Por qué no?

—Porque la he cagado mucho, Emily —respondió con sinceridad—. Muchísimo.

—La gente la caga —señaló su amiga—. Pero no te cagues de miedo por tener que hablar con ella.

—Tremendo consejo el tuyo —bromeó y ambas sonrieron.

—Escúchame —le pidió su compañera, que incluso se levantó para estar más cerca—. Si la quieres, ve por ella. No te rindas como una maldita cobarde y no temas por abrir del todo tu corazón. Eres una valiente, demuéstalo.

Dicho eso, su amiga le acarició el brazo con cariño y se marchó, dejándola sola. Tomó aire para soltarlo lentamente y sus ojos viajaron con rapidez a esa nota que Marina le dejó meses atrás colgada en la nevera y que seguía allí desde entonces. Leyó el mensaje y el «no dejaré de quererte» revoloteó por todo su sistema y provocó que sus labios se curvasen solamente con el recuerdo de aquel momento pasado vivido.

Tiraba de la maleta de Emily mientras caminaban hacia la puerta de entrada del aeropuerto. Su amiga llevaba el resto del equipaje y ella la miraba mientras el corazón se le estrujaba con cada paso que daban. Sabía que sus últimos días de convivencia habían sido un espejismo, pero en el fondo de su ser tenía la esperanza de que se echase atrás, de que abandonaría esa nueva aventura marcada en su vida. Pero no fue así. Emily mostraba una disposición y entrega increíble hacia ese nuevo objetivo mientras ella sentía que, cada día, se desmoronaba más. Había perdido a la mejor pareja que había tenido y ahora perdía a su mayor confidente. Aunque, según Emily, sería temporal y su relación seguiría manteniéndose a distancia, pero ella sabía que ahora todo iba a cambiar y que nada sería lo mismo.

—Hemos llegado pronto —dijo Emily tras detenerse, justo antes de comprobar que llevaba toda la documentación—. ¿Nos sentamos?

Se lo propuso y ella respondió asintiendo. Se había tirado todo el viaje intentando recrear la conversación adecuada para hacerle ver que igual se estaba precipitando y hacer que recapacitara. Pero, en todas y cada una de ellas, Emily siempre salía victoriosa, dejándola a ella sin ningún argumento.

—Puedes venir a visitarme cuando quieras —dijo su amiga mientras sentía que la miraba.

—Nunca me ha gustado Italia.

Se negó haciéndose la dura.

—¿Qué dices? A todo el mundo le gusta Italia.

—Supongo que soy una rebelde.

Se justificó y, al girar el rostro, se encontró con una sonrisa divertida en sus labios.

—Además, en Roma puedes deleitarte con tus platos favoritos; pizzas y helados.

—Olvidas que todo está masificado de gente y yo odio las aglomeraciones —le recordó—. ¿Has pensado bien el cambio? Porque creo que no lo has meditado lo suficiente.

Intentó abordar el tema con un toque de humor, ya que sabía que, si se ponía seria, todo sería el doble de complicado. Su amiga le dio una palmadita en el muslo como respuesta y ella, con ese simple gesto, entendió que no estaba dispuesta a tener esa conversación.

La observó comprobar el móvil y sabía que no lo hacía sólo por saber la hora. Esperaba un mensaje de Lena y, aunque no se lo había confesado, sabía que esperaba algún movimiento por su parte. El que fuese.

—¿Te reconocen en el aeropuerto?

Intentó darle conversación para que no pensase en Lena. Aunque sabía que eso era imposible.

Se fijó en cómo asentía, pero mirando al frente y con el ceño fruncido. Algo había captado su atención y, cuando siguió su mirada, su gesto imitó al de su amiga. Con paso tranquilo Marina caminaba hasta ellas y su corazón empezó a latir como un maldito loco. Llevaban días sin verse y jamás pensó que volverían a encontrarse en ese preciso momento. No tenía sentido.

—Hola —dijo su ex en cuanto estuvo justo delante de ellas.

Ambas respondieron, Emily se puso de pie y ella la imitó por pura inercia.

—No he tenido tiempo de quedar antes contigo para poder despedirme —aclaró Marina mirando a su amiga—. He estado muy liada estos días con el trabajo.

—Te agradezco que hayas venido.

Marina sonrió con cariño y ella se quedó totalmente enganchada a ese gesto. Incapaz de apartarle la mirada se preguntaba cómo había sido capaz de estar tantos días sin saber nada de ella. Ahora que la tenía delante le parecía absurdo. Se moría de ganas de hablar con ella, de preguntarle mil cosas y saber qué tal le estaba yendo, pero también era consciente de que igual era algo extraño.

—Ella no...

Emily cortó la frase que empezó a decir y, sin que tuviera que aclararlo, tanto ella como Marina entendieron a qué se refería.

—Le llegó el mensaje, por eso yo sé que te ibas justo ahora —aclaró su ex y pudo sentir cómo algo dentro de su mejor amiga se rompía.

La escena, de golpe, se volvió bastante incómoda y, cuando sonó por megafonía la llamada del vuelo de Emily, su cuerpo entero experimentó una gran oleada de emociones. Muy fuertes y contradictorias. Se sentía feliz porque su amiga iba a poder cumplir su sueño de trabajar en algo que quería, pero también se sentía la persona más triste del mundo porque iban a separarse y porque además ambas estaban pasando por una situación tremendamente complicada y no iban a sentir el apoyo igual teniendo tanta distancia.

—Creo que ha llegado el momento —dijo Emily y ella, de forma inmediata, se convirtió en un ser inerte.

—¿Puedo darte un abrazo?

La pregunta salió de los labios de Marina y observó a su amiga asentir antes de que las dos compartieran el gesto.

—Sé que igual no soy la persona adecuada, pero si me necesitas puedes contar conmigo —aclaró su ex—. Cuídate mucho.

Se fijó en que se sonreían y en cuanto Emily se giró hacia ella todo se le vino encima y no pudo contener las lágrimas. Comenzó a llorar y su amiga le regañó con la mirada. Se habían prometido mutuamente no dejarse llevar por los sentimientos porque estaban seguras de que sería lo peor y no sabrían cuándo parar.

—Es mejor que te quedes —dijo conteniendo la emoción todo lo posible—. ¿Qué vas a hacer allí sola?

—Sara.

Emily sólo pronunció su nombre, dejándole bastante claro que no le apetecía volver a ese debate.

—Eres increíblemente cabezota —soltó antes de sorberse la nariz y su amiga recorrió los pocos pasos que las separaban para abrazarla—. Te lo estoy diciendo muy en serio —aseguró mientras le devolvía el gesto y escondía el rostro en el hueco de su cuello—. ¿No te da pena dejarme aquí sola?

Lanzó su último cartucho en un intento de darle pena y sintió cómo Emily iba rompiendo el abrazo poco a poco para hacer que sus miradas volvieran a conectar.

—Muchísimo —le confesó con los ojos cristalinos por la emoción—. Ni te imaginas.

Negó con la cabeza y no fue capaz de contener el resto de las lágrimas. Las sintió surcar su rostro y se lanzó de nuevo a sus brazos. No se habían separado desde que se conocieron años atrás y nunca pensó que sería así de duro. Jamás.

Por megafonía volvió a sonar el aviso del vuelo y ella apretó un poco más su cuerpo con el de su amiga para retenerla todo lo posible. Pero sólo lo consiguió unos segundos.

—Cuídate —le pidió Emily mientras sostenía su rostro con cariño—. Promételo.

—Te lo prometo —aclaró—. Promételo tú también.

—Yo estaré bien.

Su mejor amiga dijo esa frase con una sonrisa para intentar tranquilizarla y ella optó por creerla. No podía hacer otra cosa en esa situación. Estaría para ella siempre que quisiera, pero ahora sería diferente. No iban a poder ir al encuentro la una de la otra, dependerían de los medios tecnológicos y esperaba que eso no enfriara su relación.

Emily soltó su mano muy lentamente y le dio un beso sonoro en la mejilla antes de girarse, coger su equipaje al completo, y empezar su nueva andadura en solitario. Ella se quedó completamente estática, viendo cómo desaparecía de su vida sin poder hacer nada.

Pegó un pequeño respingo al sentir que tocaban su espalda y cayó en la cuenta de que no estaba sola. Se limpió un par de lágrimas con rapidez y giró el rostro en cuanto un pañuelo apareció en su campo de visión. Susurró un «gracias», terminó de limpiarse y, cuando Emily desapareció del todo de su vista, soltó un suspiro bastante sonoro.

—Todo va a ir bien —aseguró Marina, que seguía acariciando su espalda.

—Estás demasiado segura.

—Completamente.

Se le escapó una pequeña sonrisa y, cuando sus miradas se encontraron, descubrió que los labios de Marina también estaban curvados.

—Al menos ya has sonreído —dijo su ex.

—Sí, creo que ya he llorado lo suficiente por hoy.

Bromeó para intentar despejarse un poco de la dramática situación que acababa de vivir y se quedó mirando a su nueva compañera de conversación sin saber qué decir. Era tremendamente irónico que su encuentro se hubiese dado en una situación así.

—¿Quieres tomar un café? —preguntó Marina, dejándola bastante fuera de juego.

—¿Aquí? —cuestionó—. Soy pobre. No puedo permitirme un café en el aeropuerto —aclaró y su ex volvió a sonreír.

—Yo te invito.

—Entonces perfecto.

No sabía por qué Marina se había ofrecido a alargar más ese encuentro entre ellas. Pero a ella le vendría bien para no encerrarse ya en casa y seguir llorando por la marcha de su mejor amiga, de su apoyo. Así que siguió sus pasos y se sentó en cuanto su ex se lo pidió antes de ir a por los cafés. Comprobó su teléfono, pero era demasiado pronto para tener noticias de Emily y empezó a pensar en lo triste y solitaria que sería su vida ahora. Quizás demasiado. Por su culpa Marina salió de su vida y ahora no había sabido retener a su compañera de aventuras.

Soltó aire de forma sonora justo cuando su ex apareció delante con dos tazas de cafeína y ella la observó mientras se sentaba justo a su lado, dejando de lado la silla de enfrente y optando por una mayor cercanía entre ellas.

—¿Sería muy absurdo preguntar qué tal estás?

—Un poco —contestó—. Además, tampoco creo que sea oportuno que te atormente con mi desdichada existencia.

Decidió ser dramática y exagerada y se llevó de regalo una nueva sonrisa de Marina. Algo bastante único y que había echado mucho de menos.

—Si te sirve de consuelo... Yo tampoco estoy pasando por mi mejor momento.

—Me sirve, la verdad —confesó y sus labios se curvaron un poco más—. ¿Eso me convierte en una persona horrible?

—Eso te convierte en una persona con emociones y sentimientos —respondió Marina,

atreviéndose incluso a posar una mano sobre la suya, provocando que una descarga eléctrica recorriera ese trozo de piel.

Bajó la vista a su gesto, su ex rompió el contacto con rapidez y ella se regañó mentalmente porque con su actuación le había hecho entender que le había molestado su atrevimiento. Algo que no era para nada así.

—¿Cómo te va en el gimnasio?

Preguntó lo que primero le vino a la cabeza y el gesto confuso de Marina le hizo entender que ella tampoco se había esperado ese cambio en la conversación.

—Pues Lena ha decidido ponerse las pilas, aunque entiendo que es a raíz de todo lo que ha pasado.

La observó dar un sorbo a su café y algo dentro la empujó a soltar eso que estaba reteniendo.

—Está siendo jodidamente difícil.

Marina frunció el ceño mientras intentaba entender a qué se refería y ella se tomó unos segundos para pensar y pronunciar las palabras adecuadas.

—Es demasiado duro estar sin ti.

El corazón empezó a latirle el doble de rápido tras su propia confesión.

—No debería haber dicho eso.

Rectificó ante la falta de respuesta de Marina y por el miedo a provocar una situación incómoda. La había perdido como su pareja, pero aún guardaba la esperanza de tener algún tipo de relación en un futuro.

Agachó el rostro al sentirse fuera de lugar y cerró los ojos para intentar encontrar una excusa que la salvase.

—Es jodidamente duro estar sin ti.

Escuchó su propia frase pronunciada por Marina y su mirada rápidamente buscó la suya. No sabía si lo había dicho de verdad o todo había sido fruto de su imaginación y de las ganas que tenía de sentir que había reciprocidad.

—No es fácil —apuntó Marina, dándole a entender que sí había dicho esas palabras—. Nada fácil —recalcó.

La observó agachar la mirada y sintió unas ganas increíbles de acercarse, así que optó por lo primero que se le pasó por la cabeza y se atrevió a agarrar su mano, que la tenía sobre la mesa, provocando que sus ojos viajasen hacia ese movimiento.

—Te echo de menos.

Confesó la dura realidad y el pulso se le aceleró un poquito más cuando sus miradas se encontraron y su mano se giró para agarrar la suya.

—He sido una completa imbécil —señaló con una triste sonrisa.

Ni siquiera fue consciente de que volvía a derramar un par de lágrimas, no hasta que Marina alzó la mano para limpiarlas con cariño con el pulgar.

—No estás preparada para lo que yo quiero —dijo su ex—. Eso no es ser una imbécil.

Abrió la boca para verbalizar algo, pero su cabeza era un auténtico laberinto. Además, el móvil de Marina empezó a sonar, rompiendo de esa forma con su contacto físico y con la escena que estaban compartiendo.

—Tengo que cogerlo —le informó y ella asintió con una sonrisa.

Se sintió bastante decepcionada por la intromisión pero, sobre todo, con ella misma por haber perdido la oportunidad para disculparse. Pero esos pensamientos quedaron rezagados al ver cómo el rostro de Marina pasaba de confuso a sorprendido.

—¿Qué pasa? —preguntó en cuanto la observó colgar y dejar el teléfono sobre la mesa.

Se fijó en que se llevaba las manos a la cara para, justo después, echarse el pelo hacia atrás. Frunció el ceño al ver su nerviosismo y cómo, de golpe, se quedó estática y con la mirada perdida.

—Marina, ¿qué ocurre?

Insistió atreviéndose a girarle el rostro para que sus ojos conectasen y así atraerla a la realidad.

—Mi hermana ha roto aguas —contestó y se le escapó una pequeña sonrisa—. Va camino del hospital.

—Eso es genial —dijo con sinceridad e hizo que sus labios se curvasen más.

—Voy a ser tita —señaló tremendamente ilusionada y ella asintió—. Tengo que irme.

Su ex se levantó de golpe, sin esperar un segundo más y ella la imitó porque, sin Marina en aquel lugar, allí no pintaba nada. Siguió sus pasos mientras veía cómo contestaba unos cuantos mensajes y, al llegar a la puerta del aeropuerto, sintió que a continuación vendría una nueva despedida y no le apetecía nada de nada.

—Si quieres puedo acercarte a tu casa.

Marina se ofreció, pero ella, por muchas ganas que tuviese de que eso pasase, tuvo que negarse porque no quería que perdiese el tiempo.

—No te preocupes. Hay un autobús que me deja justo en mi calle.

Le sonrió para hacerle ver que de verdad no necesitaba su ayuda y vio reflejada en su mirada la indecisión.

—En serio, estaré bien —aseguró y pasó una mano sobre su brazo—. Ve, que seguro te están esperando.

Se fijó en cómo asentía y, un segundo después, Marina emprendió su camino hacia el coche, dando así por finalizada la conversación que estaban manteniendo, esa misma en la que estaba sintiendo que igual podrían solucionar un poco las cosas y lograr algo de acercamiento. Aunque, pensándolo bien, ¿qué iba a conseguir? ¿Volver a lo de siempre? ¿Retomar lo que tantas veces habían roto? ¿Proponerle ser su amiga y ya está? Sabía que no tenía la respuesta segura, pero si estaba sintiendo una sensación totalmente desagradable al ver cómo se marchaba de su vida una vez más. Y, justo en ese momento, se dio cuenta de que no quería eso. Desde luego que no.

Avanzó a paso ligero para intentar recortar cuanto antes la distancia que las separaba y tuvo que aumentar el ritmo al ver que Marina llegaba a su coche y se subía. No podía dejar que todo volviese a acabar de esa forma. Así que, cuando Marina salió con el coche hacia su dirección, ella echó el resto de fuerzas y corrió hasta detenerse con las manos sobre el capó. Vio en primer plano su cara de asombro y ella medio sonrió mientras intentaba controlar la respiración debido a su pésima condición física.

—Joder, Sara.

La escuchó protestar y se llevó las manos al pecho en un intento absurdo de conseguir una postura con la que sus pulmones se llenasen más rápido de aire.

—¿Qué narices haces? —cuestionó Marina, bajando del coche y recortando la poca distancia que las separaba.

Su compañera mantenía el ceño fruncido y ella sentía que empezaba a tomar de nuevo el control de su cuerpo.

—Voy a tener que apuntarme a ese maldito gimnasio —bromeó y el gesto de Marina se volvió algo más confuso.

—Sara, tengo prisa. Si quieres háblame y quedamos un día, pero ahora...

—No —dijo, negándose en rotundo e incluso la agarró de una de las manos—. No quiero pasar por un momento más así entre nosotras —soltó—. No quiero más despedidas y palabras de posibles reencuentros que, muy posiblemente, no ocurrirán —señaló y observó que su rostro se relajaba un poco—. Soy consciente de que te he provocado unos cuantos dolores de cabeza y siento no haberme sentido preparada para dar más pasos a tu lado, pero tampoco me siento preparada para estar sin ti.

Confesó esas últimas palabras mientras sentía que la oleada de nervios crecía a cada segundo sin poder controlarlo. Le había resumido todo lo que sentía y sólo esperaba que no fuese demasiado tarde.

—Sara, yo...

—Quiero que me des otra oportunidad —la cortó armándose de todo el valor que pudo reunir y la mirada de Marina la observó con detenimiento durante unos segundos que para ella fueron eternos—. Me he cansado de tener miedo y te prometo que esta vez será diferente porque me he dado cuenta de que, si tengo que avanzar con alguien, esa persona eres tú.

A Marina se le escapó una pequeña sonrisa traicionera y ella sintió, de forma inmediata, que esa oleada de nervios disminuyó a la mitad. Aún no sabía su respuesta, pero ese gesto era bastante tranquilizador.

—Dime algo, por favor —dijo con una sonrisa nerviosa mientras sentía que la incertidumbre podría con ella.

—Quieres una oportunidad.

—Sí —señaló con rapidez—. Sé que no la merezco y también soy consciente de que podrías tener a cualquiera otra, a la que quisieras, pero...

Y no necesitó más palabras. Marina tiró de ella y unió sus labios con los suyos. Cerró los ojos y decidió dejarse llevar. Llevaba mucho tiempo sin poder sentir que la distancia entre ellas se eliminaba del todo y quería disfrutar del momento. Volver a sentir su calor, su contacto y su cercanía era lo que más había deseado recuperar. Y fue por eso mismo por lo que no tardó nada en profundizar el beso y agarrarla con suavidad del cuello para sentir que de verdad estaba ahí con ella mientras sus labios seguían redescubriéndose.

—Joder —soltó cuando el pitido de un coche las sorprendió—. Oiga, señor. Un poco de respeto. ¿No sabe que los aeropuertos son los escenarios perfectos para reencuentros?

El hombre del vehículo las miró con gesto interrogante y ella se cruzó de brazos para hacerle ver que no se iba a rendir y dejar que cortase su momento.

—Sara, tengo que irme.

Marina tiró de su brazo con suavidad para moverla a un lado.

—Mi hermana está dando a luz, ¿recuerdas?

Se lo preguntó con una sonrisa en los labios y ella asintió.

—Vamos —dijo.

—¿Cómo que vamos? —cuestionó Marina.

El señor del vehículo volvió a pitar y ambas le clavaron la mirada de forma inmediata.

—Pero bueno, ¿a usted qué le pasa? —soltó algo molesta con su atrevimiento de volver a interrumpirlas.

—Déjalo —le pidió Marina—. Estamos estorbando, es culpa nuestra.

Le hizo una mueca para quitarle importancia y, en cuanto observó que Marina tomaba el camino para subirse al coche, ella la imitó sin dudar y sin preguntarle.

—Vamos —repitió totalmente convencida antes de ponerse el cinturón.

—¿Estás segura? —cuestionó Marina—. ¿Eres consciente de que mi familia estará en el hospital?

Sabía por qué se lo preguntaba. Siempre había sido reacia a conocer esa parte de su vida por el miedo a comprometerse más, pero ahora eso iba a cambiar. Si de verdad quería esa oportunidad, tenía que ir con todo y demostrarle a Marina que no tenía dudas.

—Como no te pongas en marcha ya igual llegamos, pero al bautizo del bebé.

Insistió en su decisión, aunque lo hizo de forma encubierta mediante una broma. Algo bastante típico en ellas y que también había echado de menos. Sabía que tendrían que hablar sobre el tema y que, muy seguramente, le tocaría dar mil pasos para hacerle ver a Marina que no iba a darse por vencida, pero no le importaba. Estaba dispuesta a darlo todo, costase lo que costase.

\*\*\*\*\*

Detuvo el coche en los aparcamientos del hospital y soltó el aire que había estado reteniendo unos segundos. ¿Esperó un nuevo cambio en la historia cuando decidió ir al aeropuerto a despedirse de Emily? Desde luego que no. ¿Sabía que, muy posiblemente, Sara estaría con ella? Afirmativo. Pero eso no frenó sus pasos, no le daba miedo tener que volver a verla. Es más, se moría de ganas por hacerlo. Llevaba demasiados días sin saber de ella y sentía que, aunque su decisión fue bastante clara, el arrepentimiento comenzaba a crecer. Sara había sido la persona que mejor había encajado con ella y seguía sin entender cómo todo desapareció sin más. Y sí, entendía su postura y las necesidades que tenía y fue por eso mismo por lo que decidió, en su momento, cortar de forma definitiva. Lo que no esperó es que Sara le pidiese una oportunidad y que quisiera enfrentarse a aquello de lo que tantas veces había huido; conocer a su familia. Un paso bastante simple y sencillo, pero que abarcaba mucho. Y, aunque aún no había tomado la decisión, fue por eso mismo por lo que dejó que se subiera al coche y la acompañase. Sara había decidido dar un paso adelante y ella lo valoraba muchísimo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Sara a su lado, en el asiento del copiloto y atrayéndola a la realidad.

—Supongo que estoy tomándome unos minutos para asimilar que un pequeño ser se va a aprovechar de mí los siguientes cuarenta años.

Decidió no soltar lo que estaba pasando por su cabeza y apostó por dejar el protagonismo a la persona que realmente lo merecía. Observó una pequeña sonrisa en los labios de Sara y ella no tardó en imitar el gesto. Disfrutar de nuevo de su presencia era altamente gratificante y cálido.

—Supongo que, inconscientemente, estamos en guerra —dijo Sara y ella frunció el ceño—. No voy a dejar que me quites el título a la mejor tita —aclaró y se mordió el labio para controlar la sonrisa.

Le encantaba escuchar cómo Sara reafirmaba, una y otra vez, su decisión de seguir adelante.

—¿Crees que puedes ganarme? —cuestionó.

—¿Lo dudas?

Su compañera de conversación se lo preguntó cargada de confianza y desvió la mirada al recibir una nueva notificación al móvil. Era su madre, avisándole que el bebé ya estaba en la habitación y ella, de forma inmediata, se puso el triple de nerviosa. Y no entendía muy bien el motivo, sólo iba a conocer a una pequeña versión mezcla de su hermana y su cuñado.

—Confirmado. Todos están ya en la habitación —dijo, informando a Sara.

—¿Ya? —cuestionó Sara con rapidez—. Joder, impresionante lo de tu hermana.

—No le digas ese tipo de comentarios porque tiende a creérselo demasiado —puntualizó

antes de soltarse el cinturón de seguridad.

—Así que en eso se parece a ti. Entendido.

Volvió a sonreír con el comentario y ambas bajaron del vehículo a la vez. Esperó a que Sara rodease el coche para posicionarse a su lado y comenzaron a caminar hacia el edificio mientras ella sentía que el nerviosismo iba haciéndose cada vez un hueco mayor. Su familia y Sara estaban a muy poca distancia por primera vez y no sabía cómo iba a acabar el asunto. Sólo rezaba para que su compañera no se echase atrás porque no quería que uno de los mejores días de su vida, debido al nacimiento del bebé, acabase con un mal sabor de boca. Quizás por eso se atrevió a preguntárselo una vez más.

—¿De verdad quieres hacer esto? —le preguntó y observó cómo le clavaba la mirada—. Llevas mucho tiempo huyendo de esta situación —aclaró.

—Sí, llevo mucho tiempo comportándome como una verdadera capulla —puntualizó Sara de forma inmediata—. Y sí, ha llegado el momento —reafirmó—. ¿No quieres que conozca a tu familia?

—Es lo que más deseo, lo sabes —contestó—. Quiero tener en el mismo espacio a la gente a la que amo.

—Pues parece que hoy se te va a cumplir el milagrito.

Sara agarró su mano tras pronunciar esas palabras y caminaron así hasta entrar en el edificio y no se soltaron hasta llegar a la puerta de la habitación de su hermana.

—¿Preparada?

—Preparadísima —afirmó Sara totalmente convencida.

Abrió tras dar unos ligeros toques en la puerta y, justo al frente, encontró a sus padres. Su cuñado estaba sentado al lado de su hermana, que estaba en la cama y sujetaba al bebé.

Saludó con una sonrisa y entendió con sus miradas que, la presencia de Sara no les molestaba, pero que tenían muchas preguntas curiosas al respecto.

—Familia, ella es Sara —dijo para hacer la presentación de la forma más corta y simple posible ya que, en ese momento, lo más importante media menos de un metro—. Es mi novia —aclaró y sintió un fuego abrasador en el centro del pecho ante su propia confesión.

Giró el rostro para ver la reacción de Sara y se encontró con una de esas bonitas y radiantes sonrisas suyas.

—¿Queréis conocer a la pequeña? —preguntó su hermana.

—¿Es una niña? —cuestionó tremendamente ilusionada.

Su hermana y su cuñado se habían negado a saber el sexo del bebé durante todo el embarazo y ella, en secreto, había hecho una apuesta con su madre. Su progenitora ahora le debía un par de billetes.

—Bueno, será lo que quiera ser —aclaró su hermana rápidamente—. Pero sí, biológicamente es una bebita preciosa.

Lo último lo dijo mirando a su hija con cariño y ternura y ella sintió esos sentimientos de vuelta. Ese pequeño ser iba a ser la personita más mimada del mundo. No tenía duda.

—¿Quieres cogerla?

Asintió con rapidez ante la pregunta de su hermana y se movió para colocarse justo a su lado y recibir en brazos a la pequeña. La sostuvo con algo de miedo los primeros segundos, pero después se relajó y pudo disfrutar de su presencia a escasos centímetros. Dormía plácidamente y ella aprovechó para acariciarle la mejilla con suavidad. Sonrió para controlar la emoción que estaba empezando a sentir y, al levantar la vista, descubrió que Sara también estaba ligeramente emocionada. No sabía qué pasaría con su futuro juntas, pero ahora que había decidido dar pasos

a su lado todo parecía encajar a la perfección.

—Qué caprichosa es la genética —comentó para intentar pensar en otra cosa y controlar las emociones para no ponerse a llorar—. Es increíble que la bebida haya salido tan guapa y tan parecida a mí.

Levantó el rostro para ver qué opinaba su hermana y se encontró directamente con su ceja alzada.

—En otro momento igual te hubiese permitido ese comentario. Pero tengo muy reciente lo que he pasado para que esa bella cosita salga de mi interior.

Soltó una carcajada ante sus palabras y se quedó estática al percibir que el bebé se movía en sus brazos. Al agachar el rostro pudo observar que abría los ojos muy despacio y muy poco y su sonrisa creció ante la anticipación de que iban a mirarse directamente y por primera vez.

—Me está mirando. Creo que soy su persona favorita —alardeó.

—¿Qué? —cuestionó su hermana mientras todos se agrupaban a su alrededor—. ¿Ha abierto los ojos? Dame mi bebé ahora mismo.

—¿No lo había hecho aún?

Ni siquiera obtuvo respuesta, al menos no verbal. Su hermana tiró de ella y reclamó a su hija inmediatamente. Se la devolvió sin rechistar y se echó a un lado para que todos pudieran disfrutar del momento, incluida Sara que se abrió hueco y contemplaba la escena con cariño.

Y fue justo en ese momento cuando se dio cuenta de que entre esas cuatro paredes tenía reunido lo que más quería.

Tiró de la mano de Sara con cuidado y la llevó fuera de la habitación ante su gesto de desconcierto.

—Creo que podemos tener esa última oportunidad —dijo sin dejarle hablar—. Así que sí, estoy dispuesta a intentarlo de nuevo.

—Ya lo sé —soltó Sara—. Me has presentado como tu novia —le recordó—. ¿Para esto me has hecho salir? Quería seguir viendo al bebé —señaló con fingido gesto molesto—. ¿Algo más, señora de la obiedad?

Negó con la cabeza muy sonriente y Sara se acercó para dejar un corto beso en sus labios antes de volver a la habitación. Tomó aire, lo soltó lentamente y siguió sus pasos para unirse a ellos. Se acomodó contra la espalda de Sara, que estaba de pie observando a la pequeña, y la abrazó desde atrás para dejar un beso en su cuello. Respiró su olor, percibió su calor y sintió que no podría estar en un sitio mejor.

FIN